

MARTINÈS DE PASQUALLY

TRATADO
DE LA
REINTEGRACIÓN DE LOS SERES



TRATADO
DE LA REINTEGRACIÓN DE LOS SERES
EN SUS PRIMERAS PROPIEDADES, VIRTUDES Y PODERES
ESPIRITUALES Y DIVINOS

RESEÑA HISTÓRICA SOBRE EL MARTINEZISMO Y EL MARTINISMO

En los peculiares últimos años del siglo XVIII, que vieran a William Law frente a Hume, a Swedenborg frente a Kant, a Saint-Germain, Mesmer y Cagliostro frente a Rosseau, Diderot y Voltaire, mientras en toda Europa proliferaban infinidad de sectas y ritos, y en las logias masónicas se erigía una tribuna tanto a las ideas más vanas como a las más sublimes, apareció en Francia un hombre cuyo silencioso trabajo contrastaba curiosamente con la turbulenta propaganda de la mayoría de los reformadores de su tiempo: Martínez de Pasqually. Este hombre, cuyo altruismo y sinceridad estaban fuera de toda sospecha, trabajó para que ciertas logias regresaran a los principios esenciales de la Francmasonería, de los que se habían apartado sensiblemente en esa época, como consecuencia de una serie de acontecimientos que no corresponde relatar aquí.

La tarea de Martínez era difícil. Entre 1760 y 1772 se dedicó a recorrer las principales ciudades francesas, seleccionando en el seno de los talleres masónicos a quienes pudieran ayudarle a formar un núcleo, un centro para sus operaciones posteriores. No dudó en repartir cartas constitutivas (en nombre de su Tribunal Soberano, establecido en París desde 1767) a logias provinciales clandestinas, aceptando colaboradores de fuera cuando los consideraba dignos del ministerio a ejercer.

De este modo surgió lo que el Sr. Matter denominó acertadamente el Martinezismo, que recibe el nombre de Rito de los Elegidos Cohens y consiste simplemente en una rama ortodoxa de la verdadera Francmasonería injertada en el viejo tronco; se basa en un conjunto muy preciso de enseñanzas tradicionales, transmitidas según el poder receptivo adquirido por sus miembros mediante un trabajo íntegramente personal, y donde la teoría y la práctica están estrechamente relacionadas.

Desafortunadamente, el ahínco de Martínez le llevó a descuidar la verdadera base de la institución masónica. Dedicado por completo a reformar los capítulos R.C., restó importancia al papel de las logias azules. Veremos como Louis Claude de Saint-Martin, su discípulo más célebre pese a ser uno de los más alejados de la obra del maestro, llegó incluso más lejos. Desde 1777 se negó a participar en las sesiones de las logias martinezistas, donde únicamente se practicaban los “grades du porche”¹, o masonería simbólica, así como en los trabajos de las logias de Versalles, debido a razones especiosas de neumatología, y en las de París, pues enseñaban magnetismo y alquimia.

Por estos motivos, pocos años después de que Martínez de Pasqually partiera a las Antillas (1772), se produjo una escisión en la orden que con tanto esfuerzo había formado. Ciertos discípulos permanecieron fieles a las enseñanzas del Maestro, mientras que otros, inducidos por el ejemplo de Saint-Martin, abandonaron la práctica activa para seguir la vía incompleta y pasiva del misticismo. Este cambio de dirección en la vida de Saint-Martin podría

¹ Grados del Porche

sorprendernos si ignorásemos hasta qué punto se alejó de las operaciones externas del Maestro durante los últimos cinco años en la logia de Burdeos.

Los resultados de la escisión provocada por la propaganda activa de Saint-Martin no se hicieron esperar. Las logias del sudoeste fueron las primeras en cesar sus trabajos. La propaganda de Saint-Martin no encontró eco en las logias de París y Versalles; sin embargo, cuando en 1778 sus Hermanos de Lyon se convirtieron definitivamente al rito templario alemán de la Estricta Observancia, y el Gran Maestro Willermoz sucedió al Gran Maestro provincial Pierre d'Aumont (sucesor de Jacques Molay) con el título de Gran Maestro provincial de Auvergne, se plantearon fusionarse con las logias Philaléthes, que trabajaban desde 1773 (según datos de Martínez y Swedenborg) y en cuyos capítulos secretos no se admitía a ningún iniciado del Gran Oriente. En esta época, Saint-Martin comenzaba a ser conocido gracias a la aparición de su primera obra: "De los errores y de la verdad". Muchos creían ver en él al continuador de la obra de Martínez. Sin embargo, las logias nombradas anteriormente no lograron convencerle de que se uniera a ellas para alcanzar una obra común; a su último llamamiento durante el Congreso promovido por la asociación de Philaléthes (París, 1784), Saint-Martin respondió por carta manifestando su negativa a participar en sus trabajos. A partir de ese momento, su mayor preocupación fue establecer contactos con los místicos de Italia, Inglaterra y Rusia, perdió todo interés por el movimiento del rito rectificado de Lyon y no ocultaba su exasperación al oír hablar de logias.

Los acontecimientos posteriores motivaron un mayor compromiso de Saint-Martin con la vía que había elegido. En 1788, aquel que pasaría a la historia como el teósofo de Amboise viajó a Estrasburgo. La versión más extendida señala que su inclinación definitiva hacia el misticismo se debió a la compañía de una de sus amigas, la Sra. de Boecklin; lo cierto es que conoció a Rodolphe de Salzman, que era, por así decirlo, el director espiritual de la Sra. de Boecklin. Rodolphe de Salzman, amigo de Young Stilling y vinculado a los grandes místicos alemanes de la segunda mitad del S. XVIII (Eckarthausen, Lavater, etc.) era un hombre notable, pese a ser bastante desconocido, y tenía una profunda inclinación por la mística de los dos Testamentos y los escritos de Jacob Boehme, cuya clave había recibido. Él transmitió dicha clave a Saint-Martin, quien creyó encontrar ahí lo que no había logrado con su antiguo maestro.

Sin duda alguna, las enseñanzas de Salzman contribuyeron enormemente a proporcionar un místico notable a Francia, pero no revelaron a Saint-Martin la doctrina del eminente teurgo de Burdeos. En 1793, a la edad de cincuenta años y al no haber encontrado aún esa clave activa, buscaba consuelo en la advertencia de Martínez: que podría estar satisfecho si había alcanzado su meta a los sesenta años. Su pensamiento regresaba ya hacia esa escuela de Burdeos donde transcurrieron cinco años de su juventud y cuyos trabajos abandonó de manera demasiado ligera. En una de sus cartas al barón de Liebisdorf (11 de julio de 1796) confesaría que "el Sr. Pasqually tenía la clave activa de lo que nuestro estimado Boehme exponía en sus teorías, pero no nos creía aún preparados para manejar esas altas verdades". Su correspondencia nos hace pensar que, antes de morir (Aulnay, 1803), retomó

los análisis desdeñados de los trabajos de su maestro. Pero ya era demasiado tarde. El discípulo había matado al iniciador en su obra. El Martinezismo era historia.

Tras la muerte de Martínez de Pasqually (1774), la Orden, víctima de la debilidad de algunos y, desafortunadamente, también de la ambición de otros, cayó en un rápido declive. Los compromisos de Willermoz apresuraron su ruina. La mayoría de los hermanos volvieron a sus antiguas obediencias, tal como hicieron los del Oriente de la Rochelle, cuya carta constitutiva no se ratificó tras 1776. En 1788, desaparecieron las logias de París; los ricos archivos que provocaran la envidia de Cagliostro fueron subastados tras la muerte del marqués Savalette de Langes, cayendo en manos de dos hermanos de Lyon, y llegando luego a las del Sr. Destigny. En 1868, éste los transmitió al Sr. Villareal, a cuyo esmero debemos agradecer su conservación. El fracaso de los hermanos de Lyon en su tarea no era algo nuevo. Su rito rectificado, que en realidad era el Martinezismo, especialmente tras su segunda revisión, vio apagarse sucesivamente los directorios de sus tres provincias: el de Borgoña se disolvió el 26 de enero de 1810, por falta de miembros; el año siguiente, los otros dos se fusionaron con el Gran Oriente, que siempre se había negado a reconocerlos.

El motivo de profundizar en las particularidades de la vida de Saint-Martin es demostrar el error de algunos historiadores mal informados, que atribuyen al teósofo de Amboise la sucesión del teúrgo de Burdeos; y de otros aun peor documentados, que pretenden que fue el fundador de la Orden del Martinismo. Saint-Martin no fundó orden alguna, jamás tuvo dicha pretensión, y el nombre de *Martinistas* designa simplemente a aquellos que adoptaron su visión, inclinados a liberarse del dogmatismo ritualista de las logias, rechazándolo por su inutilidad. Esta es, en efecto, la opinión de Jacques Matter, el célebre historiógrafo de Saint-Martin.

Jacques Matter era nieto de Rodolphe de Salzman, tenía en su poder los principales documentos relacionados con el Martinezismo y los Martinistas, y se encontraba en una posición idónea para relatar los principales acontecimientos reveladores de su existencia. Por otra parte, mantuvo relación con el Sr. Chauvin, uno de los últimos amigos de Fabre d'Olivet y albacea de Joseph Gilbert, quien fuera el único heredero de todos los manuscritos del teósofo de Amboise.

En la actualidad, el hijo del historiador, el Sr. Matter, posee casi todos esos indispensables documentos, incluyendo el "Tratado de la Reintegración de los Seres". Este es uno de los documentos más interesantes y notables, pues recoge la base de la doctrina tradicional de Martínez de Pasqually sin omisiones ni añadidos. Muy amablemente, el Sr. Matter nos ha autorizado a publicarlo. Este Tratado, escrito en Burdeos durante 1770, no se incluye en los archivos capitulares de Metz. Los de la Villa de Libourne incluyen únicamente los pasajes principales. Dichos fragmentos, bastante mal escritos y con numerosas mutilaciones, se encuentran repartidos entre las distintas instrucciones de rituales, siendo bastante difícil reconstruir a partir de ellos la

obra de Martínez de Pasqually. Por lo tanto, desde aquí, nuestro infinito agradecimiento al Sr. Matter por su amable colaboración.

Con posterioridad, y a su debido tiempo, irán apareciendo otras piezas no menos importantes que arrojarán nueva luz sobre los hombres y las cosas de esta época.

Un Caballero de la Rose Croissante.

París, 20 de septiembre de 1898, aniversario de la muerte de Martínez de Pasqually.

TRATADO DE LA REINTEGRACIÓN DE LOS SERES

Antes de los tiempos, Dios emanó seres espirituales para su propia gloria, en su inmensidad divina. Estos seres debían ejercer un culto determinado por la Divinidad mediante leyes, preceptos y mandatos eternos. Eran, por tanto, libres y distintos a su Creador; no se les podía negar el libre albedrío con que habían sido creados sin destruir en ellos la facultad, propiedad, virtud espiritual y personal necesarias para actuar acertadamente dentro de los límites del ejercicio de su poder. Precisamente dentro de estos límites, los primeros seres espirituales debían rendir culto a Aquel de quien habían emanado. Estos primeros seres no podían negar ni ignorar las convenciones estipuladas por el Creador al proporcionarles las leyes, preceptos y mandatos, pues su creación se basaba exclusivamente en dichas convenciones.

Cabría preguntarse qué eran estos primeros seres antes de su emanación divina, si existían o no. Existían en el seno de la Divinidad, pero sin acción, pensamiento ni entendimiento propio, únicamente podían actuar y sentir por voluntad del ser superior que les contenía y en el que todo se movía. Aunque no puede decirse que esto sea verdaderamente existir, esta existencia en Dios es absolutamente imprescindible pues constituye la inmensidad del poder divino. Dios no podría ser el padre y señor de todas las cosas si en Él no existiera una fuente innata e inagotable de seres, a los que hace emanar por su única voluntad y a su conveniencia. Gracias a esta infinita multitud de emanaciones de seres espirituales de su interior recibe el nombre de Creador y su obra se denomina creación divina, espiritual y animal, espiritual temporal.

Los primeros espíritus emanados del seno de la Divinidad se distinguían entre ellos por sus virtudes, poderes y nombres. Ocupaban la inmensa circunferencia divina denominada vulgarmente *Dominación*, que lleva su número *denario* según la siguiente figura: ①, y donde todo espíritu *superior* 10, *mayor* 8, *inferior* y *menor* 4 debía actuar y obrar para mayor gloria del Creador. Su demostración o número evidencia que su emanación procede realmente de la *cuádruple esencia divina*. Los nombres de estas cuatro clases de espíritus eran más poderosos que los que damos ordinariamente a *Querubines*, *Serafines*, *Arcángeles* y *Ángeles*, emancipados más tarde. Como ya hemos dicho, estas cuatro primeras condiciones de seres espirituales poseían, además, parte de la dominación divina: un poder superior, mayor, inferior o menor, por el que conocían todo lo que podía existir y todo lo que se incluía en los seres espirituales que aún no habían salido del seno de la Divinidad.

¿Cómo podían conocer cosas que no existían aún de modo individual fuera del seno del Creador?. Porque estos primeros seres emanados del primer círculo, denominado misteriosamente *círculo denario*, podían leer de manera clara y cierta lo que ocurría en la Divinidad, así como todo lo contenido en ella. No debe existir duda alguna sobre lo que acabo de decir, en el convencimiento de que corresponde exclusivamente al espíritu *leer*, *ver* y *concebir* el espíritu. Estos primeros seres tenían un conocimiento perfecto de todas las acciones divinas, pues habían emanado del seno del Creador para admirar todas las operaciones divinas de la manifestación de Su gloria.

¿Conservaron estos primeros espíritus divinos su primitivo estado de virtud y poderes divinos tras su pecado?. Sí, lo conservaron por la inmutabilidad de los designios del Padre Eterno, pues si el Creador hubiese retirado todas las virtudes y poderes otorgados a los primeros espíritus, habría evitado cualquier acción de vida buena o mala, así como toda manifestación de gloria, justicia y poder divino de estos espíritus prevaricadores. Algunos opinan que el Creador debía haber previsto que estos primeros espíritus faltarían a las leyes, preceptos y mandatos que habían recibido, y que, por tanto, le correspondía a él cuidar de que los respetaran. Mi respuesta es la siguiente: aunque el Creador previera la soberbia ambición de estos espíritus, no podría haber reprimido y detenido sus pensamientos criminales sin privarles de la actuación particular e innata en ellos, pues fueron creados para actuar según su propia voluntad y como segunda causa espiritual, según el plan que Él mismo les trazó. El Creador no interviene en modo alguno en las segundas causas espirituales, sean buenas o malas, pues la existencia de los seres espirituales se apoya y fundamenta en leyes inalterables. Así, el Creador permite que cada ser espiritual actúe libremente según su propia voluntad y determinación; la confirmación de esto podemos verla todos los días.

A la pregunta de qué tipo de prevaricación cometieron estos espíritus para que el Creador empleara la ley divina contra ellos, yo contestaría que estos espíritus fueron creados únicamente para actuar como causas segundas, y en ningún caso para utilizar sus poderes sobre las causas primeras o la acción misma de la Divinidad. Eran agentes secundarios; por lo tanto, sólo debían ambicionar sus *poderes*, *virtudes* y *operaciones segundas*, y no intentar en modo alguno anticiparse al pensamiento del Creador en ninguna operación divina, ya fuera pasada, presente o futura. Su crimen fue, en primer lugar, intentar condenar la eternidad divina en sus operaciones de creación; en segundo lugar, intentar limitar la Omnipotencia divina en estas mismas operaciones; en tercer lugar, desear en su pensamiento espiritual ser Creadores de causas terceras y cuartas, aun cuando sabían que eran innatas a la omnipotencia del Creador, lo que se denomina *cuádruple esencia divina*.

¿Cómo podían condenar la eternidad divina?

Otorgando al Padre Eterno una emanación igual a la suya; considerando al Creador un ser similar a ellos, nacido de criaturas espirituales que dependerían inmediatamente de sí mismas, tal como ellas dependían de aquel de quien habían emanado. He aquí lo que denominamos el principio del mal espiritual, pues cualquier mal pensamiento concebido por el espíritu es siempre criminal ante el Creador, aun cuando no lo lleve a cabo de manera efectiva. Para castigar esta voluntad criminal los espíritus fueron arrojados por el único poder del Creador a lugares de sumisión, privación y miseria impura contrarios a su ser espiritual, que era puro y simple por su emanación, como se explicará a continuación.

Cuando estos primeros espíritus concibieron pensamientos criminales, el Creador aplicó la ley sobre su inalterabilidad, creando este universo físico de apariencia material para que fuera su lugar fijo de actuación y obra, privándoles de toda su malicia. En ningún caso debe *incluirse* en esta creación material al

hombre o menor actualmente en la superficie terrestre; el hombre no debía hacer uso alguno de esta materia aparente, pues había sido emanado y emancipado por el Creador sólo para que dominara sobre todos los seres emanados y emancipados con él. La creación del *hombre* fue posterior a la formación de este universo por la Omnipotencia divina como asilo para los primeros espíritus perversos y límite para sus malas obras, que no prevalecerán jamás contra las leyes del orden impuesto por el Creador en su creación universal. El hombre tenía las mismas virtudes y poderes que los primeros espíritus y, aunque fue emanado después que ellos, se convirtió en su superior y mayor gracias a su estado de gloria y a la fuerza del mandato recibido del Creador. Conocía perfectamente la necesidad de la creación universal, conocía también la utilidad y santidad de su propia emanación espiritual, así como la forma gloriosa de la que había sido revestido para actuar según su voluntad sobre formas corporales activas y pasivas. En este estado, debía manifestar todos sus poderes frente a la creación universal, general y particular para mayor gloria del Creador.

Dividiremos el universo en tres partes para que nuestros émulo comprendan toda su capacidad de acciones espirituales: 1º el *universo*, que consiste en una circunferencia en la que se incluyen el general y el particular; 2º la *tierra* o parte general de la que emanan todos los alimentos necesarios para el particular; 3º el *particular*, formado por todos los habitantes de los cuerpos celestes y terrestres. He aquí nuestra división de la creación universal para que nuestros émulo puedan conocer y actuar individualmente y en conocimiento de causa sobre cada una de estas tres partes.

Adán, en su primer estado de gloria, fue el verdadero émulo del Creador. Como espíritu puro, leía abiertamente los pensamientos y actuaciones divinas. El Creador le hizo discernir los tres principios que componían el universo; para ello le dijo: “Ordena a todos los animales activos y pasivos, y te obedecerán”. Adán realizó lo que el Creador le había dicho, pudo constatar que su poder era grande y aprendió a conocer una parte del todo que compone el universo. Esta parte es lo que denominamos el *particular*, formado por todo ser activo y pasivo que habita desde la superficie terrestre y su centro, hasta el centro celestial denominado misteriosamente *cielo de Saturno*.

Después, el Creador dijo a Su criatura: “Ordena al *general* o la tierra, y te obedecerá”. Adán lo hizo, y pudo darse cuenta que su poder era grande y llegó a entender el segundo *todo* que compone el universo. Tras estas dos operaciones, el Creador dijo a Su criatura: “Ordena a todo el universo creado, y todos sus habitantes te obedecerán”. Adán volvió a poner en práctica la palabra del Padre Eterno, y gracias a esta tercera operación aprendió a reconocer la creación universal.

Adán, habiendo actuado y manifestado su voluntad según deseaba su Creador, recibió el nombre augusto de Hombre Dios de la tierra universal, pues su descendencia debía ser divina, no carnal. Es importante señalar que en la primera operación Adán recibió la ley; en la segunda, el precepto; y en la tercera, el mandato. Gracias a estos tres tipos de operaciones, vemos

claramente los límites de los poderes, virtudes y fuerzas que el Creador otorgó a Su criatura, así como aquellos prescritos a los primeros espíritus perversos.

El Creador, viendo a Su criatura satisfecha con esas virtudes, fuerzas y poderes innatos que podía utilizar a voluntad, la dejó a su libre albedrío, emancipándola con esta libertad de la inmensidad divina, de modo que gozase de manera particular y personal, en el presente y en el futuro, durante una eternidad inalterable, siempre y cuando se comportase según la voluntad del Creador.

Adán, abandonado a su libre albedrío, reflexionó sobre el gran poder manifestado en sus tres primeras operaciones. Su trabajo le parecía similar en importancia al del Creador. Sin embargo, de modo independiente no podía profundizar completamente en estas tres primeras operaciones ni en las del Creador, y la preocupación empezó a apoderarse de él. Sólo podía leer en la omnipotencia divina con el consentimiento del Creador, tal como estipulaban las órdenes que Éste le había proporcionado antes de otorgarle libre voluntad: que ejerciera su poder sobre todo lo que estaba bajo su dominio. Las reflexiones de Adán, así como su deseo de leer en el poder divino, llegaron sin dilación a conocimiento de los seres perversos que denominamos demonios malos. En cuanto Adán concibió este pensamiento se le apareció uno de los principales espíritus perversos revestido de cuerpo glorioso, y aproximándose a él le dijo: “¿Qué más deseas saber del omnipotente Creador?, ¿No te ha igualado a él mediante la virtud y la omnipotencia que te ha otorgado?. Actúa según tu propia voluntad innata, y obra como ser libre, bien sobre la Divinidad, bien sobre toda la creación universal sometida a tu mandato. Así te convencerás de que tu omnipotencia no difiere en nada de la del Creador. Descubrirás que eres, además de creador de poderes particulares, creador de poderes universales, pues se te comunicó que de ti nacería la descendencia de Dios. Todas estas cosas las he sabido del Creador, y te hablo por Él y en su nombre.”

Ante este discurso del espíritu demoníaco, Adán permaneció como paralizado, sintió nacer en él un violento desconcierto y entró en éxtasis. Mientras se encontraba en este estado, el espíritu maligno le insinuó su poder demoníaco. Adán volvió de su éxtasis espiritual animal sin liberarse de la influencia negativa del demonio, decidiendo utilizar la ciencia demoníaca en vez de la ciencia divina que le había entregado el Creador para someter a todos los seres inferiores a él. Rechazó así totalmente su propio pensamiento espiritual divino, para utilizar únicamente lo que le sugirió el espíritu maligno.

Así, Adán llevó a la práctica el pensamiento demoníaco, realizó una cuarta operación sirviéndose de las poderosas palabras que el Creador le había transmitido para sus tres primeras operaciones, pero rechazando completamente el ceremonial de estas mismas operaciones. En su lugar utilizó el ceremonial y el plan que le había enseñado el demonio, atacando la inmutabilidad del Creador.

Adán imitó a los primeros espíritus en su propósito de convertirse en creadores, en perjuicio de las leyes prescritas por el Padre Eterno para limitar

sus operaciones espirituales divinas. No le correspondía a estos primeros espíritus concebir ni entender la creación, pues no eran más que criaturas de poder. De igual modo, tampoco Adán debía aspirar a esta ambición de creación de seres espirituales insinuada por el demonio.

Ya saben que, en cuanto dichos demonios o espíritus perversos consideraron poner en práctica una voluntad de emanación semejante a la del Creador, fueron arrojados a las tinieblas por un tiempo infinito, por voluntad inalterable del Creador. Su caída y su castigo demuestran que el Creador no puede ignorar el pensamiento y la voluntad de Su criatura: cualquier pensamiento y voluntad, bueno y malo, es oído directamente por el Creador, quien lo aprueba o lo rechaza. Por lo tanto, es incorrecto decir que el mal procede del Creador, bajo pretexto que todo emana de Él. Del Creador sólo han surgido seres espirituales, buenos, santos y perfectos; ningún mal puede emanar de Él. Se preguntarán de dónde emanan entonces. Mi respuesta es que el mal no se crea, sino que es engendrado por el espíritu. La creación pertenece al Creador, no a la criatura; los malos pensamientos son engendrados por espíritus malos, al igual que los buenos pensamientos son engendrados por espíritus buenos. Le corresponde al hombre rechazar los primeros y admitir los segundos pues, gracias a su libre albedrío, tiene derecho a ser recompensado por sus buenas obras, pero también puede ser privado por un tiempo infinito de sus derechos espirituales.

Volveré a hablar de dicha misericordia divina más adelante, de momento retomemos la concepción del mal, causado por la mala voluntad del espíritu. La concepción criminal del espíritu, o pensamientos malos, es conocida en el entorno espiritual como intelecto maligno; y la concepción de pensamientos buenos se denomina intelecto bueno. Los espíritus buenos y malos se comunican con el hombre mediante dichos intelectos y su efecto no siempre es el mismo porque el hombre utiliza su libre albedrío para rechazar o aceptar el mal o el bien.

Denominamos intelecto a esa insinuación buena o mala de los espíritus sobre los seres espirituales. Los espíritus perversos están sometidos a menores que han perdido su poder superior debido a su pecado. Los espíritus buenos también están sometidos al hombre por el poder cuaternario que recibió en su emanación. El Creador anunció al hombre este poder universal diciéndole: “Todo lo he creado para ti; sólo tienes que *ordenar* y serás obedecido”. Por lo tanto, tanto los espíritus buenos, como los malos están sometidos al menor. Si el hombre hubiese conservado su estado de gracia, habría logrado que los espíritus malignos recibiesen su intelecto bueno y verdadero, tal como éstos le comunicaron y siguen comunicándole su intelecto maligno. Gracias a su poder de mandato, el hombre podría acrecentar más aún su privación, rechazando toda comunicación con ellos. La desigualdad de los cinco dedos de la mano lo ilustra claramente: el dedo corazón simboliza el alma; el pulgar, el espíritu bueno; el índice, el intelecto bueno; y los otros dos dedos, el espíritu e intelecto demoníaco. Esta imagen explica sencillamente que el hombre fue emanado para hacer frente a los demonios malignos, para dominarlos y combatirlos. El poder del hombre era muy superior al del demonio, pues a su ciencia unía la de su compañera y su intelecto, oponiendo

así tres poderes espirituales buenos contra dos poderes demoníacos; esto habría subyugado completamente a quienes profesaban el mal y, consecuentemente, lo habrían destruido.

Ahí tenemos la demostración de que el origen del mal sólo está en los pensamientos perversos y en la voluntad maligna del espíritu contra las leyes divinas, nunca en el espíritu emanado del Creador, pues en Él no existe la posibilidad del mal. Nace exclusivamente de la disposición y voluntad de sus criaturas. Quienes afirman lo contrario no hablan en conocimiento de causa de lo posible e imposible en la Divinidad. El castigo del Creador a Su criatura es justo, no podemos culparle de la desdicha desencadenada para protegerla de la condena infinita.

A continuación, profundizaré en la explicación de la prevaricación del primer hombre. Este delito repitió el de los espíritus perversos emanados antes que él. Resultó de la propia voluntad de Adán pero no procedía directamente de su pensamiento, pues le fue insinuada por los espíritus prevaricadores. Sin embargo, la prevaricación del primer hombre fue más grave que la de los primeros espíritus, pues Adán sucumbió a la insinuación de los demonios, contrajo una voluntad perversa y utilizó toda su virtud y poder divino contra el Creador. Con su creación, puso en práctica su voluntad y la de los demonios, cosa que los espíritus perversos no lograron hacer, pues el Creador detuvo sus malos pensamientos y anuló su voluntad. Quizás se pregunten por qué el Creador no actuó contra la voluntad y la conducta inicua del primer hombre, tal como hizo con los espíritus perversos. El hombre, instrumento elegido por el Creador para castigar a los primeros espíritus, recibió leyes de orden pertinentes. El Creador permitió que subsistieran dichas leyes del hombre, así como las innatas al espíritu maligno, para que ambos seres actuaran conforme a su pensamiento y voluntad particular. El Creador es un ser de decretos y dones espirituales inmutables, como inmutables son sus promesas y condenas, y las penas y recompensas que concede a Su criatura. Por lo tanto, no puede detener la fuerza y la acción de las leyes de orden del espíritu maligno y del espíritu menor u hombre, sin faltar a su inmutabilidad. Dejó actuar libremente a ambos seres emanados, pues no podía leer las causas secundarias temporales ni impedir su acción sin derogar Su propia existencia de Ser necesario y Su poder divino.

Si el Creador interviniese de algún modo en las causas segundas, tendría que comunicar Él mismo a Su criatura no sólo el pensamiento, sino también la voluntad buena o mala, o hacérselo saber mediante agentes espirituales emanados directamente de Él, lo que vendría a ser lo mismo. Si actuase así, sería acertado afirmar que el bien y el mal, como lo puro y lo impuro, proceden de Dios. En ese caso no podríamos considerarnos seres libres, sometidos al culto divino por propia voluntad. Rindamos la justicia debida al Creador, aceptando sin ningún tipo de dudas que en Él nunca ha existido la menor sospecha de mal, pues al estar el espíritu revestido de libertad total, el mal sólo puede surgir de su propia voluntad.

El Creador no habría permitido que su menor sucumbiera a la insinuación de los demonios si hubiese podido detener la acción de las causas

segundas espirituales temporales, pues lo había emanado expresamente para ser el instrumento particular de la manifestación de Su gloria frente a estos mismos demonios. Haré una pequeña comparación, aunque no tiene nada que ver: si enviaran a su mano derecha para combatir a sus enemigos y su triunfo dependiera de ustedes, ¿podrían dejarle sucumbir sin sucumbir ustedes mismos?. Si su emisario combatiese observando estrictamente las órdenes recibidas y volviese victorioso, ¿no le recompensarían con todo su poder por mantenerse fiel a sus órdenes?. Si incumpliera sus órdenes y resultase vencido le castigarían, pues contaba con la fuerza necesaria para ganar, pero ¿resultarían vencidos ustedes también?. No. Él sería el único culpable, sobre él recaería toda su indignación, por su falsedad e infidelidad, y lo considerarían una afrenta. Peor aún, si en vez de atacarles y vencerles su enviado se uniese a ellos contra ustedes, ¿qué opinión les merecería?. Lo considerarían un traidor y tendrían la máxima precaución con él. Pues bien, esa fue exactamente la prevaricación del primer hombre contra el Creador. Por este motivo, el ángel del Señor dijo, según recogen las Escrituras: *“Alejemos de aquí al hombre que ha conocido el bien y el mal, pues podría perturbar nuestras funciones meramente espirituales, cuidemos que no toque nunca el árbol de la vida ni viva así por siempre jamás.”*

(El árbol de la vida es simplemente el espíritu del Creador, al que el menor ataca injustamente con sus aliados. *Ni viva así por siempre jamás* significa: *que no viva eternamente como los primeros espíritus demoníacos, con virtudes y poderes malditos*).

Sin este castigo, el primer hombre no habría cumplido penitencia alguna por su crimen, no habría obtenido su reconciliación, no habría tenido descendencia y habría permanecido como menor de los menores demoníacos, por su propia culpa. Sin embargo, gracias a su reconciliación espiritual, el Creador le devolvió sus virtudes y poderes originales sobre los infieles a las leyes divinas. Con esta reconciliación, obtuvo por segunda vez el poder de favorecer o perjudicar a todo ser creado. A él le corresponde utilizarlo con sabiduría y moderación, y no volver a utilizar su libre albedrío en beneficio de los enemigos del Creador, so pena de convertirse eternamente en *el árbol de vida del mal*.

Volvamos a la prevaricación de Adán. Cuando conozcan el tipo y el fruto de este crimen, no considerarán injusta la pena que el Creador nos impone desde que nacemos, pena que recaerá irreversiblemente sobre nuestros descendientes hasta el final de los siglos. Adán fue la última criatura emanada; recibió el lugar central de la creación universal, general y particular; fue revestido de un poder superior al de todo ser emanado, conforme al destino que el Creador le asignaba; incluso los ángeles estaban sometidos a sus enormes virtudes y poderes. Tras reflexionar sobre su glorioso estado, Adán concibió y llevó a la práctica su mala voluntad en el centro de la primera capa gloriosa, denominada vulgarmente *paraíso terrestre*, y que nosotros denominamos misteriosamente *tierra más allá de todo sentido*. Este emplazamiento es llamado así por los amigos de la sapiencia, pues fue en este lugar conocido como Moriah donde se erigió el templo de Salomón. La construcción de este templo representaba realmente la emanación del primer

hombre. Para entenderlo, basta con saber que el templo de Salomón fue construido sin ayuda de herramientas de metal, para enseñar a todos los hombres que el Creador creó al primer hombre sin ayuda física material alguna.

Esta capa espiritual donde el Creador situó a su primer menor, se representa con el número 6 y una circunferencia. Mediante esos seis círculos, el Creador simbolizó al primer hombre los seis pensamientos infinitos empleados en la creación de su templo universal y particular. El séptimo, unido a los otros seis, anunciaba al hombre su unión con el espíritu del Creador, que sería su fuerza y su sostén. Sin embargo, pese a todas las precauciones del Creador para prevenir y proteger al hombre de sus enemigos, éste actuó según su propia voluntad, realizando una obra inicua.

Adán tenía el poder de crear una descendencia espiritual, es decir de forma gloriosa, semejante a la que él poseía antes de su pecado, forma impasible y de naturaleza superior a todas las formas elementales. Toda la gloria de dicha creación habría recaído en Adán; con su sola voluntad, el pensamiento espiritual divino habría convertido su fruto en un ser tan perfecto como él. Dios y el hombre realizarían una única operación, y Adán se vería renacer con enorme satisfacción en esa gran obra, pues sería en verdad creador de la descendencia de Dios. Sin embargo, lejos de cumplir los deseos del Creador, el primer hombre se dejó seducir por las insinuaciones de sus enemigos y por el falso propósito de apariencia divina que éstos le trazaron. Los espíritus demoníacos le dijeron: “Adán, en ti está innato el verbo de todo tipo de creación, conoces todos los valores, pesos, nombres y medidas. ¿Por qué no utilizas tu poder de creación divina?. Sabemos que todo ser creado estará sometido a ti. Crea, pues, criaturas, ya que eres creador. Actúa frente aquellos ajenos a ti para que rindan justicia a la gloria que mereces”.

Adán, lleno de malsano orgullo, trazó seis circunferencias similares a las del Creador; es decir, llevó a la práctica los seis pensamientos espirituales que tenía en su poder para satisfacer su voluntad creadora. Realizó su actuación criminal en presencia del espíritu seductor. Esperaba obtener el mismo resultado que el Creador Eterno, pero el espíritu maligno y él quedaron enormemente sorprendidos al ver el fruto de su operación: una forma tenebrosa y completamente diferente a la suya, en vez de la forma gloriosa que esperaban. En efecto, creó una forma simplemente material, en vez de pura y gloriosa, como estaba en su poder. ¿Qué hizo Adán entonces?. Reflexionó sobre el fruto inicuo de su operación y supo que había creado su propia prisión, donde él y sus descendientes quedarían confinados, en las tinieblas y la privación espiritual divina, hasta el final de los siglos. Esta privación consiste en la transformación de forma gloriosa en forma material y pasiva. La forma corporal que Adán creó no era realmente la que él tenía, sino la que tendría tras su pecado. Podríamos preguntarnos si la forma corporal gloriosa que el Creador concedió a Adán era semejante a la que tenemos actualmente. Yo diría que no se diferenciaba de la nuestra. La única diferencia es que aquella era pura e inalterable, mientras que ésta es inerte y está sujeta a la corrupción. El Creador se enfureció con el hombre por deshonorarse con una creación tan impura. Cabría preguntarse qué logró Adán con la forma material que creó. Sólo que de él naciese una estirpe de hombres, pues al crear esa forma pasiva

material degradó su propia forma impasible, de la que debían emanar formas gloriosas como la suya para ser morada de los menores espirituales enviados por el Creador. Esta descendencia de Dios habría sido ilimitada e infinita; la obra espiritual del primer menor habría sido la del Creador, estas dos voluntades de creación habrían sido una sola en dos sustancias. Entonces, ¿por qué dejó vivir el Creador al fruto de la prevaricación de Adán?, ¿Por qué no lo aniquiló al maldecir al primer hombre y toda la tierra?. El Creador dejó existir la obra impura del menor para que le sirviese de escarmiento inmemorial, de generación en generación, pues el hombre siempre tendría presente el horror de su crimen. El Creador no ha permitido que el crimen del primer hombre se borre bajo los cielos para que sus descendientes no pretendan ignorar su pecado, y sepan así que las penas y miserias que sufren y sufrirán hasta el final de los siglos no tienen su origen en el Creador, sino en nuestro primer padre, creador de materia impura y pasiva. (Utilizo el término materia impura porque Adán creó esta forma contra la voluntad del Creador).

Puede que se pregunten cómo acaeció la transformación de forma gloriosa de Adán en forma material y si fue el Creador quien dio a Adán esa forma material tras su pecado. Pues bien, apenas hubo ejecutado el primer hombre su voluntad criminal, el Creador, haciendo uso de todo Su poder, transformó su forma gloriosa en forma material impasible semejante a la de su obra criminal. El Creador transformó esta forma gloriosa, haciendo caer al hombre en los abismos de la tierra donde había obtenido el fruto de su pecado. Así, el hombre pasó a habitar la tierra, como el resto de los animales, pues antes de su crimen reinaba sobre esta misma tierra como hombre Dios, sin mezclarse con ella ni con sus habitantes.

Tras ese terrible suceso, Adán tuvo mayor conciencia de la atrocidad de su crimen. Inmediatamente, se dispuso a suplicar por su falta y pedir perdón al Creador por su ofensa. Se sumió en reclusión y así, entre gemidos y lágrimas, invocó al Creador divino:

“Padre de caridad y misericordia; Padre dador de vida y con vida eterna; Padre Dios de Dioses, de los cielos y de la tierra; Dios fuerte; Dios de justicia, de penas y recompensas; Padre Eterno todopoderoso; Dios vengador y recompensador; Dios de paz y bondad, de compasión caritativa; Dios de espíritus buenos y malos; Dios poderoso del sabbat; Dios de reconciliación de todo ser creado; Dios eterno y todopoderoso de las regiones celestes y terrestres; Dios invencible cuya existencia no tiene principio ni fin; Dios de paz y satisfacción, Dios de toda supremacía y poder, de todo lo creado; Dios que castigas y recompensas a Tu voluntad; Dios cuádruplemente grande de revoluciones y ejércitos celestes y terrestres de este universo; Dios magnífico, de toda contemplación; de seres creados y recompensas inalterables; Dios padre de misericordia sin límites con Tu débil criatura, escucha los gemidos de quien reconoce ante ti su abominable crimen. Es sólo la causa segunda de su delito. Reconcilia en ti a Tu hombre y somételo por siempre. Bendice así la obra salida de las manos de Tu primer hombre, para que no sucumba, como yo, a las tentaciones de quienes han provocado mi justo castigo y la obra de mi propia voluntad. Amén.”

Observen que en esta invocación al Creador para alcanzar su reconciliación, Adán proporcionó a sus descendientes un conocimiento exacto de las diferentes virtudes, poderes y propiedades del Creador, para que supiesen que habían sido creados para combatir por la gloria de Dios, y le rindiesen el culto por el que se les permitió subsistir. Este culto que el Creador exige actualmente a Su criatura temporal, no es el mismo que habría exigido a Su primer menor de haber permanecido en su estado glorioso. El culto que el hombre habría debido realizar en ese estado tendría una sola finalidad: sería totalmente espiritual; mientras que el culto que Creador exige actualmente a Su criatura temporal tiene dos finalidades: una temporal y otra espiritual. He aquí el resultado del pecado de nuestro primer padre.

Después de todo lo expuesto sobre el delito de Adán, no podemos obviar la apariencia física animal, espiritual, pasiva y eterna del hombre, sin dejar de reparar en los poderosos sentimientos e infinitas virtudes innatas en él. Hemos visto que el crimen tuvo su origen en las tentaciones de los espíritus perversos al primer hombre emanado de Dios, a quien llamamos *Adán* o primer *padre temporal* u *hombre roux o réaux*, que significa “hombre Dios de gran sabiduría, virtud y poder”, tres venerables cosas, innatas sin duda alguna en el hombre, que en él son el pensamiento, imagen y semejanza al Creador. Hemos visto que el pensamiento del delito no partió de él, sino de su voluntad como hombre libre. En efecto, como ya he dicho anteriormente, el pensamiento llega al hombre desde otro ser: si se trata de un pensamiento bondadoso, procede de un espíritu divino; si es maligno, procede de un demonio malo. Así, cuando el hombre pone en práctica su voluntad, su acción y operación están condicionadas por el pensamiento que haya concebido.

Esto no se limita únicamente a este mundo, ni a los hombres en general, sino que incluye los demás mundos y a los seres espirituales que los habitan; ya sean aquellos de los que el Padre Eterno se sirve para comunicarse con Su criatura menor y manifestar Su gloria en toda la creación del universo, u otros que nosotros desconocemos. Esta ley rige incluso entre los demonios, quienes, pese a ser condenados por el Creador en el momento de su pecado, disfrutaron total y plenamente de sus actos por su voluntad pensante, aunque no puedan esperar comunicación alguna con el pensamiento divino, salvo la que les llevaría a abandonar su voluntad maligna. Por tanto, lo que ocurre en la corte demoníaca, como ley y mandato de horror y abominación, sucede, aunque la comparación no sea posible, en la corte espiritual divina. El adalid de los demonios, que ha jurado atacar constante y porfiadamente las leyes del Creador, es el árbol de vida del mal por toda la eternidad; comunica sus malos pensamientos a los ángeles bajo su poder y éstos, siguiendo su péfida voluntad, los ponen en práctica para hostigar al menor. La única intención de este caudillo de las tinieblas es someter a los menores a sus tenebrosas leyes, intentando que parezcan tan netas y claras como las que el Creador entregó a Su criatura.

Los pensamientos divinos que recibimos por la comunicación invisible de un buen espíritu o intelecto no deben ser considerados voluntad operante divina, sino simples pensamientos. El hombre pone en práctica su voluntad tras dicha comunicación de pensamientos, que denominamos intelecto. Lo mismo

podemos afirmar de la comunicación de pensamientos o intelectos malignos a los menores.

Al dejarse influir por la comunicación de este tipo de intelectos buenos y malos, el primer hombre degeneró de su estado de ser pensante. En su primer estado glorioso, Adán no necesitaba la comunicación de los intelectos buenos y malos para conocer el pensamiento del Creador y del príncipe de los demonios. Leía por igual en uno y otro, pues era un ser enteramente pensante. Pero cuando se encontró solo con sus propias virtudes, poderes y libre albedrío, su orgullo le llevó a dejarse influir por los intelectos buenos o malos, convirtiéndose así en lo que denominamos ser pensativo. Cristo mismo nos demostró esa imperfección del menor, pues el príncipe de los demonios le tentó bajo forma humana aparente, ejerciendo su voluntad demoníaca contra Él en la montaña Tabor. Es decir, el menor concibe su mala voluntad únicamente tras la insinuación del intelecto malo; así fue exactamente como el primer hombre concibió y llevo a cabo su crimen.

Les he explicado la naturaleza de esta falta con la misma certeza con que me fue explicado por uno de mis fieles amigos, seguidor de la Verdad y privilegiado por la Sabiduría. Han visto el terrible comportamiento del primer hombre, Dios de toda la tierra, al crear una forma material a imagen y semejanza de su forma corporal gloriosa. Ya les he contado que esta forma que Adán creó no era en modo alguno gloriosa, sólo era una forma de materia aparente, muy imperfecta además, al ser el fruto de la operación de una voluntad perversa. Evidentemente, este comportamiento debía ser castigado por el Creador, pues Adán había abusado injustificadamente de su poder. Sin embargo, el Padre Eterno había prometido a Adán que actuaría con él en todas las acciones realizadas en Su nombre, y debía cumplir Su firme promesa de secundarle en cualquier circunstancia en que lo necesitara. Adán se sirvió de esa promesa para manifestar su poder innato sobre todo ser espiritual. Recordó al Creador la promesa inquebrantable de culminar sus obras. En base a Su inmutabilidad divina, le requirió que cumpliera las palabras pronunciadas por propia voluntad en favor de su creación material. Dios, comprometido con Adán por la fuerza de Su juramento inquebrantable, unió Su operación espiritual a la acción temporal de Adán, tal como le había prometido, pese a no ser esa Su voluntad. El Creador culminó la obra de Adán como éste deseaba, confinando en la forma material a un ser menor; el desdichado Adán encadenó a dicho ser a una horrible prisión de tinieblas, convirtiéndolo en pensativo y pensante, y precipitándolo en una privación que podría ser eterna o limitada.

La palabra *pensativo* nació de la unión del intelecto maligno con el ser menor que, por su naturaleza espiritual divina, emanó como *ser pensante* en toda la inmensidad del Creador. Esta unión intelectual hizo degenerar al menor de su estado primitivo, convirtiéndole en pensativo por las nociones intelectuales recibidas del espíritu malo; así, el menor es pensante sólo momentáneamente, cuando se une completamente con el espíritu bueno. No es sorprendente, pues, que Adán se convirtiese en un ser pensativo y pensante tras su pecado. Las diferentes maneras de pensar, actuar y obrar de los descendientes de nuestro primer padre temporal lo demuestran claramente. Entre ellos encontramos diferentes nacionalidades, lenguas, cultos divinos o

materiales, y una variedad infinita de transformaciones, tanto generales como particulares. Además, los hombres de todos los tiempos han mantenido siempre una comunicación constante e íntima, compartiendo unos con otros sus pensamientos, de carácter espiritual o material. Esto demuestra que son prácticamente incapaces de actuar solos, por eso se apoyan en las insinuaciones buenas o malas de los espíritus que viven en las tinieblas. Podemos decir que los descendientes de Adán son *pensativos* y *pensantes* pues han alcanzado un estado contrario a su naturaleza espiritual, debido a la comunicación de seres espirituales buenos y malos, a los que permiten actuar en su presencia.

Sin embargo, es necesario señalar que han existido menores cuyo nacimiento y vida temporal sólo han sido señalados por la voluntad y obra divina. Estos menores debían manifestar la gloria del Padre Eterno y, pese a que su forma derivaba de la descendencia de Adán, el menor que la habitaba era, en verdad, un ser netamente pensante, nunca pensativo. ¿Por qué?. Porque el Padre Eterno le manifestaba Su propia voluntad mediante la visión de uno de Sus emisarios, que le anunciaba claramente lo que debía hacer para cumplir la voluntad divina. La inspiración intelectual y la operación visual del espíritu son cosas diferentes, como aclararé al hablar de los menores emanados antes que Adán por voluntad del Creador y para manifestación de Su gloria.

En los primeros tiempos de la descendencia del primer hombre, *Helí*, a quien llamamos *Cristo* y era, sin duda alguna, un ser pensante, reconcilió a Adán con la creación. *Enoc* reconcilió a los primeros descendientes de Adán bajo la descendencia de *Set*. Noé, al reconciliar la suya, reconcilió a la segunda descendencia de Adán y, posteriormente, a la tierra con Dios. Melquisedec confirmó estas tres primeras reconciliaciones al bendecir las obras de *Abraham* y a sus trescientos siervos. Esta bendición es una repetición de la que Dios impartió a los tres hijos de Noé: *Sem*, *Cam* y *Jafet*. *Abraham* y sus trescientos servidores forman el número perfecto cuatro, el mismo número cuaternario que formó Noé con sus tres hijos.

El número octavario, que resulta de la unión de estos dos números cuaternarios, nos indica que todas esas reconciliaciones y confirmaciones fueron realizadas directamente por Cristo. Pues, pese a tener lugar con la asistencia de menores emanados para tal fin, éstos eran únicamente figuras aparentes empleadas por Cristo para manifestar la gloria y misericordia del Creador con los reconciliados. Sabemos a ciencia cierta que en el número ocho está innato el doble poder que el Creador entregó a Cristo; además, este número indica todo lo que el Mesías realizó por los hombres temporales de la primera y segunda descendencia de Adán. La descendencia de *Set* es considerada la segunda descendencia de Adán, pues se dispuso para su reconciliación; no incluimos la de Caín ya que todavía debe alcanzar su reconciliación y sigue rindiendo tributo a la justicia del Creador, como queda claramente indicado por el tipo de la maldición de Noé a su hijo Caín*, tras llegar el arca a tierra. Siguen desterrados en la región sur, señal inmemorial para los hombres de todas las generaciones de que aún no se han reintegrado

espiritualmente en todos sus poderes y virtudes personales, aunque ya no estén sobre la superficie terrestre.

Deben saber que lo sucedido a Caín fue profetizado por una señal manifiesta a los hijos de Noé, que éstos no comprendieron. Esta señal fue la huida del cuervo del arca antes de que avistaran tierra. Dirigió su vuelo hacia el sur y nunca más regresó al arca, ni volvieron a verlo una vez en tierra. El tipo de esta huida del cuervo indica que el hombre podría prever cualquier hecho desdichado o venturoso que le ocurra, pues se le habrá anunciado de alguna manera. Si el hombre analiza sus pensamientos verá el mal o el bien que puede resultar de ellos, pues el intelecto bueno no dejaría que nada ocurriese a la criatura que protege, sin hacerle vislumbrar las posibles consecuencias buenas o malas.

Quizás se pregunten por qué los primeros descendientes de Adán por parte de Caín no se han reconciliado aún con el Creador. ¿No vino Cristo a redimir a vivos y muertos?. ¿No abrió el Hijo de Dios las puertas del reino de los cielos a todos los que habían muerto en pecado, mediante Su pasión y derramamiento de sangre?. Entonces, los descendientes de Adán por parte de Caín deberían participar en esa redención. Sin embargo, Cristo sólo reconcilió con Dios Padre a aquellos identificados con la señal de la operación espiritual de los justos. Dicha señal era clara e indiscutible: debía favorecer a quienes estuviesen dispuestos a afianzar su fe y confianza en la misericordia del Creador; así defenderían firmemente la poderosa manifestación de la justicia divina que Cristo había demostrado espiritualmente a todos los habitantes de la tierra en privación divina. Esta fue, en verdad, la actuación de Cristo, como voy a explicar.

No puede existir la menor duda sobre la virtud y la omnipotencia de Dios Hijo, acción directa de la voluntad del Creador, Padre de todas las cosas. No podemos dudar que la creación fue realizada por el Creador en presencia de Su Hijo divino, quien confirmaba cada pensamiento divino que se llevaba a la práctica, diciendo: "Todo es bueno". Para poder afirmar esto debía conocer exhaustivamente la naturaleza del pensamiento del Creador. Conocía, en efecto, toda la bondad y beneficio de los santos pensamientos que el Creador ejecutaba ante Él y demostraba su júbilo y complacencia, diciendo: *Yo estoy en Ti y en Tus obras, Creador Todopoderoso, tal como Tú estás en Mí y en Mis obras. He unido los confines de todo lo que has creado, según Tu voluntad. Quien que te siga y me siga demostrará y confirmará Tus obras y las Mías, y enseñará a todos los seres espirituales divinos la voluntad de las leyes inalterables, principio de todo ser creado.* Gracias a dichas leyes todo ser emanado actúa según su virtud y poder, bueno o malo, y toda operación espiritual temporal, y su resultado, recaen sobre quienes obran en beneficio o perjuicio de la gloria del Creador y Su criatura. Ahora entenderán que el mismo Cristo dirige las acciones de los justos para ayudar a los menores convertidos en esclavos de demonios y a quienes sufren, también actualmente, la persecución de los espíritus demoníacos. En especial, esto es evidente por los tres días que Cristo permaneció ignorado de la tierra y sus habitantes. El primer día descendió a las esferas de mayor privación divina, llamadas vulgarmente infiernos, para liberar de su horrible esclavitud a los menores marcados con la

señal de la reconciliación. Esa fue, en verdad, su primera actuación, pues vino a los hombres para aplicar directamente la justicia divina contra los enemigos del Creador.

La segunda intervención de Cristo fue en beneficio de los justos, a quienes denominamos *Santos Patriarcas*. Aún rinden tributo a la justicia del Creador, no por haber llevado una vida criminal ni haber tenido un comportamiento espiritual malo, sino para expiar el estigma de haber permanecido en una forma material, a la que descendieron por el pecado de Adán, cuando debían haber vestido un cuerpo de gloria incorruptible, como demostró empíricamente la gloriosa resurrección de Cristo. Mediante su actuación doblemente poderosa, el Mesías (que significa “redentor espiritual divino”) eligió a los menores patriarcas cuya vida temporal sería un tipo real de Su advenimiento y omnipotencia, para que manifestasen de la justicia divina sobre todos los seres emanados. Para ello, los patriarcas recibieron de Cristo un poder doblemente poderoso; así, conocían todo lo que Cristo hacía y haría en el futuro en su beneficio y en el de los menores, desde una posición divina superior a la suya. No debe sorprendernos que este Ser reconciliador decidiese privilegiar así a los menores elegidos para ser instrumento de la manifestación de la gloria divina; permitiendo, además, que dicho carácter se reflejase en los menores en privación divina mediante sus operaciones espirituales divinas, para mayor gloria del Creador y mayor humillación de los demonios. Por esta disposición y preparación espiritual divina, el Redentor auxilió primero a los menores más oprimidos, que necesitaban más ayuda que los que ya conocían Sus obras para glorificar al Creador.

Sin duda desearán saber en qué consistía ese carácter que el Redentor concedió a los santos patriarcas. Éstos eran seres espirituales mayores, más poderosos que los menores gloriosos; únicamente se diferenciaban de los hombres por sus acciones espirituales entre menores reconciliados aún no redimidos. La intervención de Cristo desencadenaba en estos menores patriarcas un enigmático cambio: gracias a su poderosa naturaleza, estos justos menores eran más conscientes de la ternura indestructible y eterna del Creador hacia Su criatura; sabían que Su intención al crearla no fue que se corrompiese, aunque eso fue precisamente lo que ésta hizo.

La intervención de Cristo (cuyo nombre significa “receptáculo de intervención divina”) ante los menores fue completamente diferente a la que habían percibido en el pasado, encomendándoles un trabajo muy distinto al que realizaron durante su vida temporal; para hacerse una idea, piensen en las diferentes usanzas de los habitantes de la superficie terrestre, aunque la comparación no sea válida. Los esclavos de los demonios recibieron un carácter similar, procedente de la acción santa de estos gloriosos patriarcas, que cumplían, junto con el mayor espiritual doblemente poderoso, la voluntad de Cristo. Así, los esclavos de los demonios recibieron una señal de la reconciliación divina más fuerte que la de los menores patriarcas, pues la acción de la señal de éstos debía ser limitada, mientras que la de los esclavos de los demonios debía conseguir mayores y más importantes logros. Por lo tanto, la transformación de los menores patriarcas fue enorme, aunque infinitamente inferior a la que experimentaron los esclavos de los demonios, ya

que el espíritu que moraba en ellos debía ejecutar dos acciones: la reconciliación de los menores y el castigo de los mayores perversos. He aquí las dos primeras operaciones de Cristo en los dos primeros días que permaneció apartado de los hombres, que representaban a toda la creación el tipo de la muerte y la posterior reconciliación y resurrección espiritual.

La tercera operación de Cristo hace alusión al tercer día de su sepultura; fue realizada sobre dos clases de menores que estaban más o menos recluidos en privación divina. Así, esta tercera operación fue dividida en dos elementos, uno visible y otro invisible para los mortales ordinarios, dado que la materia no puede ver y concebir el espíritu sin morir o sin que el espíritu la disuelva y la destruya.

El elemento invisible de la tercera operación de Cristo disminuía el trabajo y acciones penosas de los menores durante su recorrido universal, general y particular, según lo prescrito por el Creador.

Sabemos de este recorrido universal al que está sometido el menor gracias al esmerado estudio de los tres principales círculos esféricos por hombres de todos los tiempos (incluyendo los del presente siglo), con la finalidad de dominar los diferentes medios para recorrer la superficie terrestre. Debido a su escaso conocimiento y a los envidiosos motivos de su estudio, algunos hombres consideran que la finalidad de estos tres círculos es satisfacer sus codiciosas pasiones materiales. Es cierto que estos tres círculos, denominados *círculo sensible*, *círculo visual* y *círculo racional*, permiten al hombre aumentar sus conocimientos sobre el espacio y los límites de la creación universal, general y particular; pero quienes únicamente los consideran bajo un prisma material se encuentran en las más tenebrosas tinieblas.

Desde el punto de vista espiritual, el círculo menor está relacionado con el sensible, el círculo intelecto con el visual y el círculo mayor con el racional; estos tres círculos son simplemente diferentes planos en los que los menores justos completarán su acción temporal, invisible para el hombre material. Esta operación comienza en el círculo sensible; desde ahí, los menores pasan al círculo visual, donde surge el impulso de su actuación espiritual (que denominamos reacción); como la superficie de este segundo círculo es infinitamente mayor a la del primero (donde han finalizado el recorrido de su actuación natural), los menores descansan, a la sombra de su reconciliación, en el círculo que denominamos racional.

Todos los cuerpos planetarios y elementales habitan en estos tres círculos principales. Estos círculos también se distinguen por los principales poderes divinos en ellos, como explicaré con ayuda de tres números: el número cuatro corresponde al menor, el número siete al espíritu y el número ocho al doble espíritu, que es Cristo. Cristo dirige al espíritu, el espíritu dirige al menor y el menor dirige a la forma terrestre. Así, como ya he dicho, el primer elemento de la tercera operación de Cristo consiste en acortar el recorrido y los trabajos de los menores en estos tres círculos, para que puedan descansar a la sombra de su reconciliación.

El segundo elemento, visible para los hombres materiales, consiste en el proyecto que Él mismo les ha trazado, ya sea mediante Su resurrección o mediante instrucciones entregadas a Sus fieles elegidos con Su palabra espiritual divina. Esto es en verdad lo que sé y lo que me ha sido contado sobre la reconciliación realizada por Cristo, reconciliación dispuesta por los justos que Él mismo eligió y a quienes brindó el primer ejemplo, como voy a explicar.

Helí reconcilió al primer hombre con el Creador mediante su espíritu, que se unió al primer menor emanado. Enoc, gracias a su justicia, actuó en favor de los descendientes, vivos y muertos, de Set, cediéndoles el carácter o señal auténtica de su intervención. Con esta señal marcó a quienes fueran dignos de acompañar a Cristo a presentarse ante Su padre, el Creador, para rendirle cuentas de las obras realizadas para Su glorificación y para humillación de Sus enemigos. Noé desempeñó ese mismo papel, tal como Melquisedec, Elías, Zorobabel y Cristo. Fueron enviados por el Creador para identificar a los menores espirituales que presenciarían el triunfo de la manifestación de la justicia divina gracias al poder del Hombre Dios divino.

No detallaré las diferentes actividades de estos justos para identificar a la corte que acompañaría a Cristo cuando se presentara en espíritu ante el Creador, Padre de toda autoridad y poder divino inmutable. Quizás se pregunten cómo es posible que los justos nombrados llevaran esto a cabo. ¿No prevenían las leyes inmutables dictadas por el Creador en la creación universal todo suceso temporal o espiritual?. No, Dios no podía prever lo que no había dispuesto; como ya he dicho, sólo podía leer en el pensamiento una vez que había sido concebido y no podía detener la voluntad de los seres espirituales. Sin esta libertad, Adán no habría podido pecar, su crimen desencadenó tal cambio que el Creador se vio obligado a modificar el funcionamiento de la creación general y particular. Por creación general debemos entender la tierra; y por creación particular, todos los menores que la habitan, tanto en el cuerpo terrestre como en el celeste. Este delito, que no pueden olvidar pese a desconocer aún su carácter exacto, obligó al Creador a aplicar la ley divina contra su creación.

Ya saben que el Creador emanó a Adán, hombre Dios justo de la tierra, dotándole de un cuerpo glorioso incorruptible. Saben que, tras su pecado, le maldijo personalmente junto a su obra impura y maldijo luego toda la tierra. También saben que, por este pecado, Adán degeneró de forma gloriosa en forma material terrestre. Sabrán, pues, que todo esto no habría podido adaptarse a la naturaleza general y particular si el Creador no hubiese suspendido y retirado temporalmente los poderes que había otorgado al primer hombre en su estado de justicia. La transformación de Adán, de cuerpo glorioso a cuerpo de materia terrestre, anunciaba las nuevas leyes decretadas por el Creador hasta que alcanzase su reconciliación. Tras esta reconciliación el Creador le bendijo por segunda vez y le perdonó su falta, pero le dotó de un poder inferior al que poseía antes de su crimen. La demostración física la tenemos en las diferentes leyes que Moisés bajó de la montaña. Moisés no entregó al pueblo de Israel las primeras tablas de la ley; la prevaricación de este pueblo le llevó a destruirlas, privando a los israelitas de la ley divina que

tan ansiosamente deseaban recibir. Posteriormente, Moisés se reconcilió con su pueblo, prometiéndole una segunda ley en nombre del Padre Eterno; ley que sería entregada siguiendo la voluntad divina, para favorecer la reconciliación del pueblo elegido. Esta reconciliación no podía proceder únicamente de la voluntad y poder de Moisés, sino del poder del Creador. Todo el poder de un solo hombre no lograría reconciliar a veinte personas; si Moisés hubiese actuado por su cuenta, sin ayuda de un ser superior, todas sus palabras y esfuerzos habrían sido en vano. Imaginemos que ocurriría con los hombres de nuestros días, que consideran ignorantes a los hombres de los primeros siglos. ¿Qué podríamos hacer, cómo reconciliar a los hombres del siglo actual, que no han presenciado ninguna manifestación física, espiritual o divina, salvo las de las leyes inmutables de acción y conservación de la creación universal durante el periodo prescrito por el Creador?. Quizás deseen conocer la duración de ese periodo, pero éste no es lugar para hablar de ello. Voy a continuar con la explicación del tipo del crimen de Adán, pues en él tuvieron su origen todas las épocas, tipos y diferentes hechos acaecidos desde el principio del mundo hasta nuestros días, así como los que ocurrirán hasta el final de los siglos.

La congoja de Adán al convertirse en pensativo y pensante marcaba el inicio de la primera de las desoladoras épocas que sufrirían sus descendientes. Su perturbación, su agitación y los enfrentamientos que sentía en su interior tras ser confinado en ese segundo cuerpo de materia terrestre le hicieron tener mayor conciencia de las inmensas consecuencias de su pecado. En este estado, se lamentó ante el Creador; suplicó la clemencia del Dios vivo, que es Cristo, y del Dios dador de vida. Estando sumido en esa amargura, el espíritu le presentó el fruto de su pecado, afligiéndole y aumentando el peso de sus remordimientos al considerar su obra. Comprendió lo que le pedía el Creador. Este desdichado hombre sabía que debía reconocer sinceramente su falta y confesar su creación y su obra. Adán satisfizo la voluntad divina; confesó con toda sinceridad la obra de su pensamiento maldito y su voluntad, que le unirían al fruto de su trabajo por tiempo inmemorial. Confirmó esta confesión llamando al fruto de su pecado Houva u Hommesse, que significa “carne de mi carne, huesos de mis huesos, y obra de la operación por mí concebida y creada por mis manos deshonoradas”. Esto es lo que deseaban saber respecto al tipo de la prevaricación de Adán.

Lo que acabo de relatarles sobre el pecado de Adán y su fruto explica claramente nuestra naturaleza corporal y espiritual, así como la degeneración de ambas, pues el alma pasa a estar sometida al sufrimiento de la privación, y la forma es pasiva, cuando habría sido impasible si Adán hubiese unido su voluntad a la del Creador. También entenderán lo que, desde el punto de vista espiritual, denominamos *decreto pronunciado por el Padre Eterno contra la descendencia de Adán hasta el final de los siglos*, y es llamado vulgarmente *pecado original*.

Pero debo explicarles más claramente el cambio de las leyes rituales de actuación en la creación general y particular tras el crimen del primer hombre. Ya les he mostrado el alcance del poder, virtud, mandato y autoridad del primer menor emancipado en su cuerpo glorioso. Les he enseñado cómo perdió su

forma gloriosa, pasando a tener una forma material terrestre debido a su crimen. Sin embargo, el segundo cuerpo de materia terrestre tenía la misma figura aparente que el cuerpo glorioso en el que Adán había sido emanado. Por lo tanto, sólo cambiaron las leyes por las que se regía en su primer estado de justicia.

Al cambiar la naturaleza de la acción de un ser temporal, cambian necesariamente sus leyes de actuación; cuando el Creador redimió a la creación general universal y particular, se desencadenó un cambio en las leyes que la regían antes de su maldición y de su reconciliación. Lo mismo ocurrió con el primer hombre; como su estado de gloria había cambiado, era absolutamente necesario que el Creador modificase también las leyes de actuación que le había entregado, pues las primeras leyes no eran adecuadas para actuar sobre una forma corporal tan limitada como la que Adán se vio obligado a revestir y dirigir por autoridad divina.

Como supondrán, las leyes que rigen las formas corporales de materia aparente pasiva no son, en absoluto, las mismas que rigen todo espíritu menor con una forma de cuerpo glorioso, cuyo origen no está en la materia que vemos condensada físicamente. La forma gloriosa no puede estar habitada por un menor u otro espíritu en privación divina, pues ha sido creada por el Padre Eterno para manifestar Su gloria entre los hombres o donde Él decida, al igual que el menor y cualquier otro espíritu. Yo diría aun más, como Adán y sus descendientes estaban limitados por esta forma de materia terrestre, no debían rendir al Creador el mismo culto para el que fue emanado el primer hombre. Como el primer menor había cambiado de forma, era absolutamente necesario que cambiase su forma de actuar. Esta nueva intervención está infinitamente limitada por la fuerza de las leyes del Creador contra Adán y toda su descendencia hasta el final de los tiempos.

Dicha limitación no debe sorprenderles, dado el uso inicuo que Adán hizo del Verbo recibido del Padre Eterno para crear una descendencia de Dios. Este Verbo, que quizás desconozcan y consideren incomprensible, consistía en la intención y la voluntad que desencadenarían la poderosa palabra del primer hombre. Sin embargo, para entender claramente el Verbo de descendencia de Dios innato en Adán, debemos remontarnos a los diferentes Verbos que utilizó el Creador, según su intención, voluntad y palabra, en la creación universal (que comprende la creación general y la particular), origen de toda acción, forma y ser espiritual menor.

Explicaré los principales Verbos de Creación utilizados por el Padre Eterno combinando estas tres cosas, intención, voluntad y palabra, con las tres anteriores. La intención está relacionada con la creación del universo, representada por un inmenso círculo en cuyo interior discurren y actúan el general y el particular. La voluntad está relacionada con la creación del general o de la tierra, representada por un triángulo, figura concebida por el Creador en su imaginación pensante. La palabra está relacionada con la emanación particular de menores espirituales que habitan en la forma corporal particular terrestre (forma similar a la tierra), realizada, asimismo, tal como fue imaginada por el pensamiento divino.

Lo anterior, y lo que expondré a continuación, les ayudará a entender el Verbo de Creación innato en Adán. Sin la intención del Creador, no habría existido la voluntad ni la palabra de acción. Ahora bien, como el ser espiritual menor no es más que el fruto de la actuación de estos tres principios divinos, era necesario que el primer hombre llevara las huellas de su origen; por tanto, estos tres principios debían estar innatos en él cuando el Creador le liberó de su inmensidad divina para ser hombre Dios de la tierra.

Hemos visto anteriormente que Dios no puede crear el mal; consecuentemente, Adán fue emanado en el bien y la justicia. Adán poseía un Verbo poderoso; de su palabra de mandato, su buena intención y su voluntad espiritual divina debían nacer formas gloriosas impasibles y semejantes a la que el Creador había concebido en Su imaginación. Estas formas gloriosas no serían de la misma naturaleza que las formas de materia terrestre, destinadas, por voluntad del Creador, a servir de prisión a los espíritus prevaricadores. Así, la forma que recibió Adán era meramente espiritual y gloriosa, para que dominase sobre toda la creación y ejerciese libremente su poder y mandato sobre todos los seres que le había entregado el Creador.

Esta forma gloriosa es una figura aparente que el espíritu concibe y engendra dependiendo de sus necesidades y las órdenes que recibe del Creador. Esta forma se reintegra en el momento en que es creada por el espíritu. La denominamos impasible porque no está sometida a ningún poder elemental, excepto el poder puro y simple. No necesita alimento alguno, salvo el que le procura su espíritu. Esta forma gloriosa habría sido perpetuada por Adán en la reproducción de su descendencia espiritual, sin intervención de la materia, tal como demostró el advenimiento y resurrección de Cristo, y la bajada del Espíritu Divino al Templo de Salomón.

Todo lo que hemos visto debe disipar sus dudas sobre el cambio elemental de las leyes de actuación tras la prevaricación del primer hombre, tanto en el cuerpo general y particular, como en los menores y en su conducta actual, que es diferente a aquella para la que fueron emanados. Por otro lado, vuelve a aparecer el glorioso número ternario de creación de toda forma, al combinar intención, voluntad y palabra creadora de acción divina, que es, sin duda alguna, el Verbo. En efecto, ¿de qué serviría la intención sin la voluntad, la voluntad sin la palabra, la palabra sin el efecto o la acción?. Fueron necesarias la intención, la voluntad y la palabra para llevar a cabo cada una de las tres partes de la creación, pero la palabra fue la que determinó la actuación de la intención y la voluntad divina. Esta determinación da lugar al Verbo; por lo tanto, sólo en el Verbo del Creador existe el número ternario de creación general universal y particular. La intención, la voluntad y la palabra tienen un efecto espiritual, o acción, que demuestra que el Verbo de Creación no surge de sí mismo, sino que emana de ellas.

Gracias a este Verbo, y a su emanación, sabemos a ciencia cierta que el primer número ternario de creación es eterno en Dios, veamos: la intención 1, la voluntad 2 y la palabra 3, de donde proceden la acción o el Verbo. Sumando estos tres números obtenemos 6, de la siguiente manera: 1 y 2 suman 3, 3 y 3

suman 6. Así se completan los seis pensamientos de creación general y particular del Padre Eterno. Sin lugar a dudas, este número está presente en la creación universal, general y particular.

Lo que acabo de decir debe aclararles el origen de todo ser creado, tanto espiritual como material, así como el enorme poder que tuvo en otro tiempo el primer hombre, poder que aún podrían tener sus descendientes. No obstante, este poder le sirve de poco al hombre si no se reconcilia con el Creador. Es más, me atrevería a decir que no sirve de nada; hasta las bestias tienen mayor virtud con su instinto pasivo, que el menor espiritual que ha degenerado y se pierde en la inacción espiritual divina hasta el punto de convertirse en tumba de la muerte. Con la expresión “tumba de la muerte” quiero decir que los desdichados menores que no se reconcilien, serán presa de los espíritus perversos, quienes les harán permanecer en su falta por tiempo indefinido.

Tal suerte correrán los menores que no rindan justicia al Creador. Vean cuán importante es permanecer alerta e intentar imitar a Adán. Tras confesar su crimen con sinceridad y arrepentimiento amargo, Adán obtuvo la reconciliación del Creador y recuperó parte de sus primeras virtudes y poderes sobre los tres tipos de creación temporal, *bajo condición, eso sí, de que en el futuro su intención y voluntad respetasen las leyes de la reconciliación*. Analicen esta reconciliación y volverán a encontrar el número ternario: Adán, Cristo y el Creador. Observarán que esta triple esencia divina conforma claramente los tres principios de toda creación: la intención del Padre 1, la voluntad de Cristo 2 y la palabra del menor espiritual procedente de la intención y voluntad de los dos primeros 3. Incluyo al menor en las tres primeras esencias divinas pues es producto de la intención del Padre, de la voluntad del Hijo redentor y de la acción del Espíritu Divino; como explicaré más claramente al describir la cuádruple esencia divina, de la que aún no les he hablado.

Seguiré hablando de la reconciliación perfecta del primer hombre. El Creador bendijo a Adán y su obra impura diciendo: “Adán glorifica tu obra, para que juntos tengáis una descendencia de forma particular, que será la representación cierta e indudable de la figura universal general, al igual que la forma que tú riges, por el tiempo que he prescrito”. Estas son las palabras que recogen las Escrituras: Creced y multiplicaos. Es decir, una vez que Adán y Eva dejaron su primera morada, se les ordenó reproducirse en formas semejantes a la suya; Adán y Eva cumplieron esta orden con tal pasión de los sentidos materiales que el primer hombre vio postergada su reconciliación completa. No obstante, engendraron la forma corporal de su primer hijo, al que llamaron Caín, que quiere decir “hijo de mi dolor”. Adán le dio ese nombre pues sentía que había obrado conducido por una pasión desordenada y contraria a la moderación deseada. (Digamos, de paso, que la orden directa que el Creador dio a Adán nos indica que le nombró guardián de su simiente reproductora).

Adán tuvo razón al llamar a su primogénito “hijo de mi dolor”, pues por esta obra quedó suspendida su reconciliación. Además, al llamar Caín a su primogénito, profetizó el gran dolor que sufriría en el futuro por el grave delito

de sus descendientes, que contravendría las leyes, preceptos y mandatos divinos; por ese motivo, Adán fue considerado el primer profeta por su propia descendencia.

Sin embargo, ese hijo engendrado con una pasión contraria a las órdenes del Creador, contribuiría a la reconciliación del primer padre; el vivo dolor que le haría sentir le haría revivir la negrura de su pecado original, pues Caín llevaría a cabo su crimen en presencia de Adán. El golpe fue tan cruel, como amargo el remordimiento que hizo nacer en el corazón de su padre. Así, es imposible imaginar el dolor y abatimiento de Adán al ver a su primogénito presa de los poderes demoníacos. Nadie como él podía juzgar su propio dolor y el de su hijo; poco antes Adán había sido liberado, gracias a la misericordia del Creador, de manos de esos mismos demonios que acababan de seducir a su primogénito y precipitarle en la privación divina por la eternidad.

Esta doble pena llevó a Adán a apoyarse en las leyes recibidas y en su confianza en el Creador. Cada vez lamentaba más haber participado en la concepción de su desdichado hijo, contraria a los límites prescritos por el Creador. Mediante juramento sincero, se sometió a la voluntad del Creador, prometiendo no alejarse jamás de las leyes, preceptos y mandatos que Él le señalara, bajo pretexto alguno. Pero esta resignación del primer padre fue sólo aparente, pues no tuvo la perseverancia que había jurado; al contrario, él y su compañera Eva, tuvieron una hija a quien llamaron Cainán, que quiere decir “hija de la confusión”, pues su concepción se realizó con las mismas leyes con que fue concebido Adán.

Cinco años más tarde, al ver Adán a sus dos hijos tan unidos, creyó que había llegado el momento en que acabarían todas sus penas. Se cegó nuevamente y concibió con Eva un tercer hijo, también mujer, a quien llamó Aba 1, que quiere decir “hijo material o hijo de privación divina”. Pasaron entonces seis años sin que Adán tuviese más descendientes, pues en ese tiempo, y a partir del nacimiento de su tercer hijo, cayó en un estado de gran abatimiento. Su disgusto consigo mismo era tal que no sabía qué hacer. Cayó en una inacción total, insensible a cualquier impresión buena o mala de espíritus divinos o demoníacos. La razón de su abatimiento era el profundo conocimiento de todos sus anteriores crímenes contra el Creador. El espíritu bueno le procuró ese conocimiento, haciéndole entender claramente que la tierra que había cultivado hasta ese momento contra las órdenes del Creador, sólo le ocasionaría dolor y amargura, y sería el veneno de la discordia entre todos sus descendientes.

En esto se resume la amenaza del Creador al expulsar a Adán del Paraíso Terrestre, como relatan las Escrituras: “*Ve y cultiva la tierra; sólo recogerás espinas*”. Me pregunto si existirá espina más hiriente para el corazón de un padre bueno que una descendencia criminal. Así, el Creador anunció al primer hombre los males que le causarían su obra de materia terrestre. Viendo al primer hombre en tal estado, el Creador decidió perdonar todas sus debilidades, ordenándoles, a él y a su compañera, una concepción pura y simple, sin excesos de ningún tipo en sus sentidos de su forma material. Así, la descendencia de Adán no se limita a los tres hijos de los que les he

hablado; tuvo cuatro hijos más, dos varones y dos hembras, siendo el primero de esos cuatro hijos quien obraría la reconciliación de su padre.

De este modo, Adán realizó con su compañera una intervención que agradó al Creador; Eva concibió la simiente que Adán había vertido en sus entrañas, guardándola dichosamente hasta su completa madurez. No debe sorprendernos que Eva cuidase de manera especial este nuevo fruto, pues sentía nacer en ella la raíz de la salvación. Continuemos con la descendencia de Adán.

Adán y Eva protegieron de manera especial a este cuarto hijo. Nunca le perdían de vista, aunque aún no sabían exactamente qué les aportaría. No podían dejar de admirar su conducta, tanto con sus dos hermanas y su hermano Caín, como con su padre y su madre. Desde la más tierna edad, sin contar aún tres años, intentaba ganar su amistad; su bondad, sabiduría y virtud fueron en aumento durante el tiempo que permaneció entre los hombres como hombre Dios justo sobre la tierra. Este bienaventurado niño ofrecía continuamente al Creador cultos espirituales que sorprendían a toda su familia. Todos sus trabajos pretendían apaciguar la justicia de Dios contra su primera criatura y sus descendientes, pues sabía con qué fuerza golpearía la justicia divina a esa descendencia. En pocas palabras, Abel se comportaba con el Padre Eterno como debería haberlo hecho Adán en su primer estado de gloria; el culto que rendía al Creador era el ejemplo real de lo que Éste esperaba de su primer menor.

Asimismo, Abel era un ejemplo palpable de la manifestación de la gloria divina, que sería revelada un día por el verdadero Adán o Cristo para la reconciliación total de los descendientes pasados, presentes y futuros del primer hombre, siempre que siguiesen el plan trazado por la misericordia divina.

Los tres primeros hijos de Adán tenían una conducta totalmente opuesta a la de Abel. Pero Adán y Eva se sentían en paz. Eva se sentía colmada de inexplicable júbilo y satisfacción, mientras que durante la gestación de sus tres primeros hijos sólo había sentido un cruel dolor. La diferencia estribaba en los dones presentes en el alma de este cuarto hijo por la gracia del Padre Eterno. Este alma le comunicaba su inocencia, su candor y su pureza. Adán volvía a sentirse satisfecho y feliz, lo que aumentaba más aun la dicha de Eva. Recordaban placenteramente el momento en que concibieron este cuarto hijo, siete años después del nacimiento de su tercer hijo. Adán no pudo evitar alabar al Señor, diciéndole: *“El Creador Eterno de los cielos y la tierra y de Su servidor Adán, o Réaux, sea por siempre bendito por todo lo que ha creado. Gracias a Él tengo un cuarto descendiente que será toda mi alegría en mi vida actual y futura”*.

Llamó a este niño *Aba 4*, que quiere decir *“hijo de la paz”*, o *Abel 10*, que quiere decir *“ser superior a todo sentido espiritual”*.

Lo que acabo de relatarles volvería a suceder más adelante en el tiempo, con la visita de María a su prima Isabel y la alegría en el alma que ésta

última sintió al saludarla; así como por la satisfacción de ambos padres temporales, uno por la propia realización física de su obra, el otro por la intervención espiritual del Padre Eterno en su mujer adoptiva. Posteriormente veremos la explicación de todos estos tipos, que ocupan los ángulos del altar o la parte de los círculos que mira al norte, mientras Caín ocupa los que miran al sur.

Cuando Abel cumplió con sus deberes espirituales, según las órdenes que había recibido, se levantó y fue a relatar a su padre las buenas nuevas que le habían sido reveladas por el Creador. Adán situó entonces a Abel en su parte norte y, temblando, se arrodilló como Abel había hecho. Cuando hubo terminado, llamó a sus dos hijos, colocando a Abel a su derecha y a Caín a su izquierda, y les relató lo que el Creador le había revelado: “En nombre del Creador Eterno, os hago saber que he obtenido Su gracia; ha levantado Su castigo sobre mí gracias a la intervención y ayuda de mi hijo Abel, y a Su misericordia. Venid, hijos míos, para que comparta mi dicha con vosotros, explicándoos las dos sensaciones que he podido sentir: la del mal y la del bien de una reconciliación perfecta con el Creador”. Luego, dirigiéndose a Caín le dijo: “Hijo primogénito, que tus obras sean en el futuro las de tu hermano menor. Aprende que el Creador confía sin hacer distinción de origen temporal o espiritual, y que otorga un poder superior a todo aquel o aquella que sepa merecerlo y a quien le sea debido. Que tu voluntad, Caín, sea en el futuro la de tu hermano Abel, igual que la mía será inquebrantablemente la del Creador.”

El ceremonial comenzó a mitad del día solar y duró aproximadamente una hora. A medida que Abel iba recibiendo señales divinas, los tres primeros hijos se iban enemistando con su propio hermano. Adán y Eva consideraban a Abel un intérprete espiritual divino y observaban con precisión todo lo que les decía y pedía hacer, llenos de júbilo y santidad. Los tres primeros hijos, por el contrario, se oponían a todo lo que Abel realizaba en su beneficio y en el de sus padres; llegaron incluso a tenderle trampas con acciones contrarias a las suyas, para destruirle y borrarle físicamente de su presencia, como luego harían, según vamos a ver.

Un día, Adán se preparó, junto con sus dos hijos, para rendir culto espiritual divino al Creador. Sus hijas no podían asistir, debido a la poca virtud y poderes divinos innatos en las mujeres, y a su poca fuerza y firmeza para realizar tales actuaciones, por lo que las alejó a una distancia de cuarenta y cinco codos del lugar elegido para su trabajo. Una vez que todo estuvo preparado, Adán dispuso y bendijo a su último hijo, Abel, para que realizase primero las funciones espirituales de la actuación que pretendía llevar a cabo. Abel se dispuso a ello sin demora, levantó el altar o círculos adecuados y en su centro dispuso las primeras esencias. Estas esencias eran su propia forma corporal, que ofreció en sacrificio al Creador arrodillándose humildemente. Al mismo tiempo, sometió su Ser menor espiritual al Padre Eterno, como receptáculo de la justicia divina para manifestación de toda Su gloria y misericordia con Adán, Su primera criatura menor. Una vez que hubo concluido cada uno se retiró a su lugar habitual: Caín junto a sus dos hermanas; Abel, junto a su padre y su madre.

Esta separación de tres personas por un lado y tres por otro es una figura demasiado evidente para ignorarla: es el verdadero tipo de la separación del bien y del mal; representa, además, las tres esencias espirituales que componen las diferentes formas corporales de materia aparente, tanto del ser racional como del irracional. En el producto senario de la suma de estos dos números ternarios verán el número de la creación divina o de los seis pensamientos del Creador en la creación universal, general y particular. Como enseñan las Escrituras, hay tres en las alturas y tres en las profundidades. Piensen cuál de los dos números ternarios representa el mal. Reflexionen sobre este asunto, extraigan sus propias deducciones y lleguen a conclusiones satisfactorias.

Caín, retirándose al lugar que Adán le había destinado, relató a sus dos hermanas la supuesta ofensa de su padre al despojarle de su derecho de primogenitura para cedérselo a su hermano menor *Abel*, sometiéndole así a su voluntad. Las dos hermanas de Caín le incitaron a emplear todo su poder y fuerza contra su hermano y su padre, e incluso contra el Creador que había permitido tal injusticia, pues su hermano pequeño se había aprovechado de la buena fe de su padre y había envenenado su pensamiento celebrando un culto falso e injusto. Así, *Caín* decidió ofrecer culto al falso Dios y príncipe de los demonios, para que le dotase de un poder superior al que su hermano *Abel* había recibido del Creador, y vengarse del presunto daño que le había causado su padre con la intervención de su hermano. Se hizo ayudar en su actuación por sus dos hermanas, tal como Abel y él habían ayudado en la de su padre; consagró a su hermana pequeña a las mismas funciones que había realizado Abel, pues había seguido con precisión el primer ceremonial. Cuando llegó el momento adecuado se arrodilló, colocó a su otra hermana en el lugar que él había ocupado en el altar o círculos, y ofreció como sacrificio al príncipe de los demonios la forma y la vida de Abel (la forma es el cuerpo y la vida el alma).

Tras esta ceremonia, Abel se presentó ante Caín, quien le recriminó duramente. Abel escuchó sus reproches con aflicción y humildad, y luego contestó a Caín: “No debes culparme a mí ni a nuestro padre temporal, debes combatir contra ti mismo y contra el que ahora te dirige; en verdad te digo que acabas de celebrar un culto falso e impío ante el Padre Eterno. Tu delito es superior al de Adán: has ofrecido a tu Dios de tinieblas un sacrificio que no está en tu poder ni en el suyo; te equivocas al buscar la conformidad de los culpables en la sangre del justo.”

Abel fue a buscar a Adán y le contó lo que acababa de ocurrir; el desdichado padre quedó enormemente afligido y sumido en una inmensa consternación. Abel intentó consolarle, preguntándole sobre su tristeza y desaliento, pero Adán nada respondía. Parecía como si previese lo que iba a suceder a su hijo bien amado y no se atreviera a decírselo. Abel calmó la inquietud de Adán diciéndole con firmeza: “Padre mío, lo que el Creador ha decretado en tu beneficio y en el de tu descendencia debe tener lugar, sea para bien o para mal; la creación general que ves es simplemente una baza que se reserva el Padre Eterno para manifestar Su omnipotencia y Su gran gloria. Siendo así, padre mío, entre tus descendientes corporales el Creador enviará

personas destinadas a ser instrumento del triunfo de la justicia, recompensa de los justos y humillación de los pecadores. Es inútil que el hombre se oponga a los designios del Creador en beneficio o perjuicio de Su criatura espiritual". Adán pareció tranquilizarse, y dirigiéndose al Creador le dijo: "*¡Oh, Padre Eterno! Hágase en mí, tu fiel servidor, padre de la multitud de naciones que habitarán e intervendrán en tu círculo universal, según Tu pensamiento y Tu voluntad. ¡Amén!*"

A continuación, *Adán* y *Abel* fueron a visitar a *Caín*, quien se presentó ante ellos con sus dos hermanas. Cuando se encontraron, las hijas abrazaron a su padre y *Caín* abrazó a su hermano *Abel*, clavándole tres veces un instrumento de madera en forma de puñal. La primera puñalada le atravesó la garganta, la segunda el corazón y la última las entrañas. Este homicidio ocurrió en presencia de *Adán*, quien no se percató de ello. Sin embargo, en cuanto se perpetró el crimen, *Adán* y las dos hermanas de *Caín* sintieron una terrible conmoción y los tres, consternados por dicha emoción, cayeron al suelo, exclamando: "¡Señor, nuestro reconciliador nos ha sido arrebatado a manos del impío!. Te pedimos justicia y dejamos en Tus manos nuestra venganza."

Observen con qué artimañas se disfrazaron los seguidores del demonio ante los ojos de la criatura, utilizando palabras aparentemente espirituales y loables. Esta petición, pese a ser natural en las tres personas anteriores y estar basada en su apego a sus sentidos materiales, tenía, igual que la consternación que se apoderó de ellas, otra causa. El motivo fue la visión del menor y mayor espiritual de *Abel*, visión que no pudieron presenciar sin desfallecer. *Adán* fue el primero en levantarse y volvió, en compañía del mayor y menor de *Abel*, a buscar a *Eva* para explicarle lo que el Creador había exigido para su total reconciliación, que sus crímenes acababan de ser expiados gracias al sacrificio de *Abel*, su hijo, y que todo se había consumado.

Les dejo pensar en el dolor de este desdichado padre y su compañera. ¿No tenemos ahí las famosas espinas que atravesarían el corazón de *Adán*?. ¿No fue la prevaricación de *Adán* el origen de estas dolorosas espinas?. Por tanto, *Eva* engendró el instrumento de esta calamidad al concebir a *Caín*, junto con *Adán*, mediante un acto de confusión, como indica el número dos y tal como les explicaré a continuación.

El número de confusión rige lo que denominamos operación simple y particular, derivada de la unión de la voluntad del menor con el mayor espiritual demoníaco. Estos dos sujetos forman uno solo uniéndose íntimamente su pensamiento, intención y acción. No por ello dejan de ser dos sujetos diferentes, pues pueden volver a separarse; esto ocurre cuando un enviado más poderoso se interpone entre ellos, realizando una acción contraria a la primera. De este modo, desencadena un importante cambio en beneficio del menor, al contener la acción del mayor demoníaco. Resumiendo, la unión con este ser demoníaco es lo que denominamos acto de confusión y la distinguimos con el número dos.

Quizás piensen que al unirse el menor con el mayor espiritual bueno nos encontraríamos también ante el número dos o número de confusión. No es

así; cuando un espíritu bueno se une con un menor, debe comunicarle previamente su espíritu intelecto, que denominamos “poder espiritual menor”, que prepara y dispone el alma particular menor para recibir su influjo, de acuerdo con la voluntad y el deseo tanto del espíritu mayor, como del menor particular. El alma adquiere con esta unión el número dos y al unirse al espíritu forma, entonces, el número ternario; es decir, el poder innato del menor, que es el alma 1; el poder menor del intelecto 2; y el poder directo del espíritu mayor 3. Así logra el alma menor el número ternario en su unión espiritual. En el caso de la unión del alma con el intelecto demoníaco y, posteriormente, con el espíritu malo no sucede así, pues en dicha unión el alma abandona por completo su poder espiritual bueno para convertirse en intelecto del demonio; mientras que en la unión con el espíritu bueno, mantiene y fortifica su poder espiritual divino, que merece así ser tenido en cuenta en nuestro cálculo.

Como la acción del espíritu mayor bueno procede directamente de la Divinidad, el alma tiene relación con los cuatro poderes divinos (o cuádruple esencia), tal como sigue: el alma menor 1 mantiene relación espiritual con el intelecto 2; el intelecto, con el espíritu 3; y el espíritu, con la Divinidad 4. Esto demuestra la relación exacta de todo ser espiritual con el Creador Eterno.

Quiero que conozcan, además, la relación del corazón del hombre con todo ser espiritual. El cuerpo del hombre es el órgano del alma; gracias a él, el menor muestra a todos sus semejantes su intención y voluntad de acción espiritual, mediante las diferentes prácticas y acciones que hace realizar a su forma. El alma menor es el órgano del intelecto, el intelecto es el órgano del espíritu mayor y el espíritu mayor el del Creador divino. Observen la hermosa armonía que reina entre los principales seres espirituales divinos, la forma particular del hombre, y la forma general y universal. Esto nos enseña, sin lugar a dudas, que en verdad todo emana del primer Ser, pues es imprescindible para cualquier otro ser espiritual o temporal.

En efecto, estos números deben ayudarles a entender la triple y cuádruple esencia divina. Son los mismos que utilizó el Padre Eterno en la creación universal, general y particular, y en la emanación de los espíritus, tanto los que delinquieron, como los que conservaron la pureza de su naturaleza espiritual divina. El número ternario nos alecciona sobre la unidad ternaria de las esencias espirituosas utilizadas por el Creador en la creación de las diferentes formas materiales aparentes; y el cuaternario, nos indica el número espiritual divino empleado por el Creador para la emanación de todo ser espiritual de vida (espíritus mayores entregados a Cristo) y de privación (demonios y menores que han sucumbido a Su poder).

Eruditos de todos los tiempos coinciden en que ningún hombre puede lograr la sabiduría, bien en lo que respecta al mundo espiritual divino, bien al celeste, terrestre y particular, si desconoce el carácter y la importancia de los números. Una cosa es conocer las leyes de la naturaleza espiritual, y otra distinta conocer las leyes de orden y concierto entre los hombres materiales. Las leyes de los hombres cambian como la sombra; las de la naturaleza espiritual son inmutables, pues todo les pertenece desde su primera emanación.

En este tratado les hablaré ampliamente sobre estas verdades. Pero continuemos con la reconciliación de Adán y Eva:

NÚMEROS

- 1: Unidad, primer principio de todo ser, tanto espiritual como temporal, correspondiente al Creador divino.
- 2: Número de confusión, correspondiente a la mujer.
- 3: Número correspondiente a la tierra y al hombre.
- 4: Cuádruple esencia divina.
- 5: Espíritu demoníaco.
- 6: Acciones diarias.
- 7: Espíritu santo, correspondiente a espíritus septenarios.
- 8: Espíritu doblemente poderoso, correspondiente a Cristo.
- 9: Demoníaco, correspondiente a la materia.
- 10: Número divino.

Tras la desgracia que acabo de relatarles, *Adán y Eva*, que desconocían que este acontecimiento anunciaba un bien para ellos, sus primeros hijos y sus descendientes futuros, se prosternaron ante el Señor, sumidos en el dolor y la fe, para pedirle gracia y misericordia por el crimen de Caín contra su hijo Abel, pues no tenían ni poder ni fuerza para derramar la sangre del culpable para vengar la del justo, y sabían que la venganza corresponde exclusivamente al Creador. El Padre Eterno oyó sus plegarias y lamentaciones por la muerte de su hijo *Abel*; hizo que se les apareciera un intérprete espiritual, que les explicó el tipo del crimen cometido por Caín, diciéndoles: “Tenéis razón al considerar el *asesinato* de Abel una importante pérdida y una señal de la ira de Dios, que recaerá sobre vuestros descendientes hasta el final de los siglos. Debéis considerarlo, además, parte del castigo de la justicia divina para el completo perdón de vuestro primer pecado y vuestra total reconciliación; sin embargo, el Creador, que conoce vuestro arrepentimiento y resignación, me ha enviado ante vosotros para calmar vuestra pena y enjugar las lágrimas que derramáis por este triste hecho que os parece irreparable. En nombre del Creador, os digo que concebisteis a vuestro hijo Abel para que fuera el tipo del único y verdadero Redentor de todos vuestros descendientes. Sabed, además, que Caín, a quien consideráis, comprensiblemente, un criminal, no es tan culpable como lo fue Adán ante el Creador. Caín solamente ha magullado la materia, mientras que Adán ocupó el trono de Dios a la fuerza; considerad si su crimen es peor que el vuestro. *Caín* es, además, el tipo del pecado de los primeros espíritus, que sedujeron a Adán y le destruyeron espiritualmente al recluir a su ser menor en una forma de materia pasiva; como consecuencia de eso, el hombre cayó en privación divina, su forma gloriosa se transformó en forma material que puede ser aniquilada y no recuperará su naturaleza original de forma aparente tras su reintegración en el primer principio de las formas aparentes, pues el eje central la hará desaparecer con la misma facilidad con que la formó. Sed fuertes y seguid confiando en el Padre Eterno; el término de

vuestra reconciliación se ha cumplido”. *Adán* contestó: “¡Hágase en mí según la voluntad de mi Creador!”

Ahora explicaré en detalle los tipos de los hechos que he relatado. *Adán*, por su descendencia temporal, representa la figura del Creador; sus hijos representan la figura de los espíritus emanados por el Creador para rendirle culto espiritual y manifestar Su gran gloria. Ya saben que estos espíritus pueden considerarse mayores que *Adán*, pues emanaron antes que él. También saben que, cuando prevaricaron, el Padre Eterno los alejó de su presencia, y emanó y emancipó de su inmensidad divina a un ser espiritual menor para mantenerlos en privación; es decir, este menor a quien llamamos *Adán* o *Réaux*, nació espiritualmente después de los primeros espíritus y descendía, como ellos, del Padre Divino, Creador de todas las cosas.

Observen que *Caín*, primogénito de *Adán*, es el tipo de estos primeros espíritus emanados por el Creador y su crimen es el tipo del que ellos cometieron contra el Padre Eterno. Por su virtud y pureza, *Abel*, el segundo hijo de *Adán*, es el tipo de *Adán* en su primer estado de justicia y gloria divina. La destrucción del cuerpo de *Abel* a manos de *Caín*, su hermano mayor, es el tipo de la actuación de los primeros espíritus para destruir la forma gloriosa que revestía al primer hombre, logrando que cayese en privación divina, como ellos. Esta es, en verdad, la explicación del primer tipo de *Adán*, *Caín* y *Abel* en los trágicos hechos ocurridos.

El segundo tipo que representan estos tres menores es igualmente importante, tanto por su relación con todo ser corporal, celeste, general y terrestre, como por los hechos que anunciaban a los descendientes del primer hombre. Para entenderlo, observen que, por los tres principios espirituales de su forma de materia aparente y sus proporciones, *Adán* es la representación exacta del templo general terrestre, es decir, un triángulo equilátero, como demostraré prácticamente a continuación.

El primer menor tenía en su poder una simiente corporal, similar a la que tiene la tierra por su naturaleza. *Adán* sólo pudo desarrollar dos tipos de simientes: la masculina y la femenina. De igual manera, la tierra sólo ha podido producir esos dos tipos de simientes, tanto en animales pasivos, como en plantas y árboles. Sin embargo, a continuación les demostraré que el cuerpo del hombre, además de reproducirse corporalmente, puede crear animales pasivos, que están innatos en su forma material.

Cuando el ser espiritual abandona su forma, ésta se pudre. Una vez en putrefacción, de ella surgen seres que denominamos reptiles, que sobreviven hasta que se reintegran los tres principios espirituales existentes en la forma corporal del hombre. Esta putrefacción no se origina por sí misma, ni procede directamente de la forma corporal. Deben saber que la simiente de todas las cosas está presente en su capa terrestre o acuática; así, como el cuerpo del hombre procede de la tierra general y en su forma material están presentes los tres elementos que han contribuido a formar su envoltura terrestre o acuática, no es de extrañar que en esta forma particular se encuentre aún la simiente de

animales que puedan llegar a germinar. Esta simiente es la que origina la putrefacción del cuerpo tras lo que comúnmente denominamos muerte.

Cuando estos tres principios (azufre, sal y mercurio) se reintegran, entran en contacto con los ovarios seminales presentes por todo el cuerpo. Estos ovarios reciben así calor primario y el animal reptil se libera de su envoltura, que se disuelve confundándose con la humedad común del cadáver. Esta combinación provoca la descomposición total del cuerpo del hombre, poniendo fin a su forma aparente. Es decir, la putrefacción procede de la reacción de los tres principios fundamentales y provoca la germinación de animales reptiles cuya simiente se encuentra presente en el cuerpo del hombre.

Es absolutamente imprescindible que el hombre lleve a cabo esta última actividad, que denominamos dolor y trabajo del cuerpo. Observen, además, que los animales reptiles procedentes del cuerpo actúan únicamente en la humedad última y esencial del cadáver. La vida y la acción que desarrollan en esa humedad proceden únicamente de la actuación del eje, o fuego central, que con esta última operación libera de todas sus impurezas las tres esencias espirituosas presentes aún en la forma del cadáver. El fuego elemental del cadáver y el fuego central sustentan la forma aparente de estos reptiles mediante la refracción de sus rayos, que vuelven a encerrarse en sí mismos cuando no encuentran fluidos, es decir cuando todo se ha consumido por completo. Pueden comprobar la veracidad de lo que acabo de contarles observando la putrefacción de un cadáver. Les he explicado cómo se origina la vida de estos reptiles y, por regla general, ocurre lo mismo con la vida y la forma corporal de todos los animales irracionales, cuyo ser se basa sólo en dos fuegos. Pero dejemos ahí la putrefacción para continuar con la explicación de los tipos de los hijos de Adán.

Además del tipo del pecado de los primeros espíritus y de su victoria sobre el primer hombre, Caín también representa el tipo del fatídico y sacrílego engaño de los espíritus malignos a los futuros descendientes de Adán, similar al que sufrió su primera descendencia. Es evidente por el crimen contra su hermano Abel y por el engaño del que se sirvió para que sus hermanas presenciasen el delito que habían proyectado juntos. Caín, tras su pecado, tuvo que vivir con sus dos hermanas en la región sur, donde fue desterrado por orden del Creador y por la autoridad de Adán. He aquí el tipo del lugar de destierro de los demonios para impedir que desarrollaran su maléfica voluntad e intenciones contra el Creador y contra los menores de ambos sexos, pues tanto el hombre como la mujer pueden sucumbir a la influencia del intelecto demoníaco. Esta región meridional es, además, el tipo de la región universal donde se manifestará la justicia y la gloria del Creador al final de los tiempos. Asimismo, es el lugar donde se manifestarán las virtudes y poderes de los justos, para humillación de los espíritus perversos y los menores condenados.

El Creador ha maldecido el sur y las Escrituras señalan que será asilo de mayores y menores pecadores. Caín y sus dos hermanas, por su número ternario, anuncian la prevaricación de la forma corporal terrestre del hombre, seducido por el intelecto demoníaco mediante la unión con los tres principios

espirituosos que constituyen toda forma corporal. De estos tres elementos obtenemos el número novenario de la materia criminal, sea en forma de demonios o de menores, como voy a explicarles.

Saben que el número ternario pertenece a la tierra, o forma general, y a las formas corporales de sus habitantes y de los habitantes celestes. Este número ternario procede de tres elementos presentes en cualquier forma, denominados principios espirituosos (azufre, sal y mercurio) y emanados de la imaginación o intención del Creador. En su origen, estos tres principios están en un estado de equilibrio, después, el eje central los dispone y organiza para hacerles tomar una forma o consistencia más firme; de esta operación proceden todas las formas corporales, así como aquellas de las que deben revestirse los espíritus perversos para aumentar su poder de seducción.

Por lo tanto, las formas corporales de Caín y sus dos hermanas estaban formadas por estas mismas sustancias, cuyo tipo explicaremos ahora.

Respecto al número novenario, no debe extrañarnos que los espíritus mayores perversos y sus agentes prefieran de modo natural la forma corporal del hombre a cualquier otra, pues en un principio esta forma humana estaba destinada a ellos. La demostración del indiscutible vínculo de los espíritus malignos con el cuerpo del hombre la tenemos en las palabras que Cristo dirige a Sus apóstoles tras Su última operación temporal en el Monte de los Olivos. Cuando volvió a buscarlos los encontró dormidos y los despertó diciéndoles: “No durmáis, pues la carne es débil y el espíritu está dispuesto”. Debido a esta facilidad del espíritu maligno para comunicarse con la forma corporal del hombre, las tres personas de las que hablamos permitieron que los principios espirituosos innatos en sus formas se corrompiesen. El intelecto demoníaco se insinuó y se fusionó completamente con la forma de estos tres menores; así logró seducir al agente espiritual presente en ella, que debía dirigirla y gobernarla según la voluntad el Creador.

Esta infiltración ocasionó tal conmoción en los tres menores que les resultó imposible romper la íntima relación reinante entre ellos; debido a su completo apego al intelecto demoníaco entre ellos existía una única intención, un único pensamiento y una única acción. Nunca ha existido una unión similar entre los hombres de todos los siglos, es imposible que tres personas diferentes y libres actúen de ese modo, si no son aconsejadas y guiadas por un buen o mal espíritu.

Como ya he dicho, de estas tres personas poseídas por el príncipe de los demonios, obtenemos el número novenario; sumemos los tres principios espirituosos, sus tres virtudes y sus tres poderes demoníacos, tal como sigue:

1º Tres principios de Caín, tres de su hermana mayor, tres de su hermana menor = 9

2º Tres virtudes de Caín, tres de su hermana mayor, tres de su hermana menor = 9

3° Tres poderes de Caín, tres de su hermana mayor, tres de su hermana menor = 9

Para entender que el número novenario de materia procede de estos menores, basta con observar su primera acción demoníaca y cómo persistieron en su comportamiento criminal hasta que recibieron el justo castigo que el Creador impone a toda su descendencia; castigo que recogen las Escrituras, relatando que el Padre Eterno condenó a toda la tierra y a sus habitantes al azote de las aguas, para aniquilar a los descendientes culpables de estos tres menores, así como a los hombres que ellos sedujeron. Desde esa época se tiene conocimiento del número novenario y de esta misteriosa suma:

$$\begin{array}{r} 3 \\ 3 \\ 3 \\ \hline \end{array}$$

Sumen el producto de todos estos números, que es 27, obtendrán 2 y 7, que son 9.

$$\begin{array}{r} 3 \\ 3 \\ 3 \\ \hline \end{array}$$

Multipliquen 27 por 9, la suma de su producto sigue siendo 9.

$$\begin{array}{r} 3 \\ 3 \\ 3 \\ \hline 27 \end{array}$$

Multipliquen este producto hasta el infinito, el resultado siempre será 9.

Esto es lo que quería decirles sobre el número novenario. Pero aún deben conocer los otros tipos de Caín en este universo; este menor simboliza el tipo de la elección de los profetas que el Creador enviaría entre los descendientes de Adán en el transcurso de los tiempos. Ya saben que, tras destruir la forma de su hermano Abel, Caín se retiró a su morada habitual; allí, mientras reflexionaba sobre su crimen, oyó una voz espiritual divina que le preguntaba qué había hecho con su hermano Abel. Caín contestó violentamente: *¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?*. Entonces, el espíritu ejerció tal fuerza sobre su forma corporal o sobre su ser menor, que inmediatamente cayó al suelo; desde allí interpeló al Creador, diciéndole: *¡Señor!, cualquiera que me encuentre me matará*. El Creador, padre de misericordia, viendo la consternación de Caín y queriendo protegerle de los reproches y venganzas de su propia descendencia, lo marcó con una señal protectora. Este es el espíritu con que quedó marcado: *El Padre Eterno ha decretado que cualquiera que matare a Caín, será castigado siete veces con la muerte*. Caín se retiró entonces con sus hermanas al lugar donde había sido desterrado por el Padre Eterno. En ese lugar tuvo diez hijos y once hijas. Edificó allí una ciudad que llamó Enoc. Para lograrlo, excavó las entrañas de la tierra y dio forma a los materiales extraídos para adecuarlos a los usos previstos, junto con su primogénito, Enoc. Transmitió el secreto de la fundición

de metales y del aprovechamiento de minas a su hijo Tubalcaín. Por eso sabemos que Tubalcaín fue el primer forjador de metales.

Caín era un hombre de caza; había enseñado a todos sus hijos varones este arte, especialmente a su décimo hijo, por quien tenía un cariño especial. A este hijo dejó como único talento precisamente el de la caza. Sus otros hijos se inclinaban más por trabajos que requerían imaginación y habilidad manual. Caín llamó a este décimo hijo *Booz*, que quiere decir “hijo de muerte”. Este último hijo daría muerte a su padre Caín, tal como voy a relatarles: Caín había decidido ir a cazar acompañado de dos hijos de Enoc, sus nietos, y no había avisado a su hijo Booz de la partida de caza planeada para el siguiente día. Booz también había decidido salir de caza ese día con dos de sus sobrinos, hijos de Tubalcaín, sin avisar a su padre. Booz no tenía hijos y estaba muy unido a sus dos sobrinos. Así, todos partieron y Booz, sin saberlo, cogió la misma ruta que su padre Caín; estando ambos en una espesura llamada *Onam* (que quiere decir dolor) que acostumbraban a batir, Booz divisó una sombra y disparó una flecha que fue a clavarse en el corazón de su padre, a quien había tomado por un animal salvaje. Imaginen el sobresalto y la consternación de Booz cuando llegó al lugar hacia donde había disparado la flecha y descubrió que había matado a su propio padre. El dolor de Booz era si cabe más inconsolable pues conocía el castigo y la amenaza del Creador contra aquel que dañase a Caín. Sabía que quien tuviera esa mala fortuna, sería herido siete veces con penas mortales, es decir sería castigado siete veces con la muerte. (Más adelante explicaré este castigo).

Booz llamó a sus dos sobrinos y les mostró el cadáver. Al reconocer el cuerpo de Caín, lanzaron una fuerte exclamación e hicieron un gesto de horror, aumentando más aún la desolación del desdichado Booz. Tras relatarles cómo había tenido lugar la destrucción de la forma corporal de su padre Caín, les dijo: “Amigos míos, sois testigos de mi crimen; aunque de modo involuntario, he transgredido las órdenes y la prohibición del Creador, soy culpable ante el Padre Eterno y ante los hombres. Soy el menor de los hijos de Caín, el último de su prole, culpable y criminal. Vengad, en la persona de este último hijo, la muerte de su padre y la turbación que os he ocasionado.”

El intelecto demoníaco, que conoce la debilidad de los hombres en aflicción, les provocó inmediatamente un desmesurado deseo de venganza por la muerte de Caín. Los dos sobrinos de Booz armaron sus arcos con una flecha para disparar sobre su tío, pero cuando se disponían a hacerlo, se oyó una voz: “*Cualquiera que matare a aquel que ha matado a Caín, será castigado setenta y siete veces con la muerte*” (lo que explicaré a continuación). Ante esta horrible amenaza espiritual divina, los dos sobrinos de Booz cayeron fulminados al suelo y al recuperarse de su desvanecimiento entregaron sus armas a Booz, diciendo: “Booz, el Creador te ha perdonado la muerte de tu padre. Nosotros somos más culpables ante el Padre Eterno, pues habíamos decidido voluntariamente vengarnos en ti”. Booz contestó a sus dos sobrinos: “¡Hágase la voluntad del Creador!”.

Booz se resignó a su suerte y volvieron todos juntos a la ciudad de Enoc. La tristeza y el desaliento con los que se presentaron sumieron a los

descendientes de Caín en la más profunda consternación. Este dolor se multiplicó al descubrir que la destrucción del cuerpo de su padre había ocurrido a manos de su último hijo. El desdichado Booz, ante la hostilidad general de los descendientes directos de Caín, se vio obligado a alejarse de este grupo de poseídos por el intelecto demoníaco y se retiró al desierto de Jeraniaz, que quiere decir “escuchad al Creador”. Allí vio Booz el final de sus días, en arrepentimiento y penitencia.

En verdad, Caín fue el tipo de la profecía al decir, tras cometer su crimen contra su hermano Abel: “¡Señor!, cualquiera que me encuentre, me matará”. ¿No fue encontrado por su hijo en un bosque?. ¿No fue matado por la mano del hombre, tal como predijo?. Lo que conforma el tipo de la profecía es que el encuentro de estas dos personas, Caín y Booz, fue completamente fortuito y que ambos se encontraron, sin reconocerse, en el lugar donde Caín fue golpeado por la muerte.

Quiero destacar la ridícula observación de los hombres de nuestro siglo sobre el parricidio de Caín a manos de su hijo Booz. Este tipo, que la mayoría de los hombres de nuestro tiempo ignora, les hace creer, e incluso asegurar, que Adán no fue el primer hombre, pues afirman que Caín dijo al Creador, tras matar a su hermano Abel: “¡Señor!, ¿qué voy a hacer?. Cualquiera que me encuentre, me matará”. Si estos hombres conociesen el tipo de las palabras dirigidas al Creador verían claramente que es el de los profetas, que vimos cumplirse entre los hombres de la tierra y en el mismo Caín. Pero ustedes dirán, ¿cómo puede el Creador enviar profetas para que los hombres respeten las leyes que han recibido, sin participar en modo alguno en las causas segundas de estos mismos hombres?. El Creador no puede ignorar al ser pensante demoníaco que, continuamente, lleva a cabo actos engañosos y perniciosos para el menor espiritual, tal como sucedió con la seducción de Adán y su descendencia. Por lo tanto, el Padre Eterno considera necesario, para el bien del hombre, distinguir espiritualmente a seres menores y dotarles de espíritu profético, no sólo para que el hombre se atenga a las leyes, preceptos y mandatos que ha recibido, sino también para entorpecer a los espíritus malignos y manifestar la gloria divina. El Padre Eterno tiene conocimiento de las causas segundas mediante el pensamiento del ser espiritual, bueno o malo, y sus acciones buenas o malas ante Él.

Veamos ahora el tipo del exilio de Booz al desierto de Jeraniaz. Booz era el último hijo de la descendencia directa de Caín y por su rango completaba el número denario. Estaba, sin duda, dotado con algunos dones espirituales divinos; era figura y ejemplo real de la inmensa e incondicional misericordia del Creador con el menor espiritual y el mayor perverso, si su invocación es sincera. Esto quedó demostrado por el perdón que concedió a Booz, quien era doblemente criminal: en primer lugar, por haber preferido el culto de los demonios al del Creador, conociendo perfectamente uno y otro, y por haberse dejado llevar por el mal ejemplo y prácticas materiales de los hijos de Caín, ya fuera por temor a las penas temporales que éstos podían infligirle, o por su propia satisfacción personal. En segundo lugar, Booz actuó criminalmente al dar muerte a su padre Caín, infringiendo así la prohibición que el Creador decretó tras el crimen de Abel. No porque el Creador previera la conducta

futura de las causas segundas de sus descendientes (recuerden lo que ya les he dicho a este respecto), sino para hacer sentir a los príncipes de los demonios que conocía todas sus prácticas, y avisar a los hombres de las abominaciones de éstos contra ellos. ¿Acaso los hombres no juzgan siempre la conducta futura de sus semejantes por la que han demostrado en el pasado, pese al falso proverbio de que un hombre no puede responder ni de sí mismo, ni de su conducta futura?. ¿No sabemos, además, que el Creador es más fuerte y poderoso que los demonios?. Éstos, con toda su rabia demoníaca, sólo consiguen ser el blanco de nuevas maldiciones al alzarse contra Él o contra Su obra, que es inquebrantable si se eleva sobre la mínima base espiritual divina. ¿No sabemos, por último, que todo lo que el Señor guarde quedará bien guardado?. Todas las prohibiciones y amenazas a los descendientes de Caín se basan en este poder, único e insuperable, y en la justicia inmutable del Creador.

Me gustaría profundizar en lo que acabo de decirles para que entiendan mejor la atroz conducta de los espíritus demoníacos contra la forma del menor y el mismo menor. Los espíritus demoníacos prefieren vincularse a la forma del menor antes que a la de los animales, porque es la imagen y repetición general de la gran obra del Creador. La forma del hombre es la representación real de la forma aparente concebida en la imaginación del Creador, consumada posteriormente por trabajadores espirituales divinos y consolidada en materia aparente sólida, pasiva, para conformar el templo universal, general y particular. Asimismo, estos espíritus prefieren vincularse a la forma del hombre porque esta forma contiene a un ser menor espiritual más poderoso que ellos, al que constantemente intentan seducir y alejar del Creador. He aquí por qué el príncipe de los demonios hace que sus espíritus intelectos ataquen la forma corporal del hombre antes que la de las bestias; pues las bestias no representan la gran obra del Creador, ni contienen a un ser espiritual divino en el que los espíritus demoníacos puedan influir.

Deben saber que el espíritu demoníaco, que siempre persigue a los menores, empieza atacando la forma con su intelecto maligno. Cuando este intelecto maligno se une a la forma, la vida del hombre pasa a ser pasiva, susceptible de convertirse en vida espiritual demoníaca. Este espíritu intelecto, que actúa bajo las órdenes del príncipe de los demonios, a quien ha jurado combatir cualquier tipo de operación espiritual que busque la gloria del Creador, ataca al menor espiritual divino para que acepte la voluntad de dicho príncipe de las tinieblas. De este incierto combate depende la reintegración adecuada o inadecuada de la forma corporal del ser menor. Todo depende de la firmeza del menor, rechazando a ese ser ajeno a él y a su forma, o de su debilidad, cediendo a las insinuaciones del espíritu maligno. Es fácil entender que este tipo de enfrentamientos se produzcan en la forma del hombre en vez de en la de las bestias. Observemos las acciones, movimientos y prácticas de las bestias. ¿Cuentan con disposición o reflexión para destruir o conservar su forma corporal?. ¿Rinden algún culto?. ¿Tienen leyes para que reine entre ellas la armonía?. ¿No es evidente que en las bestias todo está marcado por la naturaleza, que mantiene completamente su vida temporal?. Sin embargo, las acciones del menor, sus movimientos, sus prácticas son completamente distintos a los de las bestias y dicha diferencia es de tal consideración que

resulta imposible negarla. Sí, todo lo que procede del animal racional es superior a lo del irracional, pues la forma corporal del hombre puede contener tres tipos de vidas diferentes, como voy a explicarles.

La primera, es la vida material, que denominamos instinto o vida pasiva, innata en la forma del animal racional y del irracional. La segunda, es la vida espiritual demoníaca, que puede unirse a la vida pasiva. La tercera, es la vida espiritual divina que preside sobre las dos anteriores. En las bestias no sucede lo mismo; en ellas sólo existe un ser de vida pasiva, procedente de la operación espiritual divina del eje fuego central, que dirige su acción sobre todas las formas corporales de materia aparente así consolidadas. Dicha acción y operación sustentan todas las formas de materia aparente durante el periodo temporal que haya fijado la voluntad del Creador.

Tal es la diferencia entre seres racionales e irracionales, y por ese motivo la intervención demoníaca prefiere la forma corporal del hombre a la de las bestias. Las bestias no necesitan intercesor alguno para volver a sus principios de leyes naturales cuando su pasión pura y simple les hace alejarse de ellos, puesto que este alejamiento no está provocado por influencias ajenas a su naturaleza.

Hasta aquí lo que quería comentarles; quería explicarles el tipo del exilio de Booz al desierto de Jeraniaz, y esto me ha permitido revelarles conocimientos de gran importancia y enorme trascendencia para el hombre deseoso de aprender.

Este retiro de Booz nos indica que el menor espiritual divino tiene el poder de separarse, cuando así lo desea, de la actividad y relación contraída con el príncipe de los demonios mediante el intelecto demoníaco. No profundizaré aquí en los detalles de los diferentes tipos de la descendencia de Caín, pues hablaré de ello más tarde. Por otro lado, todavía debo explicarles el tipo del nacimiento de Abel, como les explicaré otros a medida que se presente la ocasión.

Les diré, por tanto, que Adán y Eva crearon la forma de su hijo Abel mediante una actuación material muy sucinta, es decir, sin excesos de sus sentidos materiales. Se habían sometido completamente al Creador con total resignación espiritual. El Creador no pudo dejar de corresponderles, concediendo a la forma que habían engendrado un ser menor dotado de gran virtud y sabiduría espiritual divina. Este ser espiritual debía ser el tipo de la manifestación de la justicia divina para beneficiar a los menores y humillar a los demonios, así como el principal instrumento de la reconciliación de Adán y Eva. El tipo que Abel representó para todos los descendientes de Adán hasta el final de los siglos, no era la única figura espiritual encarnada por este menor; también representó el tipo de la manifestación de la justicia divina en beneficio general y particular de todo ser espiritual. Y, además, el de los menores bendecidos con gracia divina, que el Creador enviaría entre los hombres para ser instrumentos espirituales de la manifestación de Su justicia.

Entre los menores destinados a estas obras espirituales, encontramos primero a Enoc, el séptimo de los descendientes de Set, sucesor de Abel. Por su rango de nacimiento representa el tipo del espíritu divino, en virtud de su apoyo, dirección y defensa de los menores contra la persecución de los demonios. En lo que respecta a su misión, obras y actos, y por el culto que profesó, representa el tipo de la acción directa del espíritu doblemente poderoso del Creador, que prescribía a los hombres de esos tiempos la conducta a observar para protegerse de los ataques de sus enemigos. Esta misma conducta debía guiar a los hombres en sus acciones naturales, temporales y espirituales, y servirles de base fundamental para perpetuar el ceremonial de su culto divino.

Analicemos, por tanto, el culto que profesó Enoc entre los descendientes de Set. Fue el primero en erigir ante ellos un altar de piedra blanca, diferente a la que llamamos mármol. En el centro de ese altar, Enoc recibía el fruto de su culto y se ofrecía a sí mismo en sacrificio. Enoc enseñó a los menores espirituales a levantar edificios divinos; profetizó la justicia del Creador, que recaería sobre toda la tierra para castigar los crímenes de los descendientes de Caín y de Set, que se habían unido a los de Caín; estableció las alianzas de los descendientes de Set, prohibiendo que los hijos del Creador divino se uniesen con los hijos de los hombres (por todo lo que ya les he dicho sobre la prevaricación de Adán y el fruto de su crimen, deben imaginar quienes son los hijos de los hombres). Enoc profetizó los elegidos del Creador que nacerían del Padre Eterno, al elegir, entre los descendientes de Set, diez hombres para ofrecer el culto divino. Por todo esto, Enoc representa el máximo tipo del ritual y culto divino entre los hombres pasados y presentes, como entenderán cuando les explique sus funciones espirituales divinas.

Enoc, que era en verdad un espíritu santo bajo forma corporal de materia aparente, celebró una asamblea espiritual divina en la región septentrional, para satisfacer el profundo deseo y la buena voluntad de sus discípulos, elegidos entre los descendientes de Set y Enós. Dio a esta descendencia el nombre de “hijos del Creador”; los descendientes de Set y Enós, impresionados por la santa intervención del Creador, no dudaron en llamarle “hombre santo Enoc”, nombre que significa “seguidor o devoto del Creador”. Logró con gran éxito que los menores, que ya le consideraban un hombre poderoso sobre toda cosa creada, enmendaran su conducta. Les cuestionó sobre las diferentes actividades e invocaciones diarias que practicaban contra la voluntad del Creador, por las que recibían en vano el nombre de hijos del Dios vivo. Las imágenes que les presentó y las amenazas sobre el temible juicio que no tardaría en recaer sobre ellos, lograron que estos menores se entregasen por completo a la dirección, orden e instrucciones del santo hombre Enoc. Él les tranquilizó, afirmándoles en la fe y en la práctica de las actuaciones santas, de las que sólo habían oído hablar en su sermón, en la primera asamblea realizada el día del Sabbath. Para ello, eligió a diez hombres a los que comunicó la voluntad del Creador, prescribiéndoles un ceremonial y unas leyes de vida para poder invocar al Padre Eterno en santidad. Compartió con ellos sus Lísticas Católicas (en el momento oportuno les daré la interpretación de estas dos palabras, relacionadas con las ciencias espirituales divinas). Les hizo erigir un edificio con una sola sala, donde debían ayudarle a

celebrar el santo ritual. A cada uno de ellos les adjudicó una inicial de los santos nombres de Dios, en total diez letras, para que realizasen, de modo regular y exacto, todo tipo de invocaciones que complacieran al Creador y beneficiaran a los menores reconciliados. Tras esta primera intervención, les envió a la tienda o a la zona que les había asignado, como representaría posteriormente Moisés con el campamento de los Levitas en torno al arca.

Enoc celebraba esta asamblea de actuaciones divinas con sus diez elegidos cada diez semanas; en cada asamblea les transmitía una nueva inicial del santo nombre de Dios, de modo que, tras siete asambleas, cada uno de ellos tenía en su poder dos palabras poderosas con las que ordenaba toda cosa creada desde la superficie terrestre hasta la superficie celeste. Las dos palabras estaban formadas por siete letras, cuatro de ellas formaban el temible, poderoso e invisible nombre del Padre Eterno, que dirigía y sometía a todo ser creado en el cuerpo celeste; las tres letras restantes formaban un nombre santo, que sometía y dirigía a todo ser creado en el cuerpo terrestre. Estos diez guías espirituales, que habían recuperado con ayuda de Enoc sus primeras virtudes y poderes espirituales divinos, realizaban tales prodigios con su honroso comportamiento que muchos de sus familiares quisieron unirse a ellos; los que realmente habían recibido la llamada del Espíritu Santo, fueron instruidos en las ciencias que los maestros dominaban, gracias al poder e intervención de Enoc, tipo de la reconciliación del género humano.

El número de prosélitos aumentó considerablemente en poco tiempo, pero los nuevos discípulos no observaban el mismo comportamiento en lo que respecta a sus virtudes y poderes. Muchos de ellos fueron pervertidos por la atroz conducta de uno de los diez guías elegidos por Enoc, que suscitó desavenencias entre los émulos y una corriente de rechazo de sus instrucciones. Este espíritu de revuelta se extendió de tal manera entre los nuevos llamados que abandonaron totalmente al Creador y se dedicaron al disfrute material guiados por el prevaricador. Por lo tanto, sólo quedó el número nueve sobre la tierra. Estos nueve justos se reafirmaron en la fuerza y conocimientos recibidos del santo hombre Enoc, rogándole que volviera a unirse a ellos para reemplazar a ese hermano seducido por el demonio.

Enoc escuchó sus ruegos y celebró una asamblea con los nueve justos para compartir todos sus secretos con ellos. Allí realizó su elección particular para reemplazar al pecador; añadiendo que el elegido para este fin no alcanzaría su virtud y poder divino hasta que ellos hubiesen expiado las faltas de su vida temporal, y la justicia divina hubiese castigado duramente a los criminales. El corazón de estos nueve justos se sobrecogió de tal manera que cayeron en una especie de abatimiento o letargo, que duró aproximadamente una hora. Durante ese tiempo, Enoc pidió al Creador por esos nueve discípulos. Éstos, durante su letargo, pudieron ver todas las plagas que enviaría el Creador para castigar la tierra y a sus habitantes. El pavor que les invadió les hizo despertar de su adormecimiento, lanzando una fuerte exclamación, y preguntar a Enoc: “¿Cómo es posible, maestro, que en esta tierra deba suceder todo lo que acabamos de ver?. ¿No podrías calmar con tus plegarias la ira de Aquel que te envió entre nosotros y evitar las plagas con las pretende castigar la tierra y a sus habitantes?. La visión que hemos

presenciado no deja lugar a engaños: el Creador es justo, y tú eres santo, fuerte e invencible.”

Enoc les contestó: “¿Quién os ha hablado sobre mí?. Si todos permanecéis unidos como un solo hombre, también seréis santos. Si todos seguís una misma ley, también seréis fuertes. Si todos respetáis la misma regla de vida que os he dictado, seréis eternamente menores espirituales invencibles. Esa es la voluntad del Padre y de su Espíritu Santo para sus hijos. Si todos sois hijos del Todopoderoso aquí abajo, sabréis que aquel a quien llamáis Enoc es el espíritu del Padre que está en los cielos.”

Apenas terminó de hablar, Enoc bendijo a sus nueve discípulos y una nube radiante bajó del cielo para elevarle rápidamente y llevar a este espíritu santo a su destino. Al perderle de vista, los discípulos se lamentaron, diciendo: “¿Qué va a ser de nosotros, oh Padre Eterno, sin la ayuda de nuestro maestro Enoc?. ¿Por qué lo has arrebatado del seno de sus hermanos y discípulos?. Si la tierra es culpable, ¿de qué somos responsables nosotros los hombres, salvo de haber recibido su sangre, que sometemos a tu santa justicia?. Escucha, Señor, nuestros ruegos y ten piedad de tus hijos y servidores.”

Enoc sería posteriormente un nuevo tipo de la voluntad del Creador, que se sucedería desde los tiempos pasados hasta nuestros días. El primer principio de la religión espiritual divina, establecido por Enoc entre los descendientes de Set, fue conservado y volvió a entrar en vigor por el poder de Noé; también Noé fue un tipo de la elección espiritual para la reconciliación general y particular, como veremos claramente cuando estudiemos su entrada al arca con las diferentes especies animales, la quietud y estabilidad del arca durante el diluvio, las instrucciones espirituales de Noé a sus hijos legítimos; en fin, todas sus actuaciones para proteger a quienes le habían sido confiados de la terrible plaga con que Dios castigó la tierra y exterminó a todos sus habitantes.

No entraré en detalles sobre la conducta particular de Enoc con sus discípulos y sobre su elección secreta, basta con analizar lo que acabo de relatarles para ver claramente que, en verdad, el Mesías siempre ha estado con los hijos de Dios, aunque sin ser reconocido. En esta misma explicación encontraremos también la interpretación de lo que afirmó emblemáticamente el profeta Daniel sobre la esclavitud de Israel por un total de setenta semanas, que se convirtieron en setenta años de sumisión a Nabucodonosor; profecía que se confirmó con la esclavitud de los israelitas, de la que fueron liberados por la poderosa intervención de Zorobabel, tras los setenta años de servidumbre a los que les condenó el Creador por las faltas cometidas contra Él y sus propios hermanos.

Pero no sólo en el advenimiento de Cristo, cuyo tipo he comenzado a explicar, encontramos pruebas de Su presencia entre los hijos de Dios. Abel, que representó el tipo de los menores encargados de manifestar la justicia divina, también lo fue del tipo del Mesías. Podemos reconocer su intervención en todos los elegidos que han utilizado sus poderes y virtudes espirituales entre los hombres de siglos pasados, y siguen poniéndolos en práctica en nuestro

tiempo. Los menores elegidos después de *Abel* y *Enoc* son *Noé*, *Melquisedec*, *José*, *Moisés*, *David*, *Salomón*, *Zorobabel* y *el Mesías*. Todas estas personas, encargadas de la manifestación de la gloria divina, completan el número denario espiritual divino, del que todo procede, sea espiritual o material, como explicaré al hablar de los tipos y épocas del cuerpo general y particular, así como de los menores que acabo de mencionar. En efecto, gracias a dichas explicaciones creerán cuanto les he relatado, por la equivalencia, similitud y relación de las actuaciones de estos menores y las de Abel; esto demuestra claramente que Abel fue, en verdad, la figura de la intervención de Cristo, al igual que Caín representó la actuación del príncipe de los demonios.

En efecto, Caín, al asesinar a su hermano Abel, representa claramente la rabia de los demonios, que juraron detener y destruir todo tipo de creación. Para ello se sirven de los mismos hombres, a quienes insinúan una multitud de pasiones materiales, ante las que saben que pueden sucumbir por la debilidad de los sentidos de la vida material y espiritual; mediante estas insinuaciones, producen en los menores actuaciones contradictorias, llevándoles a la confusión.

Sabemos que entre los hombre materiales no existen dos pensamientos, dos operaciones que coincidan totalmente. El enañamiento de los demonios para enemistar a los hombres pretende que nazcan en ellos pensamientos de desorbitado orgullo y ambición, de modo que vivan en una discordia espiritual continua, sin saber el motivo y la causa de su perturbación y penas, y olviden totalmente el culto que deben rendir al Creador.

Tal es el horror que representa el crimen de Caín. Abel era ciertamente su hermano temporal, pues ambos habían nacido del mismo hombre, pero no había comparación posible entre el modo en que habían sido concebidos uno y otro. La forma de Caín había sido engendrada con una excesiva voluptuosidad de los sentidos materiales, recordándonos claramente la falta del primer hombre. La de Abel, por el contrario, fue concebida sin excesos de los sentidos materiales, con toda la pureza de las leyes de la naturaleza; por este motivo su forma era mucho más espiritual que material y, debido a esa concepción espiritual, consideramos la forma de Abel verdadero reflejo de la de Cristo, pues procede espiritualmente de una forma ordinaria, sin intervención física material ni participación de los sentidos materiales.

Por otro lado, esta forma corpórea de Cristo nos recuerda cómo obtuvo su cuerpo material el primer hombre tras su pecado, siendo despojado de su forma gloriosa y debiendo adoptar otra de materia ordinaria al precipitarse en las entrañas de la tierra. Antes de que el espíritu divino, doblemente poderoso y superior a todo ser emanado, viniese a manifestar la justicia divina entre los hombres, habitaba el círculo puro y glorioso de la inmensidad divina. Pero, por deseo del Creador, abandonó su morada espiritual para entrar en el seno de una joven virgen. ¿No les hace pensar la salida del menor Cristo de su verdadera morada en la expulsión del primer hombre de su cuerpo glorioso?. ¿No les recuerda claramente la llegada del mayor espiritual o verbo del Creador al cuerpo de una joven virgen, la llegada del primer menor a los abismos de la tierra, para revestirse de un cuerpo material?. Las diferentes

fatigas y transformaciones del cuerpo de dicha doncella durante su embarazo y alumbramiento, son la figura del sometimiento y ataque espiritual demoníaco que se ve obligado a soportar el cuerpo general terrestre por la prevaricación de Adán.

Tras ese delito, Dios maldijo la tierra y la abandonó a insoportables sufrimientos. La persecución de los diferentes pueblos a esta virgen y a su fruto representa el hostigamiento que los demonios de las diferentes regiones han ejercido y ejercerán sobre el cuerpo general terrestre y particular, y sobre sus menores.

La destrucción del cuerpo de Cristo a manos de los hombres demuestra que los demonios tienen poder sobre las formas corporales de materia aparente; pero deben saber que estos mismos demonios no pueden impedir la reintegración de las sustancias espirituosas que componen las formas, pues dichas sustancias no proceden de ellos. Es decir, pueden destruir la forma particular, pero no la forma general terrestre, que verá su fin en el momento prescrito y definido por el Creador.

La destrucción de la forma corpórea de Cristo, realizada por hombres en presencia de dos mujeres, María de Zebedeo y María Magdalena, había sido representada por el asesinato de Caín a Abel en presencia de sus dos hermanas. Las dos mujeres que acabo de nombrar siguieron a Cristo en todas sus obras espirituales divinas, tal como las dos hermanas de Caín habían seguido a su hermano en todos sus actos demoníacos.

No son éstas las únicas semejanzas que podemos encontrar entre las acciones de Cristo y las de los primeros menores. Deben saber que la sangre derramada del cuerpo del justo Abel era del tipo de la que derramaría Cristo, como realmente ocurrió. La sangre de Abel derramada sobre la tierra era, en verdad, el tipo y la consecuencia de la acción de la gracia divina, que llevó la paz y la misericordia a la tierra y a sus habitantes. Era, asimismo, el tipo de la alianza que el Creador sellaría con Su criatura tras su reconciliación, pues el primer hombre recuperó la gracia del Creador inmediatamente después del sacrificio de Abel. Esto se repite claramente en la circuncisión de Abraham, por la que este padre de multitudes logró su reconciliación perfecta con el Creador, conociendo la alianza que el Padre Eterno hacía con él por el derramamiento de su sangre. ¿No es, por tanto, evidente que el derramamiento de la sangre de Cristo fue la confirmación de todos los tipos precedentes?. Este derramamiento de sangre, al hacer temblar la tierra, hizo sentir a toda la naturaleza su reconciliación y la alianza del Creador con ella y con todos sus habitantes.

Como estamos hablando de los acontecimientos que acompañaron las obras de Cristo y el motivo por el que se estremeció la tierra, quizás también se pregunten por qué se oscureció del Sol. Les diré que el eclipse ocurrido en la parte celeste es el tipo del castigo a los espíritus demoníacos, que siguieron perdiendo poder contra la creación general y particular. Este eclipse también hace referencia a las tinieblas de la ignorancia, en las que se sumieron los hebreos al borrar de su memoria los santos nombres divinos que conducían

todas sus operaciones naturales, temporales espirituales y divinas. Asimismo, representa la ceguera de los incrédulos, que permanecen y permanecerán sin ver la luz divina hasta el final de los siglos.

Este eclipse es, por último, el tipo de la materia general, que se eclipsará completamente al final de los tiempos y se borrará de la presencia del hombre como un cuadro se borra de la imaginación del pintor. Esta última comparación les ayudará a entender el principio de la materia del cuerpo general, que es, simplemente, un cuadro espiritual concebido en la imaginación del Creador. Así, en dicho cuadro espiritual se incluye todo ser corporal, aunque sin sustancia material. Este cuadro incluye principalmente al menor espiritual, que debía contribuir a la formación de los cuerpos.

Pensarán que si les he explicado el eclipse ocurrido al morir Cristo, también puedo explicarles el tipo del rasgamiento del velo, que ocurrió al mismo tiempo. Cederé a sus deseos en la esperanza de que sea en su beneficio; la ruptura del velo del templo es un importante tipo favorable al menor espiritual que tenga la dicha de contarse entre aquellos recompensados por el Creador con toda Su gloria espiritual divina. Ese velo rasgado es el tipo real de la liberación del menor privado de la presencia del Creador; explica la reintegración de la materia aparente, que oculta y separa a todo ser menor del conocimiento perfecto de las magníficas obras del Creador para Su gran gloria. Explica el desgarrar y la caída de los siete cielos planetarios, cuyo cuerpo material oculta al menor espiritual la poderosa luz divina reinante en el círculo celeste. Significa, además, el rasgamiento del velo que ocultaba y velaba, a la mayoría de los menores, el conocimiento de las obras realizadas por el Creador para beneficiar a Su criatura.

Moisés representó claramente esta última figura al cubrirse la cara con un velo rojo cuando comunicó a los hebreos la ley divina. Este velo rojo, que ocultaba al pueblo la cara de Moisés y las tablas en las que estaban escritas la intención y la voluntad del Creador, representa perfectamente a los espíritus perversos, que son como un velo perturbador para los menores que se han unido a ellos. El color rojo de este velo representa la influencia del intelecto demoníaco en los principales sentidos de la forma del menor, privándole de toda comunicación espiritual divina e impidiendo la influencia espiritual, ya sea de tipos, misterios, o incluso la pura y simple naturaleza espiritual. El velo que cubría la cara de Moisés anunciaba la pérdida del conocimiento divino de Israel por su alianza con el príncipe de los demonios, así como su ignorancia del tipo espiritual que Moisés realizaba ante ellos.

Por esa alianza demoníaca, los hebreos serían llamados desde entonces *hijos de las tinieblas* o *hijos de sangre material*, y serían reemplazados por los denominados *hijos de la gracia divina*. Pero estos nuevos hijos no deben confiar excesivamente en la gracia que ahora poseen, en detrimento del pueblo hebreo; la reprobación de este pueblo es simplemente un tipo de lo que un día sucederá en el universo, como explicaré al hablar de las transformaciones últimas que sufrirá la criatura al final de los tiempos.

Ya me he extendido suficiente en la explicación de los tipos de Caín y Abel; ahora les hablaré de los siguientes descendientes de Adán. Les he relatado cómo logró Adán su completa reconciliación gracias a Abel. Verán claramente que, sin esta reconciliación, la naturaleza universal, general y particular no sería la misma que en la actualidad, aunque su duración hubiese sido la misma. Como el Creador había dotado a Abel de todos los dones necesarios para manifestar totalmente la gloria divina en beneficio de la criatura y humillación de los demonios, al morir éste era necesario que todos estos dones pasaran a otro menor. Los designios del Creador se cumplen y cumplirán siempre con una inmutabilidad irrevocable. Por tanto, Adán concibió, al agrado del Creador, un tercer descendiente al que llamó Set, que quiere decir “admitido a la descendencia de Dios”. Este ser espiritual menor heredó los poderosos dones que había poseído Abel; éste debía ser solamente un tipo de la reconciliación espiritual, mientras que Set representaría, además, el tipo de la permanencia de las leyes de la naturaleza, del curso de sus diferentes transformaciones y de los acontecimientos temporales que acaecerán cuando se borre de los ojos de Aquel que la ha hecho nacer en Su imaginación divina.

Con esta finalidad, el Creador reveló al bienaventurado Set, por medio de su enviado espiritual Helí, los recursos espirituales divinos secretos presentes en toda naturaleza material y espiritual, y por los que ésta se regía. Gracias al espíritu, le fue revelado el conocimiento de las leyes inalterables del Padre Eterno, aprendiendo que toda ley de creación temporal y toda acción divina se basan en diferentes números. Helí también le enseñó que todo número es eterno en el Creador; mediante estos números diferentes, el Creador determinaba toda figura, toda condición de creación y todo acuerdo con Su criatura. Para disipar sus dudas, les hablaré sobre los números eternos innatos en el Creador.

Sin duda alguna saben que todos los sabios pasados y presentes siempre han tenido en gran consideración el número denario; este prestigio se debe a que han aprendido a reconocer en él la fuerza, pues está siempre presente en sus operaciones espirituales divinas, por las que han recibido los mismos dones concedidos a Set. Estos sabios no pasaron sus dones a sus descendientes carnales, ya que la mayoría de ellos no tuvo descendencia pese a unirse a mujeres por voluntad del Creador; estos dones les servían para educar e instruir a los hijos espirituales que les asignaba el Creador, preparándoles así para convertirse en instrumentos de la manifestación de la gloria divina.

Estos descendientes espirituales fueron guardianes del conocimiento del glorioso número denario; en él está incluido todo número de creación y gracias a él pueden obtenerse todos los números terrestres, menores, mayores y superiores; este conocimiento fue revelado al bienaventurado Set y yo debo revelarlo al hombre deseoso de aprender. Les diré, por tanto, según me ha sido enseñado, que el número denario incluye los cuatro números de poder divino. Observen que en el número denario aparecen cuatro caracteres aritméticos diferentes: 1, 2, 3, 4. Sumen estos cuatro caracteres de la siguiente manera: *1 y 2 suman 3, 3 y 3 suman 6, 6 y 4 suman 10*; ahí tienen el número denario, el primer y mayor poder divino en el que están incluidos los otros tres números,

como verán a continuación: 3 y 4 suman 7, que representa el segundo poder del Creador; 1 y 2 suman 3, 3 y 3 suman 6, he aquí el tercer poder del Creador; por último, sumen 1 y 3 y obtendrán 4, el número cuaternario que completa los cuatro poderes divinos del Creador, contenidos en el número eterno *denario*.

Para que su aprendizaje sea completo debo enseñarles la aplicación de estos cuatro números, así conocerán el uso que el Creador dio a cada uno de ellos en la creación universal, general y particular. Por tanto, les diré que el número denario es un número indivisible, es decir que no puede sufrir división alguna. Este número completa, divide y subdivide todo número innato en el templo universal, general y particular, corporal, animal, espiritual y divino. Por este motivo, los sabios siempre han considerado que este glorioso número es único y representa la cuádruple esencia divina, y que cualquier ser espiritual procedente de él es formidable. Por ese mismo motivo, únicamente puede ser utilizado por el Creador, nunca por seres espirituales doblemente poderosos, simples y menores; por lo que ningún sabio se ha servido de él, siempre se ha reservado, por respeto, a la Divinidad.

Tal es el uso del número denario o primer poder divino, que se representa como 10 ó ①; mediante este número, la imaginación pensante divina concibe la creación espiritual divina y temporal. Pasemos al número septenario.

El número septenario, que procede del número absoluto denario, es el número más perfecto utilizado por el Creador para emancipar cualquier espíritu de su inmensidad divina. Los espíritus septenarios se comportan como agente primero y causa cierta de todo movimiento de las formas creadas en el círculo universal. ¿Qué observamos en todas estas formas?. Sonido, movimiento, acción y reacción. Las diferentes cualidades y propiedades de estas formas no podrían apreciarse si en ellas no hubiese un ser innato, denominado partícula del fuego increado excéntrico, que posibilita todas esas acciones.

Pero dichas acciones y movimientos de las formas materiales no pueden proceder únicamente de un principio innato; para que este principio o partícula de fuego increado origine formas corporales debe ser activado por una causa principal y superior, que dirige y dispone el movimiento y pervivencia de las formas. Los agentes septenarios espirituales divinos son, precisamente, esa causa superior que rige las diferentes acciones y movimientos de todos los cuerpos, haciéndoles llevar a cabo los pensamientos y la voluntad que concibe. Aquí vuelve a aparecer lo que aprendimos anteriormente: la forma corporal humana es el órgano del alma del menor. Para entender las facultades y poderes de los agentes septenarios sobre los seres corporales, nada mejor que analizar las diferentes operaciones que los menores realizan con sus propias formas, ante los ojos de sus semejantes. He aquí la poderosa virtud y facultad del número septenario, su emanación del número denario y el empleo que el Creador hace de él para emancipar los espíritus creados a Su semejanza; *este número es el segundo poder de la Divinidad*.

El tercer poder divino o número senario emana, igualmente, del glorioso número denario. Este número senario no es tan perfecto ni tiene una virtud espiritual tan poderosa como el número septenario; el número senario puede dividirse en dos partes iguales (dos veces tres), mientras que el número septenario no puede dividirse sin destruirse y desnaturalizarse. Gracias al número senario, el Creador hace surgir de su pensamiento todas las imágenes de formas corporales aparentes existentes en el círculo universal. ¿No enseña el Génesis que todo fue creado por Dios en seis días?. Con esto no debemos pensar que el Génesis quisiera limitar el poder de la Divinidad al delimitar un plazo, ya fuera de seis días o de seis años. El Creador es un espíritu puro superior al tiempo y a las divisiones temporales, pero llevó a cabo seis pensamientos divinos para la creación universal; el número seis pertenece efectivamente a la creación de toda forma de materia aparente. Gracias a este mismo número, el Creador da a conocer a Sus criaturas, tanto espirituales como temporales, la duración del tiempo que deberá subsistir la creación universal. Esa es la virtud del número senario y la utilización que el Creador hace de él. Este número ha permitido a los sabios conocer el principio de las formas y límites de duración establecidos por el Creador; gracias a él sabemos que todo ser corporal se reintegra a su primer principio de emanación por el mismo número que lo ha producido. Pasemos al número cuaternario o cuarto poder del Creador.

El número cuaternario, que completa la cuádruple esencia divina, es infinitamente más perfecto e importante que el número senario; contribuye a la perfección de las formas que toma la materia indiferente, pues posibilita el movimiento y acción de la forma corporal, y preside en todo ser creado al ser el número principal del que todo procede. Se le denomina “número poderoso por el Creador”, pues incluye todo número de creación divina, espiritual y terrestre, como he demostrado con las diferentes sumas de los cuatro caracteres que conforman el número cuaternario, y con la suma total de estos caracteres, que tiene como resultado el número denario.

Las diferentes sumas designan las distintas facultades y poderes que el hombre ha recibido del Creador. Por ese motivo, el hombre debe aprender a reconocer todos los números de poderes espirituales innatos en el número cuaternario pues, para su desgracia, ha sido privado de este conocimiento. El número cuaternario, por último, es utilizado por el Creador en la emanación y emancipación del hombre o menor espiritual; por eso el alma se denomina “vida eterna o impasible”, como explicaré a continuación.

Deben saber que la figura triangular tuvo enorme importancia entre los sabios de los diferentes pueblos. Adán, Enoc, Noé, Moisés, Salomón y Cristo la utilizaron frecuentemente en sus trabajos. Incluso en nuestros días, en el vértice y el frontispicio de la fachada de nuestros ayuntamientos, se coloca cuidadosamente un triángulo. ¿Acaso esa figura es fruto de la imaginación del constructor?. Imposible, pues existe antes que él y está presente naturalmente en nuestro propio cuerpo. Tampoco podemos creer que dicho triángulo sea la representación de la Trinidad, aunque demos a los tres ángulos de un triángulo equilátero el nombre de Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque la Trinidad no puede representarse de ninguna manera que puedan percibir los ojos

materiales. Por tanto, esta figura sólo representa las tres esencias espirituosas presentes en la forma general terrestre, cuya figura es la siguiente: ∇ . El ángulo inferior representa el mercurio; el ángulo dirigido al sur, el azufre; y el dirigido al norte, la sal. Ahora bien, al unirse el principio espiritual o número cuaternario a dichas esencias, éstas se enlazan íntimamente tomando una sola figura y una sola forma, que representa las tres partes en que se divide el cuerpo general terrestre: oeste, norte y sur.

Así, sumando el número 1 con el 3, demostramos el gran poder del número cuaternario, que completa perfectamente la cuádruple esencia divina. Del centro de este triángulo salen tres ángulos. Ese centro está formado por cuatro letras; esto indica claramente que todo ser creado procede de la cuádruple esencia divina y está sometido a ella, y que, por su emanación cuaternaria, el espíritu menor lleva realmente el número de esta cuádruple esencia.

Tales son las gloriosas instrucciones espirituales que recibió Set del Creador, mediante su enviado Helí. Así adquirió todo su poder y un conocimiento completo de las operaciones divinas; no es cierto que fuese instruido en las ciencias espirituales y naturales por su padre Adán, como algunos opinan. Tal cosa era absolutamente imposible, pues Adán, tras su falta, fue despojado de todo poder espiritual; sólo tenía un simple poder menor, que no podía transmitir por decisión propia, sino por decisión suprema de la Divinidad. Adán sólo pudo enseñar a Set el laborioso ceremonial, que llegó a conocer con gran trabajo de su cuerpo, alma y espíritu pero, en ningún caso, los frutos espirituales procedentes de operaciones temporales espirituales.

Como acabo de explicar, en su primer estado de justicia Adán realmente recibió del espíritu divino toda ciencia y conocimiento espiritual; es decir, se le comunicó el camino y el plano exacto de todas las obras espirituales divinas para las que había sido emanado. Sin embargo, como utilizó criminalmente sus poderes, el Creador se los retiró inmediatamente, convirtiendo al desdichado Adán en simple hombre, que podía cometer errores en todas sus actividades humanas, espirituales y temporales, incluso tras su reconciliación. Esto mismo le sucede al hombre cuando actúa sólo con sus tres poderes ternarios (*poderes aéreo, terrestre e ígneo*). Es peligroso que el hombre deseoso de aprender utilice estos tres poderes en sus operaciones sin obtener previamente del Creador el poder cuaternario que se nos retiró por la prevaricación de Adán; la falta de este poder cuaternario nos enseña que, desde Adán, somos hombres proclives al error; asimismo, la falta de ese poder cuaternario indica que el hombre, en verdad, se encuentra privado espiritualmente de Dios. Es cierto que, durante su vida temporal, el hombre a veces supera esa privación, pero nunca por mucho tiempo; el Creador, que es inmutable, manifestó expresamente al hombre reconciliado que no recuperaría el conocimiento de las ciencias divinas hasta que cumpliera el trabajo que le había encomendado. Desde entonces, el hombre es ignorante y limitado, cosa que no habría sucedido de haber utilizado su poder cuaternario siguiendo las instrucciones del Creador.

Set, además del tipo de la reconciliación espiritual y el del equilibrio de las leyes de la naturaleza, también representó claramente el de la misericordia divina, pues sustituyó a Abel al orar por el perdón de su hermano Caín; aparentemente, éste expió su delito, bien por su muerte, bien por la penitencia de Booz por su involuntario crimen. No deben dudar que estos dos menores alcanzaron la misericordia del Creador por la virtud y santidad del bienaventurado Set. Si acaso me pidieran una demostración física les diría que, si tuvieran la fortuna de conocer el trabajo de Set, el realizado tras él por los sabios y el trabajo de Moisés y Cristo, no pedirían demostraciones de ninguna clase. Si hubiesen convivido con esos célebres sabios, se guardarían de hablar de esa manera. Se habrían limitado a admirar sus hechos sin intentar entender sus palabras, pues les habría sido tan difícil comprender sus cuestiones y discursos, como los hechos que realizaban.

El respetable Set, descendiente de Dios, fue el encargado de enseñar a sus hijos el culto divino. Inició a su hijo Enós, que quiere decir “débil mortal”, en todas las ceremonias divinas espirituales y terrestres, celestes, acuáticas e ígneas; le recomendó, bajo las penas más terribles, que no abusara de los conocimientos que le habían sido confiados por el Padre Eterno ni del fruto de su trabajo espiritual; le prohibió, entre otras cosas, cualquier relación con los profanos (hijos de los hombres), es decir, con las hijas concubinas de la descendencia de Caín, para que esta raza no se uniese nunca con la suya, que era la de los hijos de Dios. Entre su prole, el Creador haría nacer a los menores encargados de la manifestación de Su gloria, como ya he explicado brevemente al hablar de la elección de Enoc y como detallaré al nombrar a todos los menores elegidos. Entonces verán que los descendientes de Set y de su hijo Enós no tardaron en corromperse al unirse con los descendientes de Caín, quienes les hicieron perder a todos el conocimiento espiritual divino que Set les había comunicado. Estos descendientes de Enós vivieron así en el pecado hasta su séptima generación, de la que procede el patriarca Enoc, de quien ya les he hablado y les volveré a hablar.

Esto es lo principal que debía decirles sobre el tipo de Set, pues no quiero profundizar en acontecimientos particulares de sus descendientes, que no son de ninguna utilidad para las cosas que deben saber.

Enoc nació entre los hijos de Set; su padre fue *Yared* o *Ared*, que quiere decir “hombre iluminado por Dios”. Este padre dio a su hijo el nombre de *Deliacim*, que significa “resurrección del Señor en la descendencia de Set”, apodándole *Enoc*, empezando con E, no con H. El nombre de *Enoc* significa “consagración”. Todos estos nombres y el tipo que *Yared* representó entre los descendientes de Set o Enós, eran una figura verdadera del pasado, presente y futuro. *Yared* era un hombre justo ante el Creador; su virtud divina era superior a la de los otros patriarcas por el gran culto que rendía para expiar los crímenes de los descendientes de Enós. Cada día recibía la iluminación del Espíritu Divino y así se preparaba para la venida del ser justo que emanaría de él, según le había comunicado el espíritu. El espíritu también le transmitió que su hijo *Enoc* sería el tipo del espíritu divino e incluso de la acción de la Divinidad, por su conducta y defensa de los menores contra los ataques de sus enemigos, como les expliqué anteriormente al hablar de la elección de *Enoc*.

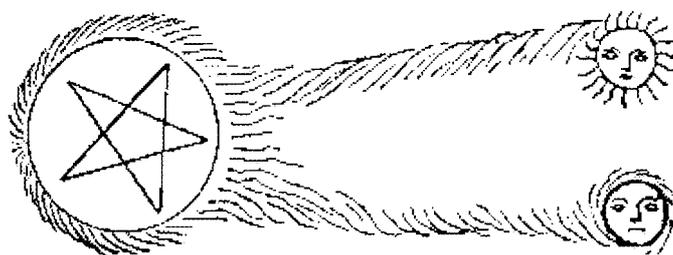
Por último, el espíritu comunicó a *Yared* las importantes obras espirituales que su hijo Enoc realizaría entre los hijos de Caín y de Set, y entre las hijas de Adán, que forman las tres naciones que habitan sobre la superficie de la tierra. Antes de dejar este último punto, quiero que observen que los hombres distinguieron cuatro pueblos: Ismael, Israel, los cristianos y los idólatras o incrédulos quienes, bajo el pretexto de honrar y engrandecer a la Divinidad sólo rinden culto a la materia; pero esta división tiene su origen en acuerdos entre los hombres sin participación divina, por lo tanto es forzosamente falsa y engañosa, como veremos a continuación.

Adán, que había sido emancipado de la circunferencia divina para ser el rey de la tierra y tener una descendencia de Dios, no debía, por su naturaleza espiritual, participar en la división de esa misma tierra. Pero, tras su delito, se convirtió en hombre de materia y tuvo descendientes carnales, entre ellos tres hijos varones: Caín, Abel y Set. Abel había nacido por orden del Creador, como simple manifestación divina; por lo tanto, no debía disfrutar de la materia ni participar en modo alguno en la división de la tierra, que debía distribuirse entre los descendientes de los hombres de sentidos materiales. Así, este justo menor fue descontado del número de descendientes materiales tras cumplir su misión, por voluntad del Creador. Sólo quedaban tres personas: Adán, Caín y Set. Adán, siguiendo las órdenes recibidas del Padre Eterno, dividió personalmente la tierra en tres partes, no en cuatro. No podía ser de otra manera, dirán ustedes, puesto que sólo tenía tres hijos. Pero en verdad les digo que, aunque hubiese tenido cien hijos, no habría podido dividir la tierra en más de tres partes; pues no existen más partes en la tierra y ésta forma un triángulo perfecto. De este modo, Adán dividió las regiones como sigue: el oeste para Adán, el sur para Caín y el norte para Set. De igual manera que sólo hay tres círculos esféricos (sensible, visual y racional), sólo hay tres ángulos terrestres y la creación universal se divide sólo en tres partes.

La demostración de que la creación universal no puede ser dividida en más de tres partes, la tienen en la imposibilidad de encontrar lo que denominamos la *cuadratura del círculo* o división del círculo en cuatro partes. Por todo esto rechazamos la cuarta parte de la tierra, aunque sea admitida popularmente. Así, sobre la misma tierra sólo puede haber tres naciones principales, de las que han emanado todas las naciones conocidas. Estas tres naciones fueron representadas por los hijos de Noé, entre quienes se volvió a dividir la tierra en tres partes iguales. A Cam le correspondió la parte sur; a Sem, la parte oeste; y a Jafet, la parte norte, como les relataré posteriormente. Añadiré que la orden que el Creador dio a Adán de dividir la tierra fue muy dolorosa para él, pues le hacía sentir la diferencia entre su anterior estado de gloria y su estado de reprobación. Además, este reparto de la tierra anunció la división que reinaría entre los hombres desde entonces hasta el final de los tiempos, pues Adán sumió a toda su descendencia en un estado de guerra y discordias. Pero volvamos a Enoc.

El nacimiento de *Enoc* supuso una gran satisfacción espiritual para los descendientes de *Set*. En su cara se reflejaba su carácter y el de su misión; su recorrido en el mundo quedó marcado en los cielos por un signo planetario, que

conmocionó enormemente a los descendientes de *Set* y más aún a los de *Caín*. Este signo, que toda la creación pudo distinguir, se percibió especialmente en el sur, donde vivían los descendientes de Caín. Como era lógico, su preocupación fue mayor que la de los hijos de Set, pues en él vieron el presagio del castigo que el Creador enviaría a todos los habitantes de la región meridional. Este signo era una estrella que había salido de su círculo planetario, descendiendo más cerca de la tierra de lo que era habitual, y que tenía una luz diferente a la que recibía en su curso natural, por lo que parecía completamente distinta y contraria a las demás estrellas, pese a tener la misma naturaleza. Debido a esta diferencia, los hombres lo llamaron *Lathan*, que quiere decir “signo de confusión y aflicción terrestre”, aunque se le conoce por el nombre de “cometa”. He aquí la figura de este signo:



Para entender en qué consiste un signo planetario, deben saber que todo cuerpo celeste, sea mayor, superior o inferior, está formado de materia y, en principio, su forma corporal puede tener seis divisiones. Un círculo planetario está formado por seis estrellas principales de igual tamaño, propiedades y poder; éstas reciben sus órdenes de acción, movimiento y operación de la estrella superior, que se encuentra en el centro de estos seis componentes del círculo planetario. En el espacio intermedio entre estrellas hay infinidad de cuerpos diferentes que denominamos “signos ordinarios planetarios”, llamados comúnmente pequeñas estrellas. Estos signos siguen la misma disposición que las estrellas del círculo planetario, es decir, se unen de siete en siete. Cada uno de estos signos tiene siete virtudes presentes en las principales estrellas del círculo planetario y, además, otras siete virtudes propias, por lo que pueden ser multiplicados por su propio número de virtudes, o sea $7 \times 7 = 49 = 13 = 4$. Este número indica que, como todos los cuerpos presentes en el círculo universal, los cuerpos planetarios superiores, mayores e inferiores tienen vida espiritual divina y vida corporal pasiva, diferenciándose de la siguiente manera: los irracionales tienen vida e instinto pasivo; los racionales tienen ese mismo instinto y, además, vida espiritual impasible.

Ya saben que todo ser de forma corporal nace de tres esencias espirituosas (mercurio, azufre y sal) y de la colaboración de los espíritus del eje en su formación; esta colaboración consiste en impregnar con su fuego cada una de las esencias de manera continua para preservar y equilibrar todas las formas. Esto es lo que denominamos vida pasiva, a la que está sometido todo ser de forma celeste o terrestre.

Hemos dividido los cuerpos planetarios en superiores, mayores e inferiores para entender más fácilmente sus virtudes y poderes. La estrella central es el ser superior planetario; esta estrella dirige los cuerpos planetarios mayores e inferiores, y se denomina superior porque en ella se propaga directamente el influjo solar. Después, esta estrella superior lo comunica a las estrellas mayores planetarias de su círculo y las mayores lo comunican a una infinidad de pequeñas estrellas vinculadas a ellas, denominadas “signos o cuerpos inferiores planetarios”; estas señales inferiores, tras recibir el influjo de las superiores y mayores, lo propagan con una precisión exacta sobre los cuerpos ordinarios terrestres.

He aquí un pequeño esquema de la composición de un círculo planetario y sus habitantes, que podemos considerar infinitos dada la multitud de seres animales, espirituales menores, y espíritus puros y simples divinos diferentes presentes en ellos, morada de la vida espiritual impasible. Si estos círculos planetarios sólo estuviesen habitados por los seres que acabo de nombrar, no habría ningún problema para el hombre y las demás formas, tanto generales como particulares; pero también pueden ser habitados por seres espirituales malignos, que combaten el influjo positivo que deben difundir los seres planetarios espirituales buenos por el mundo entero, según sus leyes de orden, para la protección y conservación del universo.

Por eso entre los hombres existe la creencia de que los planetas pueden tener una influencia negativa; esto es muy cierto, como aclararé al explicar los principios de los diferentes cuerpos celestes y terrestres, así como las virtudes y poderes de Saturno, el Sol y los demás círculos planetarios. Quizás duden de la relación entre los espíritus malignos y los espíritus buenos planetarios, pero esto se debe a su falta de conocimientos sobre los espíritus buenos y sus acciones, pues no consideran posible que sus funciones naturales sean interrumpidas por espíritus malignos. No obstante, no podría ser de otra forma, como veremos a continuación.

Ya saben que Adán fue emanado como forma gloriosa y saben que, por su pecado, perdió todo poder espiritual. Deben saber bastante de este tema, pero seguro que desconocen si el demonio tenía forma corporal cuando tentó al primer hombre. Les diré que el demonio tenía entonces un cuerpo de gloria o forma gloriosa; sería imposible que existieran tentaciones, trampas o engaños entre espíritus puros y simples si éstos contasen con una forma corporal.

Entre los espíritus puros y simples no ocurre lo mismo que entre los hombres corporales, todo hombre es libre de comunicar u ocultar sus pensamientos a sus semejantes, pero un ser espiritual no puede concebir un pensamiento sin que los demás espíritus lo conozcan. Todo está al descubierto y todo se siente al unísono entre los seres liberados de materia; el privilegio del espíritu puro y simple es poder leer en el espíritu, por su correspondencia natural espiritual. Por eso nada escapa al conocimiento del espíritu, mientras que entre los menores dotados de una forma de materia aparente ocurre todo lo contrario.

Partiendo de esta base, les explicaré que, al igual que los humanos, todo espíritu planetario superior, mayor e inferior dotado de forma corporal para operar según las leyes recibidas por el tiempo prescrito, puede ser atacado y combatido en sus actividades diarias. La diferencia entre estos espíritus y el hombre estriba en que ellos no sucumben ante la lucha contra los demonios; estos seres espirituales no pueden ser pervertidos ni seducidos, pues las formas que habitan no son susceptibles de putrefacción. Actúan siguiendo estrictamente las leyes naturales de las diferentes formas que habitan, por tanto, su reintegración espiritual y corporal es muy sucinta. El hombre, por el contrario, se aleja constantemente de sus leyes espirituales; siendo así, no puede esperar su reconciliación sin un largo y penoso trabajo, y su forma corporal sólo se reintegra mediante una putrefacción inconcebible para los mortales. Esta putrefacción degrada y hace desaparecer completamente la figura corporal del hombre destruyendo su miserable cuerpo, igual que el Sol hace desaparecer el día de la superficie terrestre privándola de su luz.

En el caso de *Cristo, Abel, Elías y Enoc*, no ocurrió lo mismo, ni en su ser espiritual ni en su forma material. En lo que respecta a *Enoc*, debo añadir, además, que su venida al mundo predijo la reconciliación universal, la señal que apareció en su nacimiento profetizó la que aparecería en el nacimiento del Reconciliador. Representó el tipo de tres operaciones distintas que Cristo realizaría entre los hombres para la manifestación de la gloria divina, la salvación de los hombres y la humillación de los demonios. La primera de ellas para la reconciliación de Adán; la segunda, para la reconciliación del género humano, en el año 4000; y la tercera, que *se manifestará al final de los tiempos, repitiendo la primera reconciliación de Adán, reconciliará al Creador con todos sus hijos, para mortificación y humillación del príncipe de los demonios y sus adeptos.*

Será entonces cuando estos espíritus perversos reconocerán su error y sus crímenes, mientras permanecen por tiempo inmemorial a la sombra de la muerte y en privación divina, sumidos en las más terribles lamentaciones. Su papel será, entonces, más duro y penoso que el desempeñado durante los siglos temporales.

No profundizaré aquí sobre el tipo de las penalidades que deberán sufrir estos espíritus perversos, ni hablaré del número 49, pues tocaré ambos puntos más tarde. También hablaré posteriormente del tipo de Enoc, al emprender el relato de las épocas. De momento me limitaré a todo lo expuesto hasta ahora, pasando a la explicación del tipo de Noé.

Noé representó un tipo notorio de la creación universal, terrestre, general y particular de todas las formas corporales aparentes. Por su número denario, es el tipo del Creador, pues fue el décimo de los patriarcas y el último de los jefes de las familias descendientes de Adán antes del diluvio. Gracias a su descendencia se perpetuó la de Adán, borrada por el diluvio de la faz de la tierra.

Antes de continuar, debo detallar los motivos que provocaron el diluvio. Los supuestos sabios, que no conciben la posibilidad de que el Creador enviara

esta plaga sobre la tierra e ignoran por qué lo hizo, no dudan en negar este hecho. Tachan de ridículos a quienes lo estudian desde la fe, considerando personajes ficticios a aquellos a quien el Creador informó de este suceso y de la decisión que había tomado en Su inmensidad. No me detendré en sus débiles objeciones, me limitaré a demostrarles que esta determinación fue tomada para manifestar la justicia divina ante los corifeos demoníacos, cuyas eternas persecuciones a los menores indignaban al Creador. Las enormes conquistas logradas entre estos desdichados menores les enorgullecían de tal modo que se creían invencibles e, incluso, más poderosos que el Creador.

Este orgullo era, evidentemente, fruto de su escasa reflexión. Todas sus conquistas probaban en realidad la debilidad de los demonios, no su poder, como voy a explicarles. En aquellos momentos la tierra no estaba demasiado poblada. Los hombres que la habitaban eran apenas un puñado, por así decirlo; sin embargo, para someter a ese pequeño número de menores, el adalid de los demonios tuvo que utilizar todos sus poderes y el de todas sus legiones, que son infinitas. Además, si los menores se hubiesen servido correctamente de su libertad, todas las insinuaciones y prácticas de los demonios habrían sido en vano. El triunfo de los demonios se resume, por tanto, en haber sometido a los débiles descendientes de Caín y parte de los de Set. Ciertamente, esta débil conquista no podía manifestar un poder demoníaco absoluto y superior al del Creador, pues los menores se habían dejado vencer por su propia voluntad. ¿Qué ganaba el demonio con esa victoria, si no podía mantener esas conquistas en su poder, ni corroborar que las poseía, ni disfrutar de ellas a su antojo?. Era como si no hubiese conquistado nada. El príncipe de los demonios ha librado multitud de combates, invirtiendo enorme trabajo y esfuerzo y, sin embargo, nada consigue, nada queda bajo su poder. Tales son sus victorias sobre los menores de aquella época, así como las que ha ganado desde entonces y las que podrá ganar en el futuro.

Cuanto más disponen los demonios su poder contra el Creador, mayor es su humillación y su castigo. Cuantas más victorias logran sobre los menores espirituales, mayor es su tormento y su desesperación; el Creador les mortifica arrebatándoles su presa, devolviendo a los menores esclavizados a Su justicia divina, sin permitir jamás una victoria completa de los espíritus perversos y sus legiones. Dichos espíritus malignos se rigen por leyes inmutables; utilizan sus acciones, movimientos y poderes para poner en práctica su malvada voluntad contra todo ser espiritual emanado y todo ser de forma corporal. Sin embargo, pese a toda su obcecación, ninguna de sus obras logra el objetivo que pretenden.

Quizás se pregunten qué objetivo pretenden alcanzar. Intentan rebasar los límites que les han sido prescritos, seduciendo sin descanso no sólo a los habitantes de la tierra, sino también a aquellos de los diferentes cuerpos celestes, con agresiones superiores a su poder ordinario. Pretenden nublar el entendimiento de los menores, presentándose ante sus ojos como los únicos dioses de cielos y tierra, prometiéndoles, si se unen a ellos y reconocen su autoridad, el mismo poder y facultad que posee la Divinidad, y la libertad para actuar sobre todo ser. Estos espíritus perversos llegaron incluso a persuadir a

los menores de que la Creación universal se atribuía falsamente a la Divinidad; afirmaban que ese Dios en quien creían era simplemente uno de ellos, que ordenaba sobre toda la Creación y sobre el hombre desde su venida a la tierra; defendían que los menores habían sido emanados por el gran príncipe *del sur*, soberano de todo ser material y sobrematerial (que quiere decir “vehículo del fuego eje central incorporado a una forma”); aseveraban que debían reconocerle y cumplir ciegamente todo lo que les comunicasen sus agentes inferiores, así se manifestaría su poder, tal como veían manifestarse el de su adalid, el gran príncipe *del sur*.

El príncipe de la región oeste, o príncipe mayor de los demonios terrestres, decía a los menores, señalándoles el Sol: “Ved el ojo del gran príncipe universal, es la morada de aquel que dirige toda la extensión que percibe y abarca vuestra vista y vuestra imaginación”. El príncipe de la región septentrional terrestre decía, mostrándoles la Luna: “Mis queridos aliados, os hablo en nombre del príncipe supremo y todopoderoso que ha vivido y vivirá eternamente con vosotros y con nosotros, oid lo que nuestro maestro os dice por mi boca. Girad el rostro hacia su morada, donde habitan todos los espíritus mayores como yo, los inferiores y los menores; allí se manifiesta la gloria de nuestro gran príncipe, por tanto, recurrid a ella para que os conceda todos los recursos y facultades necesarios para igualar vuestro poder al nuestro.”

Estos príncipes perversos no se limitaron a esto; enseñaron a los pobres menores seducidos a comunicarse con los habitantes de las dos moradas que les habían presentado como las más grandes e importantes: la Luna, la mayor morada del círculo sensible o terrestre, y el Sol, la mayor morada de los cielos. Les recomendaron no realizar ningún trabajo ni intervención sobre estas moradas hasta que no estuviesen en conjunción y perfecta oposición, es decir formando un eclipse de Sol y Luna; así obtendrían todo lo que necesitaban, bien directamente de los omnipotentes príncipes de dichas moradas, bien de sus protegidos.

Los príncipes de las otras dos regiones utilizaron palabras similares; los desdichados menores, seducidos por todas sus promesas, emplearon con ahínco y precisión todas las facultades y poderes recibidos de estos seres demoníacos. La perversidad de estos hombres poseídos creció enormemente y, en muy poco tiempo, lograron corromper a los descendientes de Caín y a gran parte de los de Set.

Quiero señalar que el discurso de los príncipes demoníacos debía ser muy atrayente para lograr pervertir en tan poco tiempo a casi todos los habitantes de la tierra; por tanto debemos velar y permanecer siempre alerta, pues estos espíritus perversos pueden inventar cualquier cosa para corromper al menor y llevarle a ellos. En sus actuaciones percibimos lo que normalmente se denomina pros y contras, es decir las acciones y reacciones que se suceden cotidianamente en el universo. Para entender la sutileza de sus tentativas deben saber que trabajan sin descanso para degradar las formas y corromper a los seres espirituales, esperando alcanzar su objetivo de un modo u otro. Persiguen a los menores desde el momento en que entran a este bajo mundo, cuando todavía no puedan servirse de sus sentidos corporales, como se

advierde claramente por los diferentes movimientos, lamentos y agitación de un recién nacido. La confirmación de todo esto la tenemos en el nacimiento de Cristo, en Su venida en forma corporal, en las persecuciones y sufrimientos que debió soportar durante Su vida; sin duda alguna, los demonios rondan la forma corporal desde que el menor entra en ella. Ahí tiene su origen la costumbre de los patriarcas de bendecir a sus descendientes para exorcizar y alejar a los espíritus perversos que asedian la forma corporal. La misma finalidad tiene la circuncisión o bautismo de sangre, por la que a Abraham le fue revelada la alianza. También de ahí procede el bautismo de gracia a los nuevos convertidos a Cristo.

Quizás se pregunten qué habría sucedido con el mundo si Adán no hubiese obtenido su reconciliación. No responderé a esta pregunta, me limitaré a decir que el decreto del Creador es inmutable en lo que respecta a la humillación de los demonios. El Padre Eterno previó la operación segunda de los malos espíritus, por la que pretendían que el menor se uniese totalmente a ellos para hacer frente a la justicia que recaería sobre ellos y sus adeptos.

El Creador tomó al menor bajo su custodia y todas las tentaciones de los demonios no pudieron hacer nada contra sus leyes inmutables. Así, los demonios cayeron en una privación mayor, conservando únicamente un poder espiritual simple, que Dios no pudo retirarles, para actuar superficialmente en el universo. Por este motivo, nunca lograrán la destrucción total de los rescatados por el Creador ni detener el curso y duración que Él ha asignado a cada cosa. Por eso, los demonios no han podido evitar que el mundo sea como es, tras el cambio de forma gloriosa en forma material del hombre.

Quiero señalar que no deben considerar esta forma corporal como un cuerpo real de materia existente; su origen está en las primeras esencias espirituosas que recibirían, por el primer Verbo de creación, el influjo adecuado a las formas que debían utilizarse en la creación universal. Las formas corporales no pueden considerarse reales sin admitir una materia innata en el Creador divino, lo que es contrario a Su espiritualidad. Le llamamos Creador pues todo lo creó de la nada y toda la creación surgió de Su imaginación; por eso denominamos *imagen* a Su creación, porque surgió de la imaginación pensante divina.

La misma facultad divina que ha creado todo, hará que todo vuelva a su origen; igual que toda forma tiene un principio, también tendrá un final y se reintegrará a su lugar original de emanación, como veremos con más detenimiento a continuación.

Ya han visto los inicuos crímenes de los demonios contra los menores desde el principio de los tiempos, para que se alejen del culto a Dios y se unan al príncipe *meridional*, considerándolo su único guía divino. Deben saber que estos espíritus perversos se acercaron siempre a los menores bajo una apariencia espiritual; intentaban convencerlos de que serían eternos como ellos, que no dejarían de existir si abandonaban su forma corporal y que podrían tener contacto y relación con sus semejantes. Pero al seducir a los

menores bajo una apariencia hermosa, los arrastraron a la más terrible abominación.

No obstante, pregúntense si, pese a las insistentes persecuciones demoníacas a este primer pueblo (los descendientes de Caín y Set), no había entre ellos hombres justos que rechazaran la insinuación del intelecto malo y se alejaran rotundamente de esa abominación en la que cayeron otros menores. No pueden negar que los hubo, aunque sólo fuesen los nueve patriarcas, a los que siguió Noé completando el número denario. Sin embargo, háganse la misma pregunta respecto a los hombres de nuestro tiempo, encuentren a un justo en este siglo; puedo imaginar su enorme perturbación pues, en efecto, no ha habido ninguno. Los hombres posteriores a la venida de Cristo, al no haber presenciado las manifestaciones divinas de los primeros siglos, han olvidado su conocimiento sobre el gran culto divino, pues no han sido testigos de los prodigios del Creador, como sucedía cotidianamente entre los primeros pueblos y en Israel.

Debido a sus malas costumbres y a su ignorancia los hombres de nuestro siglo se dejan invadir fácilmente por la duda. Por tanto, no debe sorprenderles que, en la actualidad, los intelectos demoníacos tengan más éxito entre los menores que en tiempos pasados. ¿No es cierto que cuanto más nos alejamos de un objeto, más se borra de nuestra vista?. ¿No es verdad que cuando nos alejamos de algo a lo que tenemos apego acaba saliendo imperceptiblemente de nuestra memoria, hasta el punto de que es muy difícil, por no decir imposible, retomarlo con el mismo gusto y ahínco que antes?. Pues bien, eso es precisamente lo que les ha ocurrido a los hombres de este siglo: se han alejado de todo conocimiento divino pretextando una supuesta fe ciega, que les ha hecho perder por completo la idea de la verdadera fe. La fe sin las obras no puede considerarse una verdadera fe, aunque sí es totalmente posible presenciar las obras de la fe sin tener fe. Además, las obras que el hombre puede realizar con la débil fe innata en él, no pueden atribuirse realmente a la fe; el hombre no puede tener una fe viva y completa si no es conducida por un agente superior; entonces podrá realizar obras que no le pertenecen y que manifiestan toda la fuerza de la fe que actúa en él. Los hombres han abandonado las ciencias espirituales empujados por su codicia de bienes materiales; ante sus ojos se ha corrido un tupido velo y están tan ciegos como todos los hijos de *Caín* y la mayoría de los de *Set*.

Sabemos que la ceguera de estos primeros descendientes, al igual que la de Israel, era una repetición clara del estado de privación de Adán mientras fue castigado por la justicia del Creador. Esta inacción espiritual es el castigo de todo espíritu que se aleja del Creador; ningún ser espiritual privado de Dios puede realizar el culto divino hasta que alcanza la reconciliación del Padre Eterno, como representaron Adán y sus sucesores con sus tipos y símbolos. Un tipo tiene mayor valor que un símbolo; un tipo es la representación real de un hecho pasado o de un hecho que sucederá en un plazo breve, un símbolo únicamente proporciona información sobre el tipo de un suceso futuro. Un tipo, además, es superior a una profecía; los profetas únicamente anuncian futuras amenazas que la misericordia del Creador puede alejar si el pueblo corrige su comportamiento, mientras que un tipo anuncia un acontecimiento cierto,

dictado por el decreto inmutable del Creador. Por tanto, no pueden ignorar que los primeros descendientes y el pueblo de Israel fueron horriblemente sancionados y castigados por abandonar al Creador y el culto que les había sido enseñado.

Déjenme cuestionar la situación del mundo cuando Cristo vino a los hombres. ¿Qué culto rendían al Creador?. ¿No habían convertido su Templo en un mercado?. ¿Conocían otro Dios que la materia?. ¿De dónde procedían sus mercancías?. ¿No les llevaban estas negociaciones materiales a la idolatría?. No resulta difícil creer esta actitud, pues se repite ante nuestros ojos en los hombres de nuestro tiempo. Consideran admisible olvidar al Creador para enriquecerse temporalmente. Representan perfectamente las dos épocas pasadas, es decir, la de los descendientes de Adán y la de Israel. En los hombres de este siglo vemos su misma conducta, su mismo ejemplo, sus mismas costumbres. El imperio de los demonios triunfa en perjuicio de los débiles menores. Éstos se han alejado de tal manera del culto divino, es tal su degradación e impureza por la alianza que han pactado con los espíritus perversos, que deben esperar un castigo infinitamente peor que el de las primeras generaciones, pues nuestra generación ha visto y ha oído hablar directamente a Aquel que opera toda reconciliación espiritual, mediante el que el Creador ha manifestado todas sus obras ante los ojos de la criatura.

¿Qué más podía hacer este Redentor?. ¿Qué más podía decir para evitar la influencia demoníaca sobre los menores?. ¿Podía sufrir más para impedir los ataques del demonio contra los menores?. ¿Acaso no demostró a los menores que el origen de sus obras era ajeno a ellos?. ¿No les reveló quién les hacía actuar contra la voluntad divina y qué medios utilizaban los demonios para que renunciassen a sí mismos y a su alma?. Algunos de estos menores siguieron los consejos de los demonios y otros los rechazaron, ¿no anuncia esta diferencia de pensamiento y voluntad que en ellos existe un ser espiritual divino libre?. ¿Les perseguirían los demonios con tanta insistencia de no ser así?.

Al ignorar todo esto, los menores posteriores a la venida de Cristo han repetido el reprobable comportamiento de las primeras generaciones. Han negado su alma y, por tanto, han negado la Divinidad; no se puede admitir un Creador sin admitir criaturas meramente espirituales. La descendencia de Caín cometió precisamente ese error, no reconocían ni Dios ni alma; la mayoría de los descendientes de Set creían en la existencia del alma, pero no en un Creador divino, sino en el espíritu demoníaco que les dirigía. Los hijos de Set creían también en un universo eterno, al contrario de los de Caín, pues su primer padre les había revelado los principios de todas las cosas creadas, educándoles en la fundición de metales; las formas que ellos mismos creaban les ayudaban a entender que el universo y todo lo incluido en él había sido formado y volvería a su primer principio de inactividad.

Observemos ahora al pueblo de Israel, ¿no cometieron los mismos errores y crímenes que las primeras generaciones?. Sin embargo, este pueblo fue testigo de la manifestación absoluta de la justicia y el poder divino. El Creador les permitió presenciar todas Sus maravillas; aun así, sucumbieron

ante el poder de los demonios, llegando en su osadía a repudiar al Creador eterno para adorar a falsos dioses. La conducta de los tristes descendientes de este pueblo demuestra el pecado al que se abandonaron sus padres. Su culto evidencia que están guiados por principios falsos y por el príncipe de las tinieblas. Son esclavos del ritual de la ley, olvidando la verdad de su alma y las leyes del Creador. Están dominados por la codicia material.

Pese a la falsa conducta de los descendientes de Caín, Set e Israel, y la de aquellos posteriores a Cristo, la misericordia del Creador se ha manifestado en todos los tiempos. Aunque la criatura soporta el peso de la justicia divina, el Padre Eterno no le niega nunca Su benevolencia, sino que le procura todos los medios que considera necesarios para su satisfacción temporal y espiritual.

En Ismael tenemos una de las más asombrosas pruebas de la misericordia divina. Como primer hijo natural de Abraham fue el símbolo de la elección de Israel; el abandono de la casa de su padre representa el vergonzoso abandono de Israel del templo divino; su huida a países extranjeros, lejos de las tierras de su padre, representa la expulsión de Israel de la presencia del Creador y su dispersión por toda la tierra. Según relatan las Escrituras, *Agar*, la madre de *Ismael*, llevó como único sustento para ambos un pan y un cántaro de agua que consumieron el primer día, sumiéndose en la desesperación al ver a su hijo a punto de fallecer de hambre y sed. Pero hasta en esos momentos de aflicción fue fiel al Creador, por eso Él no la abandonó y le envió un ángel, que le dijo: “¡Mujer!. El Padre Eterno ha oído tus súplicas para expiar tus faltas; levántate, coge a tu hijo y sígueme”. El ángel puso remedio al hambre y la sed de Ismael y su madre, después les bendijo en nombre del Padre Eterno, les mostró el camino que debían seguir para llegar a la tierra que el Creador les había destinado y dijo a *Agar*: “El Padre Eterno cuidará de tu hijo; tú serás testigo de su prosperidad en la tierra y de él nacerán doce príncipes de la tierra, que conducirán a sus doce tribus.”

Este ejemplo debe enseñarnos a confiar en el Padre Eterno, en la creencia de que nos hará siempre totalmente dichosos.

Por ahora no hablaré más de *Ismael*, pues tendré que hacerlo al explicar los tipos y épocas que se han sucedido. Continuaré, por último, con la explicación del gran tipo de *Noé*, que ya les he anunciado.

La abominable conducta de los descendientes de *Caín* y de *Set* llegó a ser tal que no sólo abandonaron al Creador y su culto, sino que cometieron las fornicaciones más inmundas, que no podemos imaginar sin estremecernos; el Creador se alzó contra estos pecadores y contra los demonios que les habían seducido. Ordenó a *Noé*, su fiel elegido, que construyese un arca de madera de cedro, testimonio de la justicia divina que ejercería contra la tierra y sus habitantes. Esta obra llevaba el nombre de Arca porque flotaba sobre las aguas y su base tenía una forma semejante al vientre de un pato. Este arca no tenía mástil, velas ni remos; nada de eso habría tenido utilidad alguna, pues era dirigida por la fuerza de las aguas, a voluntad del Creador. Cuando llegó el momento en que se manifestaría la justicia divina sobre toda la tierra, el Padre Eterno envió un ángel a Su elegido *Noé*, para informarle que debía entrar al

arca con su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos. También le detalló las provisiones que debía llevar para los animales racionales e irracionales que irían con él en el arca. Estas provisiones no eran manjares elaborados y refinados, como la harina más pura u otras delicias para el paladar; consistían simplemente en frutos ordinarios de la tierra. Cuando bajaron del arca, aún quedaban dos tercios de dichas provisiones, pues fue tal el temor de Noé y su familia ante el horrible castigo que presenciaron, que apenas pudieron pensar en su vida corporal. Noé presenció, en verdad, la manifestación de la justicia divina sobre el cuerpo general y particular, eternos en el círculo universal, que durante ese tiempo estuvieron privados espiritualmente de Dios; su conmoción sólo le permitió ocuparse de la vida espiritual de los animales racionales y de la vida corporal de los animales irracionales. Por ese el motivo sobraron tantas provisiones tras el diluvio.

Durante el diluvio, Noé representó el verdadero tipo del Creador; flotaba sobre las aguas como el Creador antes de que se desatara el caos, según palabras del Génesis. El velo acuático que entonces cubría toda la tierra y la ocultaba de la faz del Creador, hace alusión a los cielos ultracelestes, llamados por la mayoría de los filósofos *cielos cristalinos*, que separan al Creador de la corte divina de Su creación universal temporal.

El ensombrecimiento de los astros luminosos durante el diluvio hace pensar en la privación de la luz espiritual de los cuerpos universales, que no contaban aún con leyes de orden para intervenir y actuar, según disposición del Creador, como agentes en el círculo universal de la creación. Vemos cómo esta falta de luz divina de los cuerpos universales se repite cotidianamente en la concepción de una forma humana en el cuerpo de una mujer. El cuerpo humano lo dividimos en tres partes: la cabeza, 1; el tronco, 2; y el hueso iliaco, 3. No pueden negar que la forma y proporciones de estas tres partes son muy distintas unas de otras, y que es posible distinguirlas sin fracturarlas, sólo rompiendo los ligamentos cartilagosos que las unen; es decir, estas tres cosas son una sola gracias a esa íntima conexión. Sin embargo, tienen diferentes propiedades y facultades, que representan perfectamente los tres reinos de la naturaleza: *el animal, el vegetal y el mineral*. Estos tres reinos pertenecen a la forma terrestre, igual que las tres partes del cuerpo humano están incluidas en el recubrimiento de la forma. No he mencionado los cuatro miembros (dos brazos y dos muslos con sus piernas), pues son simples piezas del tronco, cuyas propiedades particulares trataré más adelante. Las tres partes del cuerpo humano me permiten explicarles las tres acciones principales que desencadenaron la explosión de los cuerpos universales. La primera acción consistió en el descenso del menor general a la forma general terrestre; la segunda, en la unión del espíritu divino mayor con el menor o alma general; la tercera, en las limitaciones y diferentes características y propiedades que el espíritu mayor determinó al cuerpo general y a los cuerpos particulares, tanto celestes como terrestres, por orden del Creador.

Este espíritu también prescribió la virtud y poder de todo ser espiritual mayor, inferior y menor, bien sobre la forma general y particular, bien fuera de estas formas. Dispuso, además, el poder y características de los habitantes del *eje central*, comprobando que cumpliera la voluntad divina. Con estas tres

operaciones la creación universal recibió sus leyes, preceptos y mandatos, y explotó el caos. Entonces, cada forma corporal del caos se puso en acción para cumplir las órdenes que había recibido. No piensen que la explosión de la masa caótica fue desencadenada por el descenso del espíritu menor, ni por su unión con el espíritu mayor, sino únicamente porque este espíritu mayor o doblemente poderoso retiró su revestimiento caótico para reunirse con su padre; entonces, todo se presentó a los ojos del Creador en naturaleza pasiva y activa, según la imagen que Él había imaginado.

Esto les aclarará las palabras de las Escrituras: *la luz estaba en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron*. Toda forma corporal es siempre un caos para el alma espiritual divina, pues esta forma de materia simplemente aparente no puede recibir comunicación del intelecto espiritual divino. Sin embargo, la emanación del menor le permite recibir constantemente esa comunicación, pues es un ser eterno.

Es evidente que el cuerpo es un caos para el alma o menor, pues ésta pasa su vida temporal encerrada en un cuerpo material como castigo por el crimen del primer hombre. Pasa la mitad del tiempo en una débil luz, simple reflejo de la luz espiritual divina, y la otra mitad en una aterradora oscuridad. Esto es lo que denominamos luz y tinieblas elementales, o día y noche; pero cuando el menor se separa de su forma caótica olvida las tinieblas temporales elementales, goza plenamente de su luz impasible, espiritual, inalterable e innata; como dijo el Creador, el Espíritu todo lo lee, ve y conoce por su propia claridad, sin necesitar más luz que la suya propia.

Quizás se pregunten por qué las Escrituras dicen entonces que quienes no sean admitidos por Dios vivirán en tinieblas y estarán privados de toda luz. Deben saber que las tinieblas de las que hablan las Escrituras no consisten en una falta de claridad y luz, sino en un estado de privación de la acción espiritual divina en la inmensa circunferencia celeste, donde los espíritus reconciliados llevarán a cabo su gozosa reintegración. Las palabras de las Escrituras no pueden tener otro significado, pues todo espíritu, bueno o malo, tiene luz propia. Si les queda alguna duda sobre mi explicación de la explosión del caos, fíjense en el ángel que abrió la puerta del arca para dejar salir a los animales situándoles en la cima para que presenciasen la manifestación de la justicia divina; verán claramente que representa la retirada del recubrimiento universal por el espíritu mayor, para exponer frente al Creador a todo ser de creación temporal.

Ahora les hablaré del tipo figurativo de este arca misteriosa. En ella estaban representados los diferentes seres animales y simboliza el revestimiento caótico que incluía todo principio de creación de formas corporales. Los cuarenta días que estos animales permanecieron sin la luz elemental, representan claramente la operación física que se ven obligados a realizar los hombres para su reproducción corporal. Su fruto no puede tener vida pasiva, activa o espiritual hasta que pasan cuarenta días. No diré nada más al respecto, la naturaleza puede instruirles ampliamente sobre ese tema. El descenso y la unión de las aguas enrarecidas con las aguas comunes, simbolizan el descenso del primer menor a un cuerpo material terrestre; los

cuarenta días que estas aguas enrarecidas tardaron en descender representan los cuarenta años de penas y sufrimientos del alma y el espíritu de Adán tras su pecado.

No pueden imaginarse la aflicción de Adán, que había sido completamente libre e infinito por su naturaleza de ser puro, espiritual, pensante, al encontrarse en una prisión material y sometido al tiempo. En efecto, durante cuarenta años imploró por su crimen, reflexionando sobre lo que había sido, lo que era y lo que sería. Tras los cuarenta años de penas y sufrimientos necesarios para su expiación, el Creador tuvo a bien hacerle merecedor de Su misericordia. Esta reconciliación sólo pudo alcanzarla al cabo de dicho plazo, cuando de él y de Eva nació la ofrenda espiritual que borraría el horror de su crimen y castigaría la maldad de los demonios seductores. Su sufrimiento durante ese tiempo queda claramente simbolizado por el de los animales sometidos a la justicia divina durante los cuarenta días que pasaron sobre el monte *Ararat*, también llamado montaña de Armenia, mientras Noé daba gracias al Creador por haberle protegido a él y al resto de los animales, de la plaga que había azotado la tierra y a todos sus habitantes.

Quizás se pregunten qué tiene que ver la prevaricación de los animales racionales con la conducta de los animales irracionales y por qué se confunde a unos y otros en el mismo castigo. Deben saber que los hombres de ese tiempo, además de abjurar del Creador y rendirse completamente a las insinuaciones de los demonios, llegaron en su perversión a gozar de las bestias como de las mujeres y a gozar igualmente entre ellos con pasiones contrarias a la naturaleza. Estos crímenes fueron simbolizados posteriormente por *Sodoma* y *Gomorra*, por cuyo nombre conocemos estos horribles atropellos. Por lo tanto, no debe asombrarles que la justicia del Creador recayera tanto sobre los animales racionales, como sobre los irracionales. El castigo del Creador a las dos ciudades que acabo de nombrar fue similar al del diluvio; el fuego que el Padre Eterno envió a ambas ciudades anunciaba, además, el que acabará con la creación universal, como explicaré más adelante.

Para comprender que la reconciliación de Adán sólo ocurriera pasados cuarenta años, basta con considerar la esterilidad de la tierra tras ser inundada por las aguas, quedando como muerta, prácticamente desnuda de vegetación; no volvió a recuperar su vigor y su proliferación original hasta que volvió a ser bendecida por el Creador. De igual modo, sólo tras cuarenta años de sufrimientos y penas temporales, Adán y Eva recuperaron su poder espiritual divino temporal. El efecto de las aguas se dejó sentir durante tanto tiempo en la tierra para que sirviese de ejemplo inmemorial al resto de los mortales de esa época; así transmitirían a sus hijos, de generación en generación, el recuerdo del crimen del primer hombre, el de sus primeros descendientes (por obra de *Caín*) y el de sus segundos descendientes (por obra de *Set*); su tercera descendencia fue la del bienaventurado *Noé*, considerado justo por el Creador.

Así, este castigo recayó sobre toda la tierra separando la creación universal, de la corte espiritual divina. Era una repetición del caos en que se encontraban las tres esencias fundamentales de todos los cuerpos, que debían servir a la formación de este universo. La impasibilidad de estas esencias era

tal que podían recibir el influjo de agentes exteriores para operar seguidamente según la intención del Creador. Este horrible suceso pone en evidencia dos cosas de enorme importancia: la primera, el castigo general a toda criatura corporal y a todo ser espiritual menor; la segunda, que toda creación procede directamente del Padre Eterno, pues es imposible que ningún otro ser haya creado este universo, con todas las maravillas que encierra.

Cuando Noé salió del arca, dijo a todas las criaturas: “Escucha tierra, y vosotros, hombres, oídme y entendedme desde la razón de vuestro ser espiritual, no de vuestro ser material. En verdad os digo que el Creador es el soberano de todo lo que existe en el círculo universal, todo procede de Él y todo está sometido a Su justicia. Su bondad divina ha querido que seamos testigos de la manifestación de Su gloria invencible sobre toda la tierra y sus habitantes. Alabemos desde el fondo de nuestra alma a este Padre de misericordia suprema para las criaturas que confían únicamente en Él. Que las huellas de este triste castigo, que veis ante vuestros ojos, os enseñen a no pecar contra el Espíritu Creador de todas las cosas, a no abjurar de Su omnipotencia eterna, tal como hicieron vuestros predecesores. Ellos pensaban que el cuerpo general terrestre era eterno, que no había tenido principio ni tendría fin. Pensaban que era el origen de todas las cosas, el único origen de su ser, pues no conocían nada superior a la forma corporal ni creían en los seres espirituales divinos.

Esa creencia atrajo sobre ellos tan terrible calamidad. Por voluntad del Creador, sus cadáveres permanecerán diseminados y confundidos con los de las bestias comunes; este hecho demuestra la ira de nuestro Padre y servirá de ejemplo inmemorial a vuestros descendientes, de generación en generación, tanto entre los animales irracionales como entre los racionales, para que el recuerdo de la justicia divina no se borre jamás de la superficie de la tierra. Considera tierra, considerad hombres, este riguroso castigo que ha hecho temblar a los habitantes de los cielos; estremecéos de horror ante este temible tormento, pues el Creador no ha hecho diferencia alguna entre hombres y bestias. Sí, en verdad era justo que el Creador les hiciese sentir el alcance de su poder, pues habían renegado de Él como padre; era justo que muriesen confundidos con las bestias, pues no reconocían otro origen que el de las bestias. ¡Qué dureza de espíritu pretender crear un ser meramente espiritual a partir de principios espirituales, que sólo pueden producir formas materiales, cuando seguirían en la nada si un Ser espiritual divino no les hubiese sacado de allí!. ¡Cuál sería la intervención del demonio sobre la tierra para reducir a sus habitantes a semejante ignorancia!. Permaneced alerta y alejáos de las actuaciones que repugnen a vuestro ser menor espiritual. Defendéos de las tentaciones que os presenten vuestros semejantes; se servirán de vuestro temor al Creador, para haceros seguir una senda material, atrayendo sobre vosotros y vuestros hijos la maldición del Padre Eterno; acabaréis desperdigados por todas las naciones futuras que poblarán las tres regiones terrestres. Escuchad, tierra y hombres, pues el Creador os habla por mi boca. Mi palabra es simple y pura. La Verdad que anuncia mi Verbo no tiene disfraz ni artificio, no los necesita para hacerse entender por quienes lo desean de buena fe. Mi palabra no oculta nada al hombre deseoso de aprender, le habla en un lenguaje que no puede ignorar, pues no se basa en la materia; es

íntegra, no conoce límites, no cambiará jamás; es completamente espiritual, pues ha emanado directamente del Creador. No va dirigida a los animales irracionales, sólo a los menores espirituales emanados, como ella, del principio eterno. Por lo tanto, a partir de ahora las bestias no serán castigadas por sus errores, pues tampoco pueden ser recompensadas. Lo ocurrido debe servir de ejemplo inmemorial para todos los habitantes de los cielos y de la tierra. Esto os digo de parte del Padre Eterno. Alguien superior a mí, que nacerá de vuestros descendientes, os revelará el castigo o la recompensa que recibirá la criatura al final de los tiempo, dependiendo de la confianza que deposite en su Creador.”

Tras esta advertencia, Noé dividió la tierra entre sus tres hijos, tal como relataré tras explicar el tipo de Noé, el de su arca y el del diluvio.

Los menores racionales cobijados en el arca y el tiempo en que no disfrutaron de luz elemental, representan a los justos y a los menores reconciliados cobijados bajo la sombra de la gran luz, donde descansarán y esperarán por algún tiempo, privados ya de acciones temporales. Estos seres justos serán consolados en su aflicción y tendrán asegurada su reintegración, pero esto no impedirá su sufrimiento, pues no podrán gozar totalmente de la visión del espíritu que les consuela. No obstante, sabrán que su sufrimiento es merecido; tras la prevaricación del primer hombre, el Creador juró que ni él ni ninguno de sus descendientes se reintegraría al círculo divino antes del gran combate que debe librarse, por el verdadero Adán o Réaux, entre la tierra y los cielos, para interceder por los menores. Este lugar donde los justos descansan y esperan, se denomina filosóficamente *círculo racional o círculo saturnino*. Es el único que lleva hasta los círculos ultracelestes y, según dicen las Escrituras, es el lugar de descanso de los Santos Padres reconciliados con el Creador. Por lo tanto, para que los seres reconciliados logren la reintegración, no basta con el tiempo que han permanecido y actuado en el círculo sensible terrestre. Es imprescindible que intervengan espiritualmente en todos los espacios del círculo universal, hasta completar el camino que el Creador les fijó al emanarlos y emanciparlos de Su inmensidad divina.

He aquí el segundo tipo de los animales racionales cobijados en el arca, que fueron preservados de la justicia divina debido a sus buenas obras espirituales temporales.

Noé, que quiere decir “descanso o consuelo”, desde que bajó del arca empezó a ofrecer un culto divino cada diez días, hasta completar los cuarenta días que permaneció en el monte *Ararat*. Este culto representaba el que llevaría a cabo el hombre divino o Cristo para la reconciliación del primer menor y para que la creación universal no cambiase de forma, como Adán había cambiado de cuerpo. Gracias a este culto del hombre divino, el Creador volvió a bendecir la creación universal; con su culto Noé rememoró que Adán fue nuevamente bendecido como superior de todo ser creado y hombre divino de la tierra. Con su invocación intercedió ante la misericordia divina del Creador, para que reconciliase la tierra con los habitantes que habían alcanzado Su gracia.

Noé obtuvo el perdón que suplicaba y la tierra se reconcilió con los hombres, recuperando, tras cuarenta años, su primer estado de vida vegetal. Noé dijo al Creador, "Sí, Padre Eterno, los desafortunados hombres que has puesto bajo mi tutela y Tu protección han entendido claramente que puedes cambiar a tu antojo la faz de la creación universal en un instante, como acabas de hacer con la tierra, reduciéndola a la nada. Sí, Creador omnipotente, Tu justicia es absoluta y así lo reconocen todas las criaturas espirituales, tanto celestes como terrestres. Ante Ti, ni el espíritu más justo puede soportar la luz sin temblar, ¿cómo podrían ser dignos los débiles mortales de este valle de lágrimas de su reintegración divina, sin el amparo de Tu gracia?. ¡Oh Creador, dador de vida!, Vivifica este cuerpo general en el que la criatura te rinde culto divino, pues es el receptáculo general o altar universal sobre el que te ofreceremos el sacrificio pacífico de reconciliación."

La huida del cuervo del arca antes de que Noé avistara tierra nos recuerda la prevaricación de Caín y profetiza claramente la de Cam. Se dirigió rumbo al sur, lugar donde se retiró Caín y donde se retiraría Cam con toda su descendencia. No regresó al arca para demostrar la separación entre los hijos de Caín y los de Set para el Creador; además, simboliza el futuro abandono del culto divino por los hombres para consagrarse únicamente a la materia.

La paloma, que revoloteó en torno al arca y luego se volvió a posar sobre ella, es la figura del espíritu angelical divino que dirigía y cuidaba del arca y de todos los allí cobijados, y comunicaba a Noé la voluntad del Creador para que se manifestase Su justicia. Además, representa el espíritu que acompaña a los menores, rodeándoles con su círculo espiritual para defenderles de la influencia demoníaca de los espíritus perversos. La forma y las proporciones del arca indican que era un lugar de confusión, como pueden ver:

El arca tenía una longitud de.....	300	
— una anchura de	50	}codos
— una altura de	30	
		380 = 11

El número once es contrario a toda especie de forma corporal, análoga al cuerpo terrestre y a todo lo que procede del él.

Noé profetizó la reconciliación universal antes de divisar tierra gracias al signo espiritual que vulgarmente se denomina *arco iris*. En efecto, los siete principales espíritus universales se le presentaron como una enorme señal semicircular de fuego de diferente color, uno de cuyos extremos señalaba la cima del monte *Ararat* y el otro el arca. Noé se dispuso a contemplar la señal con gran atención, pues no podía leer las intenciones y la voluntad del Creador sin un examen muy exhaustivo de este signo profético. En ese momento, la paloma abandonó el arca y se alejó hacia el monte Ararat. Luego, volvió con una rama de olivo que dejó caer en presencia de Noé, para indicarle que su liberación estaba próxima. La paloma eligió esta rama de olivo entre todos los demás árboles, indicando así a los hombres el fruto que deberían utilizar para ungir y distinguir a los poderosos encargados de ofrecer culto al Creador,

como, efectivamente, se haría en Israel y entre todos los sabios. Al repartir Noé la tierra entre sus tres hijos, repitió la actuación de Adán con sus descendientes. Relegó a *Cam* a la región sur, que había pertenecido a *Caín*; entregó a *Sem* la región oriental, que había sido dada a *Abel*; y a *Jafet* le concedió la región septentrional, que había sido de *Set*. Noé permaneció con su mujer en el centro de la tierra. Esta división de la tierra en tres partes o regiones, realizada en diferentes épocas, nos revela su forma triangular, como explicaré más claramente al hablar de los principios de la materia aparente.

Noé, antes de dejar salir a los habitantes del arca, para que cada uno se dirigiese al lugar que le estaba destinado, también les dijo: “Recordad, tierra y animales racionales e irracionales, que la terrible catástrofe que habéis presenciado ha sido un castigo para los pecadores ante los ojos del Creador; y recordad, al mismo tiempo, que la misericordia y la bondad divina os han preservado de ese terrible castigo. Las aguas que se han alzado hasta las puertas del firmamento y han destruido toda la naturaleza ante vuestros ojos, representan la nada en la que se encontraba la naturaleza universal antes de que el Creador concibiese en Su imaginación la creación espiritual y temporal. Nos enseña claramente que todo ser temporal procede directamente de Su pensamiento y Su voluntad y todo ser espiritual divino, de Su emanación eterna. La creación concierne únicamente a la materia aparente, pues no procede de nada, salvo de la imaginación divina, y debe volver a la nada; pero la emanación concierne a seres espirituales reales e imperecederos. Todos los espíritus, mayores o menores, existirán eternamente en su individualidad en el círculo de la Divinidad. El Padre Eterno es Creador no sólo por habernos creado, sino también porque no cesa ni cesará de crear virtudes y poderes espirituales para los elegidos emanados de Él. Estos seres espirituales están, en verdad, innatos en la Divinidad, como la simiente de la reproducción de formas está innata en el cuerpo general y particular del universo. No podéis negar a la Divinidad este privilegio de emanación espiritual, pues tenéis ante vosotros una demostración física de esta ley de la reproducción de las formas. No olvidéis nunca lo que el Creador ha hecho por vosotros. Sois el testimonio cierto de la manifestación de Su gloria y Su justicia. No admitáis jamás otro Creador de todo lo que perciben vuestros ojos corporales y espirituales, pues nada existe, ha existido ni existirá jamás sin Su voluntad. No neguéis nunca que todo procede de Él, no de los malditos espíritus tentadores que han precipitado a vuestros semejantes en los horribles abismos de la materia con sus insinuaciones demoníacas, pretendiendo orgullosamente ante los hombres ser verdaderos dioses, dadores de vida, vivos y con vida eterna. Id en paz bajo la protección del Creador a la región de la tierra que se os ha asignado; sed guardianes de esta herencia, como lo serán vuestros descendientes, de generación en generación, hasta el final de los siglos. ¡Maldito sea aquel de vosotros que borre de su memoria los preceptos, leyes y mandatos que el Creador entrega por segunda vez a la criatura universal y a quienes están innatos en todo ser espiritual de emanación!. Entre estos seres espirituales se encuentran los mayores, que habitan cerca del trono de la dominación divina y deben comunicar a los hombres la voluntad del Padre Eterno; los inferiores actúan en toda la extensión de la creación universal, sea en el cuerpo terrestre, acuático, ígneo o en el eje central. Recordad que el Creador, al redimir la tierra, también os ha redimido. Ha repetido ante vosotros el tipo de la creación

universal, para que relatéis a vuestros descendientes que los habitantes de la tierra perecieron, confundidos con el resto de las bestias, en los abismos de su dios material. ¡Quiera el Creador todopoderoso que vosotros y vuestros descendientes no corráis la misma suerte!. Pues ningún menor sería preservado para redimir la tierra y a sus habitantes, todo sería reducido a polvo y cenizas; todo se convertiría en la nada y los menores espirituales caerían en privación divina por una eternidad. ¡Id en paz y recibid la bendición que os imparto en nombre del Padre Eterno todopoderoso!”

Tras estos prolegómenos, Noé liberó a todo su pueblo de su protección espiritual, para que cada uno disfrutase libremente de sus virtudes, facultades y poderes en el lugar de la tierra que les había sido destinado. Él y su mujer permanecieron en el centro de la tierra, como ya he dicho, y tuvieron una numerosa descendencia. En el momento adecuado les explicaré el tipo de la residencia de Noé en el centro de la tierra. Ya les he aclarado que Noé fue el tipo del Creador, el de la justicia (por la construcción del arca) y el de la redención (por la fuerza de su invocación, que reconcilió a la tierra y a los menores preservados del castigo universal con el Creador). Ahora les hablaré de la descendencia que tuvo Noé en su nueva morada. Fueron en total diez hijos, siete varones y tres hembras. Gracias a ellos se restableció el culto al Creador, ofreciéndole sacrificios puros sin más interés que el de Su gloria y la santificación de los menores. Cada uno de los siete hijos de Noé recibió del Padre Eterno un don particular. Uno tenía el don de realizar espiritualmente la voluntad del Creador, para beneficio e instrucción de sus hermanos; otro, el don de profetizar; otro, el de la interpretación; y así sucesivamente. Las Escrituras relatan largamente los diferentes dones con que el Creador dota a ciertos hombres emanados de Él, para la manifestación de Su gloria. Gracias a sus diferentes dones, los hijos de Noé restablecieron los distintos cultos necesarios para su misión espiritual y temporal. La segunda descendencia de Noé también recuperó los diferentes ceremoniales, oraciones e invocaciones necesarios para el culto; asimismo, restableció la duración inicial del tiempo, las horas, días, semanas, meses y años, que en la actualidad ya no se calcula como en los primeros tiempos.

No debe sorprenderles que Noé tuviese esta segunda descendencia, a la que llamó “hombres dioses de la tierra”, pues él había representado el tipo del Creador. Tampoco debe sorprenderles que las obras de estos descendientes fuesen meramente espirituales, no materiales temporales, pues no recibieron parte alguna en la división de la tierra. Las Escrituras no hablan sobre esta segunda descendencia, pero no pueden ignorar que Noé representó el tipo del primer crimen de Adán y el de sus hijos *Caín* y *Set*. Asimismo, representó el tipo de la reconciliación de Adán y la de su descendencia espiritual, como voy a explicarles. Adán, ser impuro ante el Creador por estar revestido de un cuerpo material, sólo podía tener una descendencia material, condenada de generación en generación a rendir un culto mixto espiritual y material. Lo mismo ocurre con los tres hijos varones nacidos de Noé antes de su elección y de la manifestación de la justicia divina. Pese a que no habían delinquido, estaban manchados por los crímenes cometidos en su presencia por su generación prevaricadora. Se purificaron en el ayuno, la oración y el dolor en cuerpo y alma al presenciar el castigo universal que recayó sobre la

tierra. Esta expiación nos revela que, aunque el menor sea justo ante el Creador, el fuego espiritual deberá purificar la mancha de su forma material incluso si ha rechazado todos los ataques del intelecto maligno, como veremos con más detalle al hablar de la materia y las formas corporales.

Sin embargo, cuando Adán logró su reconciliación tuvo una descendencia espiritual que recibió el nombre de “hijos de Dios”. De igual modo, Noé, tras su elección espiritual, tuvo una segunda descendencia destinada a realizar únicamente obras espirituales, como ya les he dicho.

Los siete hijos de la segunda descendencia de Noé entendieron perfectamente que el culto que debían rendir al Creador era exactamente el que Él esperaba de Su primer hombre. Gracias a su trabajo y a los dones que habían recibido, se convirtieron en las siete columnas espirituales divinas que debían sostener el universo y preservarlo del castigo del Creador; con la justicia de sus obras, debían lograr el perdón divino para los pecadores de los siglos futuros. Pero estos sabios no realizaron su misión durante mucho tiempo; los hombres a quienes instruían se perdieron en todo tipo de pasiones y en la codicia criminal, pese a las instrucciones y el ejemplo que tenían ante sus ojos, obligando a los sabios a dejarles caer bajo el yugo del demonio y el azote de la justicia divina. El castigo divino no recayó únicamente sobre los hombres prevaricadores, sino también sobre sus ciudades y casas, que fueron destruidas por las plagas que el Creador envió con sus ángeles exterminadores. Tal fue la suerte de la ciudad de Enah, construida por Caín, las ciudades de Egipto, Sodoma y Gomorra, Jericó, Jerusalén y tantas otras. La destrucción de sus monumentos demostraba que las obras de los hombres eran únicamente obras materiales realizadas por la influencia del intelecto demoníaco; todas estas ciudades fueron destruidas porque no escucharon la palabra de los justos, por lo que su poder espiritual no pudo beneficiar a sus habitantes. Esto no debe sorprenderles; en estas ciudades no había nacido ni un hombre justo, más bien al contrario, sus habitantes hacían todo lo posible por destruir a aquellos o aquellas que profesaban la instrucción espiritual entre ellos o entre las naciones con las que mantenían contacto material. Si echan un vistazo a su alrededor, verán que lo mismo ocurre en el siglo presente. Basta con observar las ciudades actuales, sus habitantes, las acciones que realizan cotidianamente, tanto en su interior como exteriormente: verán, sin lugar a dudas, que actualmente reina la misma codicia en el universo que en los primeros siglos.

No deben creer que las ciudades actuales serán castigadas por las mismas plagas que antaño, aunque sean igualmente criminales y construidas por la mano del hombre. El Creador puede recompensar sin descanso a los menores fieles, así como enviar nuevos castigos y plagas desconocidas a los prevaricadores; es imposible escapar a la justicia divina. Observen, además, que el castigo a las ciudades antiguas ocurrió porque el número perfecto septenario de hombres justos había dejado de existir sobre la tierra, pues el Creador había llamado a la mayoría de ellos; esto fue una advertencia de que el Padre Eterno iba a abandonar a los hombres de ese tiempo a su desafortunado destino. Ese castigo fue anunciado por el castigo universal que

azotó a los descendientes de Caín y a casi todos los de Set, pues los únicos hombres justos eran el bienaventurado Noé y sus hijos.

Hemos visto que cada uno de los hijos de la segunda descendencia de Noé recibió un don espiritual divino que debía utilizar siguiendo las instrucciones de la Divinidad. También hemos visto que establecieron los diferentes intervalos de tiempo adecuados a la realización de los distintos cultos. Sin embargo, para esta división espiritual del tiempo, horas, días, semanas, meses y años siguieron una regla de cálculo completamente diferente a la seguida por sus hermanos temporales para sus operaciones espirituales y materiales terrestres. No podía ser de otro modo, ¿acaso no deben observarse para el cultivo de la tierra intervalos de tiempo, días, semanas, meses *lunares* diferentes?. Si el agricultor descuida todas esas reglas, ¿no será su siembra en vano, obteniendo por su trabajo una cosecha mediocre comparada con la que habría conseguido de observarlas?. Es una ley ineludible que procede del Creador, fue prescrita al hombre al condenarle a cultivar la tierra y podemos ver que debe realizarse y cumplirse con nuestros propios ojos. ¿Por qué no habría de estar el culto espiritual sujeto a una ley similar, a un ceremonial exacto y a una estricta observación del tiempo y las estaciones?.

El culto divino tiene una naturaleza muy diferente al cultivo de la tierra, por lo tanto, no debe sorprenderles que los segundos hijos de Noé estableciesen todo lo relativo a su culto espiritual de manera diferente a sus predecesores, quienes, como ya he dicho, realizaban un culto mixto espiritual y material terrestre. ¿No demuestra esto que la segunda descendencia de Noé contaba con mayor preparación y experiencia en el culto espiritual divino que la primera?. Quien pretenda desarrollar dos talentos al mismo tiempo, no alcanzará la perfección en ninguno de ellos; sin embargo, aquel que tenga un solo talento y lo practique rigurosamente, sin duda alguna logrará mayor perfección que cualquier otra persona. He aquí por qué los hijos de la segunda descendencia de Noé destacaban en el culto espiritual y sobrepasaban en él a sus hermanos mayores. Por tanto, no debe asombrarnos que esos hombres Dioses estableciesen un ceremonial diferente para el culto que debían realizar. No le corresponde al hombre temporal y terrestre condenar esta práctica, pues no puede tener un conocimiento perfecto de la misión de esta descendencia espiritual; si lo tuviese, se guardaría de condenarla.

Esta segunda descendencia de Noé representaba el extraordinario tipo de los siete principales espíritus superiores divinos; debido a su gran virtud, poder y sabiduría era, además, el tipo de los siete principales seres espirituales mayores, dedicados a conservar y sustentar este universo. Estas respetables personas habían sido enviadas por el Creador para intervenir espiritualmente; no debe sorprenderles, por tanto, que el desempeño de todas sus operaciones espirituales sea un misterio para los hombres temporales terrestres, dedicados sólo al culto terrenal. Estos sabios, en su estado de justicia divina y conforme a su misión espiritual, no podían estar limitados por un tiempo de tinieblas temporales, como los mortales ordinarios. Estas tinieblas o *noche* no existirían si nuestro primer padre no hubiese prevaricado. Si Adán sólo hubiera tenido una descendencia de Dios, como deseaba el Creador, todas sus acciones

serían ajenas a las tinieblas de la naturaleza elemental, pero su pecado hizo nacer de él descendientes materiales y hombres de tinieblas.

Sin embargo, los segundos descendientes de Noé fueron, en verdad, descendientes de Dios, al ser concebidos sin excesos de los sentidos materiales. Así, aunque estaban confinados en una forma corporal, gozaban de las mismas virtudes y poderes que poseía Adán en su estado de gloria. Estos hombres sólo se dedicaban a obras divinas para gran gloria del Creador y debían realizar sus acciones espirituales en momentos establecidos por la voluntad de la Divinidad. Asimismo, según sus dones particulares, recibieron leyes de orden inmutables que regirían sus diferentes actividades, como detallaré a continuación.

El primogénito de esta descendencia representó, ante sus seis hermanos, el tipo del espíritu intérprete; recibió del Creador la facultad de interpretarles los dones procedentes de sus acciones, siendo el primero en poner en práctica el poder y la virtud que había recibido. No se separó de su padre Noé hasta que fue llamado por el Padre Eterno, al finalizar el tiempo prescrito para sus acciones espirituales divinas temporales. Este primer sabio estableció el intervalo de tiempo necesario para sus actividades; según las órdenes recibidas, determinó que sería un cuarto de nuestros días ordinarios. Pese a que era un ser pensante para el que no existían las tinieblas, estableció este intervalo para proporcionar a sus hermanos y a sus futuros discípulos una regla fija para los diferentes trabajos del culto divino. El segundo hijo llevó a cabo su actuación espiritual en cuanto el primero finalizó la suya. Esta segunda intervención fue similar a la primera, aunque no tenía la misma finalidad, ni utilizaba las mismas palabras, pues el don que había recibido era diferente al concedido a su hermano mayor. Tenía el don de la profecía para manifestar la justicia divina. Con él se completó la mitad del tiempo, pues añadió al primer intervalo otro de seis horas para desarrollar su trabajo. Deben saber que el tercero de estos sabios había recibido el don de la astronomía universal, general y particular, y el cuarto, el poderoso conocimiento del verbo utilizado por el Creador en toda Su creación temporal. Éste último se dedicaba a la conservación de los cuerpos humanos durante su vida temporal; de ahí derivó el arte de sanar radicalmente las enfermedades, como explicaré al hablar de los diferentes acontecimientos vividos por las formas corporales. Debo añadir, además, que los cuatro primeros sabios representaban el tipo de los profetas pasados y futuros.

Deben saber que un intervalo sólo determina un tiempo continuo y constante cuando el inicio de un segundo intervalo fija su duración, formando así ambos juntos la mitad de un tiempo, que está formado por cuatro intervalos. Así, los cuatro primeros hijos de la segunda descendencia de Noé fijaron los cuatro intervalos de un tiempo, realizando cada uno su actuación espiritual durante seis horas. Los dos primeros intervalos formaban la mitad del tiempo diario temporal y los dos últimos la otra mitad. Unos pertenecían al día, los otros a la noche, conformando en su totalidad el tiempo justo y completo según los límites establecidos por el Creador para el transcurso cotidiano de Su creación universal. Aunque los cuatro primeros sabios fijaran un tiempo para sus operaciones espirituales, por lo que el día actual de veinticuatro horas tomó

su primer estado de naturaleza diaria y nocturna, deben recordar que dichos sabios no estaban sometidos al tiempo fijado, ni su espíritu lo estaba a los límites e intervalos que acababan de establecer.

La idea del tiempo es inadmisibles para el espíritu. Así, los intervalos que los sabios señalaron para sus operaciones espirituales no afectaban a su naturaleza de seres pensantes; el día temporal no era una limitación para su espíritu, como lo es para la naturaleza corporal. Por el contrario, definiendo así sus intervalos espirituales daban a entender que habían sido definidos por el espíritu. Las naciones por las que se repartieron estos sabios no supieron distinguir esta división espiritual del tiempo, de la división ordinaria que ocurre cotidianamente en la naturaleza creada; esto les llevó a burdos errores de cálculo, haciéndoles tomar cada intervalo espiritual como un día temporal.

Pero antes de profundizar en este punto, debo revelarles los diferentes dones de los tres últimos hijos de la segunda descendencia de Noé. El quinto de estos descendientes tenía el don de la siembra, del cultivo terrestre. El sexto, el del conocimiento del carácter literal y jeroglífico celeste, terrestre espiritual, superior, mayor inferior y menor divino. Además, conocía perfectamente los caracteres jeroglíficos de todo ser espiritual demoníaco. El séptimo recibió el don de la construcción de edificios espirituales para glorificar el culto al Creador, al igual que Adán, Set, Enoc y Noé, quienes alzaron altares al Señor.

Moisés demostró que tenía ese mismo don al construir el arca misteriosa, el altar y el tabernáculo; así como por su manejo de los minerales, madera y demás materiales, que transformó y elaboró en sus operaciones espirituales con Besalel. Moisés trazaba el plano de los edificios y Besalel los construía. Estos tres sabios hijos de Noé tuvieron la misma conducta en su operación espiritual que los cuatro primeros, pero como sus dones eran diferentes, su intención y sus palabras también habían de serlo. Los cuatro primeros, que establecieron la duración del día mediante cuatro intervalos de operación, no conocieron mujer, consagrándose por completo al culto al Creador. Representaban el tipo real de los elegidos por el Creador para manifestar Su gloria y Su justicia. Representaban, además, a los justos de épocas pasadas y futuras, como Enoc, tan honrado por las Escrituras, Melquisedec, Elías y Cristo; dos de ellos fueron alzados del centro de la tierra por el fuego espiritual, los otros dos, mediante su propio cuerpo de gloria espiritual divina, como demuestra claramente la resurrección de Cristo como hombre divino.

Hemos visto anteriormente que Noé había liberado de su tutela a los tres hijos de su primera generación: *Sem*, *Cam* y *Jafet*. Estos tres hombres sólo se dedicaban a cuidar y cultivar la porción de tierra que habían recibido, para atender a sus necesidades y a las de su familia presente y futura. Por ese motivo, pasaron bastante tiempo sin meditar sobre las instrucciones espirituales recibidas de Noé; no se preocuparon de dividir el tiempo en intervalos de horas, días, semanas, meses y años. En pocas palabras, todo su culto divino se limitaba a saber que existía un ser todopoderoso superior a toda cosa creada a quien llamaban *Abavin* 8, que en lengua *noequita* quiere decir

“Espíritu doblemente fuerte” por el que el Creador ha operado todas las cosas, que filosóficamente denominamos “acción divina del Creador”. Esta palabra de origen *noequita o china* es la misma que utilizaban los judíos en esos tiempos, pues la conocían perfectamente. Los hebreos también la conocían y todavía la conocen, porque entre ellos siempre hay alguien que conserva parte del conocimiento de su primera lengua. También Adán y sus descendientes utilizaban esta palabra, pues fueron los primeros en hablar la lengua judaica, reservada por la nación espiritual divina para Su criatura menor.

Quiero hacer aquí una distinción entre la palabra judío y la lengua judaica, y la palabra hebreo y la lengua hebrea. *Judío* significa “justo” y la *lengua judaica* significa “lenguaje de la santidad” del Espíritu divino que dirige la operación de estos hombres justos. La palabra *hebreo* significa “descendencia de un hombre sabio”, llamado *Héber* por las Escrituras, y la *lengua hebrea* significa “idioma de los descendientes de Héber”. Pero esa lengua es muy diferente a la judaica, pues entre los descendientes de Héber no hubo ningún judío u hombre justo y el Padre Eterno no ha enviado a nadie para enseñarles el verdadero lenguaje que han perdido, pese a que creen haberlo conservado y utilizarlo con gran precisión.

La lengua judaica es muy simple y no se basa en resoluciones humanas, como la lengua de los hebreos. Los verdaderos judíos saben que el origen alfabético de su lengua está en la parte celeste, no ha sido acordado por los hombres. Todos los caracteres de esta lengua están claramente escritos en la orientación de las estrellas, de donde proceden. Los hebreos utilizan los mismos caracteres que los judíos, pero les añaden acentos, vírgulas y una puntuación diferente, pronunciándolos entonces de manera contraria a su naturaleza pura y simple. Utilizo la palabra israelita aunque el nombre de Israel no era aún conocido en el tiempo del que les hablo. Israel significa “fuerte contra Dios” e israelitas, “fuertes en Dios”. Por eso doy ese nombre a los sabios noequitas de la descendencia de Noé. Todo esto indica, por tanto, que la palabra hebreo quiere decir “confusión”, como demuestra claramente el nombre de Israel, que este pueblo recibió por orden del Creador y que significa “fuerte contra el Padre Eterno”. Nada en el mundo agrada más y tiene mayor poder ante el Creador que la oración y la invocación de los judíos, y nada le es más indiferente ni le parece más miserable que el corazón de los hebreos. Esto no debe sorprenderles, pues ese pueblo no posee las leyes divinas, se contenta con seguir el ritual de una ley que le ha sido humillantemente retirada. Sigamos con los diferentes acontecimientos sucedidos a la descendencia de Noé.

Noé pasó el primer siglo con su segunda descendencia, instruyéndoles durante 130 años bajo su tutela temporal y espiritual. Educó a los siete hijos varones de esta descendencia en las leyes del Creador. Consagró a los cuatro mayores, seres totalmente pensantes, únicamente a la Divinidad. Estos cuatro sabios se dedicaron exclusivamente al culto divino, sin participar en modo alguno en los cultos terrestres. Los otros tres realizaban ambos cultos, el temporal terrestre y el espiritual; es decir, no participaron en el gran culto divino reservado a sus cuatro hermanos mayores. En efecto, el primogénito era el tipo de los futuros grandes sacerdotes y consagrados; fue el primer hombre de dicho tiempo que repitió el primer sacrificio de Adán, a manos de Caín, su hijo

mayor, contra Abel, su hijo menor. El primer hijo de Noé fue, en su calidad de intérprete espiritual, el primer responsable de todo tipo de operación divina; fue el primero que metió la mano en el incensario como sacrificio ante el Creador. Realizaba en solitario y en voz baja la gran invocación para el descenso del espíritu al consumarse el sacrificio de expiación y reconciliación. Se situaba solo ante el altar de sacrificios, con sus tres hermanos alineados tras él para asistirle en la gran operación del culto divino. Moisés repetiría esta misma operación, asistido por *Aaron, Ur y Besalel*. Y también lo haría Aaron, asistido por sus hijos. En el templo de Salomón se seguía el mismo orden; también la Iglesia de Cristo sigue cumpliéndolo, ofreciendo sacrificios en el altar de purificación mediante la mano, intención y palabra del celebrante, asistido del primer, segundo y tercer diácono. Como verán, en verdad las operaciones de esta naturaleza se ha perpetuado hasta nuestros días, sus tipos no tienen origen en la imaginación de los hombres, sino en el Creador Eterno.

Debo revelarles ahora la tarea encomendada por Noé a los tres últimos hijos de esta segunda descendencia. Les ordenó que visitaran las tres regiones terrestres (oeste, sur y norte), habitadas desde hacía 141 años por sus primeros descendientes, llamados Sem, Cam y Jafet. Tras recibir las instrucciones necesarias para su misión y confirmar la voluntad del Creador, mediante sus operaciones espirituales divinas, partieron con sus hermanas, a quienes habían tomado como mujer y con las que tuvieron descendencia. No llevaron con ellos provisión alguna, pues sabían que encontrarían en la tierra con qué alimentarse y cubrir sus necesidades corporales.

El mayor de los tres hijos fue, con su mujer y sus hijos, a la región sur; el segundo, su mujer y sus hijos, a la región oeste; el tercero, también con su mujer e hijos, a la región norte o aquilón, como se denominaba en la primera lengua. Fueron a las diferentes partes del mundo para perpetuar entre sus hermanos y entre sus hijos el ceremonial del culto divino, para que los pueblos no olvidasen totalmente el culto que el Creador les exigía, por la gracia y misericordia infinita que les habían concedido. Realizaron tales prodigios espirituales ante estos pueblos que sus habitantes no dudaron en aceptar las instrucciones, consejos y lecciones espirituales divinas que los tres sabios impartían en su región, conforme a su misión y a las órdenes que habían recibido. Sin embargo, debían empezar predicando a estas naciones una doctrina meramente temporal, para ponerse a su nivel, antes de hacerles pasar del culto temporal al culto espiritual. Y eso hicieron, como voy a explicarles.

Estos primeros pueblos no habían acordado entre ellos las horas, los días, los meses, los años y las estaciones; vivían prácticamente como las bestias, con la única diferencia de que reconocían a un ser superior a ellos, como ya he dicho. Toda su ciencia temporal y espiritual se limitaba a diferenciar el día de las tinieblas (o noche), entendiendo que éstas anunciaban el descanso y el día debía servir para su acción ordinaria temporal terrestre.

Los tres sabios comenzaron estableciendo una medida de tiempo basada en la división espiritual realizada por sus cuatro hermanos mayores para las cuatro primeras operaciones del gran culto divino; es decir, establecieron entre estas naciones las mismas pautas que habían visto seguir y

habían seguido ellos mismos con su padre. Esto era indispensable para establecer el culto divino entre esas naciones. Los tres maestros espirituales se dedicaron entonces a relacionarse con algunos de los habitantes de estas regiones, educándoles en las ciencias que cada uno profesaba. Les hacían entender que, pese a que la noche de tinieblas estaba hecha para el descanso del cuerpo del hombre, no ocurría lo mismo con el menor espiritual divino, que no podía permanecer en inacción, debido a su naturaleza espiritual; el Creador no podía haber emanado de su seno a los menores, sus semejantes, en un estado de adormecimiento, aletargados como sus formas corporales, que eran simples seres pasivos y aparentes destinados a confundirse en la imaginación divina, que les hacía parecer tal como eran. Una vez que los sabios hubieron dispuesto así a sus discípulos, les propusieron participar en los trabajos del culto espiritual. Para ello, les hicieron practicar la meditación, las oraciones y el ceremonial adecuado como preparativo para las diferentes actuaciones que deberían realizar; luego eligieron, entre estos discípulos, a los cuatro más capaces, mejor preparados y con mayores deseos de alcanzar el conocimiento perfecto de las ciencias divinas que sus maestros profesaban. Cada uno de los tres sabios maestros espirituales situó a sus cuatro elegidos en su círculo misterioso de trabajo durante el tiempo necesario para que alcanzasen, sin precipitación, el trabajo espiritual que les había sido indicado. El primer discípulo fue situado en el círculo misterioso a la salida del Sol y permaneció allí seis horas de nuestro día común. El segundo tomó entonces su lugar, permaneciendo allí el mismo tiempo. El tercero y el cuarto siguieron la misma pauta que los dos primeros, de manera que las cuatro operaciones de los discípulos comenzaron con la salida del Sol y terminaron cuando el Sol volvió a salir. Este es el origen del primer cálculo temporal de los hijos de Noé, que denominamos noequitas o chinos, porque el pueblo chino y japonés procede directamente de los descendientes de la primera generación de Noé, es decir de Sem, Cam y Jafet que habitaban en los tres ángulos de la región de China, de donde proceden todos los pueblos de la tierra, y de los tres últimos hijos varones de la segunda descendencia de Noé. Ya les he dicho que las Escrituras no hablan de esta segunda descendencia; este silencio no debe extrañarnos, aunque omiten a ciertos sujetos muy interesantes para el hombre deseoso de aprender. Quizás tuvieran para ello ciertas razones legítimas, quizás los traductores no consideraran necesarios esos detalles para la instrucción de hombres incapaces de satisfacer su curiosidad. Pero volveré a hablar de esto más adelante, así como de los nombres de estos siete hijos varones.

Esta operación de los cuatro discípulos fue el origen de su cálculo diario; según su incomprensible acuerdo espiritual temporal, cada una de las operaciones realizadas en un intervalo de seis horas formaba, en verdad, un día, de acuerdo al culto espiritual divino que profesaban para gloria de Dios.

Como acabamos de ver, estos primeros pueblos no habían establecido entre ellos la duración de los días de trabajo espiritual que los sabios fijaban gracias a sus actuaciones, pues no se calculaban como los días de trabajo material. Cuatro intervalos de operaciones espirituales forman un tiempo completo para el espíritu, en beneficio de aquel que los realiza y lo invoca. Las cuatro operaciones de los primeros discípulos, por tanto, dividían los días que

conocemos en cuatro partes iguales, igual que podríamos dividirlos nosotros mismos en cuatro intervalos de seis horas; así los sabios hacían cuatro días de cada uno de nuestros días comunes. En su cálculo diario temporal, los chinos introdujeron este cálculo espiritual de las operaciones del culto divino que los hombres debían ejercer, según el misterioso ejemplo que cada uno de los sabios presentaría a su nación; mediante esta misma división, los sabios también establecieron el tiempo que debía servir para señalar los años.

La división temporal del ritual de oración del culto divino realizada por Abraham, Ismael, Isaac y Jacob a su verdadera descendencia israelita, se observa aún en nuestros días en los cuatro intervalos de oraciones de nuestra iglesia. Esto nos enseña que el ceremonial de los diferentes cultos que se han realizado y se realizan en la tierra procede de los cuatro primeros hijos de la segunda descendencia de Noé, quienes transmitieron a los hijos de sus hermanos de la primera descendencia (Sem, Cam y Jafet) lo que les había enseñado el Creador.

Estas fueron las pautas de establecimiento de los días espirituales que siguieron los noequitas o chinos, incluyéndolas en su historia civil como días temporales comunes de la naturaleza universal. Ahora les contaré cómo establecieron sus meses, pues para sus semanas no siguieron el cálculo espiritual que les fue enseñado. Los tres sabios maestros espirituales enviados por Noé decidieron elegir otros tres discípulos para que se uniesen a los cuatro anteriores, por cuya operación se habían dividido los días temporales en cuatro intervalos. Estos tres últimos discípulos fueron formados en la práctica de los diferentes cultos divinos a los estarían destinados. Así, cada sabio contaba con siete discípulos en cuya precisión, celo y firmeza podía confiar para las diferentes operaciones espirituales del culto divino. De este modo, sus discípulos completaban el número septenario, siguiendo el ejemplo de la segunda descendencia de su padre Noé, a la que ellos mismos pertenecían. Eligieron el número septenario porque el Padre Eterno realizó seis pensamientos divinos para la creación universal; el séptimo día, entregó siete dones espirituales y vinculó a siete espíritus principales a toda Su creación, para que sostuvieran todas sus operaciones temporales, según su duración septenaria.

Los siete primeros sabios de la descendencia de Noé tomaron este ejemplo como guía de conducta; así, entre los hombres futuros, perduraría el conocimiento y relación de estos siete espíritus principales que el Creador entregó al universo para revelar a la criatura inferior y menor Su voluntad y para que alcanzara, gracias a la inteligencia espiritual, el conocimiento perfecto de las obras divinas. Las Santas Escrituras nos hablan, además, de los siete ángeles, los siete arcángeles, los siete serafines, los siete querubines, los siete lugares espirituales, los siete tronos, las siete imperios, los siete poderes, los siete jueces de Israel, los siete guías principales tras Moisés o Aaron, los cuatro hijos de Aaron y Besalel, los setenta años de cautividad de Israel, las siete semanas de Daniel, los siete días de la semana temporal; los siete dones que Cristo entregó a sus discípulos, origen de los siete primeros padres de la Iglesia cristiana, que han ejercido las siete órdenes espirituales entre sus discípulos; el candelabro de siete brazos colocado en el templo de Salomón,

representado aún en la iglesia de San Pedro de Roma. La duración temporal del número septenario se calculó filosóficamente en siete mil años; por otro lado, cuando las Escrituras dicen que Dios dedicó el séptimo día a su propia obra bendiciendo la creación universal, esa bendición hace referencia a los siete principales espíritus divinos que el Creador vincula a toda criatura incluida o contenida en la creación universal. Esta unión de los siete espíritus principales queda representada por la intervención de los siete planetas responsables de la transformación, el grado y la protección de la acción del universo. El universo, al haber completado su concepción por el número septenario, también volverá por este número a la imaginación de Aquel que lo ha concebido.

Continuaré con la explicación del sistema de determinación de los meses entre los *noequitas*, tras completar los sabios el número septenario de sus discípulos. Asignaron a cada uno de estos discípulos cuatro días consecutivos de operaciones espirituales divinas; es decir, cada uno se dedicaba exclusivamente al culto al Creador desde la salida del Sol, hasta que volvía a salir el día siguiente para que el espíritu divino permaneciese con ellos. De este modo, el culto divino se realizaba desde la mitad del descanso de estos siete menores espirituales, verdaderos *Israelitas*. Utilizo aquí la palabra *israelitas* pese a que el nombre de Israel no fuese aún conocido en el tiempo del que les hablo. *Israel* significa “fuerte contra Dios”, mientras que *Israelitas* significa “fuertes en Dios”; por eso doy este nombre a los sabios noequitas de la descendencia de Noé. Según la pauta establecida, cada uno de los siete discípulos tenía seis días ordinarios temporales enteros y consecutivos de descanso corporal, de manera que no podían negar que el culto divino era mucho menos penoso y agotador, y mucho más agradable que el culto terrestre.

Los siete discípulos realizaron lo ordenado por sus maestros espirituales, luego enumeraron sus operaciones, para un total de 28 intervalos; este número les dio en qué pensar, pues la Luna actuaba sobre la tierra por este mismo número 28. Esta coincidencia entre el número de operaciones lunares y el de sus operaciones, les llevó a considerar esas 28 operaciones como los 28 días de un mes espiritual. Así, ese cálculo pasó también a su historia civil como mes temporal ordinario. Por eso, cada cuatro meses de los chinos completan uno solo de los doce que conforman nuestro año.

Los sabios noequitas reflexionaron seriamente sobre los diferentes cursos del astro lunar sobre la tierra y los hombres; al encontrar una perfecta coincidencia con sus operaciones espirituales, decidieron utilizar el número de 28 operaciones de la Luna (o 28 días temporales de la Luna) para establecer sus años espirituales. Como habían hecho con los meses, adoptaron también este cálculo en su historia civil. Por este motivo, el cálculo anual de los noequitas o chinos establece trece años por cada uno de nuestros años ordinarios; este calendario lo siguieron durante los cuatro primeros años posteriores al inicio de sus acciones espirituales.

Quiero que sepan que el cálculo lunar fue el primero que el Creador entregó al hombre; el cálculo solar prácticamente sólo lo adoptaron los

cristianos. El cálculo lunar debemos agradecerérselo a los sabios de los que acabo de hablar y permite que el hombre logre un mayor conocimiento de la naturaleza universal y de sus cambios. Dejando de lado el error de cálculo de los chinos, es fundamental que el hombre deseoso de aprender, ya sea espiritual o terrestre temporal, conozca los cuatro sistemas diferentes para calcular los días de la Luna en el universo elemental: Luna nueva, cuarto creciente y cuarto menguante. Volveré a tocar este tema al hablar de los diferentes cuerpos planetarios.

Ahora quiero enseñarles la segunda manera en que los chinos establecieron su cálculo temporal. Los descendientes de los tres primeros hijos de Noé y de los tres maestros espirituales eran ya muy numerosos y los discípulos de éstos últimos habían aumentado considerablemente; por eso, el Creador ordenó que eligiesen un sucesor temporal y espiritual temporal de cada maestro entre sus hijos carnales. Los tres sucesores recibieron de sus padres todas las instrucciones espirituales divinas sobre los diferentes cultos a los que les había destinado el espíritu de la verdad; tras escuchar sus últimas disposiciones y recibir la bendición espiritual, se pusieron con ahínco a la cabeza de los discípulos ahora encomendados a sus cuidados. Demostraron claramente las virtudes y poderes recibidos del Padre Eterno y, como era su derecho y su deber, realizaron una elección espiritual siguiendo el ejemplo de sus predecesores, designando a sus siete discípulos más trabajadores y preparados para el culto divino.

Posteriormente, decidieron cambiar la frecuencia de sus operaciones, fijándola en una sola vez por semana; así, aumentaban sus años en siete días, introduciendo siete semanas durante las cuales cada uno de los discípulos elegidos operaba una sola vez; este cálculo también fue seguido en su historia temporal durante un siglo y medio de nuestro tiempo ordinario. Tras esta época, les sucedieron otros maestros espirituales, también por indicación divina Dios. Pero, dado el ritmo al que aumentaba su descendencia en las tres regiones de la tierra, los tres nuevos maestros se vieron obligados a elegir un número mayor de discípulos. Así, eligieron a sus veintiún discípulos más preparados, para un total de sesenta y tres; los siete primeros de cada región seguían reservándose para el gran culto, los catorce restantes se dedicaban a instruir espiritualmente al pueblo.

Estos últimos sucesores volvieron a cambiar la frecuencia de sus operaciones, fijándola en dos semanas; así, estas naciones sólo realizaban dos operaciones en un mes lunar, en fase creciente de la media Luna, es decir, desde Luna nueva hasta un poco antes de Luna llena; cada uno de los maestros conducía su operación una sola vez en ese intervalo, por lo tanto, realizaban sus siete operaciones en, aproximadamente, tres meses de nuestro calendario. Esta fue una nueva regla para fijar su año espiritual, que siguieron durante un siglo y medio del tiempo que conocemos. Cuando murió el primero de los tres sucesores, que habitaba la región oeste, su sustituto decidió realizar el gran culto una sola vez en las cuatro estaciones, en el equinoccio de marzo de cada año, dedicándose el resto del tiempo a la enseñanza. Sin embargo, el segundo de los sucesores, que ocupaba la región sur, y sus discípulos nunca cambiaron el cálculo de su calendario; exhortaban a sus seguidores, los hijos

de Cam, a no cambiar nunca el orden de días, meses y años establecido por autoridad divina, amenazándoles con la maldición del Creador si seguían el ejemplo de las otras dos naciones, la de Sem y la de Jafet. Cada una las tres naciones perseveró en su último cálculo espiritual: la de Cam tomaba las cuatro estaciones como cuatro años; la de Jafet, consideraba desde un equinoccio de marzo hasta el siguiente equinoccio de marzo; la de Sem tomaba cada equinoccio como un año. Las tres naciones adoptaron ese calendario a su historia civil, persistiendo tenazmente en él tras las inicuas operaciones de Nemrod en Babilonia, hasta que fueron humillantemente alejadas del culto divino y desperdigadas por todos los pueblos, de lo que hablaré a continuación. Por estas naciones conocieron todos los pueblos del mundo la astronomía y la influencia de los astros planetarios sobre la creación general y particular.

Lo que acabo de relatarles sobre las distintas divisiones de días, meses y años de los noequitas explica por qué se consideran entre 15 y 20.000 años más antiguos que Adán y 25.000 años más antiguos que nosotros. No debe sorprendernos que esas naciones no crean en el diluvio universal e incluso que pretendan no haberlo presenciado. Sólo los tres padres de esas naciones fueron testigos del diluvio. Les resultaba imposible recordarlo sin estremecerse, intentaron por todos los medios borrarlo de su mente, jamás contaron a sus descendientes nada de las terribles y espantosas cosas que habían presenciado, para no asustarles ni revivir los detalles de la desgracia que los prevaricadores desataron sobre la tierra.

Su culpabilidad era enorme, pues Noé les había recomendado relatar a sus descendientes la manifestación de la justicia divina y ellos habían jurado seguir a rajatabla las instrucciones recibidas del Creador por mediación de su padre. Pero la debilidad de estos tres hombres pasó a sus descendientes noequitas o chinos, que viven atemorizados por horribles seres, rinden culto a animales mediante supersticiosas atenciones para intentar impedir el mal que consideran pueden ocasionarles, pues los ven como dioses o demonios. Esto es lo que indica su comportamiento; no puedo evitar hablar de ello pues lo he presenciado personalmente. No entraré en detalles sobre la confusión en la que se sumieron estos pueblos, ya que no tiene nada en común con las maravillas de la naturaleza espiritual divina y la naturaleza universal creada de las que quiero hablarles.

Reflexionen bien sobre las diferentes reglas de división del tiempo para las operaciones del culto divino seguidas por las tres primeras naciones. ¿No es cierto que los sabios de Egipto tenían grandes conocimientos de astronomía y que sus trabajos tenían mayor importancia que los de los chinos?. ¿No era superior el culto divino de Adán al de los sabios de Egipto?. ¿No adelantó Moisés con sus obras a Abraham y a los sabios de Egipto?. ¿No es superior el culto realizado en el templo de Salomón a todos los precedentes?. Y por último, ¿no es infinitamente superior el culto de Cristo a todos los demás de los que he hablado?. Esto demuestra claramente que todos los cultos pasados eran una simple representación de lo que Él realizaría. No daré más detalles al respecto, ya les he contado lo suficiente para convencerles de que, desde un principio, se estableció y se fijó a los hombres tanto el ritual, como el tiempo dedicado a las operaciones del culto divino; todo fue transmitido por el espíritu divino y no

procede de resoluciones humanas. En efecto, para su institución espiritual divina, Cristo recomendó a sus discípulos la oración y la invocación diaria cada seis horas del día ordinario de 24 horas. Actualmente, esos siguen siendo los principios de la Iglesia cristiana: la oración y la invocación cuatro veces al día; culto similar al primero que establecieron los sabios hijos de Noé entre las naciones noequitas.

En segundo lugar, Cristo concretó a sus discípulos el tiempo en que debían realizar los cuatro principales cultos divinos; la Iglesia cristiana observa fielmente esta institución con cuatro grandes celebraciones anuales, realizadas en los dos solsticios y en los dos equinoccios. Esto recuerda la segunda disposición espiritual del culto divino entre las primeras naciones, de la que hemos hablado ampliamente.

Ahora les hablaré del tipo de Abraham en este universo. Ya saben que el nombre de *Abram* fue cambiado por el de *Abraham*. El primero significa “padre carnal terrestre”, superior a los padres ordinarios de descendencia material terrestre; así, nunca ha existido un hombre con más descendientes carnales que Abram. Por eso las Escrituras le llaman Abram “padre superior” y no Abraham “padre de muchedumbre en Dios”; ese es el papel que habría debido realizar Adán en su estado de gloria pero, por su prevaricación, se convirtió en “padre de muchedumbre material terrestre”. Es cierto que Abraham reemplazó en su papel a Adán, pues de él nació realmente la descendencia de Dios. En efecto, el Creador realizó su elección general y particular dentro de la familia de Abraham; la primera para manifestar Su justicia, la segunda para manifestar Su gloria.

Las Escrituras también denominan a Abraham “padre de muchedumbre de confusión”. Estas tres acepciones diferentes resultan de los tres primeros descendientes de Abraham: *Ismael*, *Isaac* y *Jacob*. Como ya les he explicado, Ismael fue un tipo de la misericordia divina; aquí representa además el tipo de la práctica física de Adán en la reproducción de su descendencia carnal, que sería repetida por Abraham y su concubina. Su hijo Ismael, resultado de su apetencia material, fue apartado de la casa paterna al ser concebido sin considerar la voluntad divina, por la concupiscencia de los sentidos materiales.

El pan y el agua que Abraham entregó a Ismael y Agar, su madre, para que partieran hasta donde su destino les condujese, representaban el último alimento espiritual y temporal que recibían de este patriarca; además, eran el tipo del último alimento espiritual que recibió Caín, tras concebir el asesinato de su hermano Abel.

La falta de alimento material de Agar (tipo de la hermana de Caín, su culpable cómplice) y de su hijo, que les llevó a implorar al Creador, representa el dolor y la consternación de Caín y de su hermana cuando se conoció la muerte de Abel y quedaron excluidos de las ciencias y el alimento espiritual divino.

El ángel que se apareció a Agar e Ismael, saciando su hambre y su sed e indicándoles el lugar donde el Padre Eterno había fijado su morada, evoca la

misericordia del Creador con Caín y su hermana, al marcarles con una señal divina que anunciaba que habían obtenido Su gracia y volvían a gozar del alimento espiritual divino que les había sido negado por su crimen. La región destinada a Agar e Ismael era la misma a la que habían sido exiliados Caín y su hermana.

Por todo esto, vemos que Abraham e Ismael fueron los tipos de Adán y Caín en sus operaciones materiales. Abraham fue considerado padre de muchedumbre material gracias a su hijo Ismael. Adán también lo fue, como hemos dicho repetidas veces. Por su hijo Ismael, Abraham resultó padre de doce tribus, tal como el Ángel había anunciado a Agar. También fueron doce las tribus de Adán: él, sus tres hijos y los ocho Patriarcas desde Set hasta Noé. Las doce tribus de Ismael fueron el tipo de la venida de las de Israel y las de Cristo; se agruparon entre ellas y no tuvieron relación alguna con las de Israel, pues Ismael, padre de estas doce tribus, representaba la prevaricación y reconciliación al repetir el tipo de Caín.

Estas tribus ismaelitas gozaron de protección divina mientras observaron el culto fijado por el Ángel de la Divinidad; sin embargo, posteriormente se unieron con los descendientes de Cam y Canaan, olvidándose del Creador y asemejándose a los descendientes de Enoc, que fueron excluidos de la familia de los hijos de Dios al unirse a la de Caín.

Estos hechos les permiten intuir que todas las épocas y disposiciones principales se repiten y se repetirán entre los hombres hasta el final de los siglos. Este tratado les ayudará entenderlo, pues les demostraré claramente que al final todo volverá a ser como al principio. Continuemos con el segundo descendiente de Abraham.

Abraham, tras haber sido parcialmente reconciliado con el Creador, tuvo un hijo con su mujer Sara, por disposición divina y pese a que ésta no estaba en condiciones de concebir dada su edad avanzada. Este hijo, concebido sin la pasión de los sentidos materiales, fue llamado *Isaac*; así se conmemoraba el nacimiento de la segunda descendencia de Adán en su hijo Abel. Isaac siguió puntualmente las instrucciones espirituales divinas recibidas de su padre Abraham sobre los diferentes cultos que estaba destinado a cumplir; repitiéndose el tipo de Abel bajo la guía espiritual de Adán.

Cuando Isaac alcanzó los treinta años de edad estaba perfectamente preparado para las ciencias espirituales divinas; entonces, comunicó a su padre su deseo de realizar el gran culto divino para gloria del Creador. Le dijo, siguiendo las instrucciones recibidas del intelecto espiritual divino, que había llegado el momento de poner en práctica todas las ciencias divinas para las que había sido instruido y que debía ofrecer un sacrificio al Padre Eterno. Abraham le contestó: "Que así sea, hijo mío, pues ese es tu deseo. Que el sacrificio que pretendes ofrecer al Creador sirva para la expiación de los hombres de la tierra, para que vuelvan a ser merecedores de la gracia, recobren sus primeras virtudes y ofrezcan el culto divino para el que fueron creados."

Abraham, tras consentir al deseo de su hijo Isaac, partió con él antes de salir el Sol hacia el monte *Moriah*. Esta palabra viene de dos partes: la primera, *mor*, significa “destrucción de formas corporales aparentes”; la segunda, *iah*, significa “visión del Creador”. Dejaron lejos de la montaña a sus dos sirvientes, representando el futuro alejamiento y abandono del culto espiritual de las naciones de Ismael y de Israel, por el que caerían en privación espiritual divina, como efectivamente sucedió. Abraham e Isaac se llevaron el asno con ellos, mostrando la ignorancia que reinaría en esas dos naciones, pues perderían la luz divina, que se instauraría entre las tinieblas de pueblos paganos. Esto es, ciertamente, lo que representó Cristo al entrar en Jerusalén sobre un asno.

Una vez que Abraham e Isaac estuvieron en la cima de la montaña y hubieron preparado todo para el ritual, Abraham invocó la presencia del Creador, en naturaleza divina, a ese sacrificio en el que le ofrecía lo que más quería en el mundo. Desde lo más profundo de su alma y con total resignación presentó como ofrenda a su hijo, el justo Isaac, del que debería nacer una descendencia divina en la que se realizaría la elección espiritual divina. Tras su invocación, Abraham posó los ojos sobre su hijo Isaac; el hijo, sabiendo que era la víctima elegida por su padre, se entregó generosamente, colocándose inmediatamente en la postura adecuada para su inmolación. Abraham cogió el cuchillo disponiéndose a degollar a su hijo, pero el espíritu del Señor, que estaba presente y leía la pureza de la intención de ambos hombres, realizó tal fuerza sobre Abraham que éste cayó al suelo, sin poder llevar a cabo el holocausto. Luego se dirigió a él, comunicándole que el Creador estaba satisfecho de sus buenos deseos y los de su hijo, y que él se encargaría de dar justo testimonio de su operación al Padre Eterno.

Abraham, levantó a su hijo del altar de sacrificios y le dijo: “Recuerda, querido hijo, que el mayor sacrificio que se puede ofrecer al Creador es el que compromete la palabra y la intención. El Padre Eterno conoce perfectamente los comportamientos buenos y malos, así como todas las acciones del menor espiritual. Los buenos pensamientos del menor manifiestan la gloria del Padre Eterno; los malos, Su castigo a los impíos”. Isaac, girándose hacia su padre, le contestó: “El Señor, convencido de tu firme resolución y la de tu hijo, te ha elevado al más alto grado de Su gloria, designándote padre superior a todo sentido material. Alabemos al Señor, pues ha devuelto la gracia al padre de muchedumbres de la tierra, que recaerá también sobre sus descendientes”. En ese momento, vieron salir un carnero de entre unas zarzas, lo cogieron y lo ofrecieron en sacrificio. Así, les fue revelada la voluntad del Creador respecto a los diferentes cultos generales y particulares que ellos y sus descendientes deberían realizar en la tierra, y respecto al tipo de animales que deberían sacrificar en las diferentes tareas del culto divino. Esto demuestra que el verdadero culto al Creador siempre ha existido entre los hombres.

El sacrificio de Abraham representa el realizado sobre la persona de Abel, con una gran diferencia: Abel fue realmente inmolado para lograr la reconciliación total de su padre Adán, mientras que Isaac solamente fue inmolado en el pensamiento y la intención de su padre Abraham. Su pensamiento y su intención bastaron para reconciliar perfectamente a Abraham

con el Creador. Esto no debe sorprenderles, puesto que el crimen de Adán, mucho más grave que el de Abraham, requería una mayor expiación.

Ahora debo explicarles el tipo de la montaña a la que fueron Abraham e Isaac, el de la madera que utilizaron para su sacrificio espiritual y el que representó Abraham al levantar a su hijo de la pira. La montaña representa el asilo espiritual que comúnmente denominamos purgatorio, donde los menores de este bajo mundo irán a terminar, en privación divina, sus operaciones espirituales simples, por decisión del Creador. Esta montaña también representa el círculo sensible del que ya he hablado, pues Abraham y su hijo subieron a la montaña más alta, simbolizando una superioridad sobre los sentidos materiales. La madera en la que se postró Isaac indicaba el tipo de madera que debería utilizarse en el futuro para encender la pira del sacrificio, pues proporcionaba el perfume adecuado a los diferentes cultos, que son: 1º culto de expiación, 2º culto de gracia particular general, 3º culto contra los demonios, 4º culto de prevaricación y defensa, 5º culto contra la guerra, 6º culto para hacer frente a los enemigos de la ley divina, 7º culto para hacer descender el espíritu divino, 8º culto de fe y perseverancia en la virtud espiritual divina, 9º culto para preservar el espíritu conciliador divino, 10º culto anual o de dedicación de toda acción al Creador. Todos estos cultos están incluidos en los realizados por Moisés en Israel y por Salomón en el templo, que utilizaron diferentes maderas y perfumes consagrados a estos sacrificios. Estos cultos debían realizarse cada Luna nueva y así ha sido desde el principio de los hombres.

Cuando Abraham levanta a su hijo de la pira representa al espíritu que el Creador envía a los menores que rinden tributo a Su justicia con sus diferentes actuaciones en los tres círculos: *sensible*, *visual* y *racional*. La transformación de las acciones espirituales de los menores en estos círculos está representada por la sustitución del cuerpo material de Isaac por el de una víctima animal pasiva; ésta última es una simple sombra de la ofrecida en naturaleza efectiva, como demostraba la oblación de Isaac por su padre. Esta es la explicación del primer tipo de Abraham e Isaac en este bajo mundo.

Su segundo tipo es el de la alianza divina con los hombres. Abraham fue tipo de la reconciliación primera de Adán por la gracia recibida del Creador; dejó su casa paterna, donde se practicaba un culto demoníaco, y el Creador le comunicó su voluntad, le hizo conocedor de la ley divina y le instruyó en su conversión espiritual como hizo con el primer hombre. Abraham, que había dejado de ser presa de los demonios, manifiesto al Creador el gozo de su reconciliación divina y, como señal de su fe y su perseverancia, pidió al Creador unirse a él. Entonces, el espíritu divino le dijo: “¡Abraham!. Circuncida tu carne; la sangre que derramarás ante el Señor será una prueba cierta de tu unión con el Creador”. Esto es lo que conocemos como *bautismo de sangre*.

La alianza del Creador con Abraham demuestra claramente que el Creador siempre está dispuesto a unirse a Su criatura menor cuando ésta realmente lo desea y es digna de ello. La circuncisión sería observada por todos los descendientes de Abraham; el mismo Cristo, como hombre Dios y

hombre divino, demostró con su circuncisión la alianza del Creador con Adán, Noé, Abraham y toda su creación. Como acaban de ver, el segundo tipo de Abraham representa la bondad y misericordia del Creador con Su criatura.

Isaac, ya lo hemos dicho, representa el tipo de Cristo. El Creador, como recompensa por la enorme fe de Abraham, le dotó con las poderosas virtudes que poseía Adán en su estado de gloria. Fue nombrado por el Espíritu “hombre Dios perfecto de la tierra”, pues de él nacería el verdadero hijo de Dios en forma corporal aparente terrestre. Al ser Abraham el tipo del Creador, de él debía nacer un hombre justo, puro y santo llamado, como ya he dicho, *Isaac*. Este nombre significa “risa” o “regocijo”. Abraham también fue el tipo del Creador por querer inmolar a su propio hijo. Todo lo que acabo de revelarles demuestra que este hijo era el tipo de Aquel que el Creador enviaría a la tierra para el verdadero sacrificio. Ese es el segundo tipo que representaron Abraham e Isaac en este universo.

El tercer tipo lo encontramos entre los descendientes de Isaac. Ya saben que tuvo dos hijos gemelos, llamados Jacob y Esaú. Jacob fue concebido en primer lugar, Esaú en segundo. Estos dos hijos de un padre tan justo estaban destinados a representar un tipo fundamental y muy beneficioso para todos los hombres de la tierra. No quiero entrar en los detalles de la usurpación de la primogenitura que Jacob realizó sobre su hermano Esaú. Ya hablan de ello las Escrituras, pues dan a Jacob el nombre de “suplantador”; esto nos resulta fácil de entender, pues también nosotros nos encontramos entre hombres que sólo buscan suplantarse los unos a los otros. Abraham es el tipo del Padre Divino e Isaac, el del Hijo de la Divinidad. Por lo tanto, los dos hijos de Isaac son el tipo de la primera y segunda emanación espiritual del Creador y de los espíritus prevaricadores. Jacob nació en segundo lugar, pero fue concebido antes que su hermano. La segunda emanación realizada tras la prevaricación de los primeros espíritus fue la del menor espiritual que llamamos Réaux, Roux o Adán. Esaú fue el primero en nacer, pero fue concebido después que su hermano. Cuando los primeros espíritus pecaron contra el Creador, el menor o primer hombre les suplantó espiritualmente, siendo así mayor que ellos. Como verán claramente, por el orden en que fueron concebidos, Jacob representa el tipo de los espíritus prevaricadores y Esaú el del menor.

Pero la verdadera prevaricación de Jacob consistió en servirse de la buena fe de su padre; utilizó todas sus facultades y todos los medios espirituales y temporales a su alcance para leer el pensamiento de su hermano Esaú, oponiéndose a sus buenas resoluciones y suplantándolo en todos sus derechos espirituales; así, tanto él, como toda su descendencia, cayeron en privación divina. En Jacob también vemos la doble prevaricación de los demonios, es decir, la realizada contra el Creador y la realizada contra la criatura y su descendencia. En efecto, ¿no delinquirió Jacob primero contra su padre y luego contra su hermano menor Esaú, tal como el demonio lo hizo contra su padre divino y contra el menor, su padre espiritual?. ¿No repiten los hombres esta actuación con su falsa conducta ante el Creador y ante sus hermanos?. Por otro lado, no debe sorprenderles la conducta de Jacob con Esaú. Esaú prefería el culto terrestre al culto al Creador; se dedicaba exclusivamente a la caza y exterminio de animales salvajes, en vez de combatir

al intelecto demoníaco que se había adueñado de su hermano Jacob. Abandonó el culto espiritual divino para dedicarse exclusivamente a tareas meramente materiales, lo que atrajo sobre él un merecido castigo, siendo despojado de todos sus derechos espirituales. Sin embargo, Esaú volvió en sí; la misericordia divina le permitió ser consciente del alcance de su falta y, tras verse despojado de todos sus derechos espirituales, divinos y temporales, se vio sumido en la más profunda consternación. Fue a presentar quejas a su padre por la usurpación cometida por su hermano Jacob; le explicó su sufrimiento, pues había sido el primero en llegar al mundo y era el último en cuanto a bienes espirituales. Esto evidenciaba ya una figura real de lo que habría de sucederle a Israel; tras ser el mayor espiritual en el mundo y primer heredero de la ley divina, sería suplantado por pueblos que sólo debían ir tras él; así se confirma lo que dicen las Escrituras: los primeros serán los últimos.

Esaú, tras apelar inútilmente a su padre, le dijo en tono airado: “¿No has guardado ninguna bendición para mí?”. Con esto Esaú intentaba obtener de su padre algún tipo de poder o don espiritual, pues se veía incapacitado para la celebración del culto divino en gloria del Creador. Esto demuestra que Dios comunica a sus elegidos, de todos los tiempos, el conocimiento de estos dones espirituales para beneficio de los hombres de la tierra y ordena a esos mismos elegidos que transmitan sus dones y virtudes únicamente a aquellos dignos de recibirlas. Esaú, viendo que no lograba convencer a su padre, volvió a dirigirse a él, diciéndole: “Ya que no te quedan dones espirituales que puedas entregarme, te imploro, por todo lo que soy, que me bendigas en nombre del Padre Eterno”. Isaac le contestó: “He nombrado a tu hermano señor de los hombres de esta tierra, todos sus hermanos están sometidos a su poder, le he entregado el conocimiento de las actividades espirituales, temporales y espirituales divinas. Nada me queda para ti”. Esaú profirió un fuerte lamento, derramó abundantes lágrimas y se limitó a sollozar amargamente. No contestó nada a su padre, que estaba a punto de ser llamado por el Creador a la otra vida. Pero Isaac, conmovido ante la tristeza de su hijo, le hizo acercarse y le dijo: “Esaú, escucha atentamente lo que voy a decirte. La bendición que me pides está en la grosura de la tierra a causa de tu pecado”. Luego le bendijo, diciéndole: “La bendición que te otorgo procede del Padre Eterno, al igual que el rocío que cae sobre las plantas para su sustento baja de los cielos”. Esaú se retiró mucho más complacido con su padre de lo que nunca había estado.

He aquí lo que debía decirles sobre el tipo de Esaú; consideren si la conducta de este padre no es un verdadero tipo de la inmutabilidad de los decretos del Creador frente a los hombres culpables, ya sean de nuestro tiempo o de siglos pasados. Pregúntense, además, si la misericordia de Isaac en su lecho de muerte no representa perfectamente la misericordia del padre divino hacia Su criatura, cuando ésta apela directamente a él. Asimismo, representa la gran reconciliación futura; pero trataré este punto más adelante, ahora debo hablarles del tipo de Jacob.

Jacob tuvo numerosos descendientes; su prosperidad en el terreno temporal era notable, lo que desencadenó su ambición por bienes terrenales. Pero, para dedicarse a esa sumisión criminal, tanto Jacob, como sus descendientes dejaron de lado el culto divino, olvidándolo totalmente. En ese

estado, Jacob se dejó convencer por el espíritu demoníaco de que sus bienes terrenales procedían únicamente del gran príncipe de los demonios y que serían recompensados en función del culto que él y sus descendientes le rindiesen. Jacob vencido por su gran codicia material, aceptó alegremente esa insinuación.

El Creador le había retirado el recuerdo de su origen espiritual divino; abjuró de su primera emanación e incluso del Creador, considerando que su elección y la de sus descendientes tenían un carácter pasivo. En esa creencia, se dedicó por completo a las ciencias materiales demoníacas y, al conseguir dominarlas en poco tiempo, se propuso llevarlas a la práctica y servirse de ellas. Con esta finalidad, decidió ir al país de Harán; al sorprenderle la noche en la montaña de *Moriah* o de *Mahanaim* (que significa “los dos campos”, el de los demonios y el del Creador), se preparó para llevar a la práctica su malévola intención contra el Creador. Realizó su invocación hacia las seis, cuando el Sol iba a ponerse. Al instante, el Señor hizo que se le apareciese un ángel bajo apariencia humana. Ya saben que el hombre corporal no puede mirar al espíritu sin perecer o sin que su forma corporal sea inmediatamente fulminada. La presencia de este espíritu causó tal impresión o efecto sobre las esencias corporales y animales espirituales de Jacob, que cayó por tierra.

Jacob apeló al Creador, abjurando ante él, en buena fe, de todo lo que había admitido ante los demonios. Entonces le habló el ángel, reprochándole su horrible conducta pasada y presente con el Creador, con su padre, su hermano, sus hijos y hasta con él mismo. Jacob, atemorizado y furioso por las terribles amenazas que profería el ángel, se abalanzó contra él y combatieron durante toda la noche hasta que llegó la aurora. Al finalizar el enfrentamiento, el ángel le preguntó cómo se llamaba, pero la respuesta de Jacob siguió siendo la misma. El ángel volvió a preguntar a Jacob su nombre y éste finalmente le respondió. Al oírlo el ángel dijo: “Jacob suplantador del Creador al abjurar de Su espíritu”. Tras estas palabras el espíritu ejerció tal fuerza sobre la persona de Jacob que le desgarró el tendón de Aquiles. “Te llamas Jacob. Bien, en el futuro te llamarás *Israel* o *fuerte contra el espíritu del Creador*”. Luego se separaron, quedando Jacob enormemente confundido pues había sido marcado por el espíritu del que había abjurado.

Para los descendientes de Jacob esta señal será prueba de la prevaricación de Israel por tiempo inmemorial. Desde entonces se prohibió, en nombre del Padre Eterno, que nadie marcado de nacimiento con la letra B participase en el culto divino, tanto en el templo de Moisés, como en el de Salomón. El mismo Cristo confirmó esta ley, cuya omisión está castigada con las penas más severas, para que fuera observada estrictamente por todos los encargados del culto divino en su templo espiritual, en el presente y el futuro.

Jacob, apesadumbrado, revivió en su espíritu todo el horror de su conducta. Recordó que besó a su padre Isaac buscando su apoyo para usurpar los derechos de su hermano Esaú. Recordó todos sus crímenes contra el Creador y contra las leyes de la naturaleza; su desconsuelo era tal que pensó que nunca obtendría la gracia del Creador ni se encontraría entre los mortales dignos de compartir la misericordia divina. Las palabras del ángel y el resultado

inesperado de su intervención demoníaca le habían afectado profundamente. No obstante, pese a su abatimiento y a la tristeza de sus reflexiones, Jacob sentía un deseo sincero de encontrarse en gracia con el Creador, por lo que no cesaba de suplicarle su reconciliación completa. Ante él se manifestó una aparición natural con forma humana para comunicarle que sus deseos habían sido escuchados. Era el mismo espíritu que le había marcado el tendón de la pierna derecha. Reveló a Jacob cómo obtener del Creador lo que deseaba y le bendijo, volviendo a ordenarle. Así, Jacob recuperó su poder espiritual divino por el que, pasados cuarenta años de esa ordenación, podría realizar los diferentes cultos divinos. Al cabo de cuarenta años, volvió a la cima de la montaña de Moriah; se presentó allí hacia las seis de la tarde, preparó todo para su operación y se dedicó a la oración desde esa hora hasta medianoche. Entonces, realizó las invocaciones necesarias para abolir definitivamente, el castigo con el que le había amenazado el ángel del Creador. Sus deseos fueron escuchados, se le aparecieron cuatro ángeles que le revelaron lo que debía hacer para obtener la reconciliación completa del Creador, como voy a contarles. Ocho días después de su última operación, Jacob volvió a dirigirse a la cima de la montaña, llegó allí al caer la noche del día noveno y se preparó para alcanzar su reconciliación total. A medianoche del noveno día, cuando se iniciaba el décimo, Jacob tuvo certeza de su completa reconciliación; sin embargo, el fruto de su operación le afectaba de tal manera que no podía mantenerse en pie. Se acostó sobre su lado izquierdo, apoyó la cabeza en una piedra cualquiera y, en esta postura, presenció el resultado de su trabajo espiritual divino. Vio siete espíritus que ascendían y descendían sobre él. Entre estos espíritus reconoció al que le había dañado y le había atemorizado con sus amenazas. Reconoció también a los cuatro ángeles que le habían indicado lo que debía hacer para obtener la misericordia divina. En el lugar por donde entraban y salían los ángeles pudo advertir la gloria del Creador. En ese momento, Jacob fue consciente de su reconciliación divina y dijo: “He aquí el lugar de visión perfecta, pues he visto al Padre Eterno cara a cara. He aquí el centro del universo y de la tierra, marcaré este lugar para que aquí se levante Su casa”. Y así lo hizo, formando un triángulo con tres piedras en el lugar exacto donde se construiría el templo del Señor, sobre la montaña de *Moriah*; este templo fue realizado por Salomón, *Chiram* o *Hiram*, rey de Tiro.

Ese lugar que Jacob marcó con un triángulo de tres piedras representaba la forma física de la tierra. Se colocó en el centro del triángulo, pues Dios había situado al hombre Dios en el centro del universo para que ordenarse y gobernarse a todo ser emanado y creado. Además, así representaba que ese era el lugar exacto donde el Creador se había comunicado con el primer menor y le había manifestado Su gloria mientras permaneció bajo Su justicia. Por eso, el espíritu ordenó a Jacob que señalara ese lugar para construir un templo, pues era el tipo del lugar donde se había formado el cuerpo de gloria de Adán, denominado templo espiritual de la Divinidad. Sin duda alguna, en ese templo espiritual habitaba un espíritu divino. Esto también queda caracterizado por la construcción del templo de Salomón en el punto donde descendió el Espíritu Santo en forma de nube. Jacob, plenamente convencido de su reconciliación, se comprometió a cumplir fielmente el culto divino en el futuro. Determinó el tiempo en el que él y sus descendientes deberían hacerlo. Así, en un día ordinario, realizó cuatro

invocaciones divinas en cuatro intervalos de seis horas; luego, durante seis días consecutivos, llevó a cabo una vigilia espiritual divina, lo que hace un total de diez invocaciones en siete días. Así, se incluía el número denario, consagrado a la Divinidad, y el número septenario, consagrado al espíritu. En sus cuatro primeras operaciones, Jacob invocó al Creador únicamente por su primer nombre inefable, diciéndole: “¡Ven a mí, *Dios de Abraham!*”. Después invocó al Creador por su segundo nombre inefable, diciéndole: “¡Ven a mí, *Dios de Isaac!*”. Por último, lo invocó por su tercer nombre inefable, diciéndole: “¡Ven a mí, *Dios de Jacob!*, que es el mismo que el de Abraham e Isaac, pues los tres conocemos Su intervención divina y actuamos con Él unidos por el poder espiritual divino”. Con esta invocación, Jacob reconocía en Abraham el tipo del Creador, por la multitud de poderes espirituales que había recibido. Reconocía en Isaac el tipo del Hijo divino o de la acción divina, por los numerosos descendientes de Dios nacidos de él, entre los que se realizó la elección y la manifestación de la gloria divina. Y en él mismo, Jacob reconocía el verdadero tipo del Espíritu, por las formidables maravillas que le había revelado el Creador al descubrirle la gloria divina.

Este último tipo repite, además, el de la eterna misericordia del Creador con Su criatura; queda demostrado por la última invocación de Jacob al Creador, suplicándole que extendiese Su misericordia a su culpable descendencia para liberarla así de la esclavitud de los demonios, como realizaría el Espíritu Santo mediante la palabra de Moisés. Vemos que Dios está en tres personas, pues el Creador realizó tres intervenciones divinas distintas para ayudar a los tres menores que acabamos de nombrar, según los tipos que debían representar en este universo. Estas tres personas de la Divinidad sólo se distinguen por sus acciones divinas; no es posible concebirlas de otro modo sin degradarla, pues la Divinidad es indivisible y no puede tener naturalezas diferentes. Si fuese posible admitir diferentes personas en el Creador tendríamos que admitir cuatro, no tres, por la cuádruple esencia divina que ya deben conocer, es decir: el espíritu divino 10, el espíritu mayor 7, el espíritu inferior 3 y el espíritu menor 4. De ahí vemos la imposibilidad de que el Creador esté dividido en tres naturalezas personales. Que aquellos que quieran dividir al Creador en su esencia, lo hagan, al menos, respetando el contenido de su inmensidad.

Para que entiendan claramente los tipos de Abraham, Isaac y Jacob, les diré que estos tres menores representaron a Adán, Abel y Set ante el Creador. Tanto los tres primeros, como los tres últimos fueron testigos de la gloria del Creador. Noé, Sem y Jafet tuvieron la misma suerte. En cuanto a Esaú, a quien se negó su herencia, representa el tipo de Caín en Adán, el de Cam en Noé y el suyo propio en Abraham, Isaac y Jacob. No sólo son tipos de la acción del Espíritu Divino entre los menores pasados y presentes, sino también entre los futuros. Adán y Noé anunciaron todos estos tipos con su descendencia. Cristo, Moisés y Elías los confirmaron con sus operaciones en el monte Tabor, donde presenciaron la gloria del Creador. El beso de Jacob a Isaac cuando decidió suplantar a su hermano, anunció la traición al Hombre Dios por uno de sus hermanos y discípulos, Judas Iscariote; uno suplantó la materia, el otro, el espíritu. Permanezcan alerta para que la codicia material no les lleve a repetir un tipo inicuo. Esto es lo principal que debía decirles sobre Abraham, Isaac y

Jacob; no hablaré de su conducta temporal en este mundo, pues las Escrituras ya dicen bastante al respecto.

Ahora les hablaré de los grandes tipos que representó Moisés en el universo. Verán la relación existente con todos los tipos pasados, el doble tipo del Creador y el de todos los espíritus que utiliza para la manifestación de Su justicia; entenderán que no hay duda alguna sobre la veracidad de los hechos espirituales acaecidos desde el inicio del mundo, de los que ocurrirán hasta el final de los siglos y de los sucedidos tras la prevaricación de los primeros espíritus y la del primer menor. Podrán juzgar si mi palabra es sincera o si me valgo de subterfugios o sofismas para aprovecharme de la buena fe del hombre deseoso de aprender. No son esas ni mi condición ni mi intención. Desde niño me ha horrorizado la mentira y el orgullo, siempre los he rechazado para dedicarme sólo a la verdad espiritual divina y espiritual temporal. Por tanto, no deben temer nada en mis palabras.

Empezaré dándoles la interpretación de la palabra *Egipto* donde, como saben, nació Moisés. Esta palabra significa “lugar de privación divina” o “tierra de maldición”. Allí cayeron los enemigos de la voluntad divina y sus seguidores. Las naciones que habitaban Egipto y cultivaban la tierra a su antojo representan a los primeros espíritus prevaricadores, que obraron y obran según su propia voluntad, sin tener en cuenta la del Creador. Los primeros espíritus fueron relegados a la región sur, a la que pertenece Egipto. Los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, por su pecado, cayeron bajo el poder de los habitantes de Egipto, permaneciendo en esa esclavitud durante 430 años. En verdad, representan a los menores espirituales que sucumben ante el poder de los demonios. Pero hablemos de Moisés.

Pese a su esclavitud en la tierra de Egipto, *Tupz*, llamado *Amram* en las Escrituras, que pertenecía a la tribu de Leví, y su mujer *Maha*, llamada *Jocábed* en las Escrituras, de su misma tribu, fueron los elegidos para concebir un descendiente de Dios que redimiera a los descendientes de Adán. *Tupz* significa “colmo de bondad divina” y lleva el número senario. *Maha* significa “fecundidad espiritual divina” y lleva el número cuaternario. Tuvieron a sus descendientes, dos hijos varones y una hembra, a una edad avanzada. *Tupz* tenía 66 años y 3 meses cuando nació su primera hija; la niña fue llamada *Merian*, que significa “tierra virgen”, tenía grandes conocimientos espirituales divinos y sacrificó su virginidad para realizar el culto permitido y exigido a su sexo. *Tupz* tuvo a *Aarón* con 79 años y 7 meses, y a *Moisés* con 82 años y 10 meses. *Maha* engendró a *Merian* con 48 años y 3 meses, a *Aaron* con 61 años y 7 meses, y a *Moisés* con 64 años y 10 meses. *Tupz* y *Maha* murieron poco antes de la huida de Moisés de Egipto, pero no precisaré la fecha de su muerte, pues no tiene interés alguno para lo que deseo enseñarles. Moisés vino al mundo el día 14 de la Luna de Nisan o marzo. Le metieron en una especie de cestilla o arca en la que flotó durante algún tiempo por las aguas del Nilo, que significa “principio de acción y operaciones espirituales temporales”. La llegada de Moisés a la tierra de Egipto, donde todas las naciones vivían en confusión y tinieblas, representaba la llegada del Espíritu Divino al caos, disponiendo todo lo que allí existía, las leyes, las acciones y las órdenes espirituales que les correspondían. Las tinieblas, como ya saben, no incluyen la

luz divina; del mismo modo, el caos de Egipto y sus habitantes de tinieblas no afectó al nacimiento y llegada de Moisés entre ellos. Estos pueblos no tenían conocimiento alguno sobre el verdadero culto. Todos sus actos y preocupaciones buscaban satisfacer la codicia de sus sentidos materiales, ciñéndose a ese instinto animal innato en todo ser pasivo. Los animales racionales están sujetos a las mismas leyes que los irracionales por el instinto natural innato en toda forma corporal, que se convierte en un suplicio adicional cuando los hombres pretenden alejarse de él. La demostración evidente la tenemos en los hombres apegados a su vida temporal. Si un suceso natural les ocasiona alguna limitación física que modifique sus leyes de orden, se lamentan, les invade el miedo y, llevados por su ignorancia, se someten a los cuidados e instintos de alguno de sus semejantes que, generalmente, es tan ignorante como ellos y estaría aún más asustado de sucederle algo similar. Esta conducta no debe sorprendernos en aquellos que no recurren a su primer principio espiritual divino, el único médico que cura radicalmente. Profundizaré en este tema al tratar los diferentes acontecimientos acaecidos en Israel.

Al flotar sobre las aguas, Moisés representa el tipo del espíritu del Creador, que flotó en el todo para hacer explotar el caos. Es decir, los mandatos y leyes de actuación entregados a todo lo que pertenecía a la masa caótica. Noé, testigo de la manifestación de la justicia y la gloria divina, también representó el tipo de la gloria del Creador universal; como van a ver, todos los tipos de este patriarca fueron repetidos por los argumentos espirituales de Moisés. Ambos flotaron sobre las aguas. Noé reconcilió al resto de los mortales con el Creador; Moisés reconcilió a la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob con la Divinidad. Noé recuperó el culto divino para la descendencia de Jacob. Noé condujo durante cuarenta años a los hombres reconciliados con el Creador; Moisés condujo al pueblo judío durante el mismo tiempo. Noé ofreció un sacrificio al Creador en acción de gracias; Moisés también ofreció sacrificios en nombre del pueblo reconciliado. No acabaría nunca si tuviera que detallar todos los tipos repetidos por Moisés, tanto de Noé, como de patriarcas pasados y futuros. Me limitaré a pedirles que reflexionen seriamente sobre la importancia del tipo de Moisés. Reconocerán que, gracias a sus operaciones, representa a la perfección la triple esencia divina en la creación universal, general y particular: 1º el nacimiento de Moisés representa la acción misma del Creador; 2º la reconciliación inducida por Moisés representa la operación del hombre divino o hijo del Creador; 3º la dirección del pueblo confiado a Moisés representa al Espíritu divino, que conduce, rige y dirige a todo ser temporal y espiritual inferior a él.

Las Escrituras relatan que una hija del rey de Egipto salvó al joven Moisés recogiéndolo de las aguas del Nilo e hizo que le criaran en secreto para protegerlo de la persecución del Faraón y de sus súbditos, que habían decretado que todos los niños varones del pueblo hebreo debían morir. Esta princesa se encariñó enormemente con el joven Moisés, cuya belleza era notable. Le asombraba la seriedad que se adivinaba en él a tan corta edad, pues, con dos años, ya haría presagiar todo su futuro conocimiento y razonamiento. La princesa eligió como nodriza a la propia madre del niño; para comprobar que seguía exactamente sus órdenes, prestándole los mejores cuidados, exigió a la nodriza que lo trajera a su presencia todos los días. Esto

anunciaba ya la futura alianza de los idólatras con las leyes divinas; tras la destrucción del Faraón y su ejército, los egipcios que sobrevivieron se unieron a la ley de Moisés. La nodriza cumplía puntualmente las órdenes que había recibido y el niño crecía ganando en belleza. Cierta día, la princesa se regocijó de tal manera al verlo que lo cogió en brazos y decidió arriesgarse a llevárselo al Faraón, su padre. De camino, pasó por una sala de audiencia con varias mesas. En una de ellas estaban colocados la corona y el cetro del rey. Entre las piedras preciosas que adornaban la corona del rey había un resplandeciente rubí. La princesa se acercó y puso al joven Moisés de pie sobre la mesa para ver qué efecto le causaban las joyas, pues conocía el que causan en los hombres. Al ver el fulgor de tantos ornamentos, el joven Moisés lanzó un grito de alegría y se puso a retozar, como todos los niños de su edad. Para acabar de satisfacer su curiosidad, la princesa quiso acceder al deseo del niño de coger las joyas; examinó la habitación para ver si alguien les observaba y, al no ver a nadie, inclinó a Moisés sobre la corona y el cetro. El niño los cogió rápidamente pero no podía alzarlos, así que la princesa le ayudó y le puso la corona en la cabeza. Moisés tiró el cetro a los pies de la princesa, intentó quitarse la corona de la cabeza y acabó dejándola caer sobre la mesa y pisándola. Mientras la princesa se divertía con el joven Moisés, un chambelán del rey presenciaba todo desde un lugar oculto. El chambelán fue inmediatamente a contarle al rey lo que había ocurrido, censurando la conducta de Moisés para que el rey ordenase su muerte y se cumpliese la sentencia pronunciada contra los recién nacidos en Israel. La princesa, tras colocar en su sitio la corona y el cetro, volvió a coger al joven Moisés en sus brazos y fue a las habitaciones de su padre para presentárselo. Pero el Faraón, que había sido prevenido por su chambelán, recibió a su hija de manera muy fría y desatenta, lo que no era habitual en él. La princesa, desconcertada, pidió al Faraón una audiencia particular para saber el motivo de su frialdad. El rey aceptó su solicitud y, una vez a solas con ella, ni siquiera le dejó tiempo para hablar, sentenciando a muerte a Moisés. La princesa, cuyo desconcierto iba en aumento, hizo todo lo posible para saber de su padre el motivo de tan rigurosa orden, señalándole que ese niño nunca sería una amenaza para él. El rey se enterneció de tal manera con sus palabras y sus lágrimas que acabó contándole lo que el chambelán le había comunicado. “¿Se trata sólo de eso?”, dijo la princesa. “Es cierto que el niño ha cogido vuestro cetro y vuestra corona, pero no podéis ver ahí ningún propósito malévolo y si los ha dejado caer no es por desprecio ni por maldad. No obstante, puesto que habéis pronunciado vuestra sentencia, sólo me queda pedir que suspendáis la ejecución hasta que realicemos una comprobación en vuestra presencia, sirviéndonos del fuego”. El rey aceptó. La princesa hizo que trajesen ante él, y en presencia de la nodriza de Moisés, un gran anafre, que colocaron en una mesa, junto a la corona y el cetro del rey. La princesa puso al niño sobre la mesa, como había hecho la primera vez. En cuanto el joven Moisés vio el fuego se abalanzó sobre él, sin mirar el cetro ni la corona, cogió con la mano derecha un trozo de carbón encendido y se lo llevó a la boca, donde se apagó tras quemarle parte de la lengua. Tras este experimento, la princesa, protectora temporal de Moisés por disposición divina, refutó el testimonio temerario del chambelán, diciendo al rey: “Si lo que se os ha informado de este niño fuese cierto y actuase guiado por el Dios del pueblo de Israel, que os rinde servidumbre, Su influjo habría vuelto a manifestarse; pero habéis visto que no ha prestado la menor atención a vuestro

etro y vuestra corona, prefiriendo el fuego, pese a todo el mal que podía causarle y le ha causado. Considerad, pues, la intención de vuestro chambelán que ha querido induciros a ordenar la muerte de este niño. De vuestra gloria y vuestra justicia depende que este hombre no quede impune.”

Inmediatamente, el rey desterró al chambelán de las tierras de Egipto, forzándole a errar por otras naciones durante toda su vida. La princesa agradeció su decisión al Faraón y dispuso todo tipo de cuidados para Moisés. En este suceso tenemos la causa de la deficiente pronunciación de Moisés y por él se establecería, posteriormente, la circuncisión de los labios. No pretendo profundizar aquí en los tipos de todos los hechos que acabo de relatarles. Les bastará con reflexionar sobre todos los infortunios sufridos por el Faraón y su pueblo desde esa época. Además, si leen las Escrituras cuidadosamente, verán claramente en esos hechos el tipo de la venida de Cristo a este mundo. La princesa representaba a la madre de Cristo, esa bella virgen de la que se dice: *soy negra, soy bella*. En cuanto al chambelán, no se equivocó al decir al rey que el joven Moisés había sido guiado por el Dios de los hebreos. Este hombre era uno de los demoníacos magos de Egipto; profesaba las ciencias diabólicas, que le permitían percibir el espíritu divino que obraba en Moisés y en la princesa; era un tipo manifiesto de la acción del intelecto demoníaco contra el intelecto espiritual divino.

A la edad de siete años, Moisés perdió la princesa, su protectora; hasta los veinte años permaneció bajo la protección del rey y, junto con Aarón, su hermano mayor, bajo la dirección de sus padres. No les he explicado el nombre de Moisés; como aclaran las Escrituras, Moisés fue llamado así por la hija del Faraón al salvarle de las aguas. Gracias a la protección del rey, Moisés vivía en toda libertad entre sus hermanos hebreos y el pueblo de Egipto. Un día que paseaba por un lugar apartado vio a un egipcio maltratando brutalmente a uno de sus hermanos hebreos. Moisés, que medía seis pies de altura y tenía una fuerza proporcional a su tamaño, se abalanzó sobre el egipcio matándolo de un solo golpe. Por ese motivo, se vio obligado a huir de la tierra de Egipto. Esta huida no representa ningún tipo espiritual; sin embargo, el homicidio del egipcio anunciaba la fuerza y el poder que el Creador entregaría a Moisés para liberar a su pueblo, y anunciaba claramente esa liberación y el escarmiento de los egipcios. He aquí todo lo que podría interesarles sobre el origen y los primeros años de la vida de Moisés. Pueden ver que sus primeras actuaciones repiten exactamente las de todos los anteriores elegidos. Tras pasar cuarenta años fuera de Egipto, siempre protegido por el Creador, ofreció su cuerpo y alma en sacrificio para la liberación de sus hermanos hebreos. Luego, invocó al Creador para saber si este sacrificio había sido de su agrado. El Creador le envió un ángel que le informó de su destino, acorde a su resignación, firmeza y amor por sus hermanos. El ángel dijo a Moisés: “Conduce a tu pueblo hasta los confines del desierto de Madián; allí el Creador te hará saber Su voluntad”. Moisés realizó una invocación entre el desierto de Madián y el monte Horeb, volviendo a ofrecer su cuerpo y su alma al Creador: “¡Oh Padre Eterno, Creador de todos los poderes!. ¡Acepta el sacrificio que te ofrezco en la santidad y pureza del poder divino que recibí de Tu gracia y para Tu gran gloria!. Me entrego totalmente a Tu grandeza infinita. Hágase en mí según Tu voluntad; recibe el sacrificio de mi alma, mi corazón y mi cuerpo, y de todo lo que me pertenece

espiritual y temporalmente, para la expiación del pecado del padre de los hombres y de toda su descendencia. Todo procede de Ti y a Ti ha de volver.”

A diferencia de la primera vez, Moisés precisó las tres partes de su sacrificio y sintió que su operación había sido del agrado del Creador. Ofreció primero su alma, pues no puede ofrecerse nada más perfecto al Creador que el espíritu menor, que es semejante al espíritu divino. En segundo lugar, ofreció su corazón, es decir el poder espiritual que recibe el alma en el momento de su emanación. Este poder está representado por los cuatro caracteres inscritos en el corazón del hombre; caracteres que los anatomistas ya conocían pero no sabían interpretar, por lo que omitieron su explicación, como aclararé cuando tratemos ese tema. Por último, Moisés ofreció su cuerpo para proclamar las tres esencias espirituosas de donde proceden todas las formas incluidas en el universo. Tras esta segunda operación, el espíritu divino le llamó por el nombre de Moisés, el mismo que había recibido de la hija del Faraón, lo que le confirmó la primacía que el Creador le otorgaba frente a sus hermanos. El Espíritu le explicó cómo debía entrar en el centro del esplendor del fuego divino que rodeaba al monte Horeb, montaña que se denomina enigmáticamente “bosque ardiente”. Moisés, quitándose los metales y elementos impuros, se extendió completamente boca abajo, representando el descanso de la materia abatida por la presencia del Espíritu del Creador y el descanso natural de todas las formas tras sus operaciones temporales. Esta actitud también representa, por un lado, la necesaria reintegración de todas las formas corporales particulares a la forma general; por otro, la separación del alma al contemplar el espíritu, pues el cuerpo material no interviene en modo alguno en lo que sucede entre el menor y el espíritu divino. La confirmación de esto la encontramos en el éxtasis de contemplación divina de sabios y elegidos del Creador y del mismo Cristo.

Esta vaguedad del cuerpo mientras el alma está en contemplación no es difícil de entender. Piensen en un hombre dormido, ¿no podríamos disponer de su forma e incluso destruirla sin que pudiese defenderse?. No piensen que esto se debe a que tiene los ojos cerrados, pues algunas personas duermen con los ojos abiertos y no por eso están más protegidas. Lo único que ocurre es que el alma ha interrumpido la relación entre sus funciones espirituales y las funciones corporales de la forma, y el cuerpo queda bajo la dirección del agente corporal, que no conoce qué puede sucederle de bueno o malo si no se lo comunica el alma. Lo mismo ocurre cuando la contemplación es suficientemente fuerte, pues afecta profundamente al alma; el cuerpo entra en una especie de inacción, no puede recibir impresión alguna porque el alma se dedica por completo al objeto de su contemplación espiritual. No deben pensar que el alma se separa del cuerpo, únicamente lo hace en acción espiritual, no literalmente. La prueba de esta insensibilidad corporal cuando el alma está en contemplación la tenemos en los suplicios causados al cuerpo de Jesucristo y de diversos mártires. El cuerpo de Cristo no sentía el dolor de los tormentos que se le infligían. Si este cuerpo se movía, era simplemente por la acción de lo que lo oprimía contra su ley natural. Aquellos que sufrieron terribles suplicios por seguir el ejemplo de Cristo, gozaron de Su misma gracia de acuerdo con su misión, que sólo pretendía la gloria del Creador. La contemplación de Cristo era ante el Espíritu del Padre; la de los dichosos mortales que le han imitado, ante el del Hijo divino. Esto aclara la interrupción de la acción del alma y la ausencia

del cuerpo o ignorancia de lo que ocurre a su alrededor. Pero volvamos a Moisés.

Mientras se encontraba postrado, el Creador le entregó los cuatro poderes divinos necesarios para actuar contra los cuatro príncipes demoníacos, que manifestaban toda su maldad contra Israel en tierras de Egipto. Toda la gloria y justicia del Creador se manifestaría gracias a este sabio nuncio. Con esta finalidad, le dotó con los mismos poderes de los que había gozado Adán en su estado de gloria; lo que demuestra que todo hombre deseoso de aprender puede lograr perfectamente ese cuádruple poder, aunque tenga un cuerpo material. Moisés se resistió a la voluntad del Creador, pero no fue por desobediencia o rebeldía sino porque se veía incapaz de llevar a cabo la misión encomendada por el Creador, dado el defecto de pronunciación que tenía después de la experiencia realizada por su protectora, la princesa, en su niñez. Su temor y su desconfianza evidencian que sólo podemos contar con un mandato sublime si lo recibimos del Altísimo. El Creador dispuso que su hermano Aarón fuera con él para interpretar sus palabras y que *Ur* le ayudara a realizar sus operaciones espirituales. *Aarón* significa “hombre superior en gracia divina” o “profeta divino”, y *Ur*, “fuego del Señor” o “espíritu de la Divinidad”. Moisés dijo entonces: “Hágase la voluntad de Dios, según Sus palabras, para liberación de Su pueblo y castigo de los egipcios.”

Inmediatamente se dirigió a la tierra de Egipto con sus dos ayudantes, se presentó ante el Faraón y le ordenó, en nombre del padre Eterno, que devolviese la libertad a los hebreos. El Faraón se negó. Moisés volvió a repetir esta orden una segunda y una tercera vez, pero la respuesta fue la misma.

Al ver la rebeldía del Faraón, Moisés se dirigió al centro de Egipto para utilizar todo el poder que le había entregado el Creador. Asoló Egipto y castigó a sus habitantes con siete terribles plagas que sumieron estos lugares de tinieblas en el colmo de la desolación, como relatan las Escrituras. Luego, Moisés advirtió a todos los hijos de Israel que estuviesen listos la medianoche del 14 al 15 de la Luna Nisan o marzo, pues ese era el momento en que serían liberados de su esclavitud y se dirigirían a la tierra que el Creador había prometido a sus padres. El pueblo cumplió las órdenes que había recibido. Moisés, por su parte, se preparó para llevar a cabo su importante misión. Hizo traer un cordero blanco de un año, sin mancha exterior o interior; este cordero, símbolo de la víctima que sería inmolada posteriormente en beneficio de la humanidad, representaba también la pureza del cuerpo y alma de los hijos de Israel. Aarón degolló el cordero como ofrenda de expiación, Moisés marcó con su sangre las cuatro esquinas del lugar donde realizaría su gran rito para castigar las cuatro partes de Egipto y derramó la sangre que sobraba por el suelo. Moisés ordenó a todos los hijos de Israel que buscasen un cordero similar al suyo. Los ancianos de cada familia debían degollarlo y marcar con su sangre el dintel y los dos postes de la puerta de su casa. Esa era la marca de la alianza del Creador con Israel y de la exterminación total de los egipcios.

Esa señal enseñaba a los israelitas dos cosas: la primera, que la sangre animal, tomada como símbolo de poder, representa su alma espiritual; la segunda, que esa misma sangre era el tronco y el lugar desde donde su alma

rige y dirige su forma particular. Esta figura también simbolizaba las cuatro regiones celestes desde donde Moisés había salido, gracias a sus cuatro poderes divinos, a los ángeles exterminadores para castigar a los egipcios y velar por la defensa del pueblo de Israel durante su huida de Egipto. Moisés ordenó a los israelitas que degollasen al cordero elegido, lo cocinasen, comiesen toda su carne desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo y dejaran que el fuego consumiese el resto. Con esa orden de cocinar el cordero, Moisés representaba a los israelitas la purificación de su forma corporal como preparación para la comunicación del intelecto espiritual divino; al ordenar que se quemase lo que quedara de él, quería representarles la reintegración de las esencias espirituosas al eje central del que proceden. Pues, al igual que el fuego reduce a cenizas todo lo que quema, el eje central tiene la propiedad de devorar y hacer desaparecer totalmente todo lo que se reintegra en él, eliminando cualquier forma y sustancia que pudiera ser habitada por un espíritu. Moisés indicó a los israelitas que aquellas familias que no tuviesen cordero debían reunirse con otras que sí tuviesen. Así anunciaba la futura aceptación de la ley divina por los idólatras de Egipto.

Para explicarles los acontecimientos previos a la liberación del pueblo hebreo de su esclavitud, debo relatarles las operaciones espirituales que Moisés se vio obligado a oponer a las de los magos de Egipto y los sabios de Ismael, que encontraban entre los egipcios. Estos magos y sabios habían profesado secretamente en Egipto, de generación en generación, la ciencia divina, pero Moisés les descubrió y les dijo así: “En verdad os digo, magos de Egipto y sabios de Ismael, que vengo en nombre del Padre Eterno para oponer mi poder al vuestro, para gloria de Dios, de quien todo depende, y para liberar a Su pueblo elegido. ¿Por qué actuáis contra la voluntad del Creador, endureciendo el alma del Faraón e induciéndole a rechazar la petición que he presentado a favor de Israel?”. Los sabios y magos le contestaron: “Si el Dios al que sirves es tan poderoso como dices, ¿por qué no se vale de Su propia voluntad, sin ayuda de un ser como tú?. Vete, tú Dios no es el que afirmas, tu poder es una farsa.”

Moisés, sorprendido por este insulto, tiró al suelo la vara que tenía en la mano derecha, que se convirtió en una serpiente. Uno de los sabios tiró también su vara que, al igual que la de Moisés, se convirtió en una serpiente. Las dos serpientes permanecieron enfrentadas durante todo el tiempo que Moisés interpretó a los magos de Egipto el tipo de esta metamorfosis: “Magos de Egipto y vosotros, sabios de Ismael, conozco vuestro poder y lo que puede hacer; vuestro poder es al mío lo que el mío es al del Dios vivo de Israel. Estas serpientes que se arrastran por el suelo explican la postración y el final del vanidoso poder de los demonios y de los hombres que han seguido su ejemplo. La serpiente salida de mi vara, que devorará a la de la tuya, anuncia que el hombre no siempre reptará por la tierra, sino que un día disfrutará de su poder original y marchará de pie contra aquellos que le han hecho caer. Además, os digo que la transformación de estas varas en formas repugnantes es la explicación real de la transformación de las formas gloriosas de los espíritus superiores demoníacos y menores espirituales divinos en vil materia terrestre, que les mantiene en privación. Y dirigiéndose al Creador añadió: “¡Señor,

levántate y anda frente a mí, para que se manifieste Tu gloria ante Tu poderoso elegido!”

Tras esta invocación, Moisés asió la cola de la serpiente que estaba a su lado; una vez en su mano, ésta volvió a convertirse en cayado. El mago de Egipto no dudó en hacer lo mismo. Entonces Moisés volvió a hablar y le dijo: “La desaparición de estas serpientes para volver a tomar su forma original os demuestra que la existencia de todas las formas de este universo no es real ni se debe a ellas mismas, sino al ser que las anima, y que todo lo que existe en apariencia desaparecerá con tanta facilidad como esas dos serpientes que actuaban ante vosotros. Sabed, además, que la destrucción de las formas de estas dos serpientes anuncia claramente la destrucción de la tierra que habitáis y de sus habitantes. Temblad si os encontráis entre aquellos que serán castigados por la justicia del Padre Eterno”. El mago, sin atreverse a realizar nada más ante Moisés, se inclinó y regresó con el Faraón, pero no le refirió las ciencias que aquel poseía.

No es necesario detallar todas las operaciones particulares de Moisés para lograr la liberación de sus hermanos, pues las Escrituras lo explican bastante claramente; sin embargo, quiero que sepan lo que simbolizan los cuatro sabios de Ismael y los tres magos de Egipto de los que les he hablado. Los cuatro sabios nos enseñan que el verdadero culto al Creador, y su ceremonial, ha permanecido y permanecerá siempre entre los hombres de la tierra hasta el final de los siglos. Pero, con frecuencia, la debilidad y la iniquidad de los hombres les han hecho abandonar ese conocimiento divino para dedicarse a cultos materiales, como representan los tres magos de Egipto. Estos tres magos realizaban exclusivamente operaciones demoníacas, viviendo voluntariamente al amparo de lo material. Por este motivo, se encontraron entre los desafortunados que perecieron bajo la justicia del Padre Eterno en Egipto.

Estos tres magos no cesaban de combatir el poder espiritual de Moisés y de oponerse a sus trabajos espirituales, hasta su novena actuación en nombre del Creador. La imitación que los magos hicieron de su actuación logró inquietar a Moisés e incluso hizo que se tambaleara la gran fe que tenía en el Creador. Con lágrimas en los ojos, exclamó: “¡Oh, Padre Eterno, Dios de Israel! ¿en qué he fallado en la misión que me habías encomendado?. ¿Por qué, Señor, no he sido advertido de que no era el único a Tus órdenes en la tierra de Egipto?. Ten piedad de Tu servidor, que obrará sin Tu ayuda”. Tras esta oración, Moisés sintió renacer en su alma la más viva fe. El décimo día, cuando debía finalizar todos sus actos divinos, convocó a los cuatro sabios y a los tres magos ante el Faraón, para que fuesen testigos de su décima y última actuación. Una vez reunidos, Moisés les dijo: “El Dios de Israel todo lo oye y todo lo sabe; ha visto a los sabios de Ismael; ha oído a los tres malvados magos de Egipto, uno de ellos servirá de ejemplo a los demás”. Moisés llevó a cabo su actuación con ayuda de Aarón y Ur, pero uno de los tres sabios, más intrépido y temerario que los otros, se aproximó al círculo. Inmediatamente, Moisés le hizo apartarse apoyando en su pecho dos dedos de su mano derecha. El mago retrocedió, pero salió del círculo sin apartar la vista de Moisés para intentar entender qué se proponía contra él y qué ocurriría tras su

invocación, en la que éste decía: “El Creador ha depositado todo su poder en su servidor Moisés, agradeciéndole la gran fe que ha depositado en Él. ¿Por qué el Dios al que adora este mago no rinde a su servidor el mismo tributo?. ¿Por qué deja que se convierta en ejemplo inmemorial de la justicia divina para Israel y todo Egipto?”. En cuanto hubo pronunciado estas palabras, el cuerpo del mago sufrió una transformación que turbó a todos los presentes. Esa fue la última operación espiritual divina en la tierra de Egipto. Todo lo que les acabo de relatar debe ayudarles a entender que el poder de los demonios no prevalecerá jamás contra el del Espíritu Divino. Observen además, que toda acción en el universo tiene una reacción; si no fuera así, no existiría el movimiento ni la vida, ni habría formas corporales. De igual modo, sin la reacción demoníaca, no existiría vida espiritual fuera de la circunferencia divina.

El Faraón, horrorizado por las plagas que Moisés había desatado sobre Egipto, se vio forzado a aflojar su yugo sobre los hijos de Israel, poniéndolos bajo la dirección de Moisés para que fuesen a ofrecer un sacrificio a su Dios. Además, les permitió llevarse prestado vasos de oro y plata, diferentes utensilios de metales preciosos y todos los perfumes necesarios para el gran culto que Moisés realizaría con su pueblo. Les fijó un tiempo para ofrecer sus sacrificios pero, viendo que no regresaban pasado ese tiempo, el Faraón ordenó perseguirles, no tanto para devolverlos a su estado de esclavitud, sino para recuperar todas las riquezas que habían cogido prestadas a los egipcios.

La mayoría de los hombres, poco conocedores de los tipos espirituales que ocurren en el universo, han tachado a los hijos de Israel de ladrones y traidores por llevarse esos bienes. Pero, ¿en qué fundan su juicio esos ignorantes?. ¿Saben en qué consintieron las riquezas que los israelitas cogieron a los egipcios?. ¿Saben qué uso les dieron?. ¿Saben si el pueblo de Israel realizó ese supuesto mal por su única voluntad o si actuó, como en el resto de sus operaciones divinas, por orden de Aquel que acababa de liberarles de la esclavitud?. Para que vean hasta dónde llega la ignorancia de esos supuestos eruditos, les diré que todas las riquezas en cuestión eran los ídolos materiales de los egipcios. La incautación que hizo de ellos Israel era un verdadero castigo de la justicia divina, para privarles de los objetos más preciados de su idolatría; ese es el inevitable destino de todos lo que se consagran en cuerpo y alma a la materia. El príncipe de la materia favorece momentáneamente a sus seguidores para alejarlos, en pensamiento u obra, de su único principio espiritual divino; pero, una vez que han alcanzado el colmo de sus satisfacciones, los abandona rodeados de trampas para hacer que se precipiten en los abismos.

No puede decirse que Israel se enriqueciese con los bienes que incautó a los egipcios. Según cálculos realizados, la suma ascendería a un millón de nuestra moneda. ¿Bastaría para enriquecer a un millón doscientos mil hombres, mantenerles durante los cuarenta años que permanecieron en el desierto, respaldar las importantes guerras que debieron luchar?. En vez de imaginarlo, piensen que Israel vivió en el desierto gracias al sustento celestial; que las batallas contra los enemigos de Dios eran enfrentamientos espirituales para los que no necesitaban dinero; que los israelitas no utilizaban entre ellos

monedas de oro, de plata ni de metal alguno para cubrir todas sus necesidades. Vean, además, que no realizaron, ni en el desierto ni al llegar a la tierra prometida, ningún tipo de negocio o comercio de bienes materiales con las riquezas tomadas a los egipcios. Todo esto pone en evidencia la parcialidad de quienes sospechan de la rectitud de los israelitas y les tachan de ladrones. Semejantes reproches sólo pueden ser dictados por la ignorancia y el orgullo; quienes, por su indiscreción, los han hecho salir a la luz, no han tenido dificultades para seducir y convencer al resto de los hombres con sus palabras. Los débiles que se hayan dejado seducir por ellos, a poco que hagan uso de razón y vean la verdadera luz, serán los primeros en condenarles. Pero, para acabar con las deshonorosas sospechas que recaen sobre Moisés y su pueblo, bastará con relatarles en qué utilizaron el botín incautado a los egipcios. Sepan, por tanto, que todos esos vasos, metales y utensilios de oro y plata sólo sirvieron al pueblo de Israel para realizar los diferentes cultos divinos y decorar el templo o arca de la alianza erigida por Moisés en gloria del Creador. Continuemos con el relato:

Moisés, que sabía que el camino que deberían recorrer para evitar la persecución del Faraón sería muy largo, ordenó a los israelitas que reunieran enormes provisiones de pan sin levadura para poder sobrevivir hasta que entraran al desierto de *Canaan*. Sólo les explicó el significado de ese pan sin levadura, que tanto les había extrañado, una vez allí: “Sabed, pueblo de Israel, que el pan sin levadura que comisteis con el cordero en tierras de Egipto durante vuestros últimos ocho días allí, os anunciaba la vida espiritual, el alimento del que os proveerá el Creador durante todo el tiempo que combatáis en Canaan. Esos alimentos diferentes os anunciaban, asimismo, vuestra reconciliación con el Creador y vuestra liberación de la esclavitud, pues abandonabais los alimentos profanos de los egipcios, quienes serían exterminados por el Creador”. Israel entendió estas palabras de Moisés cuando, tras cruzar el mar Rojo, empezó a llover maná. Pero ya hablaré de esto en el lugar correspondiente.

Las diferentes expediciones que el Faraón envió en persecución de los israelitas representan las artimañas y recovecos de los que se sirve el espíritu demoníaco para corromper al hombre con su abominación y destruir, así, su poder. Eran una simple repetición de las trampas que los demonios tendieron en otra época a los israelitas, que les hicieron caer bajo el poder de los egipcios. Pero el espíritu divino protector y defensor de los hombres utiliza los mismos métodos para escarmentar al espíritu demoníaco, por lo que se sirvió de Israel para la destrucción de Egipto.

Israel era el tipo del intelecto espiritual divino, sus diferentes partidas antes y después de cruzar el mar Rojo eran los medios espirituales que utilizaba el Creador para ajusticiar a Sus enemigos y liberar a Su pueblo elegido. Israel pudo presenciar claramente esta protección divina en el desierto de Fihahirof, entre Migdol y el mar Rojo. El primer nombre significa “acción redimida”, el segundo “forma de abominación” y el del mar Rojo “abismo de amargura”.

Moisés, estando en el desierto con todo Israel, divisó el frente del ejército egipcio que marchaba contra ellos. Realizó una última invocación para poner a los hijos de Israel bajo la protección del Creador, pues no creía que su poder fuera suficiente para evitarles el mal y la desgracia les amenazaban. Su súplica fue escuchada; el pueblo de Israel, que había sucumbido al temor y al pánico ante sus enemigos, se reafirmó en una confianza ciega en el Creador y en su servidor Moisés. Esta fe se vio fortalecida por una columna de nubes que formó una especie de muralla entre el ejército de Israel y el de los egipcios, que no podían verse uno a otro aunque estaban en el mismo desierto. Al ver esta columna, Israel entero exclamó: "Alabado sea el Dios de los hijos de Israel, que nos ha salvado de la rabia de nuestros enemigos". El pueblo de Israel permaneció aún varios días en el desierto, bajo la protección de esa columna de nubes pero, cuando llegaron al mar Rojo, el Creador hizo desaparecer la columna para que pudiesen ver la manifestación de la justicia divina contra sus enemigos. Al ver al ejército egipcio, el desconcierto y el pánico volvieron a apoderarse de los hijos de Israel, pero lograron tranquilizarse y, sacando fuerzas de su fe, se sometieron a la voluntad del Creador y de Moisés.

Moisés había indicado quiénes deberían librar batalla. Separó a las mujeres, niños y ancianos de cada tribu, disponiendo que serían los primeros en cruzar el mar Rojo, guiados por él. Luego situó a su hermano Aarón dirigiendo a los elegidos para la batalla, a Ur en la parte media y a Josué en la retaguardia. En este orden se pusieron en marcha ante el ejército egipcio, para que les persiguieran hasta el punto en el que el Creador exterminaría al Faraón y a su pueblo. La noche del 14 al 15 de Nisan o mes de marzo, Moisés llegó con todo su ejército a la orilla del mar Rojo. Una vez allí, se situó a la cabeza de los que debían pasar en primer lugar, es decir las mujeres, niños y ancianos. Extendió su mano sobre las aguas y hundió en ellas su cayado. Inmediatamente, las aguas se separaron a derecha e izquierda dejando el paso libre a los israelitas. Una columna de fuego marchaba delante del pueblo, por el camino que Moisés había trazado. Esta columna marchaba siempre delante de Moisés y su pueblo, iluminándoles y sumiendo así a sus enemigos en una oscuridad mayor. Moisés llegó con su grupo hasta la mitad del mar Rojo y allí esperó a los demás. Luego continuó su marcha, conduciendo a los hijos de Israel hasta la otra orilla, donde volvieron a caminar sobre senderos de tierra.

El Faraón había visto que los israelitas se encontraban cerca del mar Rojo, por lo que redobló su marcha para alcanzarlos. Al perderles de vista en la oscuridad, ordenó a su ejército que encendiesen antorchas para seguir sus huellas; sin embargo, este recurso acabó perjudicando a los egipcios, más que ayudarles, pues el ejército del Faraón, ocupado en seguir las huellas de sus enemigos, no se dio cuenta de que se había alejado de la orilla del mar y marchaba entre las aguas suspendidas a ambos lados. Si bien es cierto que el camino trazado era suficientemente amplio para no percibir el peligro, sobre todo en una noche tan oscura. Finalmente, cuando el Faraón y todo su ejército se encontraban a medio camino, e Israel ya había salido de entre las aguas, éstas volvieron a unirse engullendo a todos los egipcios. El centro del mar era el lugar que Moisés había asignado a los espíritus exterminadores para lograr la derrota completa de sus enemigos. Los israelitas acamparon al otro lado del mar, a decir verdad, sin orden ni concierto. Cuando hubieron descansado unas

dos horas, Moisés les despertó para hacerles meditar sobre la bondad infinita del Creador, que se había manifestado de tal manera ante ellos. Hizo que rindieran gracias al Padre Eterno. Cuando finalizaban la acción de gracias, empezó a despuntar el día quince de la Luna. En ese momento, vieron caer maná por primera vez. Moisés les informó que era el alimento que les enviaba el Creador, confirmando así su gracia y su reconciliación. Les advirtió que cada uno de ellos podía coger una porción de este maná para su sustento diario, pero que no les estaba permitido guardarlo para el día siguiente; si desobedecían esta ley, el maná que hubiesen guardado se corrompería y no podrían comerlo. Les dijo, además, que cada porción que tomaran en exceso se deduciría de las de otros israelitas, de manera que nadie podría tomar más de su porción sin perjudicarse a sí mismo y a sus hermanos; no obstante, para que el castigo recayese especialmente en el culpable, éste enfermaría de lepra y guardaría siete días de ayuno y penitencia. Además, ordenó que, durante los días de su expiación, la porción de maná del culpable se repartiera entre aquellos de sus hermanos que hubiesen resultado perjudicados por su codicia, así su tribu sabría que entre ellos había pecadores que habían sido castigados por el Padre Eterno. Estas fueron las primeras instrucciones que recibieron tras cruzar el mar Rojo, instrucciones que nos enseñan que el sustento de nuestro ser, temporal o espiritual, depende del poder del Creador, no del nuestro ni de nuestra disposición demoníaca.

Tras estas instrucciones, Moisés prohibió a los israelitas lavarse en el agua del mar Rojo y utilizarla para uso alguno, pues estaba manchada con la sangre de la abominación y en sus abismos yacía, por una eternidad, la iniquidad de Egipto y de sus habitantes. Luego se dirigió a ellos, diciéndoles: “Israel, lo que os he dicho respecto a la manifestación de la gloria y la justicia divina es superior a todo lo que podáis imaginar. Que el recuerdo de la gloria del Creador permanezca por siempre en vuestra memoria, de generación en generación, hasta el final de los siglos, y que las plagas que ha enviado para manifestar Su justicia sean por siempre recordadas por los habitantes de los cielos y la tierra. Dirigid vuestros ojos hacia la orilla de ese mar que habéis cruzado sin mojaros los pies y reconoced el prodigio del Creador para vuestra liberación y reconciliación”. El pueblo de Israel dirigió su mirada al mar y, viendo en él los cuerpos de todos los hombres del ejército de Egipto, entre los cuales se confundía el del Faraón, se prosternó a los pies de Moisés exclamando: “Moisés, que el Dios de nuestros padres, que te ha erigido protector de los hijos de Israel, te oiga eternamente. Te suplicamos, en nombre del Dios que nos ha hecho llegar aquí, que le presentes nuestras almas en sacrificio y en acción de gracias por todos los favores recibidos, para que nos proteja por siempre del terrible azote de Su justicia.”

Los cadáveres de los egipcios flotaron durante todo el día de la Luna de Nisan. Se desplazaban primero hacia la orilla de Egipto y luego hacia la orilla donde se encontraba el pueblo de Israel. Los cadáveres realizaron este recorrido varias veces, para que los restos infortunados de los egipcios fuesen testigos de la gloria del Creador y de la justicia que ejercía contra Egipto y en beneficio de Israel. El cuerpo del Faraón fue el último en ser sepultado por las aguas, permaneció flotando aún un día cuando el resto de los cadáveres ya se habían dispersado.

A partir de entonces, Moisés empezó a establecer el culto divino de Israel. Volvió a decretar las cuatro vigilias diarias (cuatro oraciones cada seis horas) y las cuatro invocaciones anuales; la última de ellas era la gran invocación de Moisés para agradecer los beneficios concedidos por el Creador, bien en sus oraciones anuales, bien en las diarias. Moisés restableció los diferentes cultos en cuarenta y nueve días; el día cincuenta explicó a los israelitas todos los prodigios que habían acompañado a su liberación: “En verdad os digo, pueblo de Israel, que el Creador ha puesto en vigor la ley para vuestra reconciliación espiritual. Ha contrarrestado poder con poder, como os expliqué con mis operaciones contra los sabios de Ismael y los magos de Egipto. Todo ha sido realizado para vuestra satisfacción particular y para la gloria del Creador y la manifestación de Su justicia. Este ser superior es, al mismo tiempo, vuestro Creador, vuestro libertador, vuestro guía y vuestro defensor. Podéis ver el tipo de vuestro libertador en Aarón, que representa la acción del Creador. El tipo de vuestro guía lo tenéis en Ur y el tipo de vuestro defensor, en Josué. Así, cada una de las cuatro personas que han ayudado en vuestra liberación, representa un tipo de la cuádruple esencia divina de la que se ha servido el Creador para vuestra reconciliación. Escuchad ahora lo que voy a deciros sobre los hechos acaecidos en vuestro favor en tierras de Egipto: hacen alusión a tres grandes virtudes y poderes que el Creador ha querido manifestar para fortalecer Su ley y a los hijos de Israel y para aniquilar a todos sus enemigos.

La primera se manifestó desde la infancia de vuestro servidor Moisés: floté sobre las aguas, privado del uso de todos mis sentidos corporales y bajo la única guía del Creador. Así flotaba el espíritu divino antes que fuesen separadas la luz y las tinieblas, y de que cada cosa del universo tomara el lugar que le correspondía naturalmente según la ley. Así flotó Noé con su pueblo reconciliado. Noé fue el elegido del Creador para presenciar la manifestación de la justicia divina y redimir el culto divino en la tierra. Yo, Moisés, también he sido elegido para recordaros que el Señor es el único Creador de todo lo que tiene vida y acción en este universo. Cuando flotaba sobre las aguas, vosotros estabais aún lejos de su elección espiritual e ignorabais el tipo que el Padre Eterno le hacía representar en vuestro favor.

La segunda virtud se anunció gracias a todas las obras realizadas ante los cuatro sabios de Ismael y los tres magos de Egipto. Los cuatro sabios combatieron mi poder, repitieron mis cuatro primeras actuaciones, no supe qué espíritu les guiaba hasta que no cumplí la voluntad del Creador; lo que demuestra que es imposible que el hombre comprenda él solo las diferentes acciones de la Divinidad. El repugnante cambio de la forma corporal del primer mago del Faraón hacía alusión a la transformación del poder espiritual de los menores en los tres círculos: *sensible, visual y racional*, donde tendrán que actuar durante *un periodo, dos periodos y medio periodo*. El primer periodo será en el círculo sensible, el más cercano a la materia terrestre; el segundo en el círculo visual, el más cercano a la materia enrarecida; y el medio periodo en el círculo racional, que es el más cercano al ultraceleste. Esto es, en verdad, lo que os enseña la transformación sufrida por el primer mago.

El primer grupo israelita que cruzó el mar Rojo representa la salida de los hombres de las tres partes de la tierra al ser liberados por el Creador de las tinieblas en que habitan, gracias al Mesías. Los tres tipos de personas que conformaban este grupo significan los tres ángulos de la tierra: los ancianos, el oeste; las mujeres, el sur; y los niños el norte. Aquí, volvemos a ver la verdadera forma de la tierra, tal como la representó Adán al enviar a Caín al sur; a Set, el menor de sus descendientes, al norte; y quedarse él en el oeste, en lugar de Abel. El segundo grupo de israelitas, elegido para combatir a los egipcios, marchaba iluminado por la columna de fuego, que se apagó en cuanto cruzó todo el ejército de Israel; representa a los espíritus mayores elegidos por el Creador para guiarnos y defendernos en nuestro enfrentamiento espiritual contra Sus enemigos; estos elegidos son la sombra y el instrumento de los espíritus mayores que protegen Israel por orden del Creador. Observad atentamente la elección realizada por el Creador entre vosotros y seguid fielmente sus recomendaciones para evitar Su reprobación.

La tercera virtud se anunció en los diferentes caminos que os he hecho seguir por los desiertos de Egipto y por las diferentes operaciones espirituales divinas que he realizado en las cuatro partes de esta tierra; así, según las órdenes que me fueron dictadas, quedará dividida su vida por toda la eternidad y será contraria a las leyes generales del cuerpo general terrestre. Mediante esta acción contraria a su verdadera naturaleza, esta tierra sólo tendrá una vegetación impura, apenas capaz de alimentar a los animales más repugnantes, que harán de ella su guarida. Este castigo ha sido aplicado en vuestra presencia, para que sepáis que, por tercera vez, Egipto ha presentado un comportamiento criminal ante el Creador; los horrores cometidos han atraído sobre esta tierra y sus habitantes todas las plagas de la justicia divina. Habéis presenciado el último flagelo de la justicia del Creador contra el ejército de Egipto, que fue pronosticado al incautar vosotros sus utensilios de oro y plata para impedirles rendir culto a su falsa divinidad. Estos diabólicos pueblos no entendieron entonces el tipo de esta incautación. Al contrario, se sintieron halagados de que sus utensilios pudieran servir para el culto del Dios de Israel. Pero la justicia divina les despojó de todos esos bienes temporales que no deberán volver a utilizar, pues se repartirán entre las naciones y serán deshonorosamente destruidos por mandato del Padre Eterno. Sí, Israel, en verdad os digo que al dividir así la vida de esta tierra criminal, habéis caído bajo el poder de los demonios, pues en ella sólo hay ahora una multitud de intelectos demoníacos.

Que este ejemplo os enseñe a no abusar de los bienes temporales que el Padre Eterno os permitirá recoger de la tierra prometida a vuestros padres, que pasará ahora a vuestras manos. En particular, no abuséis del poder espiritual que os ha entregado el Creador, reflexionad sobre el espantoso castigo de Adán y sus descendientes por profanar ese mismo poder del que estaba revestida su alma. No olvidéis jamás que todo lo que acabáis de presenciar en tierras de Egipto es una repetición exacta de la justicia del Creador sobre la tierra para expiar el crimen del primer hombre y sus descendientes.

El castigo a la tierra por el delito de Adán no fue el mismo aplicado a sus descendientes en tiempos de Noé, pues el crimen de Adán fue diferente al de sus descendientes. A Adán su orgullo le llevó a querer ser creador. Él mismo unió su poder divino con el del príncipe de los demonios y llevo a cabo una creación de perdición. Tras este crimen, degeneró de su estado de gloria, convirtiéndose en el oprobio de la tierra y viéndose sometido a la justicia divina, a la inestabilidad de los acontecimientos temporales y de los cuerpos planetarios, antes inferiores a él. Así, él y toda su descendencia permanecen en privación divina en un círculo material: ese es el castigo de Adán. Sus descendientes delinquieron y prostituyeron su poder, uniéndose con los demonios para vivir en el libertinaje de sus pasiones materiales. Rechazaron todas las leyes divinas que habían recibido para ser merecedores de la reconciliación de sus padres; ultrajaron a la Divinidad con los más horribles comportamientos. Por eso fueron castigados con las condenas más crueles y deshonorosas; fueron engullidos por las aguas, confundidos con las bestias, la tierra fue la atroz sepultura de los cadáveres de todos esos menores inicuos y prevaricadores. Todas las instrucciones que os relataron vuestros padres, y que ellos recibieron del Creador, reafirman estos hechos. Pero volvamos al crimen y castigo de los egipcios.

El Faraón, tipo del primer príncipe de los demonios, endureció el corazón de su pueblo contra Israel. Se opuso a todo lo que el enviado de Dios quería realizar en favor de sus elegidos; pero armarse así contra Israel era armarse contra Dios mismo, era reafirmar las blasfemias, la terrible irreverencia y los vicios materiales que los egipcios tenían desde mucho atrás, era abjurar del poder divino y atacar directamente al espíritu de Dios vivo. Por eso, este pueblo criminal fue engullido por las aguas del mar Rojo tras flotar largamente en ellas, para servir de ejemplo inmemorial a los cielos, la tierra e Israel. Así fueron castigados por su crimen contra el espíritu del Creador. Hijos de Israel, que lo que acabo de relataros sobre los tres tipos de pecados de los hombres terrenales contra el Creador y sobre las diferentes condenas del Dios de Israel a todos los culpables, permanezca siempre en vuestra memoria y en la de vuestros descendientes, de generación en generación. Temblad ante todos estos ejemplos y ante la posibilidad de ser el cuarto ejemplo de la dolorosa manifestación de la justicia divina, pues vuestro castigo sería infinito: seriais irremediabilmente despojados de la ley divina que el Creador os ha confiado, al igual que los egipcios lo han sido de sus bienes temporales.

Esta ley que el Creador os ha entregado, prefiriéndoos a otras naciones, es una prueba evidente de Su confianza en Israel; pero si este pueblo olvida al Creador, la ley le será retirada igual que le fue entregada, sin que se dé cuenta, sin ruido, sin estrépito, sin necesidad de las guerras temporales de las que se sirven los hombres. Ya no se tratará del enfrentamiento de distintos poderes, sino simplemente de la acción de la justicia contra la injusticia; entonces Israel se sumirá en la confusión, su memoria se oscurecerá de tal modo que no recordará nada referente al culto divino. Le será arrebatado el nombre del Señor, pasando una eternidad en manos extranjeras. El pueblo de Israel se dispersará entre naciones extranjeras, viviendo en servidumbre y privación divina hasta el final de los siglos. Entonces, Israel será el oprobio de los

hombres y de todo el universo. Esto os digo, hijos de Israel, en nombre del Padre Eterno”

Tales son los hechos que realizaron *Moisés, Aarón, Ur y Josué* para la manifestación de la gloria y la justicia del Creador en el universo. Así actuará eternamente a favor o en contra de Su criatura espiritual superior, mayor, inferior y menor. No me detendré en los hechos particulares acaecidos a los israelitas desde que salieron de Egipto, las Escrituras hablan suficientemente de sus diferentes expediciones y campamentos. Hablaré directamente de lo ocurrido en el Monte *Sinaí*, nombre que significa “altura y prominencia de la gloria divina”. Antes de partir, Moisés dio órdenes temporales y espirituales a su hermano Aarón para que se encargase de los hijos de Israel durante su ausencia. Éstos prometieron cumplir ciegamente todo lo que Aarón les ordenara. Moisés, tras dejar todo así dispuesto en el campamento, se puso en camino hacia la montaña acompañado de Josué. Cuando estaban a mitad de camino, ambos fueron testigos de la gloria de Dios ante ellos. Enseguida Moisés dijo a Josué: “Quédate aquí, el Creador reclama mi presencia”. La nube que habían divisado descendió hasta mitad de la montaña, separando a Moisés y Josué. No volvieron a verse hasta pasados cuarenta días, cuando Moisés descendió llevando bajo el brazo derecho las dos tablas que el Creador había grabado en su santo espíritu. Moisés se reunió con Josué y juntos emprendieron camino hacia el campamento, Josué a la derecha de Moisés, en el lado en que llevaba las tablas de la ley. Cuando estaban a un tercio del camino desde donde Josué había permanecido solo, oyeron una gran algarabía en el campamento. Entonces se oyó una voz que interpeló a Moisés: “Acércate y mira cómo me ultraja tu pueblo; ese es tu pueblo, no el mío”. Moisés y Josué aceleraron el paso y al llegar a la entrada del campamento, que estaba en la base de la montaña, vieron a los hijos de Israel bailando con Aarón alrededor de un becerro de oro.

La conmoción de Moisés fue tal que rompió las tablas de la ley que había bajado de la montaña y, dirigiéndose a Aarón, dijo: “¿Por qué este pueblo está bailando ante un falso dios?. ¿Por qué no han respetado los límites espirituales que les prescribí al confiarlos a tu cuidado?. ¡Es más!, Tú mismo has puesto en el crisol la materia de la que está formada este falso dios, arrojando así a este pueblo al mismo horror por el que los egipcios han sido exterminados”. Aarón contestó: “He tenido miedo, Señor, ante el furor y la rabia de los hijos de Israel. Me han amenazado con piedras en tu ausencia, me he visto obligado a aceptar sus deseos para protegerlos de un mal mayor”. Moisés, cuya indignación había aumentado por la respuesta de Aarón, le dijo: “Baja ahora mismo al campamento oeste de Israel y verás el justo castigo que el Creador ha reservado al crimen de los israelitas”. Luego, Moisés invocó al Creador para que designase espiritualmente a los elegidos para vengar los ultrajes cometidos contra el Padre Eterno. Tuvo que elegir a quince hombres de la tribu de Leví, los organizó en tres cuadrillas de cinco hombres y les dijo: “Quienes amen al Creador, que cojan el cuchillo de su pierna izquierda”. Los quince elegidos asieron inmediatamente su cuchillo con la mano derecha. Moisés les bendijo y dijo a sus elegidos: “Que la primera cuadrilla, la de Simeón y Leví, marche de levante a poniente, la segunda de levante al sur, y la tercera de levante a aquilón. Las tres irán y volverán tres veces por el campamento de

Israel, acuchillando a todos los que encuentren en su camino, sin consideración de edad ni de parentesco; luego volverán aquí acompañados de Aarón”. La orden de Moisés fue ejecutada, y ese día pereció una multitud de Israelitas y nuevos conversos a la ley de Moisés. De este modo fue purificado el campamento de Israel y el derramamiento de la sangre de los culpables logró la gracia de los israelitas ante el Padre Eterno.

Les resultará fácil ver la relación de estos últimos acontecimientos con lo sucedido desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abraham, desde Abraham hasta la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, desde esa salida hasta la venida de Cristo, y con lo sucedido desde la venida de Cristo que continuará hasta el final de los siglos. Antes de volver a la montaña para buscar las nuevas tablas de la ley, Moisés reunió a los israelitas que habían sido preservados de la justicia divina ejercida por los quince elegidos de la tribu de Leví y les explicó lo que acababa de suceder.

“¡Escucha Israel!. Siempre os he hablado de la misericordia infinita que os guarda el Creador, por Su amor a vuestros padres, que fueron justos ante Él; el Señor ha otorgado esa misma gracia a su servidor Moisés, permitiéndole pertenecer a la categoría de los padres de Israel. Sí, soy el padre temporal de los hijos espirituales de Israel, no de sus hijos carnales y materiales. Habéis sido testigos de la manifestación de la gloria y la justicia divina en vuestro favor, por la fuerza de mis actuaciones. Habéis visto claramente manifestarse la acción y la voluntad del Creador en todo lo que he hecho por vosotros. Habéis visto en mí el pensamiento del Padre Eterno, pues lo he leído en Su gloria y lo he visto cara a cara. Esta montaña espiritual a la que me habéis visto subir representa la distancia que hay entre el Creador y la criatura general o la tierra. Sobre esta montaña hay cuatro círculos imperceptibles para los mortales ordinarios que separan la corte espiritual divina de la creación universal. Esta montaña es la representación real de todo el universo. Está dividida en siete partes que reciben el nombre de siete cielos celestes universales, mientras que los cuatro círculos de los que acabo de hablar se llaman ultracelestes, pues limitan y dirigen la acción de los siete agentes principales de la creación universal. En los círculos ultracelestes nacen el pensamiento y la voluntad divina, de ahí proceden las órdenes, virtudes y poderes de todos los espíritus que actúan en el universo. Los siete cielos reciben del círculo ultraceleste todas sus virtudes y poderes, comunicándolos después al cuerpo general terrestre. Tal es el orden que reina entre estos tres mundos. En mi subida a la montaña espiritual, dejé a Josué a una distancia considerable, pues aún no puede venir conmigo frente al Creador. La nube que me cubría con su sombra, ocultándome ante Josué y ante vosotros, es la misma que os ocultó de los egipcios en el desierto de Fihahiro. Sabed que esta nube es la sombra del espíritu de Creador, que impedía al demoníaco ejército egipcio y a su Faraón servirse de sus sentidos corporales y espirituales. Así, en sus obras reinaba únicamente la confusión y todas sus actuaciones se perdían entre las espesas tinieblas de las que estaban rodeados. Aunque esta nube os pareciese opaca, no es semejante a las nubes simples y materiales, sometidas a las leyes que dirigen el curso ordinario de la naturaleza. Las nubes materiales están formadas por una mezcla ordinaria y vaporosa procedente del cuerpo general terrestre. Se forman por la acción de diferentes cuerpos planetarios,

especialmente por la de los agentes solares. El poder de atracción de estos agentes hace subir la humedad vaporosa a cierta distancia de los círculos; una vez unida, forma un cuerpo impenetrable para el hombre material, ocultándole lo que ocurre por encima de ella e impidiendo el disfrute de la acción solar.

La misión de estas nubes en el universo es modificar y templar la acción planetaria para que su influjo sobre el cuerpo general terrestre y todos sus habitantes sea más benigno. Debéis saber que todo cuerpo está formado por un número de glóbulos completos y perfectos. Además, cada cuerpo cuenta con un vehículo del fuego central sobre el que los habitantes de ese eje actúan continuamente. En este vehículo del cuerpo nuboso se producen acciones y reacciones de gran importancia, pues es necesario que todos los glóbulos se dividan homogéneamente para que el cuerpo de dicha nube se extienda por todo el círculo que dibuja sobre la tierra. Así se forman las nubes que dejan caer maná y lluvia al cuerpo general terrestre; sin embargo, la nube que os protegió de vuestros enemigos tenía otra naturaleza. Esta gloriosa nube, que os defendió como una muralla en el desierto de Egipto, era un cuerpo aparente formado por la acción de una multitud infinita de espíritus puros y simples representados por el Espíritu Divino Creador, que el Padre Eterno hizo salir del círculo denario. Este Espíritu Divino guiaba a Israel bajo forma de columna de fuego; la nube seguía, precisa y exactamente, sus huellas, según las leyes de mandato, acción y reacción, creación y atracción del Espíritu Divino sobre todos esos espíritus y, de acuerdo con la voluntad del Creador, en beneficio de Israel y perjuicio de los demonios. Esta nube era, en verdad, un cuerpo glorioso, pues estaba formada por el poder de los espíritus, sin intervención de la materia. Los agentes del eje central no podían actuar sobre ella como lo hacían sobre las nubes comunes y materiales; aunque los cuerpos gloriosos son impenetrables a los ojos corporales de los hombres ordinarios, esta nube espiritual no privó a Israel de la luz solar. Durante todo el tiempo que el Creador manifestó Su justicia contra Egipto, Israel no se vio nunca privado de la luz temporal. Los egipcios, por el contrario, se vieron sumidos en espesas tinieblas que les dirigieron hacia los abismos del mar Rojo, haciéndoles caer en él por tiempo inmemorial.

Esta misma nube gloriosa es la que me separó de Josué y del pueblo de Israel cuando subí a la cima de la montaña espiritual de Sinaí. En el centro de esta montaña me prosterné y salió mi alma de mi cuerpo, convirtiéndose en ser pensante. En ese estado, mi ser espiritual recibió órdenes directas del Creador. Sabed, pueblo de Israel, que al hablar de la cima de la montaña me refiero al círculo racional superior de todos los círculos terrestres. Este círculo racional se denomina círculo de Saturno o Saturnino 1. Separa los demás círculos planetarios celestes de los cuatro círculos ultracelestes. La distancia entre la cima de la montaña y el sitio donde permaneció Josué representa el círculo planetario solar denominado círculo visual 2; los demás círculos planetarios inferiores se incluyen en la inmensidad del círculo sensible 3. Estos círculos inferiores son Mercurio, Marte, Júpiter, Venus y la Luna, y su orden es el siguiente: 1º Saturno, 2º el Sol, 3º Mercurio, 4º Marte, 5º Júpiter, 6º Venus y 7º la Luna. Esta gloriosa montaña espiritual indica la distancia entre la corte espiritual divina y la región celeste, y entre la región celeste y la terrestre. Observad que esta montaña puede dividirse de dos maneras, por un lado en

tres partes y por otro en siete partes. La primera división consiste en los tres círculos donde los menores realizan sus operaciones espirituales puras y simples, según las órdenes inmutables recibidas del Creador para alcanzar su reconciliación y reintegración al círculo ultraceleste. ¿Habéis observado que he marcado vuestra ubicación y he limitado el campamento?. Este círculo material terrestre que habitáis es el tipo real del círculo sensible en el que todo menor rinde tributo a la justicia del Padre Eterno; los diferentes emplazamientos que Josué y yo ocupamos en la montaña explican claramente las diferentes operaciones a las que están sometidas los menores en su recorrido temporal por los tres círculos, el *sensible*, el *visual* y el *racional*.

Ya os he dicho que el cuerpo que habitáis es el tipo del círculo sensible, pues en verdad están estrechamente relacionados. El círculo sensible está vinculado con el círculo visual, éste con el círculo racional y el racional con el ultraceleste. Esto puede proporcionaros una idea de la universalidad del glorioso número cuaternario, que domina, rige y dirige todas las cosas. La segunda división de la montaña, en siete partes, consiste en los siete círculos planetarios donde se encuentran los siete agentes principales de la naturaleza universal. Observad, además, que al unir la división ternaria a la septenaria, obtenemos el número denario del Creador, del que todo procede y por el que todo ha sido creado; debéis saber que esta montaña espiritual, que lleva el número denario ó ①, está situada en el centro de la tierra; al tener la tierra forma triangular, esta montaña representa el centro del triángulo. Ya sabéis que esta montaña se apoya en el cuerpo general terrestre, ¿no os lleva eso a pensar que en la tierra habita un ser vivo emanado del Creador, semejante al que habita la forma aparente de todos los menores?. La confirmación la tenéis en la regularidad y el orden infinito de todo lo realizado en este cuerpo general terrestre.

Las virtudes y poderes del Padre Eterno se manifiestan y manifestarán hasta el final de los siglos en esta montaña espiritual; desde allí se extienden al cuerpo general terrestre para que su efecto se sienta en las tres partes de la tierra y en las formas de todos sus habitantes, tanto en el general, como en el particular. La palabra general aquí hace referencia a los animales irracionales y la palabra particular a los que están animados por un ser espiritual divino, celeste o ultraceleste.

Todo ser espiritual menor debería entender las sublimes cosas que os acabo de contar. Ahora os hablaré de las leyes inmutables que dirigen este universo. No existe un solo ser, haya sido creado o emanado, cuya vida o actuación en el círculo universal no esté sometida a estas leyes.

Para que me entendáis mejor, fijáos en vosotros mismos; preguntáos si en Egipto estabais dirigidos por ley alguna y, en caso positivo, si era una ley espiritual o simplemente animal. Sé que no podéis contestar claramente a mi pregunta, pues ignoráis en qué estado estabais en aquel país de abominación. Sabed, por tanto, que os encontrabais inmersos en el círculo demoníaco con el príncipe de los demonios y sus seguidores. No existíais por vuestra propia voluntad. No teníais vida y acción propia. No podíais ser guiados por las leyes divinas, pues habíais caído en los infiernos de Egipto precisamente por haber

abjurado de ellas. Tampoco os dirigían las leyes puras y simples de las bestias, pues hasta las bestias vivían y actuaban con entera libertad, guiadas por su naturaleza e instinto, al no poder alejarse de sus leyes naturales inmutables. Eráis, por tanto, inferiores a las bestias pero, aun así, teníais leyes. No obstante, esas leyes que os dirigían eran simplemente materiales y totalmente demoníacas. Eran contrarias a las leyes espirituales divinas del ser menor. Es más, eran contrarias a las leyes naturales y humanas. Eran leyes prohibidas que perjudicaban a quienes las seguían. Podéis juzgar el peligro de dichas leyes por la actuación del Creador contra ellas, sus maestros y sus seguidores. Todo lo que podría decir lo habéis visto con vuestros propios ojos; sabed, por tanto, que aunque los príncipes de los demonios controlan sus propias leyes detestables, también están sometidos a la ley inmutable del Creador, pues todo ha emanado de Él.

Sin esta ley divina, no tendrían existencia; sin este principio espiritual, no tendrían pensamiento, voluntad o acción; puesto que no pueden negarse a la ley eterna de su emanación, no pueden evitar la justicia inherente en ella. Durante vuestra esclavitud en Egipto estabais expuestos a esa justicia divina; pero la misericordia del Creador os ha devuelto a vuestro principio original, a vuestro primer estado de gloria y os restituye la sublime ley divina que habíais rechazado y os había sido retirada. Sois testigos de mis obras para lograr que el Creador os devuelva vuestros derechos. Sabéis, pueblo de Israel, que he sido enviado por el Padre Eterno para manifestar Su gloria y Su justicia. Por tanto, podéis considerarme el tipo de la voluntad del Creador. Cuando hice que Josué, quien será mi sucesor pues así se lo ha ordenado el Padre Eterno, me acompañara a la montaña, os representé el tipo del espíritu mayor divino; de ahí entenderéis que todo ser menor será conducido ante el Creador por su espíritu particular. Representé, además, al espíritu mayor que el Creador libera del círculo espiritual divino para que sea el guía, el sostén, el orientador, el consejero y el compañero del menor emanado, que desciende de la inmensidad para incorporarse al círculo de materia elemental; y Josué, al descender conmigo de esta montaña, representó fielmente el tipo del menor espiritual emancipado por el Padre Eterno de Su inmensidad para que actúe, según su libre albedrío, en el círculo terrestre.

Sin embargo, debéis saber que la acción más maravillosa de la misericordia divina en vuestro favor fue enviaros las dos tablas de la ley que bajé de la montaña espiritual. Estas tablas sobre las que estaba escrita la ley representaban el cuerpo del hombre, en el que está grabada la ley del Creador. El mismo espíritu del Padre Eterno grabó esta ley sobre las tablas que bajé; de igual manera, el menor espiritual graba en el corazón de su forma corporal la poderosa ley recibida del Creador en su emanación divina. Sin embargo, pese a todos los beneficios que obtendríais de las leyes que aparecen en esas tablas sagradas, vuestro delito me obligó a romperlas en vuestra presencia; no queda más rastro de ellas que lo que quedará de la creación universal cuando se reintegre a su principio de emanación.

¡Oh, hijos de Israel!. ¿Será vuestra alma siempre tan terca ante el Creador?. ¿Seguirá endureciéndose a pesar de los bienes con los que os ha colmado?. Acabáis de ser liberados de la esclavitud y servidumbre de los

demonios y buscáis porfiadamente volver a vivir bajo sus leyes; intentáis crear un Dios que os conduzca y os gobierne siguiendo vuestra propia voluntad y vuestro capricho ¡utilizando una materia impura y prohibida por el Creador!; habéis pedido al Creador que honre vuestro crimen inicuo; habéis tentado a Aarón, a quien se había encomendado vuestra conducta espiritual; todos los hijos de Israel le han amenazado de muerte si no introducía él mismo en el crisol los metales que habíais elegido para vuestra perversa operación. ¿Qué esperabais conseguir y qué habéis conseguido?. Esperabais crear una figura semejante a la del hombre, ¡para luego elevarla a la categoría de Dios!. ¿No sabéis que no puede existir forma alguna que no proceda de las leyes de reproducción dictadas a la naturaleza por el Padre Eterno?. Aprended la lección del inesperado fruto de vuestra falta. Esperabais ver nacer una forma a imagen y semejanza del Creador, haciéndola a vuestra semejanza. Vuestro orgullo ha sido humillado, pues habéis obtenido una forma inanimada de bestia sin facultad alguna de acción.

Eso os demuestra, israelitas, lo que nunca podréis esperar del intelecto demoníaco y del príncipe de los demonios; sin embargo, seguís intentando uniros a ellos para vivir eternamente bajo leyes abominables y contrarias a las del Creador y a las de la humanidad espiritual divina. La forma de becerro que ha resultado de vuestra operación os indica cuál es el animal que tendréis que ofrecer al Padre Eterno en futuros sacrificios para expiar vuestro pecado, de enorme gravedad para el Creador; la sangre del becerro debe bañar a Israel y la tierra, para limpiar vuestra mancha y purificar la tierra de la afrenta cometida sobre ella.

Ahora debo hablaros sobre las facultades y poderes del gran príncipe de los demonios, bajo cuya esclavitud habéis permanecido en Egipto. El crimen de este adalid demoníaco le hizo caer en una privación tal que no puede, ni podrá, recibir comunicación del intelecto divino, aunque conserva y seguirá conservando su facultad de pensamiento; la voluntad correspondiente a ese pensamiento es la que conforma su intelecto demoníaco general. Mediante el poder de su palabra, que se considera su acción, este espíritu maligno se infiltra en el espíritu de sus seguidores, quienes lo comunican a los menores, pues la intención del príncipe de los demonios es tentarles y someterlos a sus leyes.

Estos espíritus malignos son inferiores al príncipe de los demonios pero tienen la misma facultad que él, es decir son seres pensantes y libres de toda forma material; por consiguiente, tienen un intelecto particular que emana directamente de ellos, al igual que el intelecto general maligno emana del gran príncipe de los demonios. Es decir, que el príncipe de los demonios sólo cuenta con dos poderes: el suyo propio y el de los espíritus inferiores que le siguen. El príncipe demoníaco dirige el intelecto espiritual general maligno; los espíritus que le siguen dirigen su propio intelecto maligno. Sabed, pues, pueblo de Israel, en qué consiste ese instinto particular que rodea a todo ser corporal y a todo menor en cuanto es emancipado del círculo de la Divinidad: se trata del maligno, que tienta, ataca y combate a los menores espirituales, logrando, la mayoría de las veces, que sucumban a sus perversos deseos, como podéis juzgar por vuestra última actuación. Sabed que los menores están expuestos a

las trampas que les tienden los espíritus inferiores perversos y, además, a las del soberano de la corte demoníaca; no bajéis nunca la guardia, pues los peligros que os rodean son infinitos.

Los espíritus mayores espirituales buenos también tienen la facultad de pensamiento y voluntad, lo que conforma el intelecto espiritual bueno. De igual manera, pueden transmitir ese intelecto a agentes espirituales buenos que los transmiten a los menores. Sin embargo, los espíritus mayores divinos están en relación directa con los espíritus superiores y éstos, a su vez, con la Divinidad; por tanto, no hay comparación posible entre las facultades de los mayores buenos y los poderes limitados del príncipe de los demonios. Para que entendáis la relación que reina entre todos los seres espirituales buenos, retomaré los cuatro círculos ultracelestes de los que ya he hablado. Estos cuatro círculos también se denominan círculos espirituales divinos, pues tienen relación con el círculo de la Divinidad y en ellos sólo habitan seres espirituales sin cuerpo material. No todos estos espíritus son denarios, aunque en el momento de su emanación recibieron leyes divinas particulares para aplicar su poder. Así, los seres que habitan en cada uno de los círculos no realizan las mismas acciones ni tienen los mismos poderes que los de los otros círculos. Reflexionad sobre esto, reconoceréis la composición de la corte de la Divinidad, veréis claramente la acción de la cuádruple esencia del Creador, no sólo en todos los seres espirituales emanados de Él, sino en toda su creación universal; entenderéis que el Padre Eterno ha creado y emanado todo, y que todo ha sido creado y emanado siguiendo reglas fijas e inmutables, es decir, por pesos, números y medidas. Esto representa la ley, el precepto y el mandato entregados a los seres espirituales divinos; también la virtud, la facultad y el poder que el Creador entrega al menor en su emancipación, para que actúe conforme a su pensamiento, intelecto y palabra en las cuatro regiones celestes y las tres terrestres. Todo queda representado por el mismo número. Percibiréis claramente que, hasta el momento, sólo habéis sido seres de tinieblas, pero el Creador ha querido devolveros la luz espiritual que habíais perdido; entenderéis que vuestra emanación espiritual y vuestro poder son infinitamente mayores que los de todos los seres emanados antes que vosotros. Prestad atención, hijos de Israel, a la demostración y la explicación de los diferentes círculos y regiones del cuadro universal que voy a relataros.

Hablaré poco de la inmunidad divina; sólo la propia Divinidad la habita, pues ni siquiera los seres espirituales más perfectos logran entrar en ella. La primera parte de este esquema está formada por cuatro círculos. El primero, que lleva el número denario 10, es el círculo espiritual divino; su centro es el tipo o representación de la Divinidad, de donde procede toda emanación y creación. De su parte central sale una forma triangular, con dos círculos en los ángulos inferiores. Frente a esta circunferencia denaria hay un cuarto círculo, de cuyo centro también sale una forma triangular. Estos cuatro círculos son el tipo de la cuádruple esencia divina. El primero, por su número denario 10, representa la unidad absoluta de la Divinidad; de ahí surge todo pensamiento de emanación espiritual y de creación de poder espiritual temporal, así como el principio de acción de las formas corporales de materia aparente. El segundo círculo, que lleva el número 7, es el de los espíritus mayores; se trata de la primera emanación espiritual emancipada por el Creador del círculo de la

Divinidad. **El cuarto y último círculo, que lleva el número 4, se encuentra frente al número denario y corresponde a los espíritus menores. Se trata de la tercera emancipación del círculo de la Divinidad y sus espíritus son depositarios del mandato espiritual divino. Tienen poder absoluto sobre todo ser espiritual emancipado por el Creador en su inmensidad celeste. No os resultará difícil entender, pueblo de Israel, que el poder de este espíritu menor sea superior al de todos los espíritus emanados y emancipados antes que él, tanto los que actúan en la inmensidad ultraceleste, como los que lo hacen en la inmensidad de la creación universal. Considerad la posición de los dos ángulos de los que os he hablado; del centro del círculo cuaternario, o círculo menor, sale un triángulo cuyos lados lindan con los extremos de la base del primero, donde hay otros dos círculos, el de los espíritus mayores 7 y el de los espíritus inferiores 3. Esto demuestra claramente el poder de mandato del menor sobre los habitantes de estos dos círculos. La sumisión de estos dos círculos al ser espiritual menor también queda indicada por la íntima unión de la base del triángulo superior con la del inferior; unión que muestra, además, la perfecta correspondencia de todos los seres espirituales con su Creador.

Por otro lado, esa superioridad del poder del menor no debe sorprenderos, considerando a qué espíritu fue entregada por el Creador; los dos círculos sometidos al menor habían sido mancillados por la prevaricación de los espíritus mayores, que fueron expulsados llevándose con ellos una multitud de espíritus de los dos círculos mayor 7 e inferior 3. Fueron desalojados de su morada espiritual por la horrible disensión que provocaron con el crimen que intentaron cometer y por seducir con su intención criminal a la mayoría de los habitantes de estos dos círculos, que cedieron a su voluntad. Pero esa corrupción no había pasado al círculo cuaternario del menor, por lo que el Creador le entregó un poder absoluto sobre los dos otros círculos, para que manifestase la gloria y la justicia divina contra los espíritus prevaricadores. Sin embargo, el Creador no obtendría más satisfacción por el privilegio entregado al menor que por el poder entregado a los primeros espíritus perversos. Más bien al contrario, la culpabilidad del primer menor fue infinitamente mayor que la de los demonios. El Creador detuvo la acción y la realización del pensamiento de los demonios, pero no interrumpió la acción ni la actuación inicua del primer menor. El menor actuó según su pensamiento maligno, realizando todo lo que había concebido, de ahí su enorme delito ante el Creador. Por ese motivo, los menores están subyugados a aquellos que estuvieron sometidos a su poder y mandato de seres espirituales; esto no habría sucedido si el primer menor no hubiese llevado a la práctica su pensamiento inicuo y contrario a la voluntad del Creador. ¡Sí, Israel! Tal era la voluntad pura; el poder que teníais en vuestro origen espiritual alcanzaba la región más alta de la gloria del Creador, para favorecer o perjudicar a todo ser espiritual del ultraceleste y del universo; os correspondía un lugar frente a la Divinidad, tal como indica el círculo menor frente al círculo denario o círculo divino. No debe extrañaros que el círculo menor tuviese tanto poder, pues no había sido mancillado ni lo sería hasta la prevaricación del primer hombre. En verdad os digo que este lugar existe y existirá eternamente; fue mancillado por el pecado de Adán, pero ha sido purificado por el Creador, como demuestra la redención del primer hombre.

Sí, la descendencia espiritual de Adán debe reintegrarse a esta santa esfera, pues es el primer lugar elemental que el menor habitó tras su emancipación divina y fue expulsado de él, por toda la eternidad, debido al pecado original del primer hombre. Observad, además, que la emancipación de este círculo menor colma y completa la cuádruple esencia divina, sin la que el menor no tendría un conocimiento perfecto de la Divinidad. Esta emanación no habría sucedido de no haber ocurrido la prevaricación de los demonios; sin dicho pecado no habría existido la creación material temporal terrestre o celeste; sin una y otra, no habría existido la ultraceleste; toda acción de emanación espiritual se realizaría en la inmensidad divina, al igual que todo poder de los espíritus emanados en esa inmensidad.

Considerad qué provocó la prevaricación de los espíritus malignos; reflexionad sobre esa creación, sobre vuestra emanación; entenderéis el sentido de toda cosa creada y de todo ser emanado y emancipado; veréis que todo ha sido dispuesto por el Creador para existir y actuar en íntima relación, como indica la línea recta del centro del círculo denario, que conecta estrechamente el ultraceleste y el celeste con el cuerpo general terrestre y con el centro del eje, fuego central y principio de vida de todo ser corporal creado. En este fuego existen todas las formas, tanto generales como particulares, en un estado de equilibrio; sin él ningún ser podría tener vida y movimiento, pues limita la inmensidad del universo, la trayectoria y la acción de todos los seres de la creación universal.

Pero ahora debo explicaros que todo lo que existe en este bajo mundo procede de la cuádruple potencia divina. Observad la correspondencia e íntima relación del círculo *Saturnino* con el del *Sol*, el de *Mercurio* y el de *Marte*; todos juntos repiten la figura del círculo ultraceleste. Estos cuatro círculos se denominan *círculos mayores celestes*, pues su acción e influencia son mayores que las de los tres círculos planetarios que les siguen. Esto se debe a la proximidad de los cuatro planetas superiores con el ultraceleste. No debe extrañarnos, por tanto, que su influjo y su poder se dejen sentir en los tres planetas inferiores que conforman los ángulos del segundo triángulo celeste. La influencia de estos tres planetas, *Júpiter*, *Venus* y *Luna*, posibilita que el cuerpo general terrestre actúe según su naturaleza, con movimientos y acciones propias y adecuadas a la simiente innata en él. Júpiter, que rige sobre los otros dos planetas, facilita la putrefacción, pues no podría haber producción sin putrefacción. Venus favorece la concepción, sin la que la simiente reproductora de cada ser no se desarrollaría. Y los fluidos de la Luna, llamada círculo sensible o capa húmeda, transforman y mitigan la acción y el influjo de los dos principales impulsores de la vivificación corporal temporal, que son el eje central y el cuerpo solar. Su unión e íntima correspondencia influyen en la acción de todos los cuerpos que decoran este universo.

Entre ellos, el que tiene mayor importancia es el eje, o fuego increado, que da vida y movimiento a toda especie corporal; el influjo del Sol, en segundo lugar, activa y vivifica la vegetación, todos los cuerpos particulares y el cuerpo general terrestre. Puede decirse que el astro superior de nuestro universo es el Sol, por su relación con el fuego, eje increado. Podemos decir que el Creador erigió Su tabernáculo en el Sol, lo que no debe sorprender a nadie, pues está a

media distancia entre el círculo divino o denario y el planeta inferior, que es la Luna. Considerad, si no, ¿no está por debajo de todos los círculos espirituales ultracelestes?, ¿no está, además, bajo el círculo saturnino?, ¿no ocupa el lugar número seis empezando desde el ultraceleste?, ¿no sigue ocupando el lugar número seis empezando desde el círculo lunar?. Gracias a su ubicación y a ese orden senario el Sol completa los seis pensamientos del Padre Eterno en Su creación universal. Ya sabéis que el Creador terminó todas sus obras en seis días y que el séptimo día la creación alcanzó la perfección; de manera similar, el Sol perfecciona la simiente presente en el círculo terrestre pues, al unirse a los otros seis círculos planetarios, su acción pasa a ser septenaria; esta acción es el tipo y representación del número septenario utilizado por el Creador en todas las cosas temporales.

La denominación de *días* a los seis actos de la creación no corresponde al Padre Eterno, que es un ser infinito, sin tiempo, límites ni duración. Esos seis días anuncian la duración y los límites de la materia; es decir, que conservará toda su perfección durante seis mil años y luego caerá en una terrible decadencia, en la que permanecerá hasta su completa disolución. Por lo que os acabo de decir, debéis entender que el número septenario, que ha dado la perfección a todo ser creado, es el mismo que destruirá y hará desaparecer todas las cosas. Al igual que en un principio actuó para posibilitar la pervivencia de todo lo que existe en este universo material, a la hora final actuará para demoler su obra. Recordad que esos seis mil años de duración de la creación universal es un plazo muy breve para vosotros y más aún para el Creador, pues para Él mil años son como un día. Pero, os repito, no consideréis ese día un periodo de tiempo, ni uno de nuestros días temporales, pues el Creador no puede estar sujeto a ellos. Debéis considerar cada uno de dichos días o miles de años únicamente como la duración de los seis pensamientos divinos. Cuando se cumpla el efecto o la actuación de cada uno de esos pensamientos, el Creador lo retirará con la misma prontitud y facilidad con que lo concibió para crear Su obra. Así, al igual que todo se prolonga sucesiva y gradualmente siguiendo el orden divino, todo se irá degradando al aproximarse a su fin, cuando volverá a su origen.

Ya os he revelado que al Sol le corresponde el número senario por la posición que ocupa desde el círculo divino; contad, ahora, desde el círculo terrestre hasta Mercurio y volveréis a encontrar el número seis; sumad estos dos números y obtendréis el doce. Ese número indica el intervalo de nuestros días, semanas, meses, estaciones y años, que siempre han tenido la misma naturaleza que ahora, como explicaré a continuación. Basándose en él Adán y sus descendientes determinaron el tiempo y las estaciones para el culto divino; la suma de las dos cifras de 12 da 3, que es el principio de toda vida corporal, como indica el segundo triángulo de la figura, que se apoya en el *eje central*.

Comprensiblemente, el Sol es considerado el elemento principal en la perfección de toda simiente, pues gracias a él recogemos los frutos de la tierra, y en él disfrutamos de la imagen del *eje del fuego central*; por otro lado, posibilita el principio de vida pasiva de todos los cuerpos esféricos particulares inferiores a él; y gracias a su poderosa acción podemos distinguir los cuerpos más altos del firmamento, pues sin él careceríamos de luz elemental. Para que

no dudéis que es el principal agente de este universo, tras el *eje del fuego central*, sabed que dirige y rige el curso de todos los astros, junto con *Saturno* y con el eje del fuego central; estos tres elementos posibilitan la aplicación de todas las leyes del Creador respecto a la duración de la creación universal. Reconoced la relación entre esta armonía y la nuestra pues, si estos seres están en contacto con la Divinidad, ¿por qué no habría de relacionarse nuestra alma con el Creador?. Es cierto que todos los seres tienen distintas facultades y propiedades, y que han recibido diferentes leyes de actuación, según el empleo para el que les destine el Creador. Pero todo principio de vida, sea corporal o espiritual, todo lo que puede existir, procede del mismo Creador. Esto queda especialmente demostrado en el eje del fuego central, agente general particular y universal, vinculado a los círculos ultracelestes y órgano de los espíritus inferiores que lo habitan y que actúan sobre la materia corporal aparente. ¿No contiene este cuerpo un vehículo del fuego increado, principio de la vida material?. En ese caso, debe tener la misma facultad orgánica que el eje central del que procede dicha vida pasiva. Así, vuestro cuerpo se convierte en un órgano necesario para vuestra alma espiritual, como el eje central lo es para los espíritus inferiores que lo habitan. Por otro lado, vuestra alma es el órgano del espíritu mayor, tal como el espíritu mayor es el órgano de la Divinidad. En vosotros se encuentra la repetición del número cuaternario por el que os relacionáis con el Creador; tenéis las mismas facultades y propiedades que el eje central universal, pues ambos lleváis el número cuaternario: 1 el *eje central*, 2 el *órgano de los espíritus inferiores*, 3 el *órgano de los espíritus mayores*, 4 *los espíritus mayores, órganos de la Divinidad*. De igual modo, hijos de Israel, vuestro cuerpo 1, el órgano de vuestra alma 2, vuestra alma es el órgano del espíritu mayor 3 y el espíritu mayor, el órgano de la Divinidad 4. Sumad los números del 1 al 4 y veréis claramente que todo procede y todo existe por el glorioso número divino o número denario.

Hace un momento os dije que si contabais desde el círculo terrestre hasta el círculo divino obtendríais el número 12, origen de la división del tiempo, y el número 3, origen de toda forma corporal. Si multiplicáis el número 3 por el cuaternario, presente en los mundos terrestre, celeste y ultraceleste, volveréis a obtener 12 ó lo que es lo mismo 3; esto confirma que la forma corporal de los seres de todos los mundos procede de los tres principios de los que ya os he hablado: *azufre*, *sal* y *mercurio*. En efecto, ningún ser puede tomar forma aparente sin ellos. Quizás os extrañe que hable de formas corporales en los habitantes del ultraceleste; sin embargo, debéis saber que, para poder obrar temporalmente la voluntad del Creador, todo ser emancipado debe tomar una capa corporal que vele su acción espiritual temporal. A falta de esta capa, no podría actuar sobre los demás seres temporales sin destruirlos, por su facultad espiritual innata de hacer desaparecer todo lo que se le acerque. Esta capa corporal gloriosa que recubre a los habitantes espirituales del ultraceleste y del terrestre es simplemente el producto de su propio fuego. Estos seres espirituales, al igual que los espíritus del eje central, pues pueden hacer emanar de su fuego las tres esencias fundamentales de su cuerpo o forma gloriosa. La actuación de unos y otros es exactamente la misma aunque existe una enorme diferencia entre la acción de cada uno: los espíritus del eje tienen una única acción, por tanto sólo pueden tener una forma, dependiendo de las órdenes y disposiciones de un ser superior, según su voluntad y la del

Creador. Pero los seres espirituales que habitan los tres mundos, al tener que llevar a cabo mayores y más importantes acciones, pueden utilizar a cada momento nuevas formas, variándolas infinitamente según sus necesidades y su objetivo. A diferencia de los espíritus del eje, estos seres espirituales no pueden actuar sin una orden del Creador; sin embargo, una vez que la reciben cuentan con todo lo necesario para ejecutarla, mientras que los espíritus del eje son simples sujetos dirigidos, pues no tienen inteligencia.

Entenderéis, entonces, que las esencias y las formas corporales de los seres espirituales que habitan estos tres mundos sean más puras y sutiles que las de los espíritus del eje. Quizás os preguntéis si esas mismas esencias espirituales no existen en la inmensidad divina, donde reside una infinidad de espíritus. Las cuatro clases de espíritus, superiores, mayores, inferiores y menores terrestres que habitan en la inmensidad divina sólo realizan allí actos y actuaciones espirituales divinos, sin ningún tipo de participación material. Por ese motivo, no pueden ni podrán existir esencias espirituosas en ese lugar divino, residencia de espíritus puros, donde ocurre toda emanación divina y de donde procede toda emanación.

Entre las cuatro clases de espíritus puros, los superiores y mayores no poseen leyes de reproducción de esencias espirituosas; se denominan espíritus superiores y mayores puros y divinos, y su poder es infinitamente mayor que el de las dos otras clases, como indica su nombre. Los espíritus de las dos últimas clases, por el contrario, poseen leyes de reproducción de esencias espirituosas temporales; sin embargo, sólo recibieron autorización para ponerlas en práctica en su emanación, para formar el mundo temporal que serviría de escarmiento a los espíritus prevaricadores, como explicaré tras hablar de las diferentes leyes y poderes que el Creador entregó a los distintos espíritus emancipados de su inmensidad. Ya sabéis que la primera clase es la superior y lleva el número *denario*; la segunda es la mayor y su número es el *septenario*; la tercera es la inferior y lleva el número *ternario*; y la cuarta es la menor, con el número *cuaternario*. Las cuatro juntas demuestran que el número cuaternario pertenece al Creador y que todos los seres emanados y emancipados (junto con sus leyes y poderes) proceden de ese mismo número o de la cuádruple esencia de la Divinidad, que lo incluye todo. Si al cuaternario le sumamos 12, producto del cuaternario de 3, obtendremos el número 16, ó 7, producto espiritual que demuestra que todo existe y existirá por el espíritu, y que vuestra emanación es espiritual.

Habéis visto que los espíritus que residen en la inmensidad divina tienen acciones y poderes meramente espirituales. No podría ser de otro modo, dado que los espíritus que actúan e intervienen ante la Divinidad no pueden estar sometidos al tiempo. Sin embargo, los espíritus que actúan e intervienen en el ultraceleste, el celeste y el terrestre, como están destinados a cumplir la manifestación temporal de la justicia y la gloria del Creador, tienen poderes y operaciones espirituales temporales limitadas por su sumisión al tiempo. El paso del tiempo no afectará a estos espíritus, simplemente a su acción y a su intervención; es decir, se reintegrarán a su principio de operaciones meramente espirituales divinas, como los espíritus que habitan en la inmensidad divina.

El lugar que los espíritus temporales ocupaban en la inmensidad divina antes de que existiera el tiempo no quedó vacío cuando fueron emancipados para su actuación espiritual temporal. Ni en el Creador ni en Su inmensidad puede existir el vacío; esta inmensidad no tiene límites, por tanto todos los espíritus encuentran fácilmente su lugar al emanar del seno del Creador, pues la inmensidad se extiende con su emanación. Por eso sabemos que la inmensidad divina no puede estar vacía o colmada, pues aumenta y aumentará siempre con las emancipaciones infinitas del Creador. No penséis que los espíritus que el Creador emana continuamente de su seno se sitúan en la inmensidad sin orden ni concierto, como haría un grupo de hombres o animales. Estos seres divinos reciben en su emanación leyes y poderes según su intervención divina espiritual; con base a esto, se sitúan en las diferentes clases espirituales de las que os he hablado, donde cada una lleva a cabo su diferente actuación. Así se forma la gloriosa inmensidad divina, inconcebible para los mortales y para todo espíritu emancipado, pues ese conocimiento corresponde únicamente al Creador.

Debo destacar, Israel, que entre estas clases espirituales anteriores al tiempo, la clase menor ternaria no correspondía al menor espiritual divino cuaternario u hombre. En efecto, debéis saber que el menor aún no había sido emanado, pues su emanación comenzó tras la prevaricación y caída de los espíritus perversos. Para que entendáis esta emanación espiritual y el cambio provocado por el crimen de los demonios sobre las acciones e intervención de los habitantes de la inmensidad, os diré, en nombre del Padre Eterno, que apenas los espíritus perversos fueron expulsados de la presencia del Creador, los espíritus inferiores y menores ternarios recibieron poder para poner en práctica su ley innata de producción de esencias espirituosas, confinando así a los prevaricadores en las tinieblas de la privación divina. Además de recibir ese poder, estos espíritus fueron emancipados, su acción, que era exclusivamente espiritual divina, también cambió por aquella falta; pasaron a ser simplemente seres espirituales temporales, destinados a cumplir las diferentes leyes del Creador para satisfacer su voluntad. Entonces fueron emanados del seno de la Divinidad los menores espirituales cuaternarios, ocupando el lugar de la inmensidad divina que habían ocupado los menores ternarios.

Debéis saber que el cambio provocado por el delito de los espíritus perversos fue tan importante que el Creador hizo uso de su ley, no sólo contra los pecadores, sino también contra los diferentes espíritus de la inmensidad divina. Eso explica la vida de confusión que lleváis, la creación del tiempo y las diferentes acciones realizadas en el ultraceleste, el celeste y el terrestre, pues todo señala a ese cambio universal. Sin embargo, como este delito fue anterior a la emanación de los menores, éstos no tuvieron conocimiento de él ni resultaron mancillados; así, no sufrieron cambios de ningún tipo, siendo depositarios del gran poder de la Divinidad. No podía ser de otro modo; se les confió el temible poder cuaternario pues eran espíritus puros y sin mancha, emanados del seno de la justicia y la santidad para manifestar la gloria y la fuerza del Creador. Estos espíritus no tenían conocimiento alguno del mal, ni directa ni indirectamente; el Creador debía colmar con todos sus dones a seres tan justos y entregarles poderes adecuados a la pureza de su naturaleza espiritual y a la misión para la que los emanó. Eso explica el enorme poder y

virtud del menor y que el cambio provocado por la prevaricación de los espíritus perversos no afectara a sus leyes de acción e intervención. El poder de hombre era tal que, pese a su pecado, sigue siendo superior a cualquier otro ser espiritual emanado o emancipado. Ningún otro ser espiritual ha mantenido una relación tan directa e importante con el Creador. Observad la línea perpendicular que va desde el centro del primer círculo ultraceleste hasta el centro del cuerpo general terrestre representado por la figura triangular; esta perpendicularidad indica su superioridad sobre los demás seres. Así, el Creador protegió la autoridad del menor pese a su prevaricación, aplicándole una ley diferente a la de los primeros espíritus pecadores. Éstos fueron condenados por el Padre Eterno a la privación divina durante toda una eternidad temporal, sin comunicación alguna con el Creador o sus intelectos; el menor, por el contrario, no se ha visto privado de esa comunicación, conserva la facultad y el poder que recibió al ser emanado al cuerpo universal. Pero el Creador no podía dejar impune su falta, por lo que cambió las leyes de acción e intervención espiritual de los menores en este universo; en eso se resume la aplicación de la ley del Creador contra su menor.

Quizás os preguntéis en qué consistió el cambio de las leyes de acción e intervención del menor. Tras su crimen, el menor debe actuar como un ser meramente espiritual temporal, estando sometido a la condena del tiempo; sin embargo, en su estado original, al ser hombre Dios de la tierra y de toda su creación no estaba sometido a dicha pena temporal.

Tras la prevaricación del menor, nacieron de él formas corporales materiales, sometidas, como él, a la pena temporal; si hubiese conservado su estado de gloria, de él habrían emanado formas corporales espirituales e impasibles, pues poseía ese Verbo de creación. En eso consiste el cambio de las leyes de acción e intervención del primer menor; en su primer estado de gloria, tenía el poder de utilizar esencias exclusivamente espirituales para la reproducción de su forma gloriosa, mientras que, por su delito, fue condenado a reproducirse materialmente, empleando únicamente esencias espirituosas materiales. Ya os he dicho que Adán tenía innato el poderoso Verbo de creación de su forma espiritual gloriosa; para disipar vuestras dudas analizad lo siguiente: para llevar a cabo la reproducción de vuestra forma material debéis poseer un Verbo que impulse, emane y emancipe las esencias espirituosas, de acuerdo con las leyes de naturaleza espiritual temporal, ya que no contáis con más principios de esencias espirituosas que los innatos en vosotros; si decidieseis emplear principios contrarios a vuestra acción e intervención espiritual divina y temporal no lograríais reproduciros, o lo haríais sin participación de operación divina, como las bestias; vuestra descendencia sería considerada antinatural y repugnaría a todos los habitantes de la naturaleza temporal.

Si vosotros, hijos de Israel, tenéis innato un Verbo de reproducción material, vuestro primer padre debió tener un Verbo de reproducción espiritual y gloriosa. El horrible cambio que hizo sufrir el Creador a Adán era la menor pena que podía infligirle, pues, debido a la violencia e importancia de su actuación inicua, la abominación y el escándalo llegaron hasta la corte divina. Como dije anteriormente, la prevaricación de los primeros espíritus ya había

mancillado la corte divina y, por ello, todos los seres espirituales de las diferentes clases de esta corte vieron modificadas sus leyes de acción e intervención. Al ser el pecado del menor infinitamente mayor que el de los demonios, su influjo sobre todos los espíritus de la inmensidad también lo fue; por ese motivo, la actuación maldita del hombre provocó un nuevo cambio de sus leyes de acción y operación. Al cometer Adán su crimen, el Creador aplicó la ley sobre los seres espirituales de su inmensidad, volviendo a cambiar sus leyes de acción e intervención. Ahí tenéis la consecuencia de tal horrible crimen.

No pretendáis nunca comparar las leyes de los hombres con las del padre Eterno para toda criatura espiritual temporal: las que los hombres han establecido entre ellos son simplemente materiales, se basan en convenios humanos (por eso no pueden instaurarse sin la participación de un número de hombres, proporcional a la intención del dirigente, legislador del pueblo que gobierna); además, la aplicación de las leyes temporales no siempre es completa ni perfecta. Sin embargo, para que se aplique una ley divina sólo es necesaria la voluntad del Creador. Para privar a cualquier ser de Su divinidad, el Creador no precisa la ayuda de su corte divina, ni la de seres espirituales divinos temporales, y mucho menos emplear la materia común que utilizan los hombres; basta con Su pensamiento y Su voluntad para que todo ocurra según Sus deseos. Esa es la infinita diferencia entre la ley divina, eterna e inmutable, y la ley humana, que prescribe y desaparece tan rápidamente como la forma corporal del hombre al separarse el espíritu menor de ella.

Pero sin duda querréis, hijos de Israel, que os cuente en qué consistió el cambio de las leyes de acción e intervención de los habitantes de la inmensidad provocado por la prevaricación de los primeros espíritus y de las leyes de los seres espirituales, tanto divinos como temporales, por la prevaricación del primer hombre. Debéis saber que, al ser dos los delitos cometidos, las leyes de acción e intervención de los habitantes de la inmensidad sufrieron dos cambios; su consecuencia, que estos seres, que previamente sólo tenían funciones espirituales, pasaron a estar sometidos al tiempo en mayor o menor grado, como voy a explicar.

La prevaricación de los primeros espíritus provocó que se creara el tiempo y el universo; al ser así, los habitantes de las diferentes clases de la inmensidad debieron contribuir al mantenimiento y a la duración del universo. Además, debido al delito del hombre, estos espíritus se vieron obligados a contribuir a la reconciliación y purificación de los menores; por ese motivo, los menores actúan sobre el alma espiritual de los hombres y otros seres espirituales de los que os hablaré a continuación. Mediante estas dos clases de acciones los espíritus divinos actúan en favor del temporal, aunque no estén sometidos al tiempo. Sí, os lo repito, si el hombre no hubiese pecado, los espíritus divinos sólo habrían estado sometidos de una manera al temporal; y si los primeros espíritus no lo hubiesen hecho, no lo estarían en absoluto. De no haber ocurrido esta primera prevaricación, no se habría producido cambio alguno en la creación espiritual; los espíritus no habrían sido emancipados fuera de la inmensidad; no se habrían creado los límites divinos (ultraceleste, celeste y terrestre); ni los espíritus habrían sido destinados a actuar en las

diferentes partes de la creación. No pongáis esto en duda, los espíritus menores ternarios nunca habrían abandonado el lugar que ocupaban en la inmensidad divina para formar un universo material. Consecuentemente, los menores hombres nunca habrían ocupado su lugar ni habrían sido emanados; y en todo caso, si el Creador hubiese deseado emanarlos de su seno, no habrían recibido las poderosas acciones y facultades que les hacían superiores a todo ser espiritual divino emanado antes que ellos.

No dudéis que el hombre posea dichas facultades y poderes, recordad que el Padre Eterno nombró al menor hombre Dios y señor de todo ser espiritual y temporal; recordad que le concedió todo Su beneplácito, todo Su afecto, que le dotó con todo el poder espiritual divino, por la cuádruple esencia de la Divinidad. Como veis en la figura, se encuentra frente al círculo superior denario, cuyo centro corresponde a la Divinidad. Esto demuestra que el poder del primer menor era mucho mayor que el de los demás menores de los diferentes cuerpos planetarios y del cuerpo general terrestre. Observad, en efecto, la ubicación de las formas que conforman la figura universal, en la que actúa toda naturaleza espiritual, mayor, menor e inferior. En verdad podéis ver que tanto en el mundo celeste, como en el terrestre, el círculo menor está frente a su superior, pero ninguno de ellos se enfrenta directamente con el círculo denario, el ultraceleste; la Divinidad destinó ese lugar exclusivamente al hombre o menor espiritual divino. Observad que el círculo menor se encuentra en el ángulo agudo del triángulo inferior ultraceleste; además, observad que los otros dos, el de los mayores 2 y el de los inferiores 3, sólo se enfrentan a ellos mismos, para poder comunicarse directamente las órdenes de actuación espiritual temporal que reciben y recibirán del Creador hasta el final de los tiempos. Esto demuestra la superioridad del hombre sobre todos los menores que habitan el cuerpo terrestre y los cuerpos planetarios, y sobre todas las clases de espíritus. La inferioridad de los espíritus mayores e inferiores se deduce de la observación de su poderosa acción.

La misión principal de estas dos clases de espíritus es preservar el tiempo y la materia, por eso sólo pueden obrar en la extensión universal. El menor, por el contrario, al no estar limitado a la conservación y mantenimiento del universo, ordenaba también a estos dos tipos de espíritus y su poder se extendía por toda la inmensidad. Por ese motivo, los dos círculos mayores e inferiores se encuentran fuera de la perpendicular, que pertenece únicamente al círculo menor del hombre Dios. Para convenceros de la inferioridad de estos dos círculos, os bastará con observar sus números septenario y ternario, que no pueden completar el número denario del Creador. Para lograrlo deben unirse: $7+3 = 10$. El número cuaternario del menor, por el contrario, anuncia su poder superior; en efecto, por su emanación, el menor llevaba el número de la cuádruple esencia, que le distinguía de todas las emanaciones espirituales previas a él, haciéndole superior a todo ser espiritual emanado. Era el ser más puro, el más perfecto, si no hablamos de la acción del Padre Eterno, que es CRISTO y su intervención, que es el ESPÍRITU SANTO, que no han sido emanados ni emancipados, sus acciones y operaciones serán siempre meramente espirituales, divinas, y no están sometidos al tiempo ni al temporal.

El primer menor ostentaba, por tanto, el poderoso número de su origen, número eterno en la Divinidad, que representaré aquí con una simple cifra: 4. Esta cifra designa claramente el número cuaternario por sus tres líneas unidas y el punto en su interior. Subdividid el número 4 en los números presentes en él, hallaréis el número denario de la Divinidad y entenderéis de manera práctica que de él procede todo ser espiritual mayor, inferior y menor, así como toda ley de acción, ya sea espiritual o espiritosa. La suma de los cuatro números presentes en el cuaternario da 10: $1+2+3+4=10$; las diferentes combinaciones de estos números explican cómo han sido creadas todas las cosas. La unidad corresponde al Creador; el número 2 indica la *confusión en la que se encuentran los espíritus perversos y los hombres que se unen a su intelecto maligno*; el número 3 indica *las tres esencias espirituosas que componen todas las formas (mercurio, azufre y sal)*; además, el origen de esas mismas esencias indica la acción directa de los espíritus inferiores y ternarios por su emanación para la formación del universo. El número 4 corresponde al *menor*, su origen y su poder. Sumando los números 2 y 3 obtenemos el 5, número del que se sirven los demonios para oponerse a la acción espiritual divina. En su emanación, a los espíritus demoníacos les correspondía un número cuaternario, como el del menor: el Padre Eterno 1, el Hijo 2, el Espíritu Santo 3, y la emanación procedente de estas tres personas divinas 4. Pero los espíritus perversos sumaron, por su propio poder y voluntad, una unidad arbitraria al número cuaternario de su origen, desnaturalizando su poder espiritual y transformándolo en un poder limitado simplemente material, dirigido por un príncipe surgido entre ellos. Por ese motivo, el número cuaternario dejó de pertenecer a los demonios, a quienes les corresponde ahora el número quinario.

Sumando los números 2 y 4 se obtiene el 6, número de pensamientos divinos para la formación de la creación universal temporal. Al sumar los números 3 y 4 obtenemos el 7, que indica el doble poder de actuación del espíritu mayor: gracias al número 3 actúa sobre las formas y gracias al 4, sobre el alma del menor. Si sumamos la unidad, el número ternario y el número cuaternario obtendremos el 8, número del doble poder espiritual divino confiado al primer menor para manifestar la gloria y la justicia del Padre Eterno ante los espíritus prevaricadores. Vuestros padres *Abraham, Isaac y Jacob* conocieron este poder divino. Pero el pecado de Adán le hizo perder ese doble poder, quedando reducido a un simple poder menor, por eso sus descendientes andan entre tinieblas como él; sólo podrán recuperar este poder tras infinitos esfuerzos y sufrimientos de cuerpo, alma y espíritu. Ese es el número con el que el Creador privilegia a los elegidos espirituales a quienes encarga la manifestación de Su gloria.

Sumando el número quinario (imperfecto e impuro) al cuaternario (perfecto e incorruptible) obtenemos el número de la subdivisión de las esencias espirituosas de la materia y de las esencias espirituales divinas. Mediante esta unión, el hombre degrada su poder espiritual divino convirtiéndolo en espiritual demoníaco; así se llevó a cabo el crimen de Adán, que provocó una revolución inconcebible entre todos los seres espirituales. Juzgad, pueblo de Israel, por todo lo que acabáis de presenciar, el enorme poder que ostentaba el menor, pues poseía el número cuaternario, del que

proceden todas las cosas temporales y toda acción espiritual. Ya sabéis que, en su estado glorioso, este primer menor no tenía acción ni intervención espiritosa alguna, y mucho menos material, sólo poseía las acciones y poderes destinados a las formas gloriosas; también sabéis que las formas gloriosas no estaban sometidas al tiempo, como tampoco lo estaba Adán, aunque todas sus actuaciones fuesen en beneficio del temporal. No olvidéis nunca todo lo que os acabo de enseñar sobre el enorme poder del primer hombre y de su número cuaternario. Os detallaré las cifras de todo lo que procede de este glorioso número; así creeréis que ese número en verdad os fue entregado y que por él sois superiores a toda bestia y criatura; recordad que ningún ser menor podrá alcanzar la sabiduría sin un conocimiento exhaustivo del contenido de emancipación y creación del gran número denario del Padre Eterno:

$$1+2 = 3$$

$$1+2+3 = 6$$

$$1+2+3+4 = 10$$

Debéis observar que la unidad se une al ternario para formar junto con el cuaternario el número del doble poder.

$$10+2+3+4+5+6 = 30$$

$$30+7+8+9+1 = 55 = 5+5 = 10$$

La suma de todos estos números procedentes del cuaternario da 55, que anuncia la división del denario en dos números quinaros demoníacos. En efecto, con su prevaricación, los primeros espíritus intentaron dividir y subdividir la cuádruple esencia divina sirviéndose de su propia facultad espiritual. Su voluntad les llevó a concebir una intención y un pensamiento contrario a las leyes de acción e intervención que les había entregado el Creador en su emanación; pero se equivocaron, no lograron lo que pretendían y su sorpresa fue mayúscula al entender la imposibilidad de todo espíritu de arrebatar a la Divinidad la cuádruple esencia y su glorioso número denario. Sólo fueron totalmente conscientes de esa imposibilidad cuando quisieron atribuirse cada uno el producto de la subdivisión de ese glorioso cuaternario, número de emanación y creación espiritual divina y espiritual temporal; pues su intención era obtener de todo ese producto una sola unidad cuaternaria o una sola unidad denaria. Lejos de lograrlo, no hallaron ni la unidad cuaternaria ni la unidad denaria neta y simple, sino dos números quinaros en vez del número denario divino que querían poseer y dominar.

Eso les hizo ver su atroz e insensato orgullo y la imposibilidad de todo ser de dividir la cuádruple esencia divina o unidad denaria, pues ese derecho sólo pertenece al Padre Eterno, que es único e inimitable; por haber osado a esa actuación contraria a las leyes inmutables del Eterno Creador, los demonios vieron limitado su poder al número quinario de confusión y fueron precipitados en los abismos de la privación divina por una eternidad. ¡Tiembla, Israel, ante tan terrible actuación!. Estremecéos ante la posibilidad de sucumbir a semejante orgullo y ambición. Alejáos de todo aquel que pretenda que os apropiéis de los actos divinos por el poder de número quinario. Si sucumbís a sus insinuaciones, la acción espiritual divina innata en vosotros quedará

limitada a simple acción material, vuestro ser menor se convertirá en intelecto del demonio y perderéis todos vuestros poderes, pudiendo disponer únicamente del poder quinario de los espíritus perversos. Sabed, hijos de Israel, que así nació el poder quinario de los demonios; por ese número se distinguirán su intervención y acciones temporales materiales por toda la eternidad; y mediante ese número el ser menor y todos los seres espirituales conocerán la prevaricación de los espíritus perversos.

Ahora os hablaré de la importancia de la inmensidad ultraceleste. El Creador la estableció para fijar el orden y las leyes rituales que deben seguir los espíritus emancipados en los tres mundos temporales, junto con los espíritus emanados en la inmensidad divina. El primer círculo, que corresponde al ángulo agudo del triángulo superior, indica la preponderancia ultraceleste y la inmensidad de los espíritus superiores denarios. No penséis que los espíritus que habitan este círculo son los mismos que fueron emanados tras la Divinidad. No, Israel, los espíritus denarios divinos nunca han dejado su lugar en la inmensidad divina; como ya os he dicho, la única transformación que sufrieron por la prevaricación de los espíritus perversos y del primer menor fue su sometimiento al temporal, aunque no al tiempo.

El Creador, por tanto, sólo ha emancipado en el círculo denario de ese espacio ultraceleste a espíritus mayores revestidos de un poder denario, que distingue su acción e intervención de la intervención y acción de las otras tres clases de espíritus de esa inmensidad ultraceleste. El segundo círculo, en la parte derecha, indica la inmensidad de los espíritus mayores septenarios que, por su intervención y actuación, se sitúan tras los espíritus denarios. El tercer círculo, en la parte izquierda, indica la inmensidad de los espíritus inferiores que, por la importancia de su intervención y acciones, se sitúan tras los espíritus denarios y septenarios, por eso se les denomina inferiores. El círculo situado en el ángulo agudo del triángulo inferior del ultraceleste, que está alineado con el círculo denario, indica la inmensidad de los menores espirituales divinos. Su intervención y acciones son superiores a las de todos los espíritus del ultraceleste, en el que se relacionan el hombre y Dios, estando sometido a ambos. El orden y la disposición espiritual divina de esta inmensidad son los mismos que reinan en la inmensidad ultraceleste. Esa similitud debe haceros entender que el poder y la fuerza de la inmensidad ultraceleste proceden del Creador, no de la voluntad de los espíritus. Esta misma combinación se repite en el celeste, pues los círculos de Saturno, el Sol, Mercurio y Marte diferencian los cuatro horizontes celestes. El Creador estableció el mismo orden en sus diferentes inmensidades, no ya para preservar el tiempo y los diferentes cuerpos del universo, ni para proteger a los agentes espirituales temporales y sus acciones, ni para gloria y honor de todos los seres que acabo de nombrar; todo fue dispuesto así únicamente para el hombre y, como debía servir de limitación a los espíritus perversos, todo está sometido al menor, para que pueda ejercer su poder y mandato, de acuerdo con su voluntad y dentro de las leyes de orden.

Asombráos ante los privilegios que Dios había concedido al hombre. Estos tres mundos, el *divino*, el *ultraceleste* y el *celeste*, nos permiten conocer los tres reinos de la Divinidad. El último de estos mundos habría sido la morada

del primer menor, si no hubiese pecado habría ocupado por siempre el centro de las cuatro regiones celestes, pues era el ser más poderoso; habría actuado e intervenido en el mundo celeste como puro espíritu divino y todos los seres espirituales habrían obedecido su pensamiento y su voluntad. Si este primer menor no hubiese prevaricado, nunca habría habitado el mundo terrestre material, su poder divino cuaternario no habría degenerado en inferior ternario, como demuestra el triángulo donde se unen los tres cuerpos planetarios: la Luna, Venus y Júpiter. Pero su crimen hizo descender al hombre, precipitándole en un mundo totalmente opuesto a aquel para el que había sido emancipado. En efecto, podéis ver que el mundo celeste conserva aún su forma original y su similitud con el ultraceleste y el divino, pero el mundo inferior sólo tiene forma material, diferente a la de los tres mundos superiores. La separación del doble triángulo del mundo sensible indica la privación del primer menor y de quienes residen en ese lugar de tinieblas, por la que los menores espirituales soportan sufrimientos corporales y espirituales. Por culpa de la prevaricación del primer hombre, el círculo sensible es para los menores lo que la inmensidad ultraceleste y el espacio universal son para el demonio. No obstante, ya sabéis que el hombre cuenta con una ventaja sobre los demonios: si lo desea puede anular su limitación y actuar como un espíritu puro, aunque sometido al tiempo.

Eso es lo que debía explicaros sobre el poder actual del hombre. En cuanto a los espíritus del ultraceleste, es preciso que os hable de su emancipación y sus diferentes facultades y poderes, para que entendáis claramente su relación y correspondencia con la inmensidad divina, con el mundo celeste y con los menores que habitan la esfera terrestre.

Sabed, pues, pueblo de Israel, que la emancipación de estos espíritus ocurrió en cuanto los espíritus perversos cometieron su prevaricación. Sólo tardó lo que el pensamiento del Creador, que ordenó a estos espíritus salir de la inmensidad divina y aplicar en la inmensidad ultraceleste las leyes que les había entregado. Por estas leyes, los espíritus se encargaban de la correspondencia del hombre con el Creador y de servir de doble barrera a las criaturas que gobernaban los mundos celestes y materiales, donde fueron confinados los prevaricadores. El espacio entre el extremo del mundo material y el del mundo celeste forma la frontera longitudinal delimitada a estos espíritus pecadores, y es ahí donde actúan según su voluntad. Estos confines abarcan en amplitud toda la superficie horizontal del mundo material, siendo el mundo celeste una capa que recubre el mundo material. Comprenderéis que la distancia entre estos mundos es superior en tamaño e importancia a la superficie horizontal del mundo material, puesto que éste sólo tiene tres horizontes principales (norte, sur y oeste), mientras que el mundo celeste tiene cuatro regiones sin confines. Os digo que el mundo celeste no tiene límites porque las limitaciones sólo pertenecen al mundo material, cuyos habitantes tienen que alimentarse y protegerse con elementos materiales, y están expuestos a los cambios de las estaciones; sin embargo, los habitantes del mundo celeste tienen otra naturaleza y, por tanto, también tienen facultades diferentes a los del mundo material y no están sometidos a esas limitaciones: no necesitan elementos materiales y participan en la actuación de los

elementos; es decir, gozan siempre de la misma temperatura y no reciben alimento alguno de origen material, pues no es esa su naturaleza.

Sus cuerpos forman una esfera que se nutre y se protege directamente por el fuego de los espíritus del eje, de donde han emanado. Por eso, su duración se considera una eternidad en comparación con la de los cuerpos de los habitantes del mundo material. Sabed además, pueblo de Israel, que las extensiones terrestre y celeste, morada de los habitantes materiales y espirituales, conforman lo que denominamos el mundo, no dichos habitantes en sí. Debéis entender que esos habitantes materiales o espirituales son seres particulares; en los espacios que ellos ocupan también habitan seres espirituales simples que deben cumplir su misión en el universo, según las leyes divinas que han recibido para actuar en beneficio de los anteriores. La misma diferenciación debéis hacer entre el mundo ultraceleste y sus habitantes.

Para poder entender la capacidad del mundo ultraceleste de servir de confín a los espíritus malignos, debéis observar su actuación. Este mundo actúa sobre los mundos celeste y material, como ya os he dicho, y, además, sobre el círculo del eje universal. Es extremadamente importante que todo sea controlado por espíritus superiores a los dedicados a preservar la forma universal y su duración, pues es allí donde los espíritus perversos han sido confinados en privación. La doble actuación de los espíritus ultracelestes es un reflejo de su doble poder. Este doble poder queda probado, además, por su clase y su misión; están sometidos al mandato directo del Padre Eterno, y en su mundo ultraceleste reside toda acción y operación beneficiosa o perjudicial para las criaturas exclusivamente espirituales, las espirituales temporales divinas y las espirituales materiales. Sí, los habitantes del ultraceleste actúan como doble defensa ante la atrocidad de las obras demoníacas; en verdad os digo, que ostentan ese poder doble porque han sido santificados. Así, los demonios nunca podrán mancillar el mundo ultraceleste como han hecho con los habitantes de la inmensidad divina; eso explica por qué los demonios nunca podrán vencer al pensamiento, acción y obra del Creador. Todo esto fue representado por Abraham, Isaac y Jacob, figuras temporales del pensamiento, acción y obra de la Divinidad. Al alcanzar estos tres menores su reconciliación y glorificación, el demonio no pudo influirles en modo alguno, ni pudo superar las acciones espirituales divinas del Padre Eterno en ellos. Podéis ver, hijos de Israel, que la actuación de los habitantes ultracelestes es infinitamente superior a la de los seres espirituales de los dos mundos inferiores; podéis verlo, os digo, por los rayos de fuego que irradian las diferentes circunferencias de la inmensidad del ultraceleste; esta superioridad en su actuación no debe sorprenderos, pues la extensión de la inmensidad ultraceleste también es superior a la de los dos mundos inferiores, que no podrían igualarlo aunque se uniesen.

Debo revelaros una verdad cuya certeza y pruebas físicas habéis podido presenciar: entre los habitantes de los diferentes mundos no hay dos que posean exactamente la misma facultad y poder espiritual; todos son diferentes unos de otros, como demuestra la diferencia existente entre todas las formas corporales y todas las acciones que realizan ante vosotros. En mi caso, dicha

certeza no procede de la observación material, sino de la comunicación del Creador; me ha sido revelado que esta diferencia de facultades y poderes existe de modo paralelo entre los habitantes espirituales de la inmensidad divina, quienes, por decreto del Padre Eterno, realizan acciones u obras diferentes, superiores unas a otras. En verdad os digo que ese decreto divino existirá eternamente y no tendrá fin; los espíritus emancipados seguirán observándolo con idéntica precisión, aunque sus virtudes y poderes no sean los mismos que poseían en la inmensidad divina, antes de la prevaricación de los espíritus perversos; por ese delito se vieron obligados a dividir su actuación entre el temporal y el espiritual, aunque debían ser simplemente espirituales, como indica todo lo que sucede ante vuestros ojos.

Para que entendáis mejor este cambio en las virtudes y poderes de los espíritus emancipados de la inmensidad divina, os diré que el Creador emancipó de su círculo septenario divino a un número de espíritus suficiente, encargados de realizar actuaciones espirituales temporales en el ultraceleste. Las leyes de poder que rigen estas actuaciones se distribuyeron así a los espíritus septenarios emancipados: **a otra parte, el poder septenario; y a la última, el poder inferior ternario. A estas tres clases de espíritus se unió el menor, infinitamente superior a ellos por su poder y virtud, pues, como ya os he dicho, era un ser puro que no había sido mancillado por prevaricación espiritual alguna. Así, era el único ser de esta inmensidad que ostentaba un poder cuaternario y su actuación era muy diferente a la de las tres otras clases del ultraceleste. El Creador no situó en esta inmensidad ultraceleste a los espíritus octavarios, que estaban anteriormente en la inmensidad divina; tampoco se encuentran ya en la inmensidad divina, pues, tras la prevaricación de los primeros espíritus, el Creador aplicó la ley sobre todas sus criaturas espirituales, emancipando a los que ostentaban ese doble poder para que manifestasen Su justicia y Su gloria en las tres inmensidades indistintamente. De ahí podéis deducir que el espíritu doblemente fuerte está con vosotros cuando lo merecéis y se aleja de vosotros cuando sois indignos de su acción doblemente poderosa. Visteis actuar este doble poder en Egipto, por vuestro bien y vuestra gloria; su acción se dividió en dos partes: una para exterminar a vuestros enemigos, la otra para velar por vuestra protección espiritual y corporal. Estaba representado por las dos columnas que marchaban siempre con vosotros, siguiéndooos en todos vuestros triunfos. Esa es la razón por la que el espíritu doblemente fuerte no tiene una morada fija en la inmensidad divina.

No ignoráis, pueblo de Israel, que la inmensidad ultraceleste es semejante a la inmensidad divina y que en ambas están presentes los mismos poderes espirituales. Pero debemos hacer una distinción, los agentes espirituales divinos actúan en la inmensidad infinita del Creador, mientras que los agentes ultracelestes sólo lo hacen en una extensión limitada. Así, la inmensidad ultraceleste es pasiva, pues está sujeta al tiempo; no tiene más límites que el pensamiento y el poder del Creador y, por lo que ya os he contado, debéis saber que está formada por la multitud de espíritus que el Creador emana de su seno. Es infinita, pues la emanación espiritual no tiene fin. Cuando un espíritu emana del Creador, encuentra el lugar y el espacio adecuado a su ser para actuar y poner en práctica el poder que le ha otorgado

el Padre Eterno. En efecto, el Creador no podría emanar un espíritu de su seno sin entregarle un poder y dicho poder no podría ser empleado independientemente si cada espíritu emanado del Creador no tuviese su espacio particular; por lo tanto, al no tener fin la emanación, la inmensidad divina debe extenderse continuamente. En caso contrario, el poder de los habitantes de la inmensidad divina sólo llevaría a la confusión, tal como ocurre entre los habitantes del mundo material. La confusión del mundo material está provocada por su espacio limitado, que sólo puede albergar a cierto número de habitantes; sin embargo, el número de habitantes de la inmensidad divina crece y seguirá creciendo hasta el infinito sin encontrar jamás límites. La emanación de estos espíritus no necesita del tiempo, como necesitó la creación temporal, pues los espíritus reciben en su emanación todo lo necesario para actuar según sus leyes, no precisan servirse del poder de espíritus inferiores, como los menores que habitan en los mundos temporales.

Veréis claramente, por tanto, que esta inmensidad divina no puede considerarse, en modo alguno, finita; esa infinitud demuestra la eternidad del Creador, tal como la emanación de los espíritus demuestra su eternidad. No obstante, en la eternidad los espíritus no se incluyen su acción ni el poder temporal que emplean ante vuestros ojos. Lo que está sujeto al tiempo no puede considerarse eterno; sin embargo, igual que por la prevaricación de los primeros espíritus y del hombre los poderes espirituales puros pasaron a ser temporales, tras el último juicio la acción de esos poderes dejará de ser temporal, recuperando la fuerza y vigor determinados por sus primeras leyes.

Por otro lado, el ser de doble poder divino no recuperará su primera estabilidad en la inmensidad divina, anterior a la creación; este ser empleará eternamente su doble poder entre las clases de espíritus diferenciados por toda la eternidad, es decir: los espíritus justos, que serán santificados en primer lugar; y aquellos espíritus que no alcancen su santificación y reconciliación hasta el final. Esta distinción será eterna, pues cuando todos los seres espirituales hayan sido reconciliados, la santificación de los primeros será siempre superior a la de los últimos. Los menores que no hayan alcanzado aún su reconciliación al final de los tiempos, serán llamados en último lugar por el Padre Eterno; la justicia que les aplicará será infinitamente más dura que la que ha ejercido y ejercerá contra los demonios, pues el menor fue privilegiado con una autoridad y un poder superior al de los espíritus perversos; como recibió más, se le exigirá más. Esto enseñará al menor impío a temer a la justicia del Creador. Entended, por tanto, que el destino del doble poder no es ser devuelto a su primera estabilidad espiritual divina, pues, por toda la eternidad, empleará su fabuloso poder ante aquellos santificados y reconciliados en primer y en último lugar.

Si tuvieseis la desgracia de encontraros entre los últimos que alcancen la reconciliación, no podríais enmendar vuestro abominable comportamiento ni reclamar al Creador que disminuyese vuestros sufrimientos, pues en verdad os digo que el Creador es inmutable y jamás retira sus decretos. Tened en cuenta que una cosa es lo que el menor puede hacer aquí abajo y otra lo que podrá hacer cuando se encuentra ante la justicia del Padre Eterno. Sin duda sabéis que el menor no puede negar ante este Ser sublime su libertad para aceptar o

rechazar las leyes divinas que Éste le entregó en su emanación y emancipación. El Padre Eterno juzgará a los menores en base a esa libertad, pues todo ser espiritual ha sido emanado fuerte y doblemente fuerte. El Creador no es un ser débil; por tanto, no podría emanar a seres impuros y capaces de sucumbir a cualquier acto de debilidad. Los hombres impíos y malvados se excusan en la palabra debilidad para aceptar, por su propia voluntad, los pensamientos inicuos del intelecto demoníaco; sin embargo, todas las pasiones y vicios del hombre sólo proceden de su propia libertad innata. *La voluntad del menor nace de su libertad y por ella el menor realiza el pensamiento bueno o malo que ha concebido; en cuanto lo ha hecho, el menor vuelve en sí, medita sobre el resultado de su operación y se convierte él mismo en juez del bien o del mal cometido.*

Para excusar vuestros crímenes ante el Creador, los achacaréis a vuestra debilidad, alegando que es innata a vuestra forma corporal de materia, que impide al menor emplear su poder espiritual. Sabed que eso es absolutamente falso; todos los menores que han recuperado sus primeros poderes y virtudes espirituales divinos y han alcanzado la gracia ante el Padre Eterno (como Adán, Abraham, Isaac, Jacob y muchos otros), no han vuelto a pecar pese a seguir teniendo formas corporales. Al ser santificados y reconciliados sometieron su libertad al poder de Aquel que se la entregó, de este modo, de su libertad sólo nacieron voluntades puras; así, los menores reconciliados aceptaron sólo aquellos pensamientos espirituales que les permitieron realizar hechos sorprendentes e increíbles ante los prevaricadores. Los menores reconciliados dejaron de encontrarse en peligro ante las trampas del demonio y de adoptar su intelecto abominable; al poder leer hasta el más profundo pensamiento de los seres demoníacos, les interrumpían en todos sus propósitos criminales, privándoles de toda la gloria que estos seres perversos se prometían al acosarles. No digáis, por tanto, que la debilidad es innata en el hombre y que su cuerpo material le hace caer en la tentación. Esta forma no se dirige sola, es simplemente el órgano del menor y se limita a llevar a la práctica las voluntades buenas o malas que el menor recibe del buen o mal espíritu. Así, cuando el hombre peca, no puede culpar de su pecado a su cuerpo material, sino a su voluntad. Por supuesto, el menor tiene innata cierta facultad, cierta característica que podríamos tachar de debilidad, pero esa debilidad busca sólo el bien, por tanto es agradable a los ojos del Creador. En verdad procede de la humanidad espiritual, que enseña a hacer el bien ante el mal que los demonios hacen que nos inflijan nuestros semejantes malogrados.

Esa es la única debilidad innata en el menor. Si me estuviese permitido revelaros toda la compasión y caridad divina del Creador con Su criatura espiritual, temblaríais de vergüenza. Pero ya llegará el momento en que se os enseñe lo que no puedo contaros ahora y juzgaréis vosotros mismos lo que acabo de deciros; entonces entenderéis claramente que la única debilidad innata en el menor es la que os acabo de revelar, que debería más bien ser llamada *miser cordia*. No consideréis pues, so pena de muerte, al menor como un ser débil. Si emanase como tal del seno del Creador, sería inútil que Éste le dejara libre. Si no contara con fuerza suficiente para hacer uso de su libertad, sería un ser impuro y contradictorio, tal como lo sería también el Creador, pues realizaría dos actuaciones contrarias la una a la otra, mientras que en Él existe

una única acción, que se subdivide hasta el infinito para beneficiar y procurar el bien a Su criatura.

Para convencerlos de que lo que el pecador denomina debilidad innata en el menor no procede de su cuerpo material, preguntáos si los primeros espíritus perversos tenían forma corporal material cuando prevaricaron. Debéis saber que dichos espíritus no tenían cuerpo y, sin embargo, sucumbieron ante el mal. Por lo tanto, no podéis atribuir esa supuesta debilidad, en la que se excusan los menores, a la forma de los espíritus prevaricadores. Por otro lado, esa debilidad era incompatible con su poder; no podían comunicarse con intelectos buenos o malos, porque en ese momento no existían, y podían leer en el pensamiento del Creador si permanecían en su estado de justicia. Os repito, por tanto, que el delito de los primeros espíritus no se debe a la debilidad del cuerpo ni a la influencia del intelecto bueno o malo; fueron su propia libertad y su voluntad las que les llevaron a concebir el crimen atroz por el que ahora sufren en privación divina espiritual. No digáis, entonces, que no podéis entender cómo suceden todas las cosas que os acabo de contar respecto a la libertad y a la voluntad innatas en el ser espiritual; eso sería propio de un animal irracional, no de seres con virtudes y poderes semejantes a los de la Divinidad. No dudéis de vuestras virtudes y poderes, pues todo lo que he realizado en vuestra presencia, en gloria del Creador y beneficio de sus criaturas menores, se debe a los poderes que Él entrega exclusivamente a los menores, no a todos los seres espirituales. Sí, pueblo de Israel, el Creador siente más satisfacción por las buenas acciones y obras de su menor en privación, que por las de otros seres espirituales, que son temporales sin estar sometidos al tiempo. Esto sucede porque los menores fueron emanados y emancipados para manifestar la justicia y la gloria del Padre Eterno, mientras que los espíritus puros sólo pueden contemplar e informar al Creador de todo lo que sucede entre el menor y Él. Así, las virtudes y poderes innatos en los menores son superiores a los de los demás espíritus. Os preguntareis si el Creador no podría ordenar las mismas cosas y otorgar el mismo poder a cualquier otro espíritu de la inmensidad divina, ya fuera *denario*, *septenario* o *ternario*. Pero no debe sorprenderos este privilegio del menor sobre todos los demás espíritus; recordad que, aunque la vergonzosa lacra de los espíritus puros por la prevaricación de los perversos fuera eliminada y hayan sido santificados por la infinita bondad y poder del Creador, eso no ha evitado que estén sometidos al temporal; por ese motivo, el Creador privilegió a su menor, ser totalmente puro y sin mancha, pues su emanación fue posterior al delito de los espíritus perversos. No debe extrañaros, entonces, que los habitantes del mundo divino se resientan aún de esa primera prevaricación; seguirán mortificándose hasta el final de los tiempos, cuando dejarán de participar en el temporal, pues no es esa la finalidad para la que fueron emanados.

Sí, pueblo de Israel, en verdad os digo que en el mundo divino sucede lo mismo que entre los habitantes espirituales del mundo general terrestre; éstos últimos rinden tributo a la justicia del Padre Eterno por la falta que cometió el primer menor en el centro del universo temporal y los habitantes del mundo divino lo hacen para expiar el crimen de los primeros espíritus. Os diré toda la verdad respecto a los diferentes tributos que ambos rinden y rendirán hasta el final del tiempo. Os sorprenderá saber que todos los espíritus que el Creador

ha emanado en la inmensidad divina con posterioridad a esa prevaricación están sometidos al mismo tributo. Para entenderlo, debéis analizar la emancipación del menor; cuando descendió a este bajo mundo no había sido mancillado y era un ser puro, pero en cuanto se vio revestido de un cuerpo material quedó sometido a la ley del tiempo. Sin duda alguna, existe una gran diferencia entre la sujeción del menor y la de los habitantes de la inmensidad divina; la privación y el castigo del menor son muy superiores, pues el pecado del primer hombre fue infinitamente peor que el de los demonios. Por eso, los menores están limitados por el tiempo y los espíritus sólo por el temporal; el hombre sólo puede recorrer las diferentes inmensidades en pensamiento, mientras que los espíritus realmente pueden recorrer la infinita extensión de la inmensidad divina. No obstante, pese al diferente sometimiento de ambas clases de espíritus, la palabra del hombre le hace superior a todos los habitantes del mundo divino: su poder y su fuerza son mayores, y su amplitud sobrepasa, incluso, a la que recorren los espíritus divinos.

Ese es, hijos de Israel, el actual estado de los menores y los espíritus divinos; sin embargo, esa atadura que les limita no es nada comparada con la horrible privación a la que están condenados los espíritus perversos. Fue tal la fuerza con que el Creador les aplicó Su ley que su tormento y mortificación es infinitamente superior al de los demás espíritus. Su mayor suplicio es estar sometidos al mal; están condenados, por decreto del Padre Eterno, a vivir durante una eternidad temporal en su iniquidad, sin poder enmendar sus malvadas acciones, contrarias a la acción divina. Eso explica el mensaje que nos hizo llegar el Creador mediante uno de sus nuncios: los prevaricadores serán castigados con sus propios crímenes. El menor, por el contrario, pese a su sujeción, tiene libertad total para actuar de acuerdo con el bien o el mal, y para transformar el mal en bien. No hay comparación alguna entre su privación y la que sufren los espíritus perversos, que sólo pueden hacer el mal.”

Tras comunicar a su pueblo las extensas instrucciones que les acabo de relatar, Moisés volvió al monte Sinaí a buscar las segundas tablas de la ley. Estando allí, el Creador le ordenó construir un tabernáculo que albergaría las nuevas Tablas. Una vez que hubo regresado y cumplido, con ayuda de Besalel, todo lo que el Creador le había indicado, volvió a dirigirse al pueblo, para hablarles de la forma y las proporciones del tabernáculo:

“Escucha, pueblo de Israel, debo hablaros sobre las diferentes proporciones observadas en la construcción del tabernáculo del poder espiritual divino y sobre su relación con todo lo que existe. El tabernáculo, en su perfección, hace alusión a cuatro creaciones espirituales: 1º al mundo ultraceleste, 2º al mundo celeste, 3º al cuerpo del hombre y 4º al mundo o círculo universal. En primer lugar, observad que su interior representa realmente la figura del mundo ultraceleste; en ese santo lugar llevaré a cabo parte de las actuaciones relacionadas con los habitantes espirituales del ultraceleste, sin la intervención de ningún otro espíritu; así, el Creador me ha indicado que cuando precise comunicarme directamente con la voluntad divina, debo entrar a ese santo lugar por su puerta oriental; eso haré siempre que deba pedir algo en beneficio de Israel. Durante este tipo de invocación, mi labor y mi temor serán infinitamente mayores que en las demás que podría realizar

en beneficio o perjuicio de Israel, pues me comunicaré directamente con el Padre Eterno y los espíritus puros del ultraceleste, como ya os he dicho.

La segunda alusión, a la región celeste, está simbolizada por las cuatro puertas del tabernáculo, que representan las cuatro regiones celestes. Una de estas puertas mira hacia *oriente*, otra hacia *occidente*, otra hacia el *sur* y la última hacia el *aquilón* o norte; simbolizan los cuatro poderes espirituales que el Creador entregó a su menor, que le permiten utilizar el de los superiores de las cuatro regiones y todo lo que depende de ellos. Por ese motivo, cuando entre al tabernáculo para que me sean revelados asuntos temporales espirituales celestes, dejaré abierta la puerta que mira hacia la región celeste del superior al que deseo dirigirme. Así se diferencian las peticiones e invocaciones que realizaré a la parte celeste de las de la parte ultraceleste. Los habitantes del ultraceleste, que obran y actúan sobre todo lo que existe espiritualmente, no están condicionados por las limitaciones del universo y, al no tener límites materiales, no pueden ser sometidos ni asignados a ninguna región elemental. Por eso, al invocarles no deje abiertas las puertas del tabernáculo, pues superan toda clase de barreras materiales para comunicarse con los menores destinados a manifestar la gloria y la justicia divina. Sin embargo, esto no ocurre con los habitantes espirituales de la parte celeste; como habitan regiones y formas elementales debo eliminar las barreras que los confinan para dirigirme a ellos. Esa es, en verdad, la relación entre el tabernáculo y los mundos celeste y ultraceleste, cuyos habitantes actúan de manera diferenciada y ordenada ante quienes, por orden del Creador, tienen poder sobre ellos.

La tercera alusión que hace el tabernáculo es al mundo particular, o pequeño mundo, que es simplemente el cuerpo del hombre. Sí, hijos de Israel, este tabernáculo que Besalel ha construido en vuestra presencia, donde he depositado la ley divina que el Creador me entregó personalmente, representa, en verdad, el tipo del cuerpo del hombre o forma corporal de materia aparente, en la que está confinado el menor o alma espiritual divina. Igual que los habitantes del ultraceleste, del celeste y del círculo universal actúan en su particular y en el impresionante tabernáculo, también obran y actúan en el cuerpo del hombre y en el menor confinado en él.

En cuarto lugar, este tabernáculo hace alusión directa al círculo universal, pues todo ser espiritual, inferior, mayor y menor realiza en este tabernáculo las mismas acciones que en la inmensidad universal. Sí, este tabernáculo, levantado ante vuestros ojos por el poder del hombre, os indica las facultades y poderes de los espíritus que participan en la defensa del universo y de los que colaboraron en su formación, disponiendo la materia prima de donde surgen todas las formas, y limitaron el impulso dado por los espíritus inferiores, siguiendo las órdenes del Creador. Juzgado vosotros mismos: ¿No es cierto que al bajar de la montaña no traía ningún material apropiado para la construcción del impresionante tabernáculo donde debían resguardarse las leyes divinas que el Creador se dignó a confiarme? No era yo el encargado de esta construcción, si no un simple enviado que debía transmitir a Besalel la orden de la Divinidad, revelándole la forma aparente que debía darle. Así, yo no he colaborado físicamente en la construcción de este edificio, ese trabajo estaba reservado a Besalel y a los otros dos menores que le

ayudaron. Sabéis, además, que al comunicar a Besalel la orden de la Divinidad y el plano del tabernáculo espiritual conforme a la voluntad y deseo del Creador, estaba repitiendo lo sucedido desde la formación del universo.

Igual que yo comuniqué a Besalel las órdenes del Creador para la construcción del tabernáculo, el Creador comunicó directamente a los espíritus inferiores las leyes de creación de esencias espirituosas. Igual que yo entregué a Besalel el plano de su obra, un enviado superior comunicó a los espíritus la imagen deseada de la forma aparente del universo. Igual que Besalel, tras recibir la orden y el plano para construir el tabernáculo, encontró sin dificultades los materiales necesarios para ello, los espíritus inferiores, tras recibir la orden del Creador de construir el universo y la imagen de su forma aparente, produjeron ellos mismos las tres esencias elementales de todos los cuerpos que conforman el tiempo universal. Así, en esta operación yo he representado el tipo del Creador y el del espíritu mayor, y Besalel el del espíritu inferior que tiene en su poder la construcción de las formas. Por eso Besalel es llamado “gran obrero” ante el Padre Eterno. La materia incorruptible de la que está formada este tabernáculo es el verdadero tipo de los espíritus menores que contribuyen a la protección y preservación del universo; este tabernáculo es incorruptible pues, al igual que el universo, está protegido y preservado por seres puramente espirituales. Por ese motivo, ambos templos perdurarán hasta el final de los tiempos. Intentad, pueblo de Israel, que también vuestra forma particular sea incorruptible, sometida a la dirección y al poder de estos mismos seres espirituales, que la conservarán en toda la pureza de sus leyes durante el tiempo que le haya sido fijado. Como sin duda alguna entendéis, las tres personas que han trabajado en la construcción del tabernáculo, Besalel y sus dos ayudantes, representan a los espíritus inferiores que producen las tres esencias espirituosas, fuente de todas las formas corporales.

Esas son, Israel, las principales referencias que podéis descubrir en el tabernáculo que tenéis ante vosotros. Sobre todo, no olvidéis que es, como ya os he dicho, imagen de la forma corporal del menor. ¿No tiene el tabernáculo del menor las cuatro puertas representadas en el de Besalel?. ¿No existe una relación perfecta entre ellas?. La puerta oriental del tabernáculo de Besalel, que utilizo para invocar a los habitantes del ultraceleste, representa el corazón del hombre; el corazón permite al hombre recibir todas las satisfacciones y privilegios que le envía directamente el Creador mediante los habitantes del ultraceleste. La puerta de Occidente del tabernáculo de Besalel está relacionada con la segunda puerta del cuerpo del menor, que es la vista. La puerta del Sur hace referencia al oído. Sin embargo, pese a esta relación entre las cuatro puertas de ambos tabernáculos, no penséis que tienen las mismas virtudes y propiedades. No, Israel, el tabernáculo de Besalel es sólo un tipo del tabernáculo del menor; es a éste último al que Creador ha dedicado toda Su atención. Por lo tanto, no debe sorprendernos que su poder sea superior al de Besalel, aunque éste encierre la ley divina que el Creador confió una segunda vez a su servidor Moisés, ¿acaso no existe esa ley sagrada en el tabernáculo del menor?. Tampoco penséis que el tabernáculo de Besalel representa el de Adán, nuestro primer padre, en su primer estado glorioso. Ya sabéis que en ese estado Adán era un ser puramente espiritual que no estaba sujeto a una forma material, pues ningún espíritu puro estaría confinado en una forma

material si no hubiera pecado. Sabéis, además, que Adán podía crear su propia forma corporal gloriosa, hacerla desaparecer o transformarla a su antojo, según las acciones que debiera realizar para cumplir las órdenes que recibía del Creador. Sin embargo, esta forma no podía considerarse tabernáculo de la ley divina innata en el primer menor; fue el propio menor, como espíritu libre, el primer tabernáculo de la ley divina recibida en su emanación o en su emancipación. Ved, por tanto, que es imposible que un tabernáculo de materia común, como el de Besalel, represente el tabernáculo espiritual del primer menor, que es un espíritu puro.

Ahora os detallaré las propiedades de las cuatro puertas del tabernáculo del menor corporal, de las que ya os he hablado, demostrándoos que son superiores a las del tabernáculo de Besalel. Ya os he dicho que la primera de estas puertas, o puerta oriental, es el corazón del cuerpo del hombre; por ella entra el espíritu de vida pasiva al tabernáculo del menor, disponiéndolo para recibir y soportar los efectos de las acciones espirituales divinas que debe realizar junto con el menor. Por esta misma puerta entran al hombre los espíritus superiores, tanto buenos como malos; una vez que han dispuesto el tabernáculo de acuerdo a sus leyes, el menor se une a ellos, llevando a cabo su voluntad buena o mala, en uso de su libertad. Los espíritus que pueden influir con sus acciones divinas en el menor son todos los que habitan desde el mundo ultraceleste hasta la frontera de todos los mundos temporales. Eso os da una idea de la infinita variedad de comunicaciones espirituales buenas o malas que puede percibir el menor por la puerta oriental de su tabernáculo corporal. Sí, Israel, en el corazón del menor es donde todo ocurre, para bien o mal del menor.

Las otras tres puertas del tabernáculo del hombre no son menos importantes y son, asimismo, superiores a las correspondientes del tabernáculo de Besalel. Se trata de los principales órganos del menor: *la vista es el órgano de la convicción, el oído el de la concepción, y la boca el de la palabra poderosa del hombre*. Estas tres puertas, además de la primera, os ayudarán a distinguir las cuatro actuaciones diferentes del menor, por su poder sobre el mundo ultraceleste, el terrestre y el universal.

Lo mismo ocurre en el tabernáculo de Besalel, que es la representación cierta de esos cuatro mundos; al ser cada uno de los mundos un tabernáculo particular, debe tener sus propias operaciones espirituales divinas, tal como representan las cuatro puertas del tabernáculo de Besalel. Quizás os preguntéis por la llave de dichas puertas, sabed que la única llave es el espíritu que vela por cada una de ellas, pues sólo él puede abrirlas o cerrarlas para beneficiar o perjudicar al menor. El menor no puede abrirlas por su cuenta pero puede hacer que sean abiertas y cerradas a su antojo. Corresponde al menor espiritual bueno convertirse en el verdadero propietario de esta gloriosa llave y, por tanto, ser depositario del bien espiritual y negar el paso a los espíritus contrarios a la Divinidad. Eso denota la superioridad del tabernáculo del menor frente al que he hecho construir en vuestra presencia. El del menor fue construido con anterioridad y nada puede prevalecer a él sin su consentimiento. Este tabernáculo, por último, es el tipo real del mundo, pues contiene en su pequeña extensión todo lo que el gran mundo contiene en su inmenso espacio.

El tabernáculo del menor es incomparablemente superior a los tabernáculos particulares, ya que el del hombre contiene cuatro elementos, mientras los demás contienen sólo tres. Los tres elementos que poseen los tabernáculos inferiores particulares son la *ley*, ceremonial del culto divino, el *precepto* y la *operación*; el tabernáculo del menor, incluye un cuarto elemento, *el poder espiritual divino*. Ahí tenéis lo que representan el tabernáculo de Besalel y el del hombre y la explicación de la superioridad de éste último, que aclararé en su debido momento, siguiendo la voluntad del Creador.

Aún no os he revelado el verdadero nombre del constructor de este temible tabernáculo, sólo conocéis su nombre temporal, Besalel. Pero ese nombre es artificial, sólo anuncia el origen de su forma corporal, no dice nada sobre el verdadero nombre de aquel o aquellos que lo habitan. Por tanto, debéis saber que el verdadero nombre espiritual de este obrero es *Beth*, que quiere decir “acción del pensamiento divino”, como indica la segunda letra del alfabeto hebreo; la primera letra, *Aleph*, indica el pensamiento divino y la segunda, *Beth*, su acción. Hablando de este tema, os diré que los nombres temporales no poseen virtudes ni poderes espirituales, pues son dados por los hombres, no por el Creador. Ninguna obra espiritual temporal ha sido realizada nunca únicamente por el nombre de un cuerpo material ni por ninguna de las facultades del ser corporal; cuando las formas logran alguna virtud, no lo hacen ellas solas, sino por la poderosa cualidad del ser espiritual que las habita, es decir, por la facultad vinculada a su nombre animal espiritual divino, como os explicaré a continuación.

Ya conocéis el rito de alianza del padre Eterno con el hombre Dios de la tierra, así como con la descendencia de este primer hombre tras su primera reconciliación. En su estado de gloria, este hombre Dios tenía su propio nombre, directamente relacionado con su ser espiritual. Gracias a este nombre manifestaba en el universo todas sus actuaciones espirituales divinas temporales, siguiendo los deseos del Creador y para su satisfacción. Pero, en cuanto pecó, olvidó su nombre espiritual, convirtiéndose en un ser simplemente material temporal, de ataduras espirituales divinas, no demoníacas.

El cambio de su forma desencadenó el de sus leyes y éste el de sus acciones. ¿No es evidente que todos estos cambios llevaban consigo el del nombre propio del primer menor?. En efecto, el nombre que el Creador dio a este hombre tras concederle su reconciliación espiritual temporal, no espiritual pura, era en verdad muy poderoso; sin embargo, era inferior al primer nombre que recibió al ser emanado y emancipado para que se reprodujera.

¡Oh, pueblo querido del Espíritu!, en verdad la primera criatura humana sufrió un cambio de nombre. Observad a aquel que llamamos padre temporal de los hijos de Israel. Al inicio de estas operaciones temporales materiales se llamaba Abram, que significa “hombre superior a la materia”. El Creador cambió ese nombre por el de Abraham, que significa “padre de muchedumbre espiritual divina”. En efecto, entre sus descendientes se ha manifestado la gloria y la justicia del Creador antes que en cualquier otra nación. Pero no os enorgullezcáis de ese privilegio, hijos de Israel, pues igual que el Creador intensificó la facultad espiritual menor y material de Abraham dándole un

nombre nuevo, también puede revocar todas sus virtudes negándole ese mismo nombre y devolverlo a su grado de inferioridad anterior. A este respecto, debéis saber que todos los espíritus menores, o almas espirituales, tienen un nombre que distingue sus poderes y virtudes para acciones temporales. Así, a consecuencia del delito del hombre y su reconciliación, el Creador cambió su primer nombre ABA (4) por el de BIAN (6), llamado Adán; éste, a su vez, cambió el nombre a su tercer hijo, llamándolo Set, nombre que no se debía a la simple voluntad del primer hombre, sino que le fue sugerido por el Espíritu, como veréis a continuación.

La circuncisión o derramamiento de sangre de Abraham es un tipo real de la purificación de la materia corporal. La finalidad de este derramamiento de sangre era purificar la vida pasiva, preparándola para el influjo de las diferentes facultades espirituales divinas que el Creador había vuelto a enviar a su servidor Abraham, para alejarle del falso culto que rendía en perjuicio del de la Divinidad. No podemos dudar que, mediante esta operación espiritual, se relacionó totalmente la vida pasiva o alma animal con la vida impasible o alma espiritual activa.

Aun así, tanto el alma pasiva, como el alma impasible tenían un número particular distinto que diferenciaba perfectamente todas sus virtudes y poderes temporales. El alma pasiva sólo puede ostentar el número imperfecto ternario 3, mientras que el alma impasible detenta el número cuaternario 4, detalle más que suficiente para demostrar sus diferencias y distinciones. Para convenceros de que estas dos vidas, pasiva e impasible, proceden del espíritu puro y que su unión es perfecta e íntima, sólo tenéis que sumar los dos números que representan sus facultades espirituales temporales. El resultado de esta suma es el número septenario 7, número del espíritu mayor del que emanan.

En cuanto al cambio de nombre, que se realizó, como os he revelado, por voluntad del espíritu del Creador, no del hombre, observad que ningún patriarca llevaba el nombre de su origen material y que todos eran diferentes. Hay diez patriarcas y diez nombres espirituales que rinden culto a la Divinidad por su propio número denario. Observad, además, que ninguno de los patriarcas posteriores a Noé recibió un nombre de origen material, ni entre los descendientes de Noé, ni entre los de Ismael o de Héber. Esto demuestra que el cambio del nombre original del hombre por otro espiritual procede de Dios.

El nombre espiritual que recibe el alma impasible anuncia y explica la unión del primer hombre Dios, tras su reconciliación, con un ser distinto y espiritual, un espíritu septenario que el Creador ha sometido a la poderosa virtud del espíritu menor cuaternario. Mediante dicha unión, el Dios Eterno de Israel también quiso hacer entender a todas Sus criaturas que deben amar a su prójimo como a sí mismos. Esta unión, esta amistad, esta inteligencia debe entenderse de espíritu a espíritu, no de la materia temporal al espíritu. Ese es el verdadero prójimo al que debéis cuidar y amar como a vosotros mismos.

En verdad os digo, pueblo de Israel, que esta elección de un nombre espiritual para el alma o menor se perpetuará, en nombre del Padre Eterno, entre los pueblos idólatras desconocedores del verdadero culto de la Divinidad;

en la actualidad, podemos observarlo en el sacramento de bautismo de la Iglesia cristiana, por el que los recién nacidos reciben un nombre espiritual diferente al que llevan por su origen material temporal.

Ahora que os he explicado el nombre espiritual que el alma recibe del Padre Eterno y el cambio del nombre original por otro espiritual, quizás deseáis que os interpretase el significado del nombre de Set. En verdad os digo que ese nombre significa “admitido al verdadero culto divino” o “agente puro de la manifestación de la gloria y la justicia divina”. Por este motivo, los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios, no hijos de los hombres. Esa última denominación se reservó para la descendencia femenina de Caín, engendrada por la intervención de los demonios, pues su origen corporal procede de la actuación del primer hombre, sujeto de su prevaricación. Quizás también os preguntéis por qué el hombre que construyó el imponente tabernáculo realizó todas sus obras temporales bajo su primer nombre; pues bien, os diré que este hombre conservó su nombre original de Besalel para que todos los descendientes de Adán entendiesen la íntima relación del espíritu con la materia prima, sin confundirlos.

Esto explica la forma corporal del tabernáculo que construyó este gran obrero, según el plano plasmado en su imaginación, que debía albergar a los espíritus de santificación, de conciliación, de conservación y al espíritu todopoderoso, protector y defensor de los hijos de Israel. Sí, con esto debéis entender que el espíritu menor que habita en el tabernáculo corporal no está más unido a esa materia de lo que lo están los espíritus que os acabo de nombrar a la materia del tabernáculo espiritual construido por Besalel, para gran gloria del Padre Eterno y satisfacción de Israel. He ahí la demostración de que el tabernáculo de Besalel es un tipo real del hombre Dios sobre la tierra.

Todo lo que os he relatado, hijos de Israel, sobre la sublime manifestación de la gloria y la justicia del Creador en vuestro beneficio y en perjuicio de vuestros enemigos y de los Suyos, os deja ver cuál sería vuestro pecado y vuestro castigo espiritual animal si contravinierais lo que os he revelado y enseñado en Su nombre. Si vuestro corazón se endureciese contra el Padre Eterno y Sus elegidos, vuestro número espiritual sería subdividido hasta el infinito sin posibilidad de volverse a unir; vuestra memoria se oscurecería, vuestro poder y virtud disminuirían y vuestra imagen se disiparía con la misma facilidad con que la luz hace desaparecer las tinieblas. En verdad os digo, con el corazón compungido y afligido, que veo acercarse ese momento. Cuando llegue ese día, los queridos aliados del Padre Eterno ya no vivirían entre vosotros, todas vuestras súplicas, invocaciones y oraciones serán vanas y estériles y vuestro sufrimiento será enorme. Pero esa pena espiritual será aún mucho mayor cuando veáis que el culto del Señor es entregado a otras naciones, para vuestra vergüenza y menoscabo. Sólo en virtud de ese mismo culto seréis dominados por las diferentes naciones, que someterán todas vuestras obras, acciones e intervenciones a su voluntad, convirtiéndoos en sus súbditos y tributarios. Pero, pase lo que pase, hijos de Israel, no perdáis nunca la fe en la misericordia del Padre Eterno; recordad siempre que habéis sido el inmenso escenario de la primera manifestación de la gloria y la justicia divina, que entre vosotros ha nacido todo elemento espiritual, y que llegará el

día en que los descendientes de Abraham, herederos de la obra del Padre Eterno, recuperarán su primer estado de esplendor, reconquistando con magnificencia su capitalidad. Cuando os encontréis dispersos entre todas las naciones recordaréis que esa desgracia espiritual representa, en verdad, lo que acaecerá a los sucesores espirituales temporales que se dediquen al disfrute efímero de las dulces satisfacciones del culto temporal, pues si no conservan con más cuidado que vosotros esa gloriosa herencia, sin deshonrarla ni mancillarla, su castigo y sus penas serán superiores a los vuestros. Serán seres impuros a los ojos del Creador y su herencia les será arrebatada por otras naciones. Entonces, serán tratados como simple instrumento de la justicia divina, siendo rechazados por una eternidad tras haber sido utilizados. Josué, servidor del Altísimo, heredará el gran culto divino y la orden que me ha sido entregada, y por intercesión mía recibirá las virtudes y poderes necesarios para manifestar la gloria y la justicia divina.

Pensad, hijos de Israel, si esta sucesión no es un nuevo indicio de que la herencia de la tierra prometida no os pertenecerá por siempre. Sí, debe servir de ejemplo inmemorial, para recordaros que el verdadero culto del Padre Eterno también pasará a naciones extranjeras, por lo que vuestra memoria se oscurecerá de tal manera que ni siquiera recordaréis el nombre del Dios Eterno ni vuestro propio nombre animal espiritual; vuestro pueblo será diseminado por toda la tierra como ejemplo para otras naciones; volveréis a ser esclavos y servidores en Egipto, y sólo lograréis vuestra libertad al final de los tiempos. Entonces, tendrá lugar la manifestación de la gloria y la justicia del Altísimo, para recompensa de los justos y humillación de los malévolos demonios y menores no reconciliados. No obstante, debéis saber que, antes de los últimos tiempos, reinará gran confusión entre las tribus de Israel; la desolación les obligará a separarse unas de otras; el número superior se alejará del inferior y éste último será, además, subdividido como ejemplo de la justicia del Padre Eterno contra los hijos de Israel; y su tierra prometida no admitirá cultivo, quedando estéril. Ya sabéis que el número septenario es un número espiritual temporal y el quinario un número espiritual material que puede ocasionar confusión y perjuicio espiritual divino; por lo tanto, este número septenario de las tribus de Israel es el que se separará del número inferior quinario, retirándose a un lugar del universo inaccesible para los mortales ordinarios. Allí, las tribus justas seguirán rindiendo tributo a la Divinidad por el crimen de Israel, logrando así la reconciliación de este pueblo. El arca de la alianza de Israel con el Altísimo llevará, además de todas sus virtudes y poderes espirituales divinos, este número septenario. Las demás tribus se convertirán en seres de tinieblas.

En verdad os digo que cuando hayáis sufrido los efectos de la justicia divina y hayáis perdido a vuestros principales guías espirituales, haréis todo lo posible por encontrar otros, pero sólo os guiarán simples elegidos temporales, más materiales que espirituales. Os conducirán por el tenebroso y horrible sendero del que el Padre Eterno os sacó, donde os lamentaréis a la sombra de vuestro crimen. Considerad con temor, hijos de Israel, todas las desgracias que os anuncio en nombre del Padre Eterno. Invocaréis inútilmente el amparo de Moisés y Josué, pero cuanto más les invoquéis, más se alejarán de vosotros. Así, el castigo del Creador a Israel será mayor que nunca, cumpliéndose

exactamente el decreto inmutable que pronunció contra los infractores de Su culto y sus cómplices.”

Lo que les acabo de contar sobre la intervención, reflexión y acciones buenas y malas de Israel, y sobre las obras de sus principales guías, les ayudarán a entender que todo lo que les fue pronosticado ocurrió realmente. Por lo tanto, no profundizaré en las desgracias e infortunios que padeció este pueblo, como anunció Moisés antes de separarse de él. Tanto la historia santa como la profana recogen ampliamente todos estos hechos, como el Arca perdida o la separación de las tribus con Roboam, perdiéndose siete de ellas y cayendo las otras cinco en esclavitud y servidumbre ante naciones extranjeras, sin esperanza de ser socorridas.

Esta separación de las tribus merece, no obstante, una reflexión seria. Siete de estas tribus se separaron de Roboam, hijo y heredero de Salomón. El lugar al que se retiraron y el camino que tomaron para llegar allí fue siempre una incógnita para Roboam, las cinco tribus que cayeron en la esclavitud y el resto de naciones. Reflexionen sobre esta separación de las doce tribus: el número mayor septenario se retiró a un lugar de paz y tranquilidad, ajeno a todo contacto humano y profano; sin embargo, las desdichadas tribus bajo el número inferior quinario permanecieron errantes, sumidas en la vergüenza y la confusión, bajo el dominio de otras naciones, privadas de toda acción y operación espiritual divina. ¿No representa claramente este suceso la afirmación cierta del bien y del mal procedente de los dos tipos de espíritus, buenos y malos?. Consideren la evidencia de esto que les digo, al ser el 2 un número de confusión. Piensen, además, si en esta separación de las tribus de Israel en dos grupos, el número septenario de aquellas que desaparecieron de la vista de los hombres, no representa el tipo de los menores elegidos por el Padre Eterno, a quienes aleja de los profanos e impuros de la tierra para ponerlos al abrigo de todo contacto intelectual con los mortales ordinarios. El Creador permite que el paso del tiempo borre a esos seres dichosos del recuerdo de los mortales ordinarios; como desconocen su morada fija y el camino que cogieron para llegar allí, ignoran también sus obras, sus acciones y sus intervenciones espirituales temporales. Más aun, acaban ignorando la conducta que deberían llevar para alcanzar esa felicidad que ni siquiera recuerdan.

Asimismo, consideren si esta separación no representa en verdad la muerte natural temporal, por la separación del alma y el cuerpo. Las doce tribus, por sus estrechos vínculos, formaban un solo cuerpo; sin embargo, al separarse en dos partes diferentes, la inferior, privada de la otra, cayó en la nada espiritual y la ignorancia. De igual manera, mientras el alma está unida al cuerpo presentan una unidad temporal perfecta; sin embargo, al separarse quedan divididas en dos partes perfectamente diferenciadas: una de ellas, que representa el número mayor septenario, permanece, si ha sido justa, bajo la protección de la gloria del Padre Eterno, y la otra, que repite el número quinario de las tribus errantes, permanece en la tierra, privada de toda acción espiritual hasta su perfecta reintegración.

Gracias a esta observación, podrán entender la revolución que tendrá lugar en todo el universo cuando el espíritu que lo vivifica se separe de él. Pues, a imagen de los cuerpos particulares, su materia permanecerá errante y pasiva hasta desaparecer por completo. Esa es la ley que pondrá fin a todas las cosas temporales. Deben entender que la materia prima sólo fue concebida por el espíritu bueno para confinar y someter al espíritu malo en privación; pero esta materia prima, concebida y engendrada por el espíritu, no emanada de él, quedó a disposición de los demonios. Recuerden, si no, la aparición del príncipe de los demonios a Cristo, Hombre Dios de la tierra. Este ser perverso no se le habría aparecido bajo forma humana, para atacarle, si el hombre Dios no hubiese estado revestido de un cuerpo de materia, sino de la forma gloriosa innata en Él; en ese caso, la intervención espiritual demoníaca no habría podido ocurrir, pues el espíritu puro tiene el privilegio de contener y anular toda operación de los espíritus impuros.

Quizás se pregunten si el príncipe de los demonios, al aparecerse así al Hombre Divino, pretendía seducir y corromper simplemente Su cuerpo material o también Su espíritu. Mi opinión es que intentaba seducir a uno y otro. En primer lugar, con su intelecto demoníaco quería corromper el cuerpo material del Ser divino, para influir en Él, engañándole con las acciones que realizaría el espíritu vinculado a su forma corporal. En segundo lugar, deseaba, aún más fervientemente, seducir al Ser espiritual que habitaba ese cuerpo; no podía imaginar nada más glorioso que esa conquista, pues sabía que, además de oponerse a las órdenes y la voluntad del Creador, las poderosas acciones e intervenciones que el hombre Dios realizara movido por el influjo tentador someterían a una multitud de menores o almas al poder demoníaco.

Pero ni el espíritu ni el cuerpo de este Ser redentor sucumbieron ante las artimañas del demonio; por el contrario, como todo en Él estaba libre de oprobio y prevaricación, sus múltiples virtudes impidieron que cayera en ese lugar de sumisión y privación, y obligaron al príncipe de los demonios a retirarse de Su presencia para cumplir las órdenes que le había dado. En ese fatal momento, el demonio comprendió el alcance de su humillación y sumisión al hombre Dios del universo, pues la firmeza y la pureza de este Ser detenían todo ejemplo y toda acción impía; el comportamiento y la influencia diabólica no prevalecerían a los ojos de los hombres ordinarios, así reinaría la paz y la calma en el espíritu de este hombre divino. Con esto entenderán que la mayoría de las acciones, comportamientos e intervenciones de los hombres materiales tiene su origen en ejemplos y costumbres que ellos convierten en un segundo principio natural de su vida ordinaria, tanto para bien como para mal. Las operaciones y costumbres denigrantes pervierten al hombre, mientras que las buenas acciones se convierten en inestimables hábitos con un maravilloso efecto espiritual para el que las percibe y el que las realiza.

Volviendo a la predicción de Moisés, cuando dijo a Israel que no encontraría guías espirituales tan perfectos como los que había abandonado, sino simples guías temporales, más materiales que espirituales, no se equivocaba. En efecto, ese pueblo depositó su confianza en un mortal ordinario como Saúl, elegido rey de los hijos de Israel por los hebreos; es evidente que esta elección realizada por los hombres, no por el Creador o sus emisarios, era

más material que espiritual; eso explica todo lo sucedido a este pueblo bajo su mandato. La triste suerte que corrió el mismo Saúl pone en evidencia las diferencias entre la elección divina y el concierto de los hombres: éste es pernicioso, mientras que la elección divina es inexpugnable e invencible. Saúl decidió fijar su morada con la tribu de Benjamín, había depositado en éste toda su confianza y compartía con él todas sus obras en beneficio de Israel. Sin embargo, si su elección hubiese sido motivada por el Creador esto no habría sucedido, pues el espíritu le habría revelado que el elegido del Altísimo debía estimar por igual a todos los justos espirituales, impidiendo así que favoreciese a la tribu de Benjamín, al considerarla su único apoyo y su guía.

Además, si esta elección hubiese surgido del Creador, Saúl habría conocido la interpretación espiritual del nombre de Benjamín, que quiere decir “hijo de mi dolor”. Habría sabido que esa tribu estaba marcada desde hacía mucho tiempo por un orgullo y una ambición criminales y, en vez de unirse a ella, habría rechazado sus consejos impíos y funestos; estos consejos fueron la causa de su desdicha, convirtiéndole, junto con sus descendientes, en un ejemplo aterrador para los mortales por tiempo inmemorial.

Quizás deseen conocer la naturaleza de la prevaricación de Saúl, primer rey temporal de Israel. Se lo explicaré con la claridad que me dicta la sabiduría de la verdad. El crimen de este rey fue llevar a una muerte miserable a un gran número de gabaonitas, sirviéndose de toda su fuerza y su odio contra este desafortunado pueblo, que había alcanzado la reconciliación con el Padre Eterno y había sido absuelto por Josué tras jurar fidelidad al culto de la Divinidad. La codicia de la tribu de Benjamín le llevó a presionar a Saúl para que declarase la guerra a los desafortunados gabaonitas, para saquear sus bienes una vez que el ejército de Israel les hubiese vencido. La tribu de Benjamín, pese a ser la última por su rango, tenía preferencia frente a todas las demás. El rey lo había ordenado así pues la consideraba base fundamental de su poder y se apoyaba tanto en su fuerza como en sus consejos.

Sin embargo, como quiera que, hasta en los momentos de mayor extravío, el hombre escucha los pensamientos buenos que le insinúan los espíritus bondadosos para sacarle de su error, a Saúl le sobrevino un instante de duda sobre la bondad y la justicia de su tribu privilegiada, como pudo saber Israel por la conducta de su rey. Saúl, entonces, quiso aclarar sus dudas y decidió consultar a *Pitonisa*, hombre del Padre Eterno, que era en realidad una mujer; así, le envió orden de presentarse ante él para revelar sus proyectos contra los gabaonitas y preguntarle si lograría vencer a ese pueblo. Pitonisa, tipo del bien espiritual, se negó a presentarse ante el rey; sabía que allí no estaría segura, pues el rey quería asesinarla a instancias de la tribu de Benjamín, quienes habían jurado en falso sobre la futura derrota de los gabaonitas y temían que Pitonisa divulgara su engaño, atrayendo sobre ellos el castigo de la justicia. Cuando sus emisarios le comunicaron la respuesta de Pitonisa, Saúl ordenó que la apresaran y la trajesen a la fuerza; sin embargo, ella conocía las malvadas intenciones del rey y de la tribu de Benjamín y ya se había marchado a una casa situada a una legua de *Galboé*. Al no encontrarla, los emisarios fueron a informar de su huida a Saúl, quien quedó muy contrariado. Tras meditarlo, envió a otros emisarios diferentes a buscarla,

haciéndoles prometer, por su palabra de rey, que no causarían menoscabo alguno en sus bienes ni en su persona. Uno de estos emisarios, dotado de sabiduría divina, no tardó en descubrir la nueva morada de Pitonisa, presentándose allí para comunicarle lo que Saúl había decretado en su favor. Pitonisa respondió al enviado: “Que la voluntad del Señor rey, tu maestro, se cumpla siguiendo la del Padre Eterno. Di a tu rey que venga a mi nueva morada. Allí cumpliré sus deseos”. El emisario informó al rey de esta respuesta en presencia de los principales jefes de la tribu de Benjamín. Entendieron que las trampas que habían tendido a la virtuosa Pitonisa fracasarían y que acabarían siendo víctimas de sus calumnias y su propia vileza. Y, en efecto, eso es lo que ocurrió; el triunfo del mal es sólo temporal y la calumnia acaba perjudicando al calumniador, pues la verdad, que es indestructible, siempre resurge con mayor fuerza.

Cuando Saúl se presentó en casa de Pitonisa, ésta le dijo: “Señor, ¿qué deseas saber del Padre Eterno y qué quieres que te muestre?”. El rey contestó: “Me han asegurado que eres una adivina; dime si ganaré la batalla contra los filisteos y los gabaonitas que se han aliado contra Israel. Dime si estas dos naciones quedarán sometidas a mi justicia”. La Pitonisa dijo: “Señor, permite a tu sierva que te hable un momento, antes de contestar a tu pregunta; en verdad te digo que has sido elegido rey de Israel por tu pueblo, no por Dios vivo. Por eso no es extraño que constantemente te asalte la duda y temas por el resultado de tus acciones temporales. Los antiguos guías de Israel no tenían esa incertidumbre ni ese tipo de dudas; no necesitaban la ayuda ni las recomendaciones de los hombres ordinarios de la tierra; como habían sido elegidos por el Dios vivo y protector de Israel, sólo seguían los consejos del Padre Eterno, por eso sabían que todas sus acciones temporales serían beneficiosas para ellos y para Israel. Debes saber, mi rey y señor, que los consejos que recibes son falsos y materiales, pues proceden de hombres malvados e impuros; te han seducido llevándote a actuar contra el bien espiritual de los justos de Israel y de otras naciones. Pitonisa conoce bien las trampas demoníacas que han tendido contra ella los principales jefes de la tribu de Benjamín, representantes del intelecto del demonio en tu reino. Te habían convencido de que me mataras, tú mismo habías pronunciado mi sentencia de muerte; pero el Dios de Abraham protege a los justos y precipita sin piedad a sus impíos perseguidores a profundos abismos. Las palabras que oyes las pronuncia el espíritu que me da vida, en nombre de Aquel que la anima. Los jefes de la tribu de Benjamín caerán vergonzosamente, su tribu se dividirá, permanecerá errante, vagando confundida entre las de Israel, por tiempo inmemorial. Todo esto sucederá después de tu reino: les arrebatarán sus estandartes, colores y demás marcas que la distinguen de las otras tribus de Israel; serán humilladas por el pueblo egipcio, que rehuye a Israel desde el fatídico suceso acaecido al Faraón y a todo su ejército. Todo lo sucedido en otro tiempo a ese pueblo extranjero y a sus reyes era el tipo fiel de lo que le sucederá al primer rey de Israel. El humillante exterminio del Faraón y la mayoría de su pueblo, así como la esclavitud y dispersión de los pocos que quedaron, te anuncia la suerte que os espera, mi rey y señor, a ti, a tus descendientes y a tu tribu elegida, si no firmáis la paz con el Dios de Israel. Parte de la tribu de Benjamín será sacrificada, los desgraciados que sobrevivan errarán confundidos entre los hijos de Israel, sin guía ni consejero, como vagan

los sobrevivientes del pueblo egipcio, convertidos al Dios vivo de Abraham por la ley de Israel. Tu crimen, señor, es aún peor ante Dios y ante los hombres; has provocado la muerte de los gabaonitas, que se habían reconciliado con el Dios de Israel y habían sido bendecidos por Josué en nombre del Padre Eterno. Los sabios de Israel habían elegido a algunos de ellos para aprender el culto divino, enseñarlo y hacer que su pueblo lo practicase; con tu conducta contra este pueblo has contravenido los decretos del Padre Eterno, que no dejará ningún crimen sin castigo. Sabe, por tanto, de parte de aquel que te habla por mi boca, que si no imploras la misericordia del Padre Eterno, si continúas intentando destruir a los desdichados gabaonitas que han sobrevivido y se han aliado con los filisteos, tu castigo quedará grabado para siempre en el recuerdo de todas las naciones de esta región. Todos los hijos de Israel lamentarán tu suerte y su sufrimiento será insoportable, pues habrán sido el instrumento de la injusta condena con la que has oprimido a los nuevos convertidos. Debes saber, además, que en este mundo no existen adivinos ni adivinas; nadie puede leer en el pasado, sino por el presente y así, conociendo perfectamente uno y otro, al hombre Dios no le resultará difícil leer el futuro. Sabe, además, mi rey y señor, que a alguien que lea en las intervenciones, acciones, efectos, causas, transformaciones y demás elementos temporales espirituales del espíritu o del hombre, no se le puede considerar adivino o adivina, pues sólo alcanza ese conocimiento tras un penoso esfuerzo espiritual y corporal, que le hace sufrir su alma, cuerpo y espíritu. No creas, por tanto, en esos supuestos adivinos, adivinas, magos, magas, brujos y brujas, sobre cuya existencia te ha convencido el pueblo llano. Reconoce que ese tipo de seres no son merecedores de confianza, pues el hombre no puede conocer nada de lo que ocurre en el universo sin un arduo y difícil trabajo. Considera, si no, los trabajos de Moisés y de los siete sabios de Israel, reflexiona sobre los prodigiosos frutos de sus intervenciones en favor de Israel: lograron combatir, vencer y exterminar a los enemigos del verdadero culto divino. Esas son, mi rey y señor, las poderosas virtudes espirituales y temporales de los elegidos por el Creador, y en eso se diferencian de los elegidos por los hombres. En cuanto a lo que deseas saber de mí, prepárate a oírme, escucharme y entenderme. (Tres alusiones a estas tres palabras: buscar, impresionar, preguntar). No cuentes con el respeto humano ni con la debilidad material, tu alma será fuerte si aún no está sometida al espíritu contrario a la Divinidad y disfrutará del fruto de las acciones e invocaciones que voy a realizar a tu solicitud.”

Saúl, impresionado por todo lo que Pitonisa le había dicho, le pidió un momento de reflexión y salió, junto con ella, del lugar donde había de realizarse la invocación. Al término del tiempo que había solicitado, Saúl regresó a ese lugar, reuniéndose Pitonisa con él, como habían acordado; aún persistía en su primer deseo material y le dijo: “Ya he reflexionado cuanto debía, te pido que adivines si debo emprender batalla contra nuestros enemigos y si serán sometidos a mi justicia. Invoca al espíritu del profeta Samuel y que él me diga lo que deseo saber”. Pitonisa irritada por el orgullo del rey y su obstinación en causar el mal, le dijo con sequedad: “Saúl, rey injusto de Israel, tientes al Dios Eterno queriendo reducir a su débil siervo. Sí, soy la sierva del Dios vivo de Israel, que conoce tus terribles intenciones contra las criaturas superiores, mayores, inferiores y menores. Sí, satisfaré tu confusa pasión invocando al espíritu del sabio Samuel, profeta de paz y reconciliación; pero teme su

llegada". Tras estas palabras, Pitonisa se encomendó al Padre Eterno y dirigió sus pasos hacia el lugar donde se realizaría la invocación; en el momento en que comenzaba su cometido, el rey le dijo: "Pitonisa, detente. Siento nacer en mi alma una perturbadora preocupación, no sé de dónde procede el fuego que me rodea y el temor que me invade. Adivíname estas cosas antes que las primeras que te he pedido". Pitonisa le dijo: "Es la consecuencia de tu insulto al Creador y a Su sierva. Te acabo de explicar que la ciencia espiritual del Padre Eterno no es un arte de adivinación, como crees. En consecuencia, ninguna de sus criaturas puede poseer ese supuesto arte. Si el Dios de Israel tuviese el poder de la adivinación, sería el motor del bien y del mal; por lo tanto, sería también un cruel tirano al permitir a Su criatura hacer el mal y luego castigarla por lo que habría podido evitar. No, señor, el Dios de Israel no es tal. Ante ti, ante toda su corte espiritual divina y ante toda su corte temporal, oso desafiar a Dios todopoderoso a que interprete y comprenda la acción, la actuación o cualquier otra intervención de un ser espiritual menor, antes de que éste la conciba en su pensamiento.

Debes saber que el Creador lee abiertamente en los más profundos pensamientos de Su criatura pero te lo repito, mi rey y señor, desafío a Dios todopoderoso a que lea en cualquier pensamiento que no haya sido concebido. Si tal cosa estuviese en su poder, sería en verdad injusto por no detener los funestos lances sufridos por Su criatura; Él sería el único culpable. Pero como ha dictado leyes inmutables sobre todo lo que ocurre en el universo y ha dejado plena libertad a Su criatura, no hay en Él *presciencia* ni puede intervenir en las causas segundas de este universo. Quien llame adivino al Creador o a Su criatura, insulta a ambos, peca contra el espíritu y será terriblemente castigado.

Mi señor rey, debes saber que fue necesaria la poderosa actuación del Padre Eterno para manifestar todo lo que está en Su poder y es innato en Él; del mismo modo también es necesario que el espíritu temporal conciba un pensamiento para que el Creador conozca la acción buena o mala que producirá: si es buena, le da su aceptación, si es mala lo rechaza, pero nunca se opone a la voluntad de Su criatura."

Saúl, a quien las palabras de Pitonisa le habían impresionado aun más que la primera vez, y viendo que la firmeza de esta mujer era inquebrantable, le dijo con un tono sumiso a la vez que profético: "Mujer del Señor, el rey de Israel reclama a su Dios y al tuyo que el espíritu de Samuel le muestre lo que debe saber sobre la batalla que desea librar a sus enemigos."

Pitonisa procedió, siguiendo la voluntad de Saúl; pero en cuanto el rey la vio en acción empezó a estremecerse y temblar como las hojas de los árboles. Pitonisa, viendo cómo le afectaba la fuerza de su actuación, le dijo: "Saúl, rey de Israel, temes al espíritu del Señor, tus crímenes te hacen estremecerte ante la presencia de la justicia divina". Saúl estaba tan turbado que no entendió las palabras de Pitonisa y le pidió que las repitiese. Pitonisa le dijo, señalándole al espíritu de Samuel, revestido de un cuerpo glorioso: "Mi rey y señor, aquí tienes a aquel que sabe más que yo, él te interpretará lo que te he dicho y no has entendido."

Sumido en dolor, Saúl se arrodilló ante Samuel, pues el espíritu del profeta hacía que se alejase al espíritu demoníaco por el que estaba poseído el rey. En esta actitud, le preguntó si debía emprender batalla contra sus enemigos ese día. Samuel le contestó: “En verdad te digo que tú y los tuyos estaréis junto a mí esta noche; tú perecerás y muchos otros morirán miserablemente; la tribu de Benjamín servirá de ejemplo inmemorial a los hijos de Israel.”

Cuando el profeta hubo terminado, Saúl se levantó, se inclinó ante Pitonisa en gesto de agradecimiento y fue a buscar a su ejército para atacar a sus enemigos. Él y los suyos sufrieron la triste suerte que anunciaron la Pitonisa y el espíritu de Samuel.

Consideren el comportamiento de Saúl, la tribu de Benjamín y Pitonisa, en ellos reconocerán el tipo de las acciones buenas y malas, de la prevaricación del hombre, de su suplicio y de su reconciliación, así como de la predicción de todos los hechos pasados, presentes y futuros que suceden y sucederán en el universo entero.

* NdT: Probablemente se trata de un error tipográfico, Noé maldijo a su hijo Cam, no a Caín

** NdT: Texto original incompleto